

# ESOS GRANDES DETALLES

92 RELATOS ESCRITOS  
DURANTE LA PANDEMIA

proyecto de enrique matthey

# ESOS GRANDES DETALLES

92 RELATOS ESCRITOS  
DURANTE LA PANDEMIA

PROYECTO DE ENRIQUE MATTHEY

Departamento de Artes Visuales  
Facultad de Artes  
Universidad de Chile

Las Encinas 3370, Ñuñoa  
Campus Juan Gómez Millas

Director:  
Nelson Plaza

Subdirector:  
Pablo Ferrer

Coordinación de Extensión e Investigación:  
Francisco Sanfuentes

Diseño y diagramación:  
Rodrigo Wielandt

Periodista:  
Igora Martínez

© Junio / Julio 2020 Santiago de Chile

# ESOS GRANDES DETALLES

92 RELATOS ESCRITOS  
DURANTE LA PANDEMIA

proyecto de enrique matthey



av EXTENSIÓN Y PUBLICACIONES  
DEPARTAMENTO DE ARTES VISUALES

# ÍNDICE

PRÓLOGO | PÁG. 5

DATO | PÁG. 7

LOS RELATOS CON SUS IMÁGENES | PÁG. 8

ÍNDICE DE LOS RELATOS | PÁG. 340

## PRÓLOGO

“Durante estos últimos meses en que la pandemia nos ha obligado a recluarnos y a evitar cualquier tipo de acercamiento con otras personas, me he dedicado a contactarme diariamente con seres queridos a través del teléfono o vía whatsapp. En esos contactos me he dado cuenta que prácticamente todos quienes me hablan lo hacen desde otra perspectiva, delatando de algún modo en sus relatos, aunque sean breves, observaciones y pensamientos que dan cuenta que algo les ha pasado, que siendo las personas de siempre ya no son exactamente las mismas. Sé que esto que les comparto es muy sutil, pero intuyo que es potente y profundo, lo que me ha llevado a especular con la pregunta que muchos ya se han formulado: ¿Qué irá a suceder con este mundo, con nuestro país, cuando todo esto concluya?

“Todo este tiempo ha sido un periodo de introspección en el que se han agudizado nuestra sensibilidad, nuestros sentidos, nuestras percepciones, nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, haciendo que muchas cosas que antes jamás nos importaron o llamaron la atención, hoy cobren relevancia o irruman abruptamente ante nosotros como un fantasma familiar que nos asombra. También para muchos éste ha sido un periodo de adversidad en el que hemos debido enfrentar nuevos desafíos, teniendo que resolver asuntos para los que no estábamos preparados ni dispuestos, lo que ha derivado en descubrimientos insospechados de nuestras capacidades.

“Se trata de cómo cobra relieve la paradoja de ‘esos grandes detalles’, cómo nos afectan hoy las restricciones, la escasez, las prohibiciones, la soledad, la contingencia y el aislamiento; si advertimos en esto que hoy vivimos una real oportunidad para revertir un sistema de funcionamiento donde los intereses se concentran en un modelo obsoleto y elitista, que no contempla la equidad y que adolece de una sana y transparente mirada.

“Son las voces que han surgido en la intimidad de esta situación las que me han motivado a concretar un proyecto en el que cada una y cada uno de ustedes formule en un máximo de tres páginas las cosas que les han llamado la atención durante estas cuarentenas o tiempos de reclusión,

aquellas cuestiones que antes, producto del trajín cotidiano y mecánico, jamás las habrían considerado o prestado alguna atención a raíz de su insignificante apariencia, sin embargo siento que precisamente en esa insignificancia palpita algo importante”.

Sin las formalidades del encabezado y el epílogo, los párrafos anteriores corresponden al correo que le envié a un grupo de personas invitándolas a participar en este proyecto que nominé ESOS GRANDES DETALLES. Esta convocatoria fue acompañada además de un breve instructivo con requerimientos que, entre otras cosas, solicita a quienes participen una imagen cualquiera, que no necesariamente tenga que ver con el contenido del texto, la que deberá ser enviada por whatsapp con una breve descripción que la contextualice. El hecho de que sea por esta vía y no por correo obedece a que esta aplicación es mucho más democrática; el correo, en cambio, permite que algunos que poseen equipos o conocimientos más sofisticados puedan enviar fotos con mayor resolución, generando, de este modo, una desigualdad que he preferido evitar. Igual hubo unos pocos que por razones puntuales mandaron sus imágenes por email.

Otro factor importante de señalar es que una de las advertencias fue que no habría edición o corrección de los textos, que se publicarían tal cual fuesen enviados: es decir con todos los presuntos errores provenientes por parte de sus autores, pues ello, en cierta forma, también da cuenta de una singularidad. Al respecto, hubo algunos asuntos particulares, en el que varios, especialmente aquellos ofi- ciantes de las artes visuales, solicitaron que se les respetara el no uso de letras mayúsculas o el que se les aceptara poner los dos apellidos, entre otros...

Agradezco muy sentidamente a todos aquéllos y aquéllas que generosamente se dieron un tiempo para escribir algo tan íntimo para ser compartido y publicado, como asimismo, agradezco también a quienes se excusaron de participar por razones personales muy respetables.

## DATO

Las personas invitadas originalmente a participar en este proyecto fueron 166: 83 hombres y 83 mujeres, y se sumaron 3 más con posterioridad a solicitud de algunos que adhirieron al proyecto. De ese total de 169 respondieron 105 que sí participarían, 21 que no participarían y 43 no se pronunciaron. De los 105 que decidieron participar 49 fueron hombres y 56 mujeres. Entre quienes aceptaron participar hubo 3 que manifestaron estar muy interesados pero que no estaban seguros si alcanzarían a entregar el texto. De esos 3 solo 1 lo entregó. Finalmente los textos recibidos fueron 92, existiendo 13 personas que, habiendo comprometido su participación, finalmente no enviaron sus textos. De esos 13, 8 informaron con antelación que no podrían cumplir con su compromiso y 5 no informaron. Concluyendo: de un total de 105 textos comprometidos llegaron 92, que son los que a continuación se publican: 43 de hombres y 49 de mujeres.

1



Chinita sobre superficie transparente, ventana Norte.

## Araña, fractura

Alfonso Vilches  
Cesante

En la noche de ayer, mientras hojeaba un libro antes de dormir, sobre el techo una araña trazaba su camino. Pensé que podía caer sobre una página y orientar la lectura de una palabra, luego de una línea, y seguir así línea por línea, o quizás formar ella misma sus propias frases. Eso no pasó. La escena no tuvo otro desenlace que el querer dejar la araña en paz para retomar el libro y al ya no poder darle hilo a la lectura, apagar la luz, dormir, como la noche anterior. La araña, sin embargo, así como el giro de una frase que no podemos entender en medio de una lectura nocturna, compuso por su aparición un detalle, situó una fractura del sentido. Un detalle no está en todas partes, pero puede estar en cualquier lugar. Se produce ahí donde no se espera, donde algo se exceptúa y opera un descubrimiento aleatorio. En una pintura puede ser la presencia de una materia pictural heterogénea, una mancha de luz afirmándose ahí donde la mirada buscaba una fábula, un sujeto. Sobre una superficie algo hace intrusión, no desde las causas sino desde un arte implícito de conexiones y divergencias. El detalle se esfuerza por dar una compostura en una nueva forma del tiempo, por insignificante que sea: principio de relación y principio de distinción. Es una tarea difícil. Se expresa en bifurcaciones, como forma de relación en la diferencia, o forma de consistencia de una multiplicidad librándose a un juego de empalmes difíciles de jerarquizar. Cuando en un empalme algo encuentra o descubre algo, pasa que las relaciones se componen formando algo más potente, o pasa que una parte descompone la otra, destruyendo la cohesión. Pero siempre pasa algo en el carácter fundamentalmente relacional de las formas. Y cada vez el detalle sobrepasa lo que sabemos de él, excede cada una de las condiciones de nuestro conocimiento, es algo que simplemente *pasa*. No excede como más allá o como interioridad, sino como un encuentro que llama un desdoble, entre distintos regímenes, armando una nueva composición de relaciones. La relación es *buen*a cuando corresponde con nosotros, cuando su potencia compone y aumenta la nuestra, es triste cuando amenaza nuestra coherencia, cuando descompone nuestra propia disposición a la relación. “Toda materia extranjera es buena”, decía Canguilhem, y esto que es bueno no es por cierto el Bien, pero sigamos. Del buen encuentro cada vez, singularmente, una trayectoria se levanta, como se dice del viento que se levanta, y se le nombra provisoriamente a la tercera persona. Para darle sitio es necesario agujerear las superficies, hacer espacio. Si el diablo se esconde en los detalles, éstos no se esconden en ninguna parte esperando su revelación; pasan en la superficie, sin causas finales. Habitan simplemente en las juntas de planos distintos. Es por eso que un detalle *se* produce ahí donde *se levanta* un espacio en común.

Confinar es trazar una frontera, a qué sino a la multiplicación de las relaciones de cada detalle y a lo que éstos pueden poner en común como fractura, como pasaje inestable de un plano a otro. Basta con homogeneizar las relaciones posibles, por decreto, por bando, por cansancio o abandono. Oponer al riesgo una gestión, con su final ya bien sabido: después de los sacrificios presentes, el goce de los resultados de una próspera administración de las causas. Por eso un confin se conjuga (al imperativo) con la reclusión o el confort de las casernas. Pero en Santiago, desde el primer día, la criminalización de las solidaridades reales en la periferia de la ciudad han sido coextensivas al confinamiento, en el sentido en que exceden la habilitación de ciertas funciones autorizadas a la fuerza de trabajo o a la reproducción, a sus circulaciones normadas. Cada día hay quienes mueren por no haber tenido los sencillos medios para protegerse, hay mujeres y niños encerrados con sus verdugos, habemos también quienes le echamos mano a un volumen desempolvado de Proust. Confinar no es dar espacio a algo como una ética del cuidado, sino a un abandono de cada uno a su suerte, al habitar de su propio espacio codificado, ceñidos a su propia etiología. Por eso al triunfalismo morboso de los gobernantes oponemos, como su revés mecánico, nuestro pesimismo catastrofista. Por eso la gestión del riesgo por los expertos se verifica como la muerte de masas de personas. Por eso la temporalidad del confinamiento es la de una larga espera, más que la de una *duración*. Así se administra el genio de una vida reducida a su espacio privado y la pobreza se fija aún más en su insoportable violencia, reducida a la ausencia de espacio, a su in-mundicia. Cosa de simetrías, como cuando al final de una huelga a los vencidos se les dice: ¡cada uno a su casa! Y se restituye el mismo espacio de la fábrica, el uso de un tiempo dedicado a la utilidad y de otro consagrado a la ornamentación de nuestras condiciones de vida. Cada vez, colmar el espacio de un mismo esquema temporal, delinear una línea derecha el sentido pleno de una vida reconducida a su espacio propio, sin las fracturas de lo que podemos poner en común como *novedad*. La simetría es lo que se dice del “mundo, monótono y pequeño” ensanchándose por todo el confin. Con su parte de goce en las figuras de una nueva intimidad e introspección recuperadas al “ajetreo”, con su parte mutilada en las figuras de las imposibilidades, la culpabilidad o la desesperación. No es sorprendente que nuestros confinamientos se extiendan como la repetición exhaustiva de un mismo mando, sin interrupción, de una misma obediencia a la homogeneidad del espacio y el tiempo, obediencia debida por vía ministerial, policial o por el simple sentido común. Así, es imposible proyectar desde el confinamiento “el mundo de después” de otra forma que como la restitución del anterior, pero más pobre en sus relaciones materiales y de una homogeneidad aún más protegida, o violenta. En el mismo sentido va cualquier especulación que piense el tiempo futuro como el develamiento del contenido latente de nuestros confinamientos, como triunfalismo o catástrofe.

¿Cómo no destruirnos a golpe de culpabilidad o impotencia? ¿Cómo salir, entonces, del círculo de nuestros espacios cada vez más homogéneos y más pobres en detalles? No hay un futuro ahí en espera, no más que un contenido latente esperando por su develamiento. Apostar hoy por otro arreglo al cuidado

de lo viviente que somos en común pasa por otra cosa que la pasividad de nuestra espera, disciplinada, fijada en su marasmo o desesperada. Y desde luego, otra cosa que la superación de “la distancia social” en un nuevo tejido consensual del “lazo social”. No, aún otra cosa. Quizás esta otra cosa pueda ser la disolución de los confines, o su rotura, por supuesto desde otra forma que como restauración o nuevo trato de los imperativos económicos, de sus circulaciones materiales, sus arreglos entre lo humano y lo inhumano. Romperlos entonces de una rotura que implique comenzar a dejar de sufrir los efectos de la alternativa confinamiento o normalidad, para decidir sobre nuevas relaciones, sobre nuevos encuentros y nuevas disociaciones. En suma, quizás, decidir en común sobre nuevas duraciones ¿Pero de qué tiempo? De uno que, como decía Bergson, será la invención de lo nuevo o no será nada. Esto es, *a mínima* salir de la insoportable alternativa del confort íntimo y la administración de las miserias individuales y colectivas, el consuelo o la extensión del campo de la barbarie. Pasa por experimentar entonces otro uso de la vacancia de mundo que experimentamos en nuestros confinamientos. Si el confinamiento es transitorio y otra cosa que un arresto domiciliario o una anticipación infernal del mundo que viene, pues deberemos transitar no hacia una re-instauración, sino hacia la experimentación de una nueva política de la intemperie, hacia una fractura sensible que nos haga desplazar todo lo que el mundo anterior fijaba en su in-mundicia (se incluyen aquí nuevas relaciones con esa Naturaleza exterior que nos parecía fundamentalmente hostil, o cuando era buena persona: materia disponible a la forma de su sometimiento, al paroxismo de la extinción masiva de especies, en curso). Todo aquello, sino no habremos salido, nos habremos confinado aún más, nos habremos hundido abismalmente en la reificación de lo viviente, humano y no humano. Queremos un mundo donde las arañas puedan escribir sus frases sobre nuestros libros, y que sean buenos libros. Esto es, un mundo donde la relación con las existencias animales, vegetales o microbianas no destruya la cohesión del animal humano en relaciones inconciliables con su propia relación constitutiva (lo que en lengua castellana se llama sencillamente *muerte*). Quizás todo esto pase hoy, en lo restringido de nuestros espacios por una acción también restringida, cada vez más restringida, pero incalculable: comenzar a darnos al detalle de una fractura, y tratar de relacionarnos con el sí del encierro como con un afuera en ciernes, buscar el punto de infinito en la realidad del presente, pasar del confinamiento al estudio, y así a una discontinuidad local, como el investigador se da al estudio de una nueva partícula, creando una relación singular, un devenir compartido entre lo desconocido y su aparición, ahí punto por punto, en la insistencia de una experiencia. En ella, lo nuevo crea otra novedad y, así, en su multiplicidad de pliegues, una nueva relación entre distintos planos, que siguen cada uno su fibra propia, y de su potencia toman otra juntura. Quizás, como una araña en el techo o un elefante en la habitación, el detalle de todo esto sea el virus mismo, saliendo de su anfibiosis como nosotros salimos de nuestros confinamientos, como relación ni simbiótica ni parasitaria, sino que como cuestionamiento del continuo viviente que se instaura, no entre una esencia humana y aquello que viene a ensuciarla, sino entre todo un espectro plural de nuevas relaciones sobre las que tenemos que decidir en común cómo vamos a integrar.

C M K

YMA.2020-05-24A.001.B1-4C.E3

# The New York Times

VOL. CLXXXI, No. 18,300 1100 The New York Times Building, New York, N.Y. 10036-1100

## U.S. DEATHS NEAR 100,000, AN INCALCULABLE LOSS

**They Were Not Simply Names on a List. They Were Us.**

As the toll of the coronavirus pandemic in the United States neared 100,000 deaths, the loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

The loss was being felt in a way that was not just a number but a human story. The names of the deceased were being shared in a way that was not just a list but a collection of lives. The loss was being felt in a way that was not just a statistic but a personal tragedy for many.

Portada de diario "The New York Times", 05.24.2020.

## **Euforia de bajo grado**

Ana María Risco N.  
Historiadora del Arte

Distintos tiempos se superponen como ruedecillas de un mecanismo regulado por el instinto de supervivencia. El tiempo de los que están afuera, agitados, moviendo provisiones, pizzas, camillas, balones de oxígeno, sin escuchar noticias sobre sí mismos e ignorando el minuto en que entrarán al cuadro estadístico de la pandemia. Y el tiempo de acá adentro empujado por acciones contenidas y rituales como clorar, picar cáscaras, sacar brotes de lenteja, retirar residuos de normalidad y no agregar razones a la agitación de los de afuera. También a ratos, el tiempo de las nubes, la tierra reseca y los subsuelos marinos que serán empleados para guardar petróleo.

Extraña verse tan seguido en pantallas cuando uno no llegó a adoptar la práctica de la *selfie*. Entrar en contacto con alguien que es yo en una vida pasada. No en otra vida, sino en esta misma, años antes. Verse diciendo cosas por el zoom, que suenan como si una armadura cayera chirriando desde el vigésimo piso del costanera center. Experimentar la inactualidad escuchando cómo precipita una palabra propia, mientras se mira por primera vez la cara extremadamente familiar de otro que ha quedado en pausa con una mano hacia adelante. Sentir que el tiempo real ocurre con tres o cuatro segundos de diferencia.

Haberse preguntado mucho por qué tantos textos imprescindibles escritos en dictadura comenzaban con un verbo en infinitivo. Hacer ahora eso mismo, como si una voz dictara desde un programa de emergencia mientras la conciencia opera comandos para no estrellarse.

“La fotografía depende de la distancia, pero el distanciamiento social no es bueno para la fotografía”, escribe Marianne Hirsch en *Contacto*. Ni las fotos del satélite o del dron, que transforman en infografías las ciudades desiertas, o el primer plano de una mascarilla desplomada sobre la mesa del comedor dan noticias contundentes. Falta la imagen intermedia. Aquella de la distancia relativa que se va volviendo anacrónica.

Dependiendo del ánimo llevar la mascarilla como mordaza, escondite, coraza o disfraz.

Encontrar una explicación que no explica nada y solo agrega partículas al bullicio, a los millones de análisis, diagnósticos, proyecciones y convicciones de medio segundo. Seguir buscando una forma de verdad distante de la explicación. O de la fe. O una explicación que no pueda encontrarnos.

Una amiga devuelve lo siguiente a una solicitud acerca de escuchar algo que evite la rumia: *Autonomous Sensory Meridian*

*Response.* Estímulos para una “euforia de bajo grado” (Wikipedia). ¿El sonido de objetos granulosos que se frotran contra el micrófono? ...por medio del celular y los auriculares llegan de nuevo minúsculos paisajes cotidianos que la oreja iba perdiendo de vista.

Insistir en un experimento que pruebe cuánto puede durar un ser humano que carece de redes sociales, antes de irse por el desagüe de lo real. Alguien que guste de conservar, al modo de un lujo vergonzante, un mínimo de aura. El laboratorio sería una planicie montañosa que mira la ciudad y una casilla de correo electrónico que respire con normalidad.

Imaginar cómo el ojo de la vigilancia dibuja sobre el suelo planetario nuestros tenues y menesterosos movimientos. Un planeta achurado por cuerpos que transitan buscando moverse en dirección contraria a la amenaza invisible. Y escuchar reiteradamente, por pura coincidencia, los sueños de otras, que corren a más no poder llevando carros de supermercado, para encontrarse a boca de jarro con los milicos de Pinocho.

En sus nombres impresos que desbancan todo titular se ocultan las imágenes que faltan.

3 - 4



“Fuego y chacarero: la victoria estaba tan cerca”.

## Refugio

Andrea Roca / Javier Barría\*  
Antropóloga / Músico

Somos dos. En febrero decidimos juntar nuestras cosas y venimos a vivir a pocas cuadras de la Plaza Dignidad. El movimiento era inverso al de los muchos que, agobiados de la efervescencia social, prefirieron mudarse a la bucólica Ñuñoa. Nosotros queríamos estar lo más cerca posible de la multitud de los viernes, de esos encuentros cuerpo a cuerpo, a ojos cubiertos. Desde aquí, íbamos a acompañar el plebiscito, conmemorar abrazados, los dos, en medio de todos. La victoria estaba tan cerca.

La elección del nuevo barrio también respondía a cuestiones más mundanas: era una casa cercana a nuestros lugares de trabajo, a pocos minutos en bicicleta o caminando por las arboledas de calle Condell. Ninguno de los dos había vivido antes en un lugar tan estratégico y junto al anhelo de crear un refugio, estaba ese deseo de aprovechar el barrio y el entorno, crear nuevas rutinas y hábitos. Un hogar es también lo que sucede fuera de él.

Las idas a la Plaza de la Dignidad, desde antes de mudarnos, terminaban en un pequeño bar frente a la biblioteca de Providencia: ahí sellábamos la jornada estival con un brindis de cerveza a litro y chacarero. En ese rincón modesto y sin alardes, nos resguardábamos de los pacos mientras los jóvenes armaban barricadas tan ajenas hasta entonces a este barrio burgués. Comíamos mirando por la ventana el fuego y el asfalto. Hasta que llegó la segunda semana de marzo: el jueves, sin saber, dábamos los últimos abrazos, estrechábamos las últimas manos, conversábamos cara a cara por última vez en una pequeña tocata en un cafecito en Vicuña Mackenna, riéndonos de aquellos que se saludaban con el codo.

---

\* Andrea Roca y Javier Barría constituyen una pareja que decidió redactar entre ambos un solo texto.

El viernes, iríamos a la última marcha. En globos dorados se leía “Apruebo”. Absortos contemplando las bengalas rojas junto a los chicos sin polera, *el que no salta es paco*, los cuerpos, uno al lado del otro, los cuerpos. Esa noche, dormimos tranquilos. Fue la última vez. Al día siguiente una llamada cambiaría todo: estábamos a una persona de distancia del Covid-19. Encierro, provisiones, miedo. Decidimos voluntariamente recluirnos: podíamos hacerlo, podíamos teletrabajar, podíamos subsistir en cuarentena como tantos en este país desigual e injusto, no pueden hacer. El confinamiento es privilegio.

La casa se volvió un improvisado co-working: corrimos muebles, enroques y movimientos negociados en detalle. Un músico productor, una antropóloga profesora. Las armonías, el tecleo. Ambos obligados a virtualizarnos, a dejar el estudio de grabación, a dejar la sala de aula. Prender cámaras para discutir arreglos y letras con clientes; girar cámaras para dictar video-clases en un híbrido entre academia y Youtube. Somos pareja y ahora también, compañerxs de trabajo en este espacio que al inicio, creíamos una cuestión transitoria y de emergencia. Ahora, ya no nos atrevemos a calcular. Y no ha sido fácil. Dejar de calcular es entregarse al abismo. ¿Cuándo se acabará? - después de 3 meses y medio encerrados, parece una pregunta ridícula. Incluso obscena cuando hay más de 7 mil mujeres y hombres que han dejado de respirar. Si hay un fin, nada será igual después.

Cuando elegimos la casa, no pensamos que el patio interior del conjunto de blocs sería tan vital. Con piso de tierra, unos bancos destartalados y árboles no muy frondosos, no tenía mayor

atractivo. Pero ahí es donde hoy podemos estirar las piernas, al igual que los perros de los vecinos; es ahí donde salimos enmascarados a tomar sol para compensar la penumbra invernal de un primer piso con vista al poniente.

A cada semana, suben las cifras, evaluamos nuestras medidas sanitarias. Progresivamente, restringimos las salidas a comprar por temor al contagio. Cada vez menos móviles, sentimos la atrofia de nuestros músculos. Extrañamos la ciudad, este barrio que aún queríamos seguir descubriendo. Necesitamos el esparcimiento: esparcirse, salirse de sí mismo, ser con otros. Necesitamos al sol. ¿Necesitamos la vida? La muerte ronda, se estrecha el cerco: de Wuhan a seres queridos de nuestros amigos por culpa de este gobierno criminal y su inmunidad de rebaño y cifras ocultas. Ya figuramos en los rankings de mayores tasas de contagios del mundo. Nos conmueve e inquieta el bombardeo de noticias que leemos a diario en redes sociales, pero nos aterroriza que la enfermedad llegue a tocar a alguno de los nuestros. O a nosotros. La angustia de esta pausa favorece la aparición de sueños que confunden retrospectión con distopías. ¿Qué soñaste anoche? Nuestros padres también tienen miedo, manifiésteno o no, estamos en la edad en que entramos a disfrutar el último tramo de ellos en la vida, nos descoloca la aceleración de las posibilidades.

Es domingo. La noche cae. Las frazadas, lanas y estufas aplacan el frío. La Plaza, sigue afuera, blanqueada a la fuerza. Sola. Como tantos, la añoramos; como miles, volveremos.

5



“Este es un perro que vi un día. Se acercó un rato para luego volver al lugar en que estaba”.

## **La nube loca**

Andrés Bortnik  
Pintor

Vivo cerca del mar. Llevo casi cuatro meses sin ver a alguien conocido. Mi contacto con otros lo tengo cuando voy a comprar al supermercado y toman la temperatura en la entrada o cuando preguntan si pago con efectivo. Sin embargo, no he sentido tanta soledad, eso creo al menos. La comunicación con cercanos por medio de internet ha ayudado mucho. De repente no funciona tan bien porque lo uso desde el teléfono, pero a ciertas horas da para tener acceso sin problemas a películas, series, libros, noticias y la ratonera virtual infinita.

Parece que no tengo algo especial que contar. Pocas cosas me han llamado particularmente la atención más que antes. Mi percepción es más o menos la misma y no creo haber tenido reflexiones importantes en este tiempo. Lo que pienso mucho es que ojalá se acabe esto pronto.

En lo particular estoy viviendo la cotidianidad con un ritmo que asociaría a un retiro. Con internet eso sí; lo que seguramente transforma el aislamiento en algo muy diferente a otros tiempos. Vivo día a día no más. Percibo que todo pasa lento y rápido. Pero eso lo siento hace rato, de antes de la pandemia. Me pasa sí, que a veces pierdo la noción de los días.

En los momentos de silencio, como no hay nadie, me ha llamado la atención la cantidad de objetos que están acá ahora. Fácilmente podría contar cien cosas si miro más allá de la computadora. Sólo en la mesa veo un frasco con sal, dos lápices, una botella, un vaso, una cortapluma de bolsillo azul, un reloj, un par de anteojos, una croquera, unos audífonos, un estuche, un libro, una servilleta, un pincel y otro lápiz. Miro un poco más allá hacia la cocina. Una panera, seis tomates, dos paltas, una taza, un frasco con café, una tostadora, una caja de huevos, un rallador y muchos platos arregados. Si sigo, claramente hay más de cien cosas. La silla en que me siento, el piso, los muebles y así.

Un día apareció un gato en el patio. Le toqué la cabeza tímidamente, se puso de espalda mirando hacia arriba. Le quise hacer un cariño, pero me dio un arañazo. Así que hasta ahí llegó la confianza y amistad. Seguramente quería jugar, pero no me animé. De vez en cuando lo veo por ahí. Es blanco con manchas café. No está flaco, es como maceteado. Me imagino que es buen cazador. Lo he visto en postura de atención felina como de documental de animales en vida salvaje.

A propósito de animales no humanos, como les dice una amiga; una noche que caminaba veo sobre una roca una gaviota. No había más gaviotas ni pájaros alrededor y la luz era poca. Se veía rara, como desgarbada. Efectivamente tenía como un lado medio caído. Un ala más baja que la otra. Me acerqué un poco, a un par de metros para verla mejor y no hizo nada. Le saqué una foto con mi teléfono. Salió un flashazo que según yo estaba desconectado. La gaviota ni se inmutó. Me fui.

A la mañana siguiente despierto acordándome de la gaviota. Busco la foto y de inmediato reacciono con un: ¡cómo! La foto estaba ahí, las rocas estaban ahí, pero sin la gaviota. Mala puntería en la oscuridad. ¿Para qué le saqué una foto a todo esto? Pensé que podría dibujarla luego en algún momento. Ahora creo que hubiese sido más empático seguir caminando.

En la arena me ha tocado ver uno que otro animal muerto. Una vez vi un lobo marino descuerándose de a poco con los días. Hasta que

se dejaron ver los huesitos de una pata. Vi también a un pelícano muerto. Estaba ahí el pájaro tirado como parte del paisaje, no percibí ningún olor raro. Se mezcla seguramente con los otros olores de la playa. Algas, arena mojada, aguas estancadas en las rocas, conchas y los otros cientos de cosas que hay.

Al otro día volví a ver al pelícano muerto. Ahora tenía unos agujeros hechos como con una cuchara para adentro. El pelícano muerto quedó ahí como alimento para los jotes. Otros bichos, el sol, el viento, la arena, el agua, se irían haciendo cargo del resto. Con los días el pelícano muerto se iba asimilando con la tierra; la piel que va del pico al cuello parecía entre madera y tela.

Hoy, luego de no tanto tiempo, nada queda del pelícano muerto. A lo mejor alguien lo vio y se le ocurrió la no mala idea de enterrarlo.

Hacia el otro lado, mirando al mar, la espuma está muy blanca, le llega la luz muy directa y rebota fuerte. Algunos pedazos de espuma salen flotando con el viento cayendo en la arena. Mar adentro, a unos cien metros, se ven unos pelícanos grandes tirándose sendos piqueros al agua. Lo repiten muchas veces, dejándose caer a todo dar.

Todavía más allá, una nube loca está quieta recibiendo el mejor rayo de luz, lista para la foto. De inmediato me da gusto acordarme que hoy salí sin el a veces, inoportuno teléfono.

6 - 7



“... uno se subleva a través de un simple gesto que, de pronto, derriba el abatimiento que hasta entonces nos hacía padecer la sumisión (ya fuera por cobardía, cinismo o desesperación). Sublevarse es arrojar lejos el fardo que pesaba sobre nuestros hombros y nos impedía movernos. Es romper un determinado presente [...] y levantar los brazos hacia el futuro que se abre. Es un signo de esperanza y de resistencia.”

George Didi-Huberman

Registro de la acción performática e intervención en el espacio público realizada por Anónimo Colectivo en la intersección de las calles Macul con Las Encinas el día viernes 20 de diciembre de 2019.

## **Anticucho a lucaaaaaaaaa!!!!**

Ángela Cura (artista visual)  
y Genaro Patraca (poeta) \*

[22:40, 1/6/2020] G P: Manis. Buenas noches  
[22:43, 1/6/2020] G P: Disculpa! Mensaje equivocado  
[01:52, 2/6/2020] A C: Hola!! Los mensajes equivocados a veces son posibilidades de expandir las amistades. Bienvenida la equivocación, un saludo desde Santiago de Chile en cuarentena!  
[02:24, 2/6/2020] G P: Cómo estás  
[10:40, 2/6/2020] A C: Hola! Estoy bien, afortunadamente tengo trabajo, comida y puedo hacer una cuarentena segura en mi casa, creo que es mucho más de lo algunos pueden decir hoy.  
[10:40, 2/6/2020] A C: Y tú cómo estás?  
[10:42, 2/6/2020] G P: Sin trabajo y con perro y también comida  
[10:44, 2/6/2020] G P: Me arranco a buscar la vía, no se estar quieto  
[10:44, 2/6/2020] A C: Cómo se llama tu perro?  
Pucha, lo del trabajo es algo que está afectando a muchas personas hoy y estos gobiernos inoperantes no hacen nada por quienes necesitan  
[10:44, 2/6/2020] G P: Tomo mis medidas de seguridad  
[10:44, 2/6/2020] A C: Debes extremar las medidas para no enfermarte  
[10:45, 2/6/2020] G P: Es una perra y le puse un nombre de perro  
[10:45, 2/6/2020] G P: Se llama “la lulo”  
[10:45, 2/6/2020] A C: Suena de mujer también  
[10:46, 2/6/2020] G P: Lulo?  
[10:46, 2/6/2020] A C: Si, No creo que ella tenga problema, seguro no distingue si es de hombre o mujer  
[10:47, 2/6/2020] G P: Ja  
[10:47, 2/6/2020] A C: Tenemos que terminar con el binarismo  
[10:47, 2/6/2020] G P: Si  
[10:48, 2/6/2020] G P: En que trabajas  
[10:48, 2/6/2020] A C: Soy docente  
[10:48, 2/6/2020] A C: Y tú

---

\* Genaro Patraca es un poeta que escribió un whatsapp por equivocación a Ángela Cura quien, aunque no lo conocía, decidió que dicho intercambio fuese el texto que ella envió para este proyecto, incluyéndolo a él como parte de éste.

[10:48, 2/6/2020] G P: En que colonia vives?  
[10:49, 2/6/2020] G P: Yo solo llegué a poeta  
[10:49, 2/6/2020] G P: No me dio para más  
[10:49, 2/6/2020] G P: Ja  
[10:49, 2/6/2020] A C: Poeta!!!! Wowwwww  
[10:49, 2/6/2020] A C: No te tires para abajo  
[10:49, 2/6/2020] A C: No soy de México  
[10:49, 2/6/2020] A C: Vivo en Santiago de Chile  
[10:50, 2/6/2020] G P: Lo sé  
[10:50, 2/6/2020] G P: Bueno barrio?  
[10:50, 2/6/2020] A C: Ahhhh  
[10:50, 2/6/2020] A C: Vivo cerca de Santiago centro  
[10:50, 2/6/2020] G P: Florida? Bellavista? Brasil? Nuñoa?  
[10:50, 2/6/2020] A C: Bellavista  
[10:51, 2/6/2020] A C: Conoces Santiago?  
[10:51, 2/6/2020] G P: Donde la chascona  
[10:51, 2/6/2020] G P: Si  
[10:51, 2/6/2020] A C: Jajajajajaj la casa de Neruda  
[10:51, 2/6/2020] G P: Estuve de gira ahí  
[10:51, 2/6/2020] A C: Que bien!!!  
[10:51, 2/6/2020] A C: Cuándo  
[10:51, 2/6/2020] G P: Siphon  
[10:51, 2/6/2020] A C: Jajajajajajaja  
[10:51, 2/6/2020] A C: Bueno poh  
[10:51, 2/6/2020] G P: El año antepasado  
[10:52, 2/6/2020] A C: Que te pareció?  
[10:52, 2/6/2020] G P [audio] De dónde fue que te conocí o cómo es que llegamos aquí. Intento recordar pero a veces soy malo con algunas cosas de la memoria  
[10:52, 2/6/2020] A C: No creo que nos hayamos conocido  
[10:52, 2/6/2020] A C: Solo marcaste por error mi número  
[10:53, 2/6/2020] G P: Como es que tengo tu teléfono?  
[10:53, 2/6/2020] A C: Y se me ocurrió escribir en vez de decir ok, está equivocado  
[10:53, 2/6/2020] A C: No sé [cómo es que tienes mi teléfono]

[10:54, 2/6/2020] G P [audio] Tú conoces México, eres doctora o algo así? o tienes que ver algo con el ramo médico o biomédico?

[10:55, 2/6/2020] A C [audio] No, nada que ver. No conozco México, primero, y soy docente del área de las artes visuales... nada que ver con la medicina

[10:55, 2/6/2020] G P [audio] Es que este teléfono que yo tengo me lo prestaron porque a mi me robaron apenas dos teléfonos, así nuevos, y pues me reventó, me sacó la cresta y pues nada, ya no quise comprar uno más y en mi queja alguien me escuchó y me prestó este teléfono...

Y estaba mandándole un mensaje a una amiga para que cubriera hoy una guardia mía, este de un trabajo social, que se llama Angela C y salió tu nombre y ni siquiera vi y puse el mensaje

[10:56, 2/6/2020] A C: Noooooooo... Que buena historia

[10:56, 2/6/2020] G P [audio] Y conoces a una mexicana que se llama Isabel Cervantes? Porque te digo que este teléfono no es mío me lo prestó ella y aquí viene tu nombre entre estos contactos que están en su memoria

[10:57, 2/6/2020] A C: Mi hermano vive en México

[10:58, 2/6/2020] G P [audio] Eres artista visual, uy que chingón. Eso está bien a toda madre. Que locura

[10:58, 2/6/2020] A C: Jajajajajaja... Siiiiii... Que locura

[10:59, 2/6/2020] A C [audio] No conozco a ninguna Isabel Cervantes, que raro, y Angela C, coincide con mi nombre me llamo Angela y la C con la primera letra de mi apellido.

[10:58, 2/6/2020] G P [audio] Me encantó tanto que me quería quedar a vivir allá en Chile, pues andaba de gira con un amigo cantautor que me invitó a trabajar allá con él. Me encantó Ñuñoa, me encantó el centro, me encantó la historia, no me encantó tanto el modelo económico tampoco me gusta el de acá. Me encantó ver lleno de haitiano romper como el canon racial, me encantó dejar de ver pura gente blanca y ver a gente de color, me encantó escuchar a los venezolanos, a los colombianos, noh! Y me enamoré del pregón lleve su anticucho a una luca.

Lo que se me hace raro es que esté aquí tu nombre en este celular guardado en la memoria. Súper rarísimo!!

[10:59, 2/6/2020] G P y A C [video llamada]



Escena de la película *Nosferatu* de Werner Herzog.

## **Chupetear el piso**

Antonia Daiber

Artista visual

No es simple hablar de algo que se padece. De hecho me produce resistencia hacerlo. Quizás porque siento un hastío en estos tiempos y solo me dan ganas de huir, no de reflexionar y menos de analizar la cuarentena. Además la idea del artista, como un alma sensible hablando de su experiencia del encierro, me resulta odiosa, insoportable. Que lateros y narcisos podemos ser los artistas. Me caen mal, me caigo mal.

Por otra parte, todo lo que uno pueda decir es parcial y está teñido por la sensación presente, que varía en sus matices, pero que básicamente responde al aburrimiento, el esfuerzo diario, el encierro, la falta, la pena, la lata, la rabia. Los días son iguales, son difíciles y sobre todo no hay corte. Hace tres meses mi hija está aprendiendo los días de la semana en francés, en el colegio insisten en hacerlo. Ni ella ni sus compañeros se los saben. Ella puede recitar poemas y canciones pero los días de la semana no le interesan, no hay caso que los aprenda ¿Y por qué debería aprenderlos, si en cuarenta son todos iguales? Ni para un adulto tiene mucho sentido.

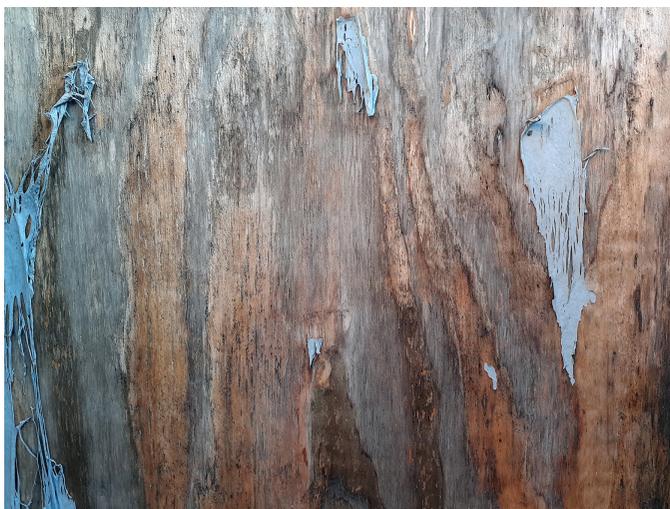
La realidad se ha vuelto absurda, ridícula y triste: una comedia negra. Hace unas semanas fui al médico a controlarme luego de la cuarta cirugía ocular. El retinólogo estaba atendiendo con la puerta abierta, vestido de astronauta con zapatillas, listo para salir arrancando. Antes de ingresar a la consulta me hizo unas preguntas a través del teléfono de la secretaria, yo escuchaba su voz doblada resonando al mismo tiempo, ya que la puerta estaba abierta. Cuando entré, porque no podía revisar mi retina por teléfono, le eché la talla y como es simpático se rió. La situación era una mezcla entre la película *Epidemia* y el teatro del absurdo. Cómo la vida en cuarentena es triste y plana como una pantalla, me reí mucho con la pelada de cable del doctor, que obviamente no he vuelto a ver ni a saber de él.

Las anécdotas divertidas son pocas. Si antes de la pandemia el sentido del humor ya era escaso, ahora ya está intubado, con ventilador mecánico. No solo se acabó el sentido del humor, se acabaron las celebraciones, los encuentros, los abrazos, los

besos, las plazas, los juegos, los cafés, los bares: se acabó la ciudad. Se mueren personas, no se hacen funerales. Se cerraron los colegios, a los niños les enseñan frente a una pantalla. La pesadilla se hizo realidad. Y cómo buena pesadilla, se alarga y no despertamos nunca.

Haciendo uso de mi permiso de doce horas para ir al médico, “hicimos trampa” como dice mi hija Amalia, y nos fuimos a subir el cerro. Ahí ella dijo que tenía ganas de estar en un lugar donde pudiéramos bailar, saltar y chupetear el piso. Pienso en esa escena tan linda de la película *Nosferatu* de Herzog, cuando la peste invade por completo la ciudad y los habitantes entregados a la muerte, bailan y cantan en una especie de catarsis o danza macabra. Un grupo de personas muy elegantes invitan a la protagonista a unirse a un banquete en medio de ataúdes y ratas. La mesa es preciosa, llena de manjares y flores, manchones de luz rebotan en algunos de los objetos. El personaje dice: “Acompáñenos, es nuestra última cena, todos tenemos la peste”.

9



Superficie de la puerta que comunica el patio con el exterior, junio 2020, Valdivia.

## **Hemisferio Sur**

Artiom Mamlai A.

Artista

En el fondo del patio de la casa –un estrecho corredor de seis metros de ancho por treinta de largo– hay una pequeña puerta. Esa puerta da acceso a un humedal. Dicen que acá las casas están montadas sobre porciones de tierra que rellenan el casi inexistente suelo. A los costados del sendero que conduce a la puerta, y que divide el patio en dos mitades, ha crecido la maleza mucho más lento de lo que se podría esperar.

En realidad es muy difícil decir donde comienza y termina el humedal. Al caminar luego de una noche de lluvia para dejar la basura orgánica en el depósito, junto a la puerta de fondo, cada paso te dice que no estas pisando sobre seguro.

Uno puede inferir que todo esto sería parte de una selva. Pero la selva fría ya no está.

Con el ir y venir por el sendero empecé a observar esa puerta. Es una puerta especialmente pequeña, hecha de terciado estructural y alguna vez pintada. Yo creo que lo primero que me llamó la atención fue que, a primera vista, era difícil saber de que madera estaba hecha. Acá la lluvia y los hongos pueden transformar cualquier superficie. La verdad es que, exceptuando las cosas que son propias de este clima, todo lo demás está sometido al más intenso régimen de corrosión o putrefacción.

Como el territorio resulta indescifrable, a veces uno tiende a buscar en los cielos algún indicio de lugar. Nada más lejano al espíritu que anima las fuerzas que se descargan sobre esta tierra, las cuales más bien serían la vívida manifestación en la tierra del inagotable y permanente cambio.

Tal vez es por esto, que en uno de los recorridos hacia la puerta creí ver un mapa. Ese fascinante artificio para mirarse en el mundo se presentó ante mi, y sobre aquella puerta pude ver el hemisferio sur, en una tarde cualquiera, y a pocos días de desdibujarse por completo.



*S/T* (1981), pintura realizada por Miguel Soto Vidal, profesor de anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Este cuadro representa en palabras del artista “un bosque que muere y detrás uno que renace, un renoval”.

## Malus Doméstica

Aymara Zegers Müller

Artista Visual

Adormecida me acerco a la ventana para mirar el manzano del jardín de al lado. Me detengo en su forma equilibradamente expansiva. El árbol ramificaba zigzagueante sus extremidades delgadas y flexibles, escondiendo su centro. Mutaba de lo florido a pequeños y ácidos frutos, variedad chilota que debe haber llegado hace dos generaciones como esquejes o semillas. Durante los meses de invierno, el manzano se copaba con el trinar de cachañas y tordos. Un manzano puede vivir más de cien años pero no es productivo toda su vida.

Me encuentro con un texto sobre la sociedad de la manzana chichera en Chiloé<sup>1</sup>, que relata la importancia de este frutal como pieza clave en el entramado comunitario. Los manzanos aparecían en los testamentos como un bien diferenciado a la propiedad de la tierra, se podían traspasar sus cosechas hasta tres generaciones. Los robos de manzanas eran sancionados y cuando caía un árbol debía repartirse en partes equitativas. Los manzanos son árboles que cumplen un rol social y de cooperación económica entre las quintas, reuniéndose las comunidades en festividades voluptuosas de cosechas y preparaciones fermentadas. Hasta ahora, se han detectado trece variedades de manzanas, todas con nombres sugerentes a sus formas y sabores: candelaria, febrera, tomate, rosa, trompuda, limón, dulce-amarga, ñata, cabeza de guagua, camuesta, ají, fierro y reineta. Algunas son mejores para la sidra, otras para empanadas y tartas o para hacer conservas que abastecerán las despensas durante los meses de invierno.

Trascurrida la mañana, me asomo nuevamente por la ventana, miro el manzano y sueño despierta que éste cruza el cerco como un árbol caminante para trasplantarse en mi jardín. Imagino que avanza como la *Socratea exorrhiza*, también llamada “palmera que camina”, plantas arborescentes que se distribuyen en las selvas tropicales de América Central y América del Sur. Estas palmeras avanzan como arañas, con una lentitud imperceptible buscan una mejor fuente de luz y suelos menos erosionados, generando nuevas raíces y dejando atrás las que ya no le son útiles en un enrarecido desplazamiento. Las raíces afrodisiacas de estas palmeras, de las cuales también se hacen infusiones para curar afecciones hepáticas, quedan al descubierto asimilándose al sistema circulatorio animal, “venas” y “arterias” que levantan la planta de la tierra.

---

<sup>1</sup> Amalia Castro San Carlos, “La sociedad de la manzana chichera. Chiloé, 1849-1924”. Proyecto Fondecyt 11160222 “Chicha de manzana de Chiloé, el descubrimiento de un producto típico chileno: 1826-1950” (2016-2019) DOI <https://doi.org/10.35588/rivar.v7i20.4487> · ISSN 0719-4994 / RIVAR Vol. 7, n° 20. Mayo 2020

El manzano del patio vecino fue talado torpemente durante los días siguientes. Su volumen desaparecía de a poco, a hachazos, más cerca del suelo, cada vez más pequeño. Sólo se conservan sus manzanas cosechadas hace algunas semanas. Sin saber que serían las últimas, ahora fermentan en una chuica de cinco litros. *¿Qué puede haber más íntimo, más esencial a los cuerpos que acontecimientos como creer, empequeñecer o ser cortado?* (Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*).

...

Un grupo de golondrinas se posa sobre el cerco en el mismo momento en que el mar pierde su profundidad. Un bloque líquido en suspensión, proyecta como una pantalla de plata el ocaso del día. Se levanta un colosal espejo de consistencia cambiante, densificándose como una gran placa metálica iridiscente. La iridiscencia es una especie de pacto óptico entre la dirección de la superficie que refleja la luz y la posición del que observa. La iridiscencia en las plumas desaparece cuando se sumergen en el agua. Al abrir un cadáver, podemos observar las fascias entre los músculos como un velo multicolor -verdes, púrpuras y rosas- que irán mutando según el movimiento de la mirada. En el taller espera una cachaña para ser descarnada y esqueletizada. Esta cotorra fue encontrada junto a otras treinta y seis, las que seguramente componían una bandada, todas repartidas sobre un camino de ripio aledaño al cerro Palomares. La distancia entre cada cuerpo era de un orden azaroso, similar a las manzanas que caen maduras del árbol, de un color verde que se degrada al rojo. Recogimos cada cachaña como quien recoge los frutos del suelo, algunas se encontraban en la mitad de la ruta, otras habían sido proyectadas hacia sus costados, quedando escondidas entre arbustos cubiertos de polvo y un cerco de alambre. Las guardamos cuidadosamente en una caja para llevarlas al museo.

El cerro Palomares es uno de los puntos más altos del seno Otway. Su último tercio, una cornisa trazada geológicamente por una gran grieta de concavidades torcidas, sirve de posadero para una numerosa colonia de cóndores. Estas aves sólo utilizan dichas formaciones rocosas para descansar y reunirse con otras de su especie. Por el contrario, al momento de anidar, lo hacen a cientos de kilómetros de distancia de ese lugar. Cuando las crías están capacitadas para volar, se dirigirá la familia completa de vuelta al posadero, que cumple la función de una “escuela” de cóndores. Descansan,

buscan sus presas y se alimentan en grupo, pero a pesar de ser animales con comportamientos gregarios, nunca tienden a apiñarse entre sí como lo hacen pingüinos y cormoranes. Cada cóndor se distancia del otro eligiendo una gruta desde la que observan el paisaje, unificándose en una sola mirada vigilante.

Subimos casi hasta el límite de las formaciones rocosas. De a poco comenzaron a acercarse los gigantescos pájaros en un vuelo arremolinado, hasta detenerse suspendidos frente a nosotros. Nos miraban con curiosidad, me imagino que para saber si estábamos vivos o ya éramos un cadáver disponible. Esta situación de suspensión, daba la curiosa sensación de inmovilidad que sienten los navegantes en mar abierto, a pesar o por consecuencia del desplazamiento constante y monótono de la nave. Nos encontrábamos navegando en un gran barco pétreo que se movía al unísono de estas aves con apariencia prehistórica.

...

Desconcentrada con el ruido de una motosierra, intento describir una pintura de paisaje pantanoso realizada por Miguel Soto Vidal, profesor de anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Este pantano intuitivo, está pintado con una generosa aplicación de óleo sobre tela asimilándose a un paisaje *brailesco* (así lo señala él mismo con humor) que, al tacto y con los ojos cerrados fácilmente podríamos adivinar. La caída de los residuos vegetales quedan estratificados en la mezcla oleosa de verdes y marrones, cubiertos por un cielo ceniciento. La sinuosidad de las formas orgánicas, evocan la superficie de los paisajes artificiales de acuarios que imitan arrecifes mediante materias resinosas o cementosas, único hábitat donde madréporas y gastrópodos pueden asentarse. Bosques apantados y arreglos florales lúgubres, se materializan entre preparados cadavéricos, disecciones y tinciones celulares, como pinturas ectoplásmicas de fluidos etéricos y semimateriales, emanan de los cuerpos inmóviles o del trance del oficio anatómico, cuya función es detener el paso del tiempo ante el inminente deterioro celular.

Dejo este texto inconcluso para ir a construir un muñeco de paja, que también rellenaré con romero, ramas de manzano, excrementos de conejo y un paño de cocina que acabo de quemar por equivocación. Lo coronaré con una mascarilla quirúrgica para poder exorcizar, en una gran hoguera, esta plaga de pájaros de mal agüero en tiempos plutónicos.



*Sombras de nosotros mismos.* Experiencias visuales en una cueva de 70 m<sup>2</sup>. Viena, Austria, 2020.

## Weitergehen

Bárbara Palomino Ruiz

Artista Visual

7:30 am

Marzo de 2020 en la ciudad de Viena, Austria.

Temperatura ambiental entre 10 y 16 grados Celsius.

70m<sup>2</sup>

Velocidad Internet 7.6 Mbps

¿Dónde me instalo?

¿Cambiamos de lugar hoy?

Ducharse.

Vestirse.

Preparar café.

8:45 am

Sala.

Sobre la mesa del escritorio-comedor hay un computador personal, cuadernos, libros, diccionario, audífonos, una taza de café, papeles varios.

Actualizar software. Actualizar esta noche.

Aceptar cookies. No.

Aceptar condiciones de privacidad. Aceptar.

Aceptar acceso a audio.

Aceptar acceso a cámara de video.

Revisar email. Bajar archivos.

Zoom.

Conectada.

Bloquear audio. Bloquear cámara

Una mano digita, la otra sostiene una taza de café.

09:00 am

Sala.

Desbloquear audio. Desbloquear cámara

Se abren más de 10 ventanas con rostros desconocidos en la pantalla del computador.

Mi propia imagen en una de las ventanas.

La clase comienza.

El primer diálogo es siempre el mismo pero el interés de los interlocutores es siempre distinto.

Algunas ventanas no contienen imagen, solo nombres: Mahmed, Dmitri, Dhuha, Sara

Comenzamos por presentarnos, todos en alemán.

El alemán de cada uno tiene una textura sonora particular.

Unirse a la sala 1.

Aceptar.

Tres ventanas. Tres rostros. Tres fondos: estantes de cocina, un muro en el que cuelga una bicicleta, una repisa con libros.

Hablamos sobre la vida en casa, el desempleo, la situación en el país de origen, el uso político de la situación, los privilegios, las incertidumbres. Conversamos sobre la familia, la gramática alemana, sobre cuánto llevamos viviendo aquí y cuándo, pensamos, volveremos a la normalidad.

Regresar a la sala principal.

Todos limpiamos nuestras casas en el primer día de cuarentena.

Todos intentamos cocinar algo especial durante la primera semana:  
un pastel, pan, masa para pasta.

6:30 pm

Calle.

Canal.

Parque.

Muchas personas más haciendo deportes.

Mantener la distancia al correr.

Mantener la distancia a la espera de la luz verde del semáforo.

Cada minuto se siente una sirena de policía.

Cada minuto.

Mantener la distancia.

Respirar.

Todos nos miramos entre ojos.

Con sospecha de algo.

09:00 pm

¿Cambiamos de lugar?

Dormitorio.

Escritorio.

Desbloquear audio. Desbloquear cámara

Se abren más de 10 ventanas con rostros conocidos en la pantalla de mi computador.

Mi propia imagen en una de ellas.

Abrir otra ventana. Ver el mensaje en Trello.

El primer diálogo es siempre el mismo pero el interés de los interlocutores es siempre distinto.

Comenzamos por organizarnos en la cooperativa.

Comenzamos en alemán. Cambiamos al inglés.

Abrir Google docs.

Compartir pantalla.

Unirse a la sala 01.

Aceptar.

Discutir.

Llegar a un acuerdo.

Desde las 7:30 am hasta las 6:28 pm frente a la pantalla del computador.

Desde las 7:30 am hasta las 01:00 am frente a una pantalla

Trabajando

Aprendiendo.

Mandando mensajes.

“Conectada”.

Viendo películas que sabemos veremos nuevamente en el cine,  
porque ya no vemos ahora, aunque queramos ver.  
Porque sabemos que fueron hechas para verlas en el teatro, en una sala oscura,  
en colectividad.

Sentada en la silla del escritorio.  
Sentada en el sofá.  
Sentada sobre la alfombra.  
Sentada sobre la cama.  
Sentada en el banco del comedor.  
Sentada en el banco de la plaza.  
Sentada en silla de bicicleta.  
Caminando por la calle.  
Pienso en los que están solos.  
Pienso en los que están lejos.  
Pienso en los que están demasiado juntos.  
Pienso que igual no tenemos tiempo.  
Pienso en mi familia.  
Pienso en cómo será la experiencia de viajar de nuevo.  
Sigo trabajando en mi web, en la de una colega, en la de la cooperativa.  
Sigo editando, mis videos, los clips de una colega, las fotos del último evento.  
Pienso en la trampa de la productividad.  
Pienso en mi precariedad como artista.  
Pienso en la precariedad de otros.  
Pienso en qué pasa detrás de un muro cualquiera.  
Pienso en los vecinos.  
Pienso que me gustaría volver a tejer un tapiz.  
Pienso en qué es el tiempo.  
Pienso en ir a trabajar a una granja.  
Pienso en que debo seguir con mis clases de alemán.  
Pienso cuándo podrán volver a retomar las filmaciones.  
Pienso en el exceso de imágenes.

09 de junio de 2020 en la ciudad de Viena, Austria.  
Nuevamente en la pantalla del computador.  
Una ventana, la de una hoja en blanco.  
623,7 cm<sup>2</sup>.  
Escribo en un idioma que se ha convertido en una lengua extraña,  
entremezclada,  
que ya no corresponde a nada.  
Comienzo la pasantía de una beca.  
Hacemos un festival de arte en una vitrina,  
detrás de un vidrio.  
Concebimos una nueva web.  
Pienso que vuelvo al pasado, cuando debería dirigirme al futuro.  
La temperatura a variado, va de 17 a 24 grados Celsius.  
Llueve.  
Solo no han abierto los cines.  
Pero seguimos enmascarados.

12



“Planta de interior: la dedalera”.

## **Pensamiento esencial**

Bruno Cuneo

Poeta y Teórico del Arte

Pensamiento esencial: la dedalera  
he estado queriendo adornar mi mente  
con otras cosas que muebles  
por ej. un risco, una ola, un peñasco  
algo infinito a escala manejable  
como un océano, navegado e inmóvil  
en una bañera.

Piensa tú si mañana  
ya nada amanece  
y la realidad se repliega  
y el mundo se agosta:  
pon primero una vela y luego pon agua  
forma un plano esencial  
y añade allí lo que quieras:  
graznidos, bocinas, timbres  
algo que vaya en la dirección del viento  
y te lo recuerde.

13



Hermine "Miep" Santrouschitz. La primera línea desde antes y otros mucho antes y hoy tantos más.

## **vuelo \***

camila couve carrasco  
sin profesión

yo un día me fui

lejos para recorrer el mundo plano en mi visión joven y  
aventurera.

todo se me daba como regalo abierto; otro país, otro continente,  
otro color circulante en la tierra roja de una isla mínima en  
medio del atlántico.

viajar por primera vez era llenar una maleta con lo  
imprescindible, tener un pasaporte nuevo con muchas páginas  
en blanco y una foto cuadrada de mi rostro sonriente; me iba  
lejos.

la libertad de mis pasos no se regían por ninguna limitación,  
tenía las herramientas emocionales para soportar la  
incertidumbre en espacios desconocidos; tenía inconsciencia  
a raudales y la piel nueva.

no necesitaba nada porque todo se me había dado, con los  
brazos estirados, y yo lo había recibido sin cuestionar, sin  
preguntar de dónde venía, y sin sospechar siquiera a quién  
estaba perjudicando, mientras palpitaba en mi pequeña y cálida  
burbuja familiar.

el avión era enorme y se podía fumar.

mis únicos recorridos largos habían sido siempre dentro de  
un radio no mayor a varias cuadras de mi barrio natal.

todo me estremecía, todo me hablaba, todo relucía.

hice amigos del alma en menos de 12 horas dentro de un hábitat  
metálico, estrecho e incómodo.

---

\* El interlineado simple de la aplicación Microsoft Word del computador de Camila Couve es más reducido que el del resto de quienes escribieron, por lo tanto, habiendo ella respetado el máximo de tres páginas, su texto fue más extenso que el de los demás.

el día de la partida, en un aeropuerto desocupado de turistas extremos, mi mamá me sujetó entre sus brazos con un apego desesperado y me acarició la cabeza; yo me solté; con la risa dibujada permanente le dije que no se preocupara, que todo iba a salir bien.

su cara desencajada me contaba cosas distintas que no quise escuchar.

tarde me contaron, cuando el pájaro alado y brillante despegó, que se había abrazado a una columna de cemento dentro de la inmensa estación de filas y maletas. y sollozó.

hace 3 décadas partir no era el problema. las comunicaciones estaban limitadas a una carta de papel con letra poco legible que se deslizaba bajo la puerta del departamento en forma rectangular con estampillas de imágenes institucionales, cada 15 días sin faltar nunca una.

mientras yo reconocía el nuevo mundo al revés, con un cumpleaños a 30 grados en pleno agosto; las cartas se hacían más gruesas y entre medio paquetes abultados con un cassette y las voces de la familia, cantos y poesías de la mamá que sostenía en secreto un llanto entrecortado, intermitente.

Su única hija se había ido lejos y no dimensionaba el dolor ni la distancia.

un día llegó ella también a visitarme. mismo aeropuerto, mismo avión. tres meses encantadores compartimos sin mencionar la soledad, el abandono del nido, la lejanía;

ni la melancolía que cubría su rostro mientras la estadía se iba achicando y el tiempo de visita se terminaba. su partida me pareció buena, para sostener mi intempestiva independencia, no sentir, no volver la mirada, no pensar.

con 20 años uno puede hacer cualquier cosa que tenga forma de flecha recta a alta velocidad, sin un punto fijo donde clavarse. pasaron muchos días, quizás casi un año, y comencé a sentir su ausencia, sus límites en forma de reglas y normas, sus ojos celestes vigilando mi estatura, su voz amable y severa. su sonrisa atenuando mis llantos adolescentes, mis zapatos nuevos en navidad.

empecé a entender muchas cosas, cosas que hoy puedo esclarecer sintiendo sus largas noches en vela, mientras pensaba frenéticamente en mi y mi destino necesario. veo ahora su generoso dolor y su silencio pausado disfrazado de letras, noticias y regalos en forma de correos y mis llamadas telefónicas desde cabinas públicas con monedas redondas por cobro revertido.

las madres hacen concesiones con los hijos cuando éstos tienen que ser los que quieren ser.  
éramos las únicas para la otra.

la fina membrana de la melancolía tomó el mismo avión. llegó una mañana clara mientras paseaba en la feria de antigüedades de los domingos en el pueblito del norte de la isla. puede haber sido un objeto, una pequeña campanilla con mango de madera o un caballito de bronce soportando el peso en sus patas traseras, o esa lamparilla de velador con un ribete azul en la pantalla. pensé que se iría tal cual había llegado una vez saliera de ese lugar, de esos objetos que gatillaron un mecanismo de pena diluida para instalarse en la vida cotidiana y todo se me volvió recuerdo y nada se mantuvo cómo olvido.

poco a poco fue invadiendo la cama, el espejo, las verduras y el pasillo hasta el ascensor.

había traspasado la novedad, había probado ser una sola, audaz y valiente y había tomado el control del futuro desconocido.

entonces llegó la carta distinta, un día cualquiera, la carta amarilla con un poema y su letra que goteaba con dulzura rogativa su amor incondicional.

lo entendí muchos años después cuando fue ella la que se fue lejos sin pasaporte ni regreso.

en estos días de incertidumbre de los abrazos que vendrán y cómo volverán, puedo sentir su sollozo en ese aeropuerto 35 años atrás.

mi vínculo se rompió en pedazos, unos que todavía no sé cómo pegar ni dónde buscar.

la muerte es mi certeza que aprendí habiendo dado toda la vuelta, larga y sinuosa.

hoy los recuerdos son siempre en el mismo tono, una mezcla al óleo que representa fugaces estallidos en visiones de casas, de rostros de amigos, de comidas en una mesa, de calles con arena en el borde, de tardes con un sol en otro horizonte y una caja de cartón improvisada, lugar de resguardo de las miles de cartas con fechas establecidas en un cálculo amoroso, insistente y permanente.

ahí siguen, me acompañan a dónde voy, sus páginas se han ido decolorando, los bordes se han vuelto de un tono ocre y huelen a otro tiempo.

hoy, en el encierro, en las miles de cifras que no son números, la única que vuelvo a leer una y otra vez es ésta, la que me hizo entender lo que tuve y ya no tengo y que no sé cómo recuperar.

*A mi Camil*

*“Mi madre me tuvo a mí  
en su amplio vientre plural,  
yo no me le parecí.  
yo, la unilateral  
desde mi estrecho cubil  
di a luz una sin igual  
belleza que concebí  
del hombre que hube de amar.  
Pues todo fruto mejor  
proviene de aquel amor  
que no guarda para sí,  
nació una niña a bailar  
paloma blanca, alelí  
alada, tensa, floral  
enhiesta y alabastril.  
Y yo no pude la guardar.  
Miró el cielo desde el azul  
De cielo de su mirar,  
Se dio impulso con un pie  
Y pronto se echó a volar.  
Tomó barcos, subió a avión  
—hacia atrás no hay que mirar—  
Traspuso océano y redondeó  
Vasto horizonte de columpiar.  
Colores mil de amanecer  
Le salieron a encontrar  
Y le crecen sin cesar  
Futuros que no entendí.  
Sedes de otro lugar.*

*Por nombre le di Camil.  
Le di por nombre Camil  
Por lo blanco de su piel  
O fue porque su parpàd  
Era suave como un petàl  
O su manita en la almohàd,  
Era un reposo de flor;  
Gracia liviana y blandar  
De lo divino en lo cotidiàn.  
Muy islas recorrió  
Muy playas, salares, volcàn.  
Su pie de gracia pueril,  
Donde no lo ve mi plan.*

*(las madres nos quedamos  
en los puertos a llorar  
las niñas salen de prisa  
por corredores, al mar)  
no es cosa que se entienda  
Es cosa que hay que admitir  
cosas que ni horóscopos  
sabrían dilucidar  
Candil de mi fe cerril  
mi prodigio y maravil  
Niña tensa y hablantina  
Como cuerda de violín  
Niña esbelta y que ciñes  
Las estrellas por cintil,  
que las playas se te extiendan  
y caminos hasta aquí.  
Niña a la que di por nombre  
El dulce y grácil de Camil  
Ven por verte y ver si eras  
La misma niña que parí”.*

14



“Un camino largo, larguísimo, que no puedes sino recorrer.” Ilustración realizada tras dos meses del período de confinamiento producto de una pandemia. Santiago de Chile. Año 2020.

## **En tránsito**

Camila Díaz H.

Profesora de Artes Visuales e Ilustradora

¿Conoces la paradoja de los gemelos? La paradoja expone que el tiempo es relativo. Si esto es así, el gemelo que viaja a una velocidad cercana a la de la luz, a su regreso al planeta, encontrará a su hermano envejecido. Por el contrario, el gemelo que se ha quedado en la Tierra –atrapado por el tiempo desde la perspectiva del mellizo viajero– en su hermano hallará prácticamente al mismo joven del que se había despedido hace tanto.

Aquí, en cambio, con apenas la mitad del trayecto recorrido, pienso en mi gemela de la Tierra. Nosotras no nos despedimos. En el apuro del viaje no alcancé a decirle que me iba. Para ella yo me habré ido, así sin más. Es exactamente como fue, así sin más. Me levanto un día y obedezco *porque-sí* a la voz que me dice: “Ordena tus cosas, nos vamos.”. Unos segundos después estoy dentro de una nave que me lleva quizás adónde. A cada pregunta que me hago, menos sentido le encuentro; y si me opongo, más me duele. Me azoté contra las paredes alrededor junto con cada reclamo. No quiero hacerme daño, llegar malherida o muerta adonde voy, es una pésima idea. Mejor aprovecho este interludio y me preparo.

Por si acaso, mejor lo leo. Por si acaso, mejor lo veo.  
Por si acaso, mejor entreno. Por si acaso, mejor lo  
aprendo. En lugar de tener más tiempo, me apuro  
cada día por leer esos libros que tenía pendiente y por  
estudiar eso que necesitaba saber pero que dejaba a la  
mitad por el cansancio acumulado del día. Tengo menos  
tiempo que nunca. Este viaje a *no-sé-dónde* podría  
terminar mañana y aún me falta completar un par de  
faenas. Puede que todo esto sea lo que alguna vez  
imaginé como “el momento perfecto”. Sin embargo,  
para sobrevivir al momento perfecto es fundamental  
mantener una rutina, en una situación como esta no  
puedo permitirme el lujo de hacerle caso al capricho  
con el que me despierte. “Come bien”, “Trabaja”,  
“Muévete”, “Levántate temprano y acuéstate con  
sueño”, “Si te gusta lo que ves, píntalo sin falta”.

Uno de estos días, mirando el paisaje de la ventana,  
de pronto sentí que una montaña se repetía, como  
en las caricaturas. Para ahorrar en el presupuesto  
de *Escenarios*, detrás de un personaje que camina  
pegaban una y otra vez los mismos árboles o casas. No  
importaba si alguien se daba cuenta, a fin de cuentas a  
lo que debías prestar atención era al protagonista.  
Los paisajes allí afuera se sobreponen tan rápido como  
creo que avanzo. Si se mueven ellos, me muevo yo, o  
nos movemos los dos, no merece ni la pregunta. Me

recito a mí misma: “no puedo perder el tiempo en meditaciones como esa”. Pero esta postura rígida e insensible se suaviza antes de dormir: Recuerdo a mi gemela, me pregunto por mi familia, mis amigos, y en lugar de desearles un buen pasar más bien espero que se hayan ido de viaje también. Así, si un día volvemos a vernos, encontraré a otras personas. Nos contaremos historias nuevas y quizás tengamos que conocernos otra vez. ¿No has percibido en la mirada de la gente un cambio extraño después de mucho tiempo sin verse? Eso quiero sentir, que ya no nos reconocemos, que nos parecemos a alguien del pasado pero no lo somos.

Me di cuenta que este viaje es sólo de ida: Aún si esta nave intenta llevarme al punto de partida, habrá pasado tanto tiempo que ese lugar ya no existe porque un punto es un instante. El panorama que me circunde entonces, sin duda será otro mundo. Habrán brotado plantas donde no las había, le habrán salido limones al árbol de mi patio, incluso es posible que al fin haya muerto la ruda del antejardín producto de las malas energías de la vecina; habrá niños nacidos y gente que ya no es parte del paisaje.

Basta de ensueños, miro por la ventana pero sin fijar la vista.



Metro U. Chile, marzo 2020.

## **Laberinto de Espejos**

Camila Estrella

Artista e investigadora

*Atrapados en el laberinto de espejos  
Junto a Chaplin y el policía  
Atrapados en el ascensor  
Que nos refleja al infinito*

Poco a poco es más claro saber que no se puede hablar de encierro estando encerrado, así como no se puede hablar del parto pariendo, o del duelo en el funeral, así como es difícil decir donde comienza o termina el deseo. Las certezas de eso se hacen cada vez más claras, no está ni el ánimo, ni la claridad necesarias para detenerse a urdir un pensamiento no errático. La tendencia es más bien la necesidad de huída, pensar en lugares lejanos, huir hacia los recuerdos remotos, a los 18 años, a distintos lugares de Chile, a la vida en el extranjero, huir gracias a los viajes realizados.

Vienen muchos sueños y recuerdos a poblar este encierro. No es el aislamiento normal, ni el necesario para escribir, no es la torre de Montaigne. No es la decisión voluntaria de enclaustrarse, ni menos la prisión total que impone horarios, turnos y trabajos, no podemos ser nuestros propios carceleros.

En la necesidad de escape, se presenta la ficción como el gran recurso, nunca antes se la ha comprendido tan bien, nunca antes se la necesitó tanto. El esfuerzo de hacer ficción es enorme sino imposible, porque los mundos o abismos más extraños suelen convertirse en metáforas del nuestro, tan difícil es salir de él.

La huída mental continúa y llega a otros encierros, a otras oscuridades, queriendo comparar, quizás, o queriendo decir: ya has pasado por esto, no es tan grave, has pasado peores. A esa memoria exhaustiva se añade una aguda observación del entorno que también devuelve la certeza en que todo va cambiando, esa sensación de un día es igual al otro es bien falaciosa, el tedio vendría a ser un invento para justificar tediosas actitudes.

Aparecen los vecinos nunca antes vistos, el crecimiento y florecimiento de las plantas, los cambios atmosféricos, los cambios de ánimo, una constante renovación de los comportamientos del aire, la luz y de los seres frente a ellos. Cuanto más grande es la observación la ansiedad se anula, la observación todo lo conecta, reconcilia, revela.

Esa observación rescatada es lo esencial para el despliegue de todo conocimiento, de toda ciencia, de todo arte. Una introspección insospechada que lleva a entrar en cuartos que están dentro de otros cuartos remotos de la infancia, de la historia, de dolores que hoy pueden ser mejor comprendidos o digeridos.

También hay algo de exaltación por vivir lo inédito, por estar en un estado que hace evidente lo impredecible que es todo. Hay ciertos alivios de las rutinas normales, alivio de no cumplir con ciertos compromisos, alivio de no tener que ver a ciertas personas o de tener que ir a ciertos lugares. Alivio que pronto puede convertirse en carencia y nostalgia de esa vida que parece no poder retomarse. Pero aparecen otras rutinas, somos animales de costumbres y rutinas y las vamos a construir bajo cualquier contexto y condición, es así como hemos llegado hasta este siglo; generaciones de sobrevivientes.

Y, no deja de ser atrayente ver a la ciudad vacía. Que pudiera quedar sola sería llegar a conocer un imposible. No deja de ser atrayente la idea de variación extrema, la incertidumbre de la post eclosión, esa posteridad que no es más que la constante incertidumbre de los actos en cada historia de vida.

16



Rara conjugación de azar, voracidad inmobiliaria y fenómenos ópticos. Sobre el muro del departamento, un edificio distante refleja desde su último piso un último rayo de sol exhausto, aun cuando este sol ya se ha escondido para los habitantes de este departamento.

## Declinación sur

Camila Moya Naulin

Artista Visual

La invitación a escribir este texto lleva contenida en sí la premisa según la cual aun en la manifestación más nimia de la cotidianidad estaría alojada la cifra del mundo que hace esta cotidianidad posible. Que sólo haría falta un ojo avisado para hacer de esos detalles un asunto o, en este caso, un texto legible. Y que por esa razón este texto tendría sentido de ser escrito y leído; este sería capaz de hablar tangencialmente, en sus enunciaciones y sus omisiones, de aquello que todos quisiéramos nombrar con palabras claras con las que, sin embargo, nunca damos.

En mi caso, ha habido una coincidencia entre el mandato del *quédate-en-casa*, del extrañamiento del mundo exterior y mi creciente incapacidad de entender lo que está pasando, de comprenderlo, de abarcarlo. Quizás haya un par de cosas bastante triviales (y aquí temo estar pecando de idiota\*) a través de las cuales he logrado relacionarme con ese mundo exterior desde la experiencia directa, sin ninguna clase de *distanciamiento* ni vía remota. A saber: por primera vez entiendo la órbita del sol en el cielo. Ya sé, el sol no orbita; a eso se le llama “movimiento aparente” del sol desde la tierra. Y sí: probablemente no entienda en realidad nada sobre traslación, ni de latitudes, trópicos, precesión, afelio y perihelio, pero he constatado sus cambios estos días; los he seguido con persistencia, y creo que eso acarrea cierta forma de entendimiento.

Entonces ya no sé si estoy hablando de un fenómeno planetario o domiciliario; al parecer son simultáneos. El sol gira hoy en torno a mi jurisdicción tanto como lo hacía en los tiempos anteriores a Copérnico.

Así pues, gracias a un prodigio del lenguaje, el sol efectivamente *entra* en mi morada. Muy avanzada la mañana entra recién por la ventana que da al oriente, y muy avanzada la tarde ilumina las piezas del lado opuesto, las que dan a la calle. Ambos momentos duran unos minutos demasiado escasos para mi gusto; el intervalo de luz solar entre el borde superior de la ventana poniente hasta las fachadas de enfrente, ese ángulo que permite la entrada de la luz en mi mundo, es demasiado breve.

---

\*En el sentido griego, Wikipedia define al idiota como “un ciudadano privado y egoísta que no se ocupaba de los asuntos públicos.”

“Solsticio de invierno, 0 grados de Cáncer, zona de declinación norte”.

Creo que he llegado a entender o al menos a ser capaz de prever la trayectoria del sol y su posición en el cielo en cierto momento dado del día, y de adivinar el declive progresivo de este trazado conforme se acerca el solsticio. Así, sé que a las diez *ante meridiem* estará escondido detrás de un edificio de 20 pisos; sé que a las cinco y quince de la tarde estará a punto de desaparecer tras el horizonte ralo de latas de zinc. Y sé que mañana lo hará incluso un poco antes. Sentada en mi escritorio constato el ocaso día tras día con sólo girar mi cabeza hacia el oeste; *cada día* unos minutos antes que el día anterior. El rectángulo de luz proyectado sobre el blanco y frío muro sur del taller, el que me indica con más insistencia el paso del tiempo, aparece cada día más angosto, más pálido, más arrinconado.

Hace poco vi un video donde explicaban el fenómeno. El observador imaginario número 1 miraba *desde el sol* los cambios de la luz solar incidiendo sobre la tierra en las distintas estaciones del año: “dado que mira la tierra desde el sol, el observador 1 siempre ve a la tierra completamente iluminada”. El observador imaginario número 2 miraba los mismos cambios pero siguiendo apretadamente a la tierra en su traslación por la eclíptica. El resultado era muy ilustrativo, muy didáctico; ambas posiciones eran por completo virtuales, imposibles. El único lugar desde donde constatamos el “paso” del sol, o al menos el común de los mortales, es desde la tierra firme.

Desde que era chica mi madre siempre habló mucho de “sol oriente” o “ventana sur”, ese tipo de vocabulario referido a la orientación de las casas respecto del único y gran astro primordial. Estirando un poco el concepto, estas expresiones formaban parte de algo así como mi “lengua materna”, esa que es entrañable y que se aprende sin miramientos. Creo que siempre la usé como el mero empleo de un vocabulario raro, pero hizo falta sufrir los rigores de un muro sur, rastrear el morbosos decaimiento del sol y el adelgazamiento de la luz conforme se acerca la mitad del año austral para empezar a llenar ese vocabulario de sentido.

El solsticio de invierno marca el punto más bajo del sol en el cielo meridional y sus rayos son más oblicuos que en todo el resto del año. Para el hemisferio sur, también cercano a estas fechas la tierra alcanza el punto más distante al sol en su devenir por la órbita excéntrica. Por razones inescrutables que no entiendo, los solsticios y equinoccios varían ligeramente de fecha de un año al otro, porque los movimientos que comportan este periplo no son perfectamente uniformes.

“El 21 de junio los rayos solares son perpendiculares al trópico de Cáncer.”

El invierno siempre me había llegado sin darme cuenta de lo que estaba pasando: de repente hacía frío. Y sin haber acusado recibo aun, las puertas de madera ya se habían vuelto intratables, atacadas por la humedad, como si fueran viejas con reumatismo. Era inquietante pero habitual la sensación de constatar sus efectos sin saber bien en qué momento habían comenzado a hacerse presentes, ¿cuánto tiempo lleva esto así? Hoy en cambio –y sueño aquí como otra vieja, que repasa su vida para atrás con nostalgia y detenimiento– cada variación de los ciclos regulares del día y de la trayectoria solar hace las delicias de mis observaciones diletantes.

Hay algo sugerente en la coincidencia más o menos exacta de la declinación máxima del sol en el cielo y la mitad del calendario gregoriano para esta parte del planeta. Es como si fuera un período de tránsito por excelencia; un pasaje, un purgatorio, una hondonada entre dos lomas. Como oriunda y residente del hemisferio austral siempre he percibido el invierno de esa manera. Siempre tuvo pleno sentido que los animales hibernaran, porque atravesaban así incólumes ese punto muerto de medianía entre dos cumbres de luz.

Hace poco me hice consciente de este transcurso, de este devenir solar y de sus pronósticos: pronto será el día más corto del año con su respectiva noche más larga. Su inminencia alimenta esa fantasía según la cual día tras día y de manera irremediable el sol iría menguando, sin pausa y sin retorno; día tras día desaparecería tras el horizonte un minuto antes que el día anterior, hasta las últimas consecuencias lógicas; esa figura tan empleada por los filósofos escépticos, por los predicadores temerosos, por los letristas de canciones cursis: el día que el sol no salga.

El solsticio de invierno marca el día más corto del año, de lo cual se desprende que los días que le sigan empezarán gradualmente a alargarse: el segundo día del invierno, podríamos decir, ya es *menos invierno* que el primero. Su nacimiento, como todas las estaciones, ya trae consigo su propia cuenta regresiva, es el principio de su fin. Así que espero (o debería decir: sé) que para los días en que este texto se encuentre haciéndose camino hacia su destino final, ya podré estar examinando cielos renovados, haces de luz de los que no me acordaba, nuevos rectángulos de sol que se extienden sobre la pared; el desandar minucioso de ese ciclo que oscila entre la luz y la oscuridad.

17



Vista de un 16° piso.

## **Lentitud...**

Carlos Ossa  
Profesor

Al otro, a López, es a quien le ocurren las cosas. Yo, vencido por Santiago lo recorro rápido para evitar su insomnio. A veces detengo el tiempo y aventuro el anciano que seré. De López tengo noticias varias, la mayoría por internet: clasificó un cuento triste en un concurso infame, publicó un libro de política y aparece en un listado de profesores. A mí me gusta saber de él, no me quiero, y seguirlo me entristece menos. Lo visito para envidiar su aburrida vocación de alcohol y libros. Me gusta beber con él, nada es hostil entre nosotros cuando nos encontramos, nada es digno cuando nos despedimos. Yo, trabajo resignado en un empleo de ahora y no después y López, atesora un prestigio pueril, lo entiendo, desconfía y necesita. Alguna vez, escribió un par de frases únicas que repite con devoción y peligro.

López, me ha contado de un Borges que hace lo mismo –literariamente hablando–, pero se fue quedando ciego y debió vivir en un país donde los asesinos se volvieron viejos y exitosos. Obligado a navegar entre mascarillas sólo aguardo una hora gentil para irme. López, desprecia y nada más. En cambio, yo, espero acumular un odio que le sobreviva, no me hago ilusiones, aquí todo es perdonado en la televisión.

Descubro que López ha tramado este texto. Me cuenta que ha comenzado a leer cosas esotéricas y persevera en ser auténtico, pero con una inusual candidez confiesa sólo logros literarios. Yo he de quedar en López y no en mí, pero la idea no me agrada, porque sé que él la leyó en El Hacedor. Yo, soy falso pero no un plagio y López, pretende una suplantación sin errores...

Hoy, que la lluvia sucede en el pasado, me encontré con su cadáver –por supuesto no era él– pero igual murió. Después de años se libró de mí y tapo los espejos para no repetir su imagen. Muerto y largo, se fue desprovisto de la generosidad de una mitología o un perdón. La muerte, ya sabemos es una página, ¿quién la escribe? López murió y yo, sentado, escribo por él.

18



Copa de un liquidámbar joven, la que pude llegar a ver cuando la busqué con el lente de cámara de mi teléfono, esto dejó como resultado la deformación de la vertical del edificio; demostrando que lo fotografiado es la telescopía de los ojos, donde esa deformación no es consciente.

## **Lluvia pequeña**

Catalina Donoso B.

Artista visual

Recibí hoy una invitación a escribir las cosas que se piensan en el confinamiento en el que nos mantiene esta pandemia. Pensé de inmediato, que haría un diario de vida, pues esa clase de escritura ocurre en horas ocultas, íntimas, cuando después de haber transcurrido latamente las horas del día e incurrida la hora del recuento, se quiere preservar para la memoria unas cuantas anécdotas, para un futuro que agradezca refrescar zonas, las que pueden llegar a ser piezas de un puzzle del que cuando las escribimos, no conocíamos la imagen. Así, partiré por definir que vivir en confinamiento tiene oscilaciones neuróticas variables, cambiantes, y que esta especie de estornudo que voy a escribir, es la primera cosa que pensé cuando escuché la invitación, encontrándome bien contagiada por la historia del crepitar de los garbanzos con la que el curador nos sedujo, tratándose de un relato asombroso, doméstico y mágico. Para poner contexto, voy a relatar que venía recién de protagonizar la mudanza de mi casa desde un departamento bastante oscuro donde viví por cerca de 10 años, el cual por cierto amaba, en buena medida porque era mi trofeo de independencia y la liberación del pago del arriendo y de las relaciones no fidelizadas respecto de los bienes y del falso adagio de “carga liviana” para una mente sana; o desapego de los budistas. No se detecta cuando, mis pensamientos empezaron a girar en torno a los elementos más básicos y cándidos y asentí

a la idea de que la existencia dependía de unas pocas verdades capitales que eran de orden canónico, vívido, una suerte de mónada... entonces ansié la entrada de la luz, quise explorar mi vida asociada a un rectilíneo balcón, a una buena terraza, a un patio. La ansiedad es efectivamente esa diosa criminal y trepidante que tiene un templo para ella sola. Y las circunstancias me permitieron consumir este deseo, y me trasladé, no lejos del primer inmueble, a un departamento con patio y a muros con ventanas de correderas que me permitieron, pasar el día, aireada, soleada, llena de aire y luz.

Yo venía hacía tiempo pensando en el valor de la sombra, cuando el verano parece que quemara la caliza y derrite las nieves en la testa de la cordillera: la sombra de un árbol, fresca y semi oscura es una bendición: lo mismo cuando el cuerpo está agarrotado y tenso en todas sus minúsculas fibras, recibir el benéfico beso del sol parece ser la única razón antropológica de existencia.

Esta nueva relación con la naturaleza en la ciudad ocupó mis días hasta que reparé, en medio de mis observaciones, en una rama que se arqueaba sobre el patio proveniente de uno de tres liquidámbares que flanquean el jardín, con los días comenzó a amarillear sus hojas, y a quedar más al descubierto unas pequeñas esferas con púas, que debo decir, siempre vi en las aceras de calles por donde anduve, e incluso recogí en algunas oportunidades,

pensando en las manualidades de las hijas cuando éstas estaban pequeñas, o en las proximidades de navidad para ser colgadas del pino bien pintadas con el aerosol dorado, bien brillantes carnalizando el concepto de fulgor, también las corté sabiendo que las haría soñar. Con el paso de los días las hojas fueron cayendo y estas pequeñas bolas se distinguían nítidamente contra el cielo. Me detenía en la postal medio japonesa del dibujo del árbol lineal y recortado contra un celeste completamente plano y de alto brillo, y las bolas como único incidente del contraluz. Hasta ellas llegaban unos pequeños pajarillos, muy pequeños, diminutos, y se colgaban de sus planetarias esferas abriendo unos orificios entre las púas y festinándose como de un probiótico banquete nutriente, proteínico y al parecer delicioso. Como estas pequeñas esferitas, quedaban perforadas, luego con la brisa de las tardes, comenzaba una lluvia, en miniatura, que dejaba la huella del polvillo que caía de su interior, sobre las exactas subyacentes superficies. ¡Qué impresión me llevaba de conocer finalmente este contenido y apreciar la pinchuda arquitectura de su contenedor!

Termino de escribir estas meditaciones de diario de vida, y vuelvo a recibir noticias de nuestros amigos muertos, todo parece tan deleznable, es tan fuerte el infarto de los brotes mientras cae la helada de la mañana, que me pregunto si esto va para alguna parte y si estas ideas tienen siquiera permiso de ser concebidas.

19



“Planta que, durante el confinamiento, recibió un pelotazo de mis hijos y cayó al suelo, quebrándose todas sus ramas. La reparé con palos y lanas, y sobrevivió”.

## **Una alteración cambiante**

Catalina Matthey Engländer  
Antropóloga Social y Artista Visual

He escrito y reescrito este texto muchas veces, y cada vez que lo leo lo vuelvo a ajustar a la visión de realidad que tengo en ese momento. Creo que esto resume mi situación frente al confinamiento y la pandemia: un continuo cambio de parámetros que traté de controlar sin mucho éxito, sobrepasándome y no quedando más opción que la de dejarme llevar por la situación, entendiendo entonces que las cosas podían acomodarse solas... una y otra vez.

Vivimos en una pequeña casa en Amiens, al norte de Francia, y aunque aquí no existe un peligro grave debido a que es una ciudad de pocos habitantes, muchas áreas verdes y donde el sistema social y de salud no han colapsado, el confinamiento fue estricto por al menos ocho semanas, comenzando luego las etapas del desconfinamiento de manera muy paulatina. Para mí es difícil afrontar el cambio en sí, y más en este caso en que lo he tenido que vivir en otro país de lengua y cultura diferentes, lejos de mi familia y con dos hijos pequeños. Al principio me concentré en minimizar lo más posible lo que pasaba “allá afuera”, con el consiguiente agotamiento físico y emocional, lo que me obligó a detenerme y analizar qué era lo que podía modificar en mí para vivir todo lo demás de manera más simple y fluida.

El encierro me ahogaba, así que todas las mañanas comencé a correr las cortinas y abrir las ventanas sin importar si el vecino o la persona que pasaba por la calle pudieran observar nuestra intimidad. Ahora es más importante el aire fresco que entra de sopetón e inunda todos los rincones –llevándose las emociones del día anterior y llenando los espacios de luz y energía clara– que el pudor con que antes protegía nuestro día a día. Después del desayuno mi marido juega con nuestros hijos, así que yo aproveché de retomar mis ejercicios de yoga y ponerle especial importancia a mi respiración, aquella que llena los pulmones hasta el tope e infla la guata. Ahora disfruto esa respiración y la realizo lentamente cada vez que puedo, agradeciendo el poder hacerla a plenitud.

Los niños necesitaban moverse y, como había que quedarse en casa, hicimos largas sesiones de baile, canto, lucha libre, fútbol y cualquier otra cosa parecida. Nos dejábamos llevar por la música, cerrábamos los ojos y nos transportábamos a mundos paralelos donde no había enfermedades y podíamos ser superhéroes, volar o meditar. Así, pude reafirmar la importancia que tienen el baile y la música para mí, algo que había ido dejando de lado con el paso del tiempo, sobre todo el baile. Ahora, aunque ya podemos salir más seguido, todos los días colocamos música y cuando me siento cansada o enojada bailo, me muevo un rato en el lugar en el que esté y disipo mis malos humores. Mis hijos también bailan y cantan constantemente rock, música disco, pop, electrónica o cualquier otra que tenga un buen ritmo o una buena historia detrás, saltando arriba de los sillones, arrastrándose por el piso y entablado luchas imaginarias en las que gritan a todo volumen. Nunca hubo más pantalones con las rodillas rotas que ahora, los que he estado reparando en las noches con una máquina de coser prestada que me ha devuelto a mi infancia en la casa de mi abuela, donde me sentaba a su lado a hacerles vestidos a las muñecas mientras ella arreglaba la ropa de toda la familia.

Otra manera de entretenernos ha sido a través de la comida. Para mi familia comer es una fiesta y a eso le saqué mayor partido durante este tiempo. Probé recetas nuevas, cocinamos juntos comida china, pizza y galletas e hicimos picnics en el living. Descubrí que al buscar platos diferentes para hacerles más alegre el día yo también disfrutaba mucho cocinando, jugando con los colores y las texturas, saliéndome de las recetas y dejándome guiar más por el olfato que por el gusto. Aunque en otros ámbitos me cuesta improvisar, en la cocina puedo hacerlo sin problema y cada experimento nuevo bien logrado me ha dado confianza para improvisar en otras cosas, como con aquellos bollos de comida china que cocinamos en horno eléctrico en vez de al vapor, con leche de almendra porque no había de otra, con más harina de la indicada porque los niños jugaban con ella mientras amasaban y calculando el tiempo de cocción por instinto pues nunca pudimos interpretar bien los indicadores de nuestro horno. Aun así, los bollos quedaron muy buenos y los hemos hecho varias veces, cada una de forma irremediabilmente distinta.

Como no podíamos salir al parque, el cuidado de las plantas de la casa también se volvió una tarea importante. Me preocupé de regar y abonar más aún las que tenía, enseñándoles a los niños sobre su mantenimiento y lo delicadas y sensibles que pueden ser. Compramos dos plantas de frutillas y las planté con ellos en una maceta que dejamos en un pequeño patio que antes servía sólo para guardar basura y cachureos, pero que ahora poco a poco hemos ido ordenando y llenando de plantas. Cada vez que salgo ahí el golpe de aire me reaviva e instintivamente miro hacia arriba para perderme en el amplio cielo de hermosos azules, dejando atrás el pequeño cuadrado de cemento que estoy pisando. Para mis hijos también es toda una hazaña poder abrir la puerta de la cocina y salir “al afuera”, poner los pies en esa otra realidad más luminosa y viva e ir a mirar las plantas, regarlas, ver cómo crecen las frutillas y buscar caracoles o arañas en los rincones.

Pero más allá de todo esto, lo principal ha sido comprobar la gran importancia que tiene la familia para nosotros, el estar juntos, sanos, felices los cuatro. Durante todo este tiempo, nuestro hijo mayor ha pedido abrazos al menos unas veinte veces al día, como si fueran un remedio mágico que pudiera llevarse todas sus angustias e incertidumbres. Y, gracias a la obligada convivencia ininterrumpida, nuestro hijo menor ha comenzado a hablar más, a exigir su lugar en juegos y discusiones, a cantar en voz alta, conjugar verbos, contar hasta diez, expresar sus emociones y hacer pipí y caca en el water. Ahora, cuando vamos a buscar al mayor a la escuela, el menor se acerca a él y lo abraza como si hubiera pasado toda una vida desde que partió en la mañana, ambos se cuentan lo que hicieron en su día y regresan a jugar juntos. Verlos así de compañeros me recuerda constantemente lo valiosas que son las relaciones personales, los abrazos, las caricias, las risas, y agradezco poder tener una familia en la que todo eso y más esté siempre disponible.

No ha sido fácil este tiempo y, a pesar de lo que he escrito, hay muchos momentos en que todavía pierdo el control y siento que todo me rebasa. Son tantas las emociones, preocupaciones, incertidumbres y trámites que ocupan mi día a día que trato de quedarme en el presente, sólo en el presente, y vivir cada evento como un logro único que vale la pena disfrutar sin pensar en nada más. A veces lo consigo y otras veces no tanto... pero sigo intentando.

20



Esa es la pelota con la que mis hijos, mi señora y yo jugamos “países”, conocido en mi niñez como “naciones”. Mi hijo es Haití, mi señora Alemania, yo Islandia y mi hija es Schomin. Un país imaginario.

## Quizás presente eterno

César Gabler

Profesor de arte y artista visual

*Un presente repetido a diario plagia sus pequeñas rutinas domésticas tejidas con herramientas de aseo, instrumental de cocina, y mecánicas laborales hundidas de cabeza en el mundo virtual de las video conferencias. Figuras de busto que hablan con la velocidad que les permiten sus planes de internet y a las que respondo como si fuera panelista de matinal o noticiario. Administro así mis clases, como animador, y mi imagen se me antoja televisada, en unos minutos que son ya mucho más largos que los anticipados por Andy Warhol.*

*Un presente congelado tal vez, a la espera que todo vuelva a ser como antes, mientras intento replicar con otros recursos, desde el privado lugar de la casa, mi vieja vida social, cada día más lejana y quizás también algo absurda. Una vida que viví alguna vez, y que hoy la pienso, como cosa soñada. La existencia de un otro casi igual a mí mismo.*

*Un presente sometido, como nunca, a una autoridad, cuyas decisiones guían nuestros tránsitos y rutinas y determinan finalmente el paradero de nuestros cuerpos. Hasta nuevo aviso o hasta enfermarnos. Biopolítica para todos.*

*Un presente anclado a la ciencia y a la medicina, a la espera de encontrar remedio para un virus cuya presencia abstracta se materializa en muertos y enfermos y cuyo avance no nos cansamos de comparar con películas de anticipación que ahora parecen documentales.*

*Un presente de pantuflas y tránsitos reducidos, de maratones seriales, de contacto estrecho con nuestra familia, de conversaciones entrecortadas, de radios encendidas, de lecturas postergadas, de trabajos impensables, de momentos postales y placeres de interior.*

*Un presente que comienza a encontrar su acomodo en el encierro, que mira con distancia aquella vida que quedó detenida y que desconfía de su forma original, como si la pausa se hubiese instalado como un mirador para nuestra vida pasada. Observatorio y tribunal.*

Eso escribí hace unos días, pero se me antojó, quizás, demasiado literario y lo que es peor, pretencioso. Lo literario no está mal si eres maestro de la prosa. No es mi caso. Lo pretencioso es peor, apunta a la vanidad y al mesianismo doméstico. No estoy en condiciones de darle sentido universal a todo esto o de proyectarlo ante una audiencia imaginaria. Estoy, me duele confesarlo, sin libreto. Tampoco estoy ansioso por conocer el escenario que nos espera. No es falta de curiosidad, solo falta de confianza; dudo que alguien pueda adelantar con éxito lo que se viene. Creo que los pronósticos, son de momento, puramente transitorios, mucho más cercanos a ejercicios del deseo –o de la fatalidad extrema– que a reales vaticinios.

Antes de abandonar un querido grupo de whatsapp, pude leer varios adelantos de futuro, tras una pregunta/desafío planteada por uno de los nuestros. Participé del ejercicio con una insospechada cuota de entusiasmo, pronto me di cuenta que ni mis augurios ni los

de mis compañeros –todos ex alumnos del Colegio San Ignacio– tenían más asidero que un montón de buena voluntad. A veces de cristiana voluntad. Quizás no es poco en estos días.

Decían:

“...Va a aflorar un mundo con mayor conciencia del rol estatal. Hoy, hasta los más recalcitrantes liberales, espera que el Estado de soluciones...”

“...creo que el mundo laboral y también la educación, tendrán que plantearse la pregunta por la presencialidad. Sí, es importante vernos las caras, compartir y socializar ¿pero son necesarias tantas horas fuera de casa?...”

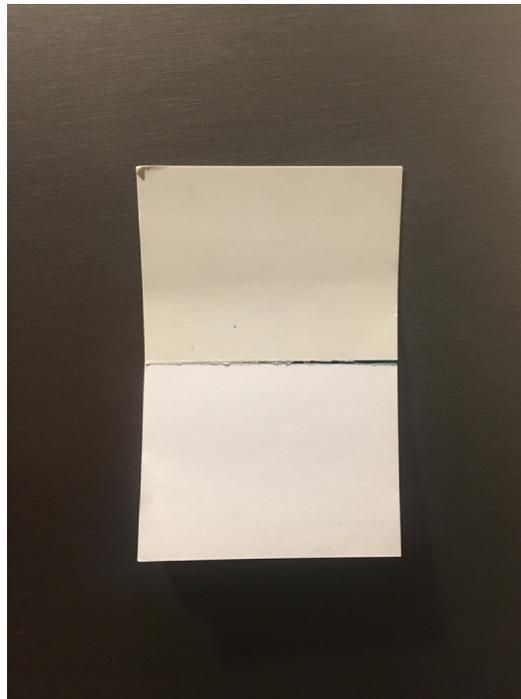
“yo he descubierto en el tiempo libre, a mis hijos, con todo lo que implica la educación en el hogar, no quisiera que todo volviera a ser exactamente igual”

Y así.

Prefiero darme de narices con el nuevo mundo que aparezca que haberlo vivido a cuentagotas en los pronósticos de las voces autorizadas. De momento: familia, lectura, buena música. Actualidad y espanto en raciones modestas. De tanto en tanto, las malas nuevas de mis amigos o conocidos.

No tantas por ahora.

21



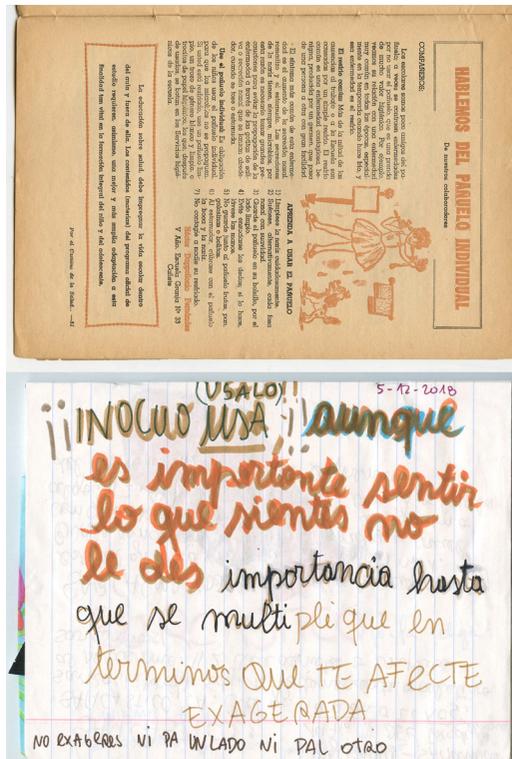
Lluvia de ideas sobre tapa de refrigerador.

## 10 Datos

Christian Yovane

Artista Visual

- I. Todos los días afloran maravillosas oportunidades para toparse con algún hito que desarticule la calma.
- II. Existe una escena en una película perdida donde Jorge Tellier dice sentir *nostalgias del Far West*. Creo entender perfectamente hoy, a qué se refería con esa sensación.
- III. Crisis en los tiempos: *Ayer sabré lo que mañana nunca supe*.
- IV. Si un niño nace en pleno estallido social, y es amamantado durante una pandemia, ¿Qué sucederá entonces cuando camine o empiece a hablar?
- V. *Interés Fantasma*: Fijas un ojo en cualquiera de los dos ojos de quien tienes en frente y así anclas tu mirada, no así tu atención.
- VI. Una llamada de un amigo me sorprende y me cuenta que tuvo fiebre y me relata una pesadilla. Contrariamente a lo que se podría pensar, no era una historia delirante. Era sólo puro Pop.
- VII. La excesiva quietud del entorno no quiere saber nada con la del interno. No hay onda entre ambos. Es más una competencia para saber quién mea el árbol más grande.
- VIII. Después de 2 meses de Fe, me deshice de un cuchillo hechizo y una cadena que encontré en mi jardín la mañana siguiente de la noche en que, llegando a casa, observé la ventana de mi pieza desde afuera, y vi una silueta desaparecer. Creí en vano tener evidencias materiales que constituyeran pruebas.
- IX. El Sol vale callampa. Lo que importa es la Luna.
- X. Un *diucón* picotea incesantemente la ventana de mi pieza. Le dicen *el mandao* porque *sapea* y avisa cosas que nadie sabe. Lo que ahora se sabe es que él no sabe que ahora todos saben.



Dos instancias. Arriba: “Hablemos del pequeño individual”, texto de H.D.F. (docente de la Escuela Granja n° 33, Cañete) en la revista escolar *Por el camino de la salud... se conquista la felicidad* (n° 28, julio-diciembre 1965), editada por el Servicio Nacional de Salud, Santiago, Chile. Abajo: un cuaderno de apuntes de Claudia del 2018.

## PEEK/peak

Claudia Lee Guerrero / Claudia Lee Marasca

Artista

Últimamente, y como ha ocurrido ya varias veces en mis últimos años de vida antes de este denominado dosmilveinte, he vuelto a estar encerrada. Cosa que culturalmente y dadas las circunstancias tornan fundamental el uso de ciertas palabras.

Hace tres años, un sábado diecisiete de junio de dosmildiecisiete, me encontraba cruzando en verde la esquina de avenida Cardenal José María Caro y calle Miraflores, en Santiago, para ir a un supermercado cercano. A las catorce horas fui atropellada por un bus del Transantiago de la empresa Alsacia, recorrido ciento diecinueve. El accidente me dejó inconsciente en hospital y luego comenzó una lenta recuperación que implicó una operación para colocarme una prótesis que reemplazó buena parte de mi cráneo: el PEEK<sup>1</sup>.

Estos últimos tres años he estado obligada a consumir muchas pastillas y asistir a innumerables clases para manejar una disfasia<sup>2</sup> que me acompañará toda la vida. La disfasia ha cambiado mi relación con las palabras: las olvido, las transformo o las uso de maneras no convencionales. Muchos de los que me visitaron mientras estaba (encerrada) en el hospital tras despertar del coma inducido recuerdan mi uso de pocas palabras pero muy repetidas. Muchas se referían a contextos cercanos que se relacionaban al estado corporal que estaba viviendo o los acontecimientos que me habían llevado hasta ahí. Para tratar la disfasia he debido acostumbrarme a repetir muchas veces algunas palabras, especialmente aquellas que me cuesta más recordar. Esto me ha significado enfatizar en varios aspectos de mi vida la repetición y la reutilización, lo que ha cambiado mi manera de percibir las palabras, las formas y los objetos.

Para conversar respecto de lo que actualmente estamos viviendo he sumado a este pequeño texto una de las últimas teleconversaciones que he realizado con Daniela Isabel Munizaga Álvarez, psicóloga clínica y amiga desde la infancia. Esta vez nos reunimos el 10 de junio de 2020 a conversar de los tres años que se cumplían de mi accidente y de la relación que se genera entre la palabra PEEK y una palabra homófona que hoy se repite mucho, el peak<sup>3</sup>:

Claudia:

Cuando conversamos de mi hospitalización siempre me recuerdas que pensabas en películas de David Lynch y yo siempre la vinculo al *El Chacal de Nahueltoro*, como un contraste en Chile que se relaciona al estar encarcelado y estar sometido a algún aprendizaje.

<sup>1</sup> PEEK: Polieteretercetona, polímero técnico termoplástico semicristalino.

<sup>2</sup> Disfasia: anomalía en el lenguaje causada por una lesión cerebral. Desviación o discrepancia de una regla o de un uso. *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*.

<sup>3</sup> *Peak*: pico, cima, cumbre, visera. *Peak hours*: hora punta. *Peak season*: época más popular del año. *Peak traffic*: movimiento máximo. *Océano Diccionario Básico Inglés-Español*.

Daniela Munizaga:

Y nuestros padres que estuvieron encerrados, encarcelados.

(El de Daniela en el Estadio Nacional y el Estadio Chile por aproximadamente cuatro meses; mi padre en el Regimiento Tacna, el Estadio Nacional, Chacabuco, Punchucaví y Tres Álamos por alrededor de dos años).

Claudia:

Es cierto, nuestros padres estuvieron hospitalizados... ¡Me equivoqué con esa palabra! Encerrados, eso quería decir.

Daniela:

Es que algo pasa con eso, esos conceptos están relacionados de algún modo. Cuando comenzó la cuarentena le pregunté a mi padre cómo había sido el encierro al estar preso y me contó de la impresión que le causó el primer árbol que vio tras estar encerrado en el Estadio Nacional. Le pregunté mucho acerca de esa historia por el hecho de que era un encierro que rodeaba a la muerte y me contó cómo en el encierro se aprecian cosas que a veces no miramos con detención, como un árbol y todo el tiempo que ha estado allí un árbol. No sé por qué se me juntaban esos dos tiempos cuando le preguntaba a él cómo había lidiado la muerte, algo con lo que estamos lidiando ahora; y estar hasta el peak es lidiar con la muerte como algo cercano. Eso creo.

Claudia:

Ahora estamos hablando mucho de la palabra peak.

Daniela:

En la pandemia y en el 2020 el peak es lo que se le llama el peak de la muerte. Y eso que hemos visto en los diarios en Italia o España, a lo que se llama peak todavía no llegamos, al peak de muertos. En inglés (ambas buscando en nuestros teléfonos) es la punta, la cima, el pico.

Claudia:

Eso me interesa mucho como escenario o límite en su determinación, sobre lo que equivale. En mi caso, el PEEK es un objeto que reemplaza un pedazo de cráneo hecho de polieterecetona, un material que llegó a llenar una ausencia, el espacio que dejó otro.

Me interesan mucho las cosas que hemos ido situando, tú trabajas como psicoanalista infantil, y allí me surge interés por esa perspectiva, en cómo generar relaciones con la propia cultura al observar lo que acontece ahora y estando tan cansada de estar encerrados.

Daniela:

Todo lo que hablábamos hace tres años en tu hospitalización y ahora en el actual encierro son puros recuerdos sensoriales. Nos alegra recordar cómo nos sentíamos, pues en ellos no existe el distanciamiento social, son recuerdos de adolescencia y de infancia, son vívidos y nos hacen reír por lo sensorial que tienen ambas situaciones.

Recuerdo cuando a los 17 años fuimos a Italia a la casa de tus abuelos en el campo, al sur de Roma. Allí vi chanchos por primera vez en persona y despertábamos con los ruidos de las gallinas. Pasamos semanas en un lugar donde tú sabías que habías sido niña allí, y esos recuerdos sensoriales son los que nos mantienen bien en la cuarentena, en el encierro. Cuando estuviste hospitalizada también fue un encierro.

Claudia:

Sí. Primero unas semanas inconsciente en un hospital, después en lo que aquí se denomina una clínica, donde ya tengo recuerdos. Cuando me dieron el alta estuve prácticamente cinco meses encerrada en la casa de mis padres. En esos primeros meses apenas podía salir porque me faltaba un trozo de cráneo y me mareaba mucho al moverme. No sé, de alguna manera esto me vuelve al tema cultural desde donde estamos constituidos.

Daniela:

En ese texto que te escribí para *Hasta el PEEK*<sup>4</sup> tenía mucho de esos recuerdos sensoriales, de lo que había sido conocerte y conocernos. Siempre teniendo la conciencia que en este país se había torturado, se había matado, cómo también se había llegado a un peak. Resignificando ahora, pienso en cómo es la vida durante un peak, antes de un PEEK y después de un PEEK. Pienso en que tú tuviste una experiencia personal al respecto, pero también de desprotección civil. Tú me decías que cuando uno tiene un accidente así la sobrevivencia o lo que ocurra dependerá de los recursos que tengas. Aunque tú siempre estuvieras pasando por tu peak tenías esa conciencia. De hecho, las imágenes que produjiste antes y después del PEEK hablan de eso, de la acumulación de la riqueza.

Claudia:

Es cierto, mira lo que vale un PEEK, lo que es costear un PEEK, lo que implicó. Esto me lo mandaron a hacer a Suiza y el fabricante es, nada más ni nada menos, Johnson & Johnson<sup>5</sup>.

Daniela:

Leí sobre un hombre de 70 años que había estado hospitalizado por covid y que logró sobrevivir. Cuando le llegó su cuenta de gastos médicos ésta era de docientosmil dólares... (silencio largo) y abajo aparecía una sicologización diciendo que tiene la culpa del sobreviviente. O sea, te quedas con una factura médica de ese tamaño, ¿cómo te hablan de la culpa del sobreviviente? No puede ser que hasta nos echen la culpa de no haber muerto.

La otra vez también leí cuánto costaba una hospitalización para las isapres en Chile y son como tres millones. ¿Llegaremos a un peak con este modelo, con este sistema?

Claudia:

Uno tiene que tener esa conciencia con calma. Pero, si tienes la posibilidad de hacerlo más visible, cómo no hacerlo. Yo creo que el problema es que estamos todos encerrados en cada uno. Yo, yo y yo. El contexto no ha dado más que para eso y todo lo que nos ha ocurrido termina siendo muy trágico en la historia del mismo Chile.

\*\*\*

La voluntad y el deseo se hacen presente siempre: salimos al pasado, paseamos por el futuro, nos reímos en primera persona.

<sup>4</sup>Fanzine que publiqué el 2017, poco después de la operación en que me colocaron el PEEK.

<sup>5</sup>Johnson & Johnson es una poderosa empresa multinacional estadounidense, fabricante de dispositivos médicos, productos farmacéuticos, de cuidado personal, perfumes y productos para bebés fundada en 1886.



Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus* I, ríos de fuego.

## **Mirar por una grieta**

Constanza Acuña

Historiadora del Arte

Pensar en esta pandemia se convierte en una neblina pesada como dice la escritora argentina Mariana Enríquez.

Las imágenes y las voces se suceden simultáneamente (como en una pesadilla), las noticias son cada vez peores. Olas de información van llegando a mi whatsapp. Me acuerdo de haber sido remecida, especialmente, por una imagen del 1 de abril. A las afueras de un hospital en la ciudad de Guayaquil, una señora trata de mostrar desde su celular a decenas de enfermos sentados, ahogados, agonizando. En su registro decía: “aquí todos esperando por camas, por oxígeno. No sabemos qué hacer, qué padecer... si te mueres es una carga menos para ellos. La gente está sola y los dejan botado, a su suerte... los dejan morir porque están contaminados”.

El malestar físico, la sensación de callejón sin salida, la impotencia y el horror arrecian cuando vemos la cara irracional del poder y su burocracia. Por un instante parece abrirse una grieta por donde podemos mirar el infierno.

Es todo muy extraño, porque al mismo tiempo vivimos encerrados en nuestra precaria normalidad, tratando de teletrabajar, de cambiar nuestros ritmos cotidianos, de comunicarnos a distancia y obligados a sumergirnos en nuestra suma de imperfecciones. Es difícil tener reflexiones reveladoras, pensar que saldremos fortalecidos, más conscientes e integrados al planeta y al cosmos, responsables de nuestra frágil existencia en él, transformándonos en una humanidad más justa y evolucionada.

Esta incertidumbre del presente nos arroja, creo, en forma inevitable al pasado, a nuestra propia historia, a pensar en ella de un modo no cronológico, mas bien estratificado, como si se tratara de un viaje al centro de la tierra. Recuerdo los grabados del libro *Mundus Subterraneus* (1665) del sabio alemán Athanasius Kircher. Sus imágenes de masas ígneas llamadas pirofilacios, de ríos y depósitos de agua subterránea o hidrofilacios, que registraban la fábrica interior de la Tierra y también el paso de seres imaginarios. Como en una verdadera historia de fantasmas para adultos (así llamaba el historiador del arte Aby Warburg a su atlante de la memoria o Mnemosyne), la combinatoria de saberes sintetizados en sus imágenes, iba diluyendo las fronteras entre la naturaleza interna y externa, descubriendo bajo la superficie las cualidades ocultas de las cosas.

Los sueños nocturnos me acompañan en ese itinerario, se hacen más lúcidos y cobran una realidad más intensa en mi cuerpo y en la memoria afectiva/colectiva que vive en él. En uno de mis sueños, estoy desnuda frente a un espejo, oprimo mi pecho con un objeto duro y helado, se trata de un revolver que apunta directo al corazón. Es muy viva la sensación de asombro y también de determinación. Como si algo más fuerte que mi miedo gobernara esa decisión radical. En la mañana me despierto con una sensación rarísima, entre serena y dramática, similar a la de un estoico que decide envenenarse ante su irreversible derrota política y personal. Un acto de liberación o la experiencia de autodeterminación en su versión más extrema.

Durante la tarde me acuerdo de la historia de mi bisabuela, la madre de mi abuela materna. Le decían Coty y era hija de un marino irlandés y de una inmigrante danesa. Nació en un fundo en Arauco, en el pequeño pueblo de Lumaco. Tuvo una vida singular. Se arrancó de su casa muy joven para ser enfermera en el Hospital de Van Buren de Valparaíso. Luego se fue a trabajar a una salitrera al norte. Ahí conoció a un ingeniero chileno y se casaron. Él la amaba, pero era un apasionado por el juego y la fiesta infinita. A ella le gustaba cultivar chacras de verduras y contar antiguos cuentos de hadas en un inglés pretérito. Tuvo cinco hijos y muchas angustias económicas, además debió lidiar con una depresión profunda que trató de curar con abrumadoras sesiones de electroshock. En fin, tras la muerte de su marido y con un poco más de 55 años decidió pegarse un tiro directo al corazón con un “revolver mata gatos”, murió inmediatamente. Ahora, pienso que esa visión que tuve en mi sueño –yo misma suicidándome– fue la aparición de ella.

¿Qué es un fantasma? ¿el resurgir de la pulsión de la muerte, el miedo frente a lo incierto? ¿Qué significa imaginar y recordar los gestos de un muerto? Tal vez es la proyección, la sombra de esa vida interrumpida moviéndose por sensaciones y pensamientos que circulan sin un tú y sin un yo y fluyen como ríos subterráneos en un espacio sin tiempo, donde un corazón amigo duerme y despierta constantemente.

24



Día # 96 en cuarentena, junio 2020. Exterior de la casa que da a la calle 2 Norte, Viña del Mar, Chile. Foto: Jovana Skármeta.

## **Todas las casas esta casa**

Consuelo Rodríguez

Artista Visual

### **La casa de Ernesto**

Muros crudos, pocos elementos bien instalados. No es decoración, no es lujo ni ornamentación. Es un acuerdo con el espacio, con la luz, con el peso y la levedad, con la opacidad de los objetos, la transparencia de las ventanas y la entrada del sol.

Cada cosa guarda su distancia. Objetos que pesan, se recorren y habitan. Tocados por la luz.

No es onírica, sino puro tiempo presente. El cuerpo y la mente pueden estar, permanecer ahí.

Una ventana panorámica encuadra el horizonte y se asoma un pedazo de techo que sobresale como una especie de alero japonés, recortando el paisaje del jardín que está construido de la misma manera que el interior: por árboles y arbustos que guardan distancia y existencia unos con otros. Y entonces afuera, por la tarde, las hojas de los abedules tiemblan con el viento y entra esa luz titilante a toda la casa.

Estar ahí es vivir sin conocer estado de alerta. Habitarla es una gracia. Vivir ahí, un placer.

### **La caja de Sergio**

Reviso un carrusel con diapositivas que él ocupaba para sus clases de Historia de la Medicina.

El primero contiene retratos de médicos célebres: Theodor Schwann según una litografía ofrecida por sus estudiantes de Lovaina; Sir William Osler en un fragmento de la pintura *Los cuatro médicos* de John Singer Sargent; Sir Richard Bright retratado por T. R. Say; Giambattista Morgagni en una aguafuerte de Angelica Kauffmann; James Paget dibujado a lápiz y carbón por el pintor George Richmond; Richard Bright retratado al óleo por Frederick Richard; Santiago Ramón y Cajal pintado por Ricardo Madrazo, y sigue el desfile de doctores de la historia, una especie de panteón de hombres antiguos pertenecientes a un relato monumental y ajeno.

Otro carrusel contiene representaciones diversas: la ilustración de un soldado con la cabeza vendada; el dibujo de un enfermo maniaco esposado; una pintura de Ghirlandaio titulada *El anciano y su nieto* que quizás él usaba para mostrar la *rinofima* en la nariz del abuelo; una ilustración a color del cirujano Guillaume Dupuytren quien presenta a Carlos X a una enferma operada de cataratas en su sala en el Hotel Dieu; una preciosa ilustración de *La Escuela*

*de Salerno* en un códice del siglo XI; un dibujo del médico napoleónico Dominique Larrey amputando un brazo al capitán Robsonen en la Batalla de Hanau; una foto de Pasteur quien mira ansiosamente como un niño, mordido por un perro, recibe el primer tratamiento antirrábico; el doctor William Morton le da la primera anestesia a un paciente del cirujano John Warren; la primera ilustración de la *acromegalia*; una ilustración árabe de 1560 de las partes del ojo; una serie de grabados sobre el cerebro por Charles Bell. Están ahí también las fotografías de Charcot y sus hipnosis, el registro de ataques histéricos y unas ilustraciones de sus sistemas de suspensión para la ataxia; fotografías de un hombre con parálisis facial periférica y de una mujer con bocio “la enfermedad de Graves”, y otros asuntos dispersos como el primer gráfico existente de la curva de la fiebre, la cabeza del *Hombre de Tollund* y una serie de fotografías de la tumba de San Félix en 1755, restos de un cadáver con las joyas puestas.

### **Los muros de Denise**

Estoy en el jardín al atardecer, es otoño. Entro a la casa por la puerta de la cocina hasta ingresar al estar. No están los muebles, ni el sofá, ni las dos butacas, ni la mesa de centro, ni la mesa esquinera con el florero amarillo que ella disponía con ramas verdes que sacaba del jardín.

No están las ventanas, todo se transformó en pared.

Las paredes laterales representan la casa. Los objetos que eran cuerpo se someten al espacio de representación. El espacio simulado se apodera del espacio real.

Aquí está el sofá, las butacas, las acuarelas verticales de Assler, una pintura de marina pequeña colgada al lado del *berger* y del equipo de música, las lámparas de cerámica encendidas, el zorro de porcelana rojo, también está el plato de cerámica con las ocho piedras negras y el pesado pocillo gris lleno de pimientas rosadas, los bronce pulidos y solitarios reposan quietos. Todas cosas que los dos recogían y disponían como altares encubiertos por toda la casa.

Entro al escritorio donde por un tragaluz cuelga un pájaro de madera blanco que aletea, si es que consigo tirar esa cuerda.

En los muros de esa habitación la pintura esta a punto de desaparecer: un tierra verde casi imperceptible, celeste y ocre deslavados, unos tintes rosados que por un soplo podrían desprenderse del estuco. No logro identificar las imágenes.

En la pared más lejana, reconozco un par de queltehues, pintados uno frente al otro como los leopardos de las tumbas etruscas.

### **El jardín de Rebeca**

El día esta cerrado, oscuro, la vaguada costera llega hasta Miraflores. Entro al living, nada se puede tocar para no desordenar. Todo está decorado pero es puro frío. Vivir ahí es un deber, existir es moral.

Entro al comedor enchapado en madera caoba oscura: piso, techo, paredes. Apenas unas lámparas de luz cálida encendidas. Ahí, unos hombres instalan en las paredes unos gobelinos pesados de gran formato de fondo rojo veneciano, compuestas por emblemas, inscripciones heráldicas, geométricas, masónicas cuyos significados no puedo reconocer. Juntas son una sola. Mientras tanto, ella esta acostada en su dormitorio y toca el timbre esperando que llegue Ester y le ayude a vestirse y peinarse para salir intacta a estar en su casa. No necesita hacer vida social, prefiere permanecer en su pequeño feudo. Suenan operetas italianas en la radio Santa María. Salgo al jardín y me encuentro con un sauce de proteas rosadas. Estas flores tamaño alcachofa caen boca abajo alrededor de un pequeño charco. Protea de flores solitarias, de pétalos delgados, aterciopelados y suaves. Me empino para no mojarme los pies y poder tocarlas. Están secas, secas como las proteas que tengo en mi casa, que caen invertidas como la carta del colgado.

### **En la casa**

No tengo tiempo para contemplar cómo entra la luz por la ventana ni cómo le llega a los objetos de cerámica que tengo dispuestos arriba de esta chimenea que no funciona. Ellos descansan y reposan por mí.

Hay un perpetuo silencio. Las gaviotas que me perturbaban el sueño se fueron del techo y dejaron de hacer círculos en el cielo y chillar y parlotear en lenguas a toda hora como agentes alemanes. Seguramente están mejor en la orilla del mar, ahora que nosotros no podemos caminar por ahí.

Tapizaría mi sofá viejo y pintaría los marcos de las ventanas con óleo opaco. Renovaría la estantería por una más neutra y pondría lámparas modernas para que enfríen y tensen estos muebles que heredé de la casa de mis abuelos: el sofá, las butacas, la mesa de centro, los platos, unos cuantos floreros, lámparas y los objetos de bronce. Todos palpitando, estallando en mi casa. Llenos de tiempo. Sucesión de bienes.

Pienso en el nombre que también heredé: *Consuelo Isabel*. Consuelo por mi tía fallecida un par de años antes de que yo naciera, e Isabel, por el nombre de mi madre. Un homenaje fúnebre. Consuelo para *hacer vivir* su nombre e Isabel, para *matarlo*.

25



Éste soy yo, el autor, o mejor dicho, esto es lo que queda de mí después de casi 71 años de vivir

## **El virus invisible contra la mano invisible**

Darío Oses

Escritor

Desde el año 2006 yo venía dando, presencialmente, un curso de Mitologías comparadas. Me gustaba hacerlo. En marzo me notificaron que este semestre, el primero de 2020, debería hacerlo on line. Fue así como empecé a hablarle una vez a la semana y durante tres horas a una pantalla.

Es algo rarísimo. Tengo 40 alumnos/as cuyos retratos fotográficos veo flotar en esa pantalla. Entonces me di cuenta de que un curso es más que la suma de sus partes. Un curso es una trama de relaciones entre alumnos con el profesor, pero sobre todo una trama de relaciones, gestos y complicidades entre los alumnos, cosa que ya no pudo ser porque mis alumnos de este semestre mantienen la dilatada distancia social que hay entre los domicilios de cada uno de ellos. Por lo tanto no alcanzan a formar un curso. Entonces no puedes tomarle el pulso a ese curso inexistente, ni compararlo con otros. Solo en clases presenciales puedes darte cuenta de que hay cursos ordenados o desordenados, interesados y participativos o apáticos e indiferentes, cursos que quieren entender los contenidos, o solo sacarse una nota para aprobar el ramo.

En la clase remota simplemente no hay curso. Hay solo una sumatoria de alumnos fantasmales, y la interacción con ellos es limitada. En mis cursos presenciales había, por ejemplo, alumnos/as soñolientos/as, o que tenían trabajos nocturnos, como un chico que tomaba el turno de noche de guardia de seguridad en una empresa. Cuando alguno se dormía en la clase, yo bajaba la voz y a veces hacía cantar al resto del curso, una canción de cuna, para arrullar a los durmientes que al despertar me aseguraban que habían soñado con que estaban en clases.

Ahora solo tengo un indicador del número de alumnos que están conectados a la clase, pero ni siquiera sé qué hacen ellos mientras yo hablo: si duermen, si sueñan, si comen, si bostezan, si se ríen, se aburren, etc. Los alumnos pasan a ser abstracciones. Uno da por echo que existen, pero no hay cómo comprobarlo. Una vez se los comenté y les dije que probablemente yo también era un ente fantasmal, que podía ser la última emanación digital de un profesor muerto hacía muchos años, por lo que los contenidos y la bibliografía de sus clases estaban largamente superados y solo tenían un interés arqueológico.

La pandemia bien pudo ser creada por una secta que pretende anular la realidad. No hablo de los datos que el ministro Manialich escondía en la jungla estadística hasta que los periodistas lo corregían y él daba unas explicaciones que no nos convencían mucho. Pero eso era solo como jugar al pillarse. Lo que aquí está operando es algo mucho más serio.

Por ejemplo, antes de que empezara este trastorno, el mundo era ordenado por el mercado. Se había establecido, incluso constitucionalmente, que el Estado no tenía que meterse en nada porque el mercado, al que se le había dado el apodo de “la mano invisible”, lo regulaba todo. De pronto la mano invisible parece que entró en cuarentena, o se desinteresó de todo lo que estaba pasando, porque no había plata que agarrar. Las autoridades tuvieron que empezar a reconstruir apresuradamente el mismo Estado que habían demolido y de paso saqueado, y la mano invisible pareció esfumarse: tal vez se había dedicado a escarbar narices invisibles para extraer mocos invisibles, o a aprovechar sus ventajas comparativas ofreciendo servicios – pagados, desde luego – como el de rascar traseros invisibles.

Todos los emblemas de nuestra dichosa sociedad también empezaron a hacerse invisibles. Los malls parecieron desvanecerse en el aire. Aunque la verdad es que nunca fueron muy sólidos: eran palacios de arena, donde la gente más que a comprar iba a fantasear con compras infinitas, a probarse magníficos ropajes que luego devolvían. A veces hasta compraban esos ropajes, pero no se demoraban mucho en desecharlos. Pero ahora ni eso. Los malls están cerraron, sus vitrinas quedaron a oscuras, como si conservaran apenas el recuerdo de almacenes hundidos en la penumbra de la muerte.

También desaparecieron los cines, los balnearios, los locales de diversión nocturna, con lo cual la noche volvió a ser tiempo para dormir. Con eso se desvaneció aquella difusa entidad llamada “la farándula”. ¿Qué habrá sido de todos esos muchachos y chicas que ganaban dinerales escenificando personajes de vidas excesivas, montando comedias de amores intensos y rupturas escandalosas. A veces los encerraban en algún lugar para mostrar sus comportamientos secretos, como si fueran hormigas dentro de un terrario.

Todo eso formaba parte de nuestra realidad hoy disuelta en el ácido de la pandemia. Curiosa esta realidad que se construyó principalmente con imaginarios.

Qué fue de esos boliches y restobares que se apoderaron de las veredas de la ciudad, donde la gente iba más que a comer a tomarse fotos o selfies que los mostraban en el acto de tomar y deglutir, fotos del plato que tenían servido, y hacían circular esas fotos por las redes sociales, en una especie de exhibicionismo de lo bien que lo estaban pasando. Sin la foto no se consumaba la digestión: sin la foto era como si no hubiera habido ni ingesta de comida ni hinchazón post ingesta, ni menos la gran caca final. Vean con qué tenues e innobles materiales se construía nuestra realidad.

Ahora, un ejército de repartidores nos lo llevan todo a domicilio y así nos aíslan de de lo poco que va quedando de aquella realidad: alguna notaría tan triste como la farmacia de turno de un domingo en invierno o el ínfimo boliche, el minimarket donde un inmenso zapallo con la barriga abierta, reposa al lado de las cajas de detergente y de la fermentación de los tomates que esperan que algún repartidor llegue a buscarlos para llevarlos a su destino final.

Noticia de último minuto: la mano invisible huyó ante la presencia de microorganismos también invisibles que pretendían obligarla a lavarse, con agua, jabón y cloro gel, como a todas las otras manos del mundo.

La sociedad secreta que diseminó el virus que borraría nuestra realidad desapareció porque todos sus integrantes murieron víctimas del virus. Sin embargo su objetivo se cumplió: la realidad o aquella suma de imaginarios que confundíamos con la realidad, efectivamente se está borrando. Ahora tenemos que trabajar en la construcción de una nueva realidad – o normalidad si lo prefieren – que seguramente será tan detestable como la anterior, es decir como la que ahora mismo agoniza.



“Y en lo más nefasto de esta certeza, también estuvo presente aquella imagen, aquel breve retorno revoltoso”. El contexto de la imagen es mi retorno a Copiapó desde Santiago el año 2019. La imagen hace referencia a las instancias que obligan a ir hacia adentro, hacia ese descubrimiento del mundo que solo ocurre al acercarse al propio origen.

## **Los días pasan y pasan, me pregunto si el tiempo lo sabe**

Dayana Sepúlveda J.

Artista Visual, Pintora

16:33

Estoy en el living de mis abuelos. De fondo suenan las viejas canciones que le gustan a mi abuelo, es su día y la familia se reunió. Escucho el murmullo de las conversaciones de fondo, miro por la ventana y veo la planta minera abandonada, la Hochschild. Los viejos estanques reflejan el sol oxidado rodeado de relaves y ex rutas de maquinarias industriales. Un poco más cerca, frente a esta casa, sigue vacío el sitio eriazo con el mismo viejo árbol que observaba a los 14 años desde esta misma ventana, desde este mismo sillón. Suena “Ella ya me olvidó” de Leonardo Favio, entre el roce de los servicios y lozas en la cocina. Poco a poco se hace silencio, alguien parte la torta, hay expectación, va surgiendo nuevamente la conversación cotidiana; el trabajo, los recuerdos, los chistes internos. Mis teclas sonando en la computadora son mi presencia en este momento. De pronto alguien me menciona y siento una leve alegría. Me llaman, hay un trozo de torta servido para mí.

17:40

Vuelvo al living. Los últimos reflejos anaranjados se dejan ver en las cimas de los cerros, son los últimos momentos del sol en esta ciudad. Hacia el suroeste, desde la ventana, la carretera se funde en un sfumato como una melancólica pintura. Intento hacer una categoría de lo que han sido estos días de ‘encierro’, pero creo que estoy demasiado cerca, o demasiado acostumbrada y adaptada, solo tengo la esperanza de en algún momento poder decir “te acuerdas cuando estábamos en la pandemia...”.

La once, un día

Parto un trozo de pan. Mis abuelos conversan. Observo cómo se rompe cada unión en la masa del pan. Sus pequeñísimos agujeros producto de la levadura se van expandiendo a medida que tiro en lados opuestos mientras pienso en que este será un momento del que me voy a acordar para siempre.

Las cimas son infinitas, el éxito, una ilusión

Voy subiendo el cerro. Escucho las piedras que se deslizan después de cada pisada. Algunas piedras se desprenden y caen un par de centímetros. Sigo subiendo y solo escucho mi respiración y pulsaciones. Sigo subiendo, siento el viento frío en la frente algo sudada y lo escucho silbando en las cimas cercanas. La voz de la ciudad comienza a zumbear levemente; emergen las bocinas, los reflejos efímeros del sol en los vehículos lejanos que desfilan en las avenidas, como hormigas reflectantes. Llego a la cima y veo todo como si fuera algo nuevo. Se están construyendo casas cada vez más arriba en las faldas del cerro. El viento aumenta considerablemente. Me siento un rato a pensar qué va a ser de mi vida este año. Comienzo a lanzar piedras, si achunto al pico de rocas que está como a 6 mts de mí es porque encontraré trabajo; otra piedra para apostar a un viaje, y así con varias cosas. Miro hacia el norte, no estoy en la cima más altas de este cerro, tampoco de mi vida.

Regalo

Hace calor, salgo al patio un rato antes del almuerzo. Justo al otro lado de la pirca en el fondo está el cerro. A lo lejos veo que se

acerca un pájaro. Se acerca sobrevolando en círculos, de pronto se avienta y planea hacia acá. Me apronto y saco mi teléfono, comienzo a grabarlo mientras se acerca. Es un zopilote negro hermoso y grande, su sombra se hace justo sobre mí y al otro lado el sol hace énfasis en sus formas largas. Su paso a escasos metros de mí no dura más de tres segundos. Alcancé a grabar su vuelo. Este día ya me dio su regalo.

Turn off

Se apagó el piloto automático. Los días se han vuelto espesos, las horas se han deformado, las personas nos hemos reducido aún más a avatares, nos hemos vuelto esa distancia entre el recordar y un ícono, una imagen, un sonido en una pantalla. La introspección es el ritual más cotidiano, se ha vuelto un maestro duro y severo, también a ratos la zona más cálida y segura. La palabra ‘futuro’ es la incertidumbre más cercana, y hemos aprendido a abrazarla poco a poco, con desconfianza, con esperanza, o tal vez con el verdadero y más sencillo significado que tiene: una ficción de la esperanza. Nada es como antes, y no podemos hablar de un después. Estás sentado, sentada con tu taza de té, sintiendo el sol, o escribiendo un texto sobre qué se siente estar vivo en el día X desde que todo esto comenzó, estando simplemente vivo, desde que todo esto comenzó. Eres afortunado, afortunada, tienes lo máspreciado que cualquier persona podría tener: un día más para tomar un té, saborear tu desayuno, mirar el cielo, saberte frágil, hacerte presente, agradecer; recordar un rato de qué se trata la vida.

27



Elegí esta fotografía de mi departamento estudio en Madison. La tomé desde mi cama hacia la ventana y el balcón. Me gusta escuchar música y contemplar esa vista en la noche.

## **Pieza oscura**

Diego Alegría Corona  
Poeta y ensayista

Hay poemas cuya materia no es el pasado. Su objeto es una experiencia futura.

Dicen aquello que el autor no había hecho ni imaginado. Vuelven presente el futuro sin saberlo.

Esta es la historia recobrada de ese poema. Mi poema futuro.

\*\*\*

El poema lo compuse en invierno en La Reina, año 2017.

Eran dos poemas unidos. El primero, tres estrofas repetidas con variaciones. El segundo, dos estrofas como estribillos. Una tarde intercalé los poemas. El ritmo cambiaba, pero retornaba. La tarea estaba hecha.

El poema abordaba una pieza oscura, irreal, extraña. No había muros ni puertas. Ni libros ni sábanas. La pieza simulaba un cuarto familiar, habitado por espectros e instantes. Su música era la de un mantra. Infinito. Compacto.

\*\*\*

La segunda vez que recité el poema en público fue especial. Debía leerlo en inglés y español. Era una tarde de julio en Londres, año 2018.

Primero fue en inglés. Voz suave, musical, titubeante. Yo estaba atento a cualquier error, cualquier posibilidad de incomprensión.

En español fue diferente. Voz fuerte, segura, vigorosa. El idioma fluía como tronco de roble sobre un río. La pieza oscura ya no estaba habitada por espectros o instantes.

Eran voces de mi lengua.

\*\*\*

Agosto fue mes de despedida.

En septiembre, año 2019, comenzaba mi doctorado en Madison, Estados Unidos. Mi nuevo poemario, *y sin embargo los umbrales*, aparecía en edición bilingüe. Allí estaba el poema.

En señal de agradecimiento, regalé mi poemario a mi familia, amigos, profesores en Chile. El español se revisitaba.

En señal de encuentro, regalé mi poemario a mis nuevos amigos, compañeros, profesores en Madison. El inglés se revivificaba.

Dos lenguas se unían.

\*\*\*

El invierno en Madison fue diferente, pero no difícil.

La nieve traía luz nueva al paisaje. Había líneas de tren, esquinas de ladrillo, ramas de abedul. Leía y escribía en casa, bibliotecas, cafés. Siempre necesitaba cambio de aire, cambio de espacio.

Vivía en un departamento pequeño, aceptable. Allí los espacios convivían. Cama, escritorio, cocina, baño. Allí no pasaba tiempo suficiente. Prefería el cómodo ruido de otros lugares.

\*\*\*

En marzo, año 2020, vino la pandemia, el final del semestre, las reuniones virtuales.

Mi departamento se volvió insuficiente. Salir al balcón significaba cambiar de aire, cambiar de espacio. Árboles y ladrillos eran invadidos por el musgo, todavía palpitante.

Había días que no podía leer ni escribir. El inglés me parecía extraño. Escribía mis ensayos en español. Luego los traducía. Hablaba con mi familia, amigos, profesores de Chile.

Disfrutaba la voz fuerte, segura, vigorosa del español.

\*\*\*

La noche anterior costó quedarme dormido. Era la humedad del verano.  
Todo estaba oscuro. Apenas formas difuminadas, sonidos insinuados.  
El musgo descansaba sobre árboles y ladrillos.

Mi departamento parecía una pieza oscura, irreal, extraña. No había muros ni  
puertas. Ni libros ni sábanas. El cuarto era amplio y pequeño. Su silencio era  
el de un mantra. Infinito. Compacto.

\*\*\*

Recordé el poema. Mi poema futuro. Recorrí sus sílabas, sus pausas.  
El invierno en La Reina, el verano en Londres. La señal de agradecimiento,  
la señal de encuentro.

Escribí el poema. Mi poema pasado. Me reencontré con mi lengua, mi hogar.  
Abrí el poema.

\*\*\*

en una pieza oscura  
sin muros ni puertas  
el recuerdo de un cuarto familiar

*leve en lo profundo  
grieta de luz entre la sombra  
el eco dentro del eco*

en una pieza oscura  
sin libros ni sábanas  
el espectro de un sueño inocente

*leve en lo profundo  
ilusión de agua en el río  
el eco dentro del eco*

en una pieza oscura  
sin mañana ni noche  
el espacio de un instante indefinido



Pintura en proceso.

## **El crepitar de los garbanzos**

enrique matthey

Artista visual y profesor de la U. de Chile

1. EL DECANTAMIENTO. Para una persona privilegiada como yo, un empleado público que recibe religiosamente su sueldo cada mes, que cuenta con un espacio protegido, cómodo y calefaccionado para vivir y trabajar en pleno tiempo de pandemia y reclusión, es casi natural la introspección y el poder observar con detenimiento el pulso de las cosas que transcurren. Sí, en estos meses me ha impresionado cómo esta calamidad sanitaria me ha permitido ver con nitidez los astros y las variadas texturas del paisaje que me rodea, gracias al aire que se ha vuelto transparente, respirable; como también me ha hecho posible escuchar el silencio o advertir especies de pájaros que pensé hace tiempo se habían extinguido. Sin embargo, esta tensa quietud dejó al descubierto con descaro la crudeza de la profunda desigualdad e injusticia: esos lastres tremendos que son una constante que hiede y duele.

2. LOS QUEHACERES. Siempre me han llamado la atención las faenas domésticas como el aseo, la cocina, el ordenar, el jardín, las reparaciones menores, el tejido y el remendar, porque a pesar de ser actividades que en general se realizan mecánicamente, por obligación, cuando se hacen conscientes conectan directamente con el cuerpo, con los sentidos, estableciendo un orden interior, un bienestar que permite relacionarse en armonía con el entorno y con las personas. Siento que los quehaceres domésticos son un cable a tierra fundamental. Precisamente en estos días varios me han señalado que le han dedicado mucho tiempo a algunas de estas tareas, hablándome de ellas largo rato, ensalzando sus prácticas como algo relevante de este periodo y endosándoles una comunicación con lo más esencial, como que recién, gracias a estas cuarentenas, han descubierto el sentido meditativo que poseen. Esto me trajo a la memoria la imagen de mi abuela Martuca, a quien siendo niño observaba con inmenso placer cuando se afanada en labores de repostería silbando como los dioses, como en estado de júbilo, durante el transcurso del quehacer. Cuando pienso en esto me da tristeza que este descubrimiento, tan necesario y básico para el bienestar profundo de las personas, volverá a convertirse en una rutina mecánica y que, en algunos casos, será delegada a otros que se dedican remuneradamente a ejercer estos oficios.

3. EL AURA. La primera vez que se levantó la cuarentena en la comuna de Providencia, mi impulso inicial fue ir hasta la Plaza de la Dignidad, como el movimiento social la nominó a partir del estallido de octubre del año pasado. Mi idea era llegar hasta allí, aproximarme hasta el plinto que sostiene el monumento de Baquedano y tocarlo. Durante el trayecto sentía que el corazón me palpitaba excitado, como si me fuera a encontrar con una

obra emblemática de la Historia del Arte o con un amor que no veía hace tiempo. Pero cuando llegué al lugar me topé con un impresionante muro invisible que era infranqueable: un aura poderosa rodeaba toda la Plaza haciéndome imposible acceder a ella. Me quedé entonces parado al borde de la vereda sur, donde está el Teatro de la Universidad de Chile, observando sobrecogido el sitio sagrado de una conquista social e histórica que se fraguó subrepticamente durante décadas y que se plasmó simbólicamente en esa Plaza a partir del 18 de Octubre. Fue estremecedor sentir la poderosa carga del lugar, con ese monumento tapizado por un cúmulo de capas de rayados, volantes, cordeles, cintas, trapos y hasta peluches, mientras en su cresta flameaba leve una ajada bandera mapuche. Como la comuna aledaña de Santiago seguía en cuarentena, el sector estaba casi desierto: pasaba uno que otro vehículo y muy pocas personas. Luego como de veinte minutos de recogimiento volví a mi casa sintiendo dentro de mí el peso de la carga depositada en ese sitio.

4. LOS ENTIERROS. Durante este tiempo han sido impresionantes y téticas las imágenes que transmiten los medios sobre los efectos devastadores de la pandemia. Sin embargo, dentro de todas ellas existen unas que me calaron en lo más profundo: la fosa común en esa isla de Nueva York y los cientos de fosas en línea cavadas en una región de Brasil. Recuerdo que cuando las vi sentí un impacto tremendo, como una convulsión violenta que me noqueó: me quedé sin piso. Ver esas imágenes tan nítidas, casi en vivo, transmitidas cenitalmente desde un dron, en las que decenas de sujetos anónimos vestidos como astronautas acomodaban los ataúdes básicos, fabricados en serie, uno al lado del otro y unos sobre otros, mientras otros tantos esperaban su turno para ser sepultados sin ningún ceremonial ni la presencia de deudos, fue desgarrador. Reconozco que esas imágenes penetraron en mi debilidad más honda: fue demasiado impactante sentir que se manipulaban objetos más que cuerpos, que ya no existía identidad. En ese momento pensé en lo que me pasaría si en uno de esos ataúdes hubiese estado un ser muy querido mío.

5. EL CREPITAR DE LOS GARBANZOS. Hace unas semanas atrás preparé unos garbanzos, los que para cocinar precisan de un remojo previo por algunas horas. Mientras ello ocurría me afané en unas pinturas que estoy haciendo en el taller que está cerca de la cocina. De pronto, en medio de mis labores, escucho un leve y extraño ruido que se repite de modo irregular y sin interrupción. Puse atención y traté de adivinar de qué se trataba, pero no encontré explicación. Luego, por lo débil y persistente del sonido imaginé que quizás era un ratón. Cuando salí del taller me di cuenta que el ruido provenía de la cocina, lo que acentuó mi convencimiento de que era un roedor, más todavía cuando al ingresar advertí que procedía del interior de la olla donde

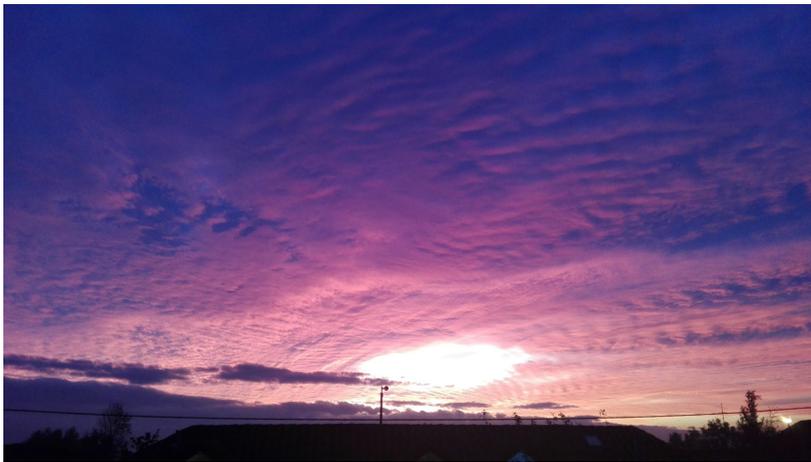
los garbanzos se remojaban. Pero grande fue mi sorpresa cuando al mirar en el contenido no encontré nada, asombrándome luego de un momento de observación que el sonido era proferido por los mismos garbanzos, los que al dilatarse con el agua se partían y sonaban. He cocinado garbanzos decenas de veces, pero jamás había notado este sonido que es como un crepitar.

No sé por qué me pareció que este descubrimiento era algo importante, por eso se lo compartí a un hermano, quien al oírme se rió y me respondió que ése era el típico comentario de un huevón ocioso. Esa respuesta me hizo acordar un largo documental de la RAI sobre la vida de Leonardo, que siempre transmitían para la Semana Santa por la televisión a comienzo de los 70's. En ese documental, que me encantaba, mostraban cómo muchos de los descubrimientos de Leonardo fueron gracias al ocio, a sus momentos de contemplación, cuando él paseaba por el campo distraídamente o se tendía en la hierba a observar sin una atención premeditada. En contraste con ello, también me acordé del cura Gonzalo Duarte, cuando en mi colegio, las veces que faltaba un profesor, nos cuidaba obligándonos a ocupar el tiempo en fatigosas lecturas o tareas, mientras recorría la sala repitiendo con voz enérgica y altanera: "El ocio es la madre de todos los vicios".

Una de las cosas que me ha marcado en la vida son esos momentos en que realmente me he entregado conscientemente al ocio. Recuerdo una tarde de invierno frente a la ventana de la casa familiar de El Tabo mirando el mar por cerca de cuatro horas sin moverme. La quietud y el silencio entonces eran casi absolutos, tanto es así que no pasaba absolutamente nada; sin embargo, al mismo tiempo, pasaba absolutamente todo.

6. EL REPLIEGUE. Desde el 18 de Octubre del año pasado y luego con esta pandemia, que casi no admitió tregua entre ambos fenómenos, mi producción de taller se ha replegado como nunca antes. Además de este repliegue también me he preguntado mucho sobre el rol y pertinencia de lo que hago. Las dos exposiciones que tenía programadas para el 2019 se trasladaron para este año, y ahora, producto del Covid-19, se volvieron a posponer para 2021. Mientras tanto, en este momento, además de pintar profusamente, imparto clases de taller *online* a estudiantes de pintura de la Universidad. A pesar de todo lo que está sucediendo, que tiene a este país en vilo, siento con más fuerza que nunca que mi deber es insistir en lo que hago. Me acordé entonces de esa parte final del prólogo a Wagner que Nietzsche escribió en *El nacimiento de la tragedia*.

7. FUE EMOCIONANTE escuchar ayer el cuarto movimiento de la tercera sinfonía de Mahler, sobre todo ese momento del comienzo, cuando después de la introducción susurrante de los contrabajos y violoncelos entra la voz de la contralto.



Atardecer desde mi casa.

## Resplandor tras el Telón Cerúleo

Felipe Matthey

Estudiante

“Las nubes vienen flotando a mi vida, no para seguir trayendo consigo lluvia o para escoltar la tormenta, sino para añadir color a mi cielo de atardecer”.

Rabindranath Tagore

La pandemia ha desencadenado la dilatación del tiempo, incluso en los parajes más recónditos del planeta. El día de hoy, su percepción es relativa y no hace falta fundamentación teórica para respaldar una aseveración así de palpable y factible. Para algunos, se ha suspendido y el día comprende una sucesión cíclica de recurrencias temporales, donde la fracción más pequeña de segundo existe en función de la infinidad que un sentimiento es capaz de albergar. Basta con la melancolía que corroe, la nostalgia por el pasado o el lacerante júbilo de amar para ceder a la perpetuidad de un santiamén. Otros son cautivos de la fugacidad del tiempo. Son callejeros en un día lluvioso. El frío los tiene agarrotados, pasmados de dolor, pero no hacen nada al respecto. Están ensimismados en un vano intento de ignorar la turbadora velocidad con la que cae cada gota, despavoridos por el instante en el que deje de llover.

O tal vez eres como yo. Tal vez despiertas en la mañana y, en un abrir y cerrar de ojos, la luz del sol ha menguado para sucumbir ante la oscuridad de la noche. Tu día se reduce a la inmortalidad del atardecer, a la magnificencia y refulgencia de las lumbres en el cielo retrayéndose como la marea en la costa.

Si hay un privilegio que la cuarentena no me ha arrebatado es el gozar del arrebol desparramado por los muros de mi habitación, y a veces, del atardecer en todo su esplendor, de esos que son

como avistar a lo lejos la pleamar de un océano estratosférico que arremeterá contra toda forma de vida. Con la aventajada vista que tengo desde mi hogar y dadas las medidas de prevención ante la crisis sanitaria, sería un crimen de lesa humanidad no detenerme a, como mínimo, discriminar los colores.

Es un fenómeno cuando menos fascinante e inspirador, uno de esos grandes detalles de la cotidianidad que solemos desatender por lo mismo. A los ojos del artista, un tesoro de tan inconmensurable valor que se ha de privar al hombre de semejante epifanía natural. Eso sí, me cuesta pensar que es por mera consecuencia de un congénito sentido de la estética. Es como si se tratase de un telón de boca que deja entrever en su división un haz de luz, un atisbo de la verdad. Es un espejo parabólico, un relumbrón de las interrogantes metafísicas soterradas por las nuevas generaciones, de los vestigios de la memoria y los deseos del corazón.

Advertimos en el degradado azafranado la aspiración por surcar desenvueltamente los piélagos del alma sin prorrumpir en sollozos de la soledad, por encontrar la más poética razón de vivir al mirar a alguien a los ojos, por la complacencia de haber vivido la vida a más no poder. Rescatamos del bermellón sonrosado por las remembranzas de un viejo amor la belleza en el dolor de evocar la juventud. Hallamos en el azul profundo de un crepúsculo que parece a merced de la penumbra un motivo por el cual evaporarse de la faz de la tierra.

Si tempus fugit... ¿Carpe diem? El ocaso nos sitúa en la disyuntiva de nuestras vidas, cimentada en virtud del sentimiento que va proliferando en los recovecos de la mente, cual mar de llamas que abrasa el candor de las nubes hasta incendiar la tierra. Hemos de optar entre la búsqueda por esclarecer la silueta

desdibujada de un sol al filo del descenso y ceñirse a la pena y melancolía de un atardecer plomizo y borrascoso.

Hemos de escoger si las nubes seguirán escoltando la tormenta, o bien, si añadirán color a nuestro cielo.

El día de hoy no sé qué sentir. Me siento en la antedicha disyuntiva más que nunca. Mi burbuja se ha materializado y ahora no puedo salir de casa. Me cuestiono una y otra vez si, cuando se levante el confinamiento, querré salir o seguiré recluido como lo he estado buena parte de mi vida, abstraído en el odio y la vergüenza a mí mismo.

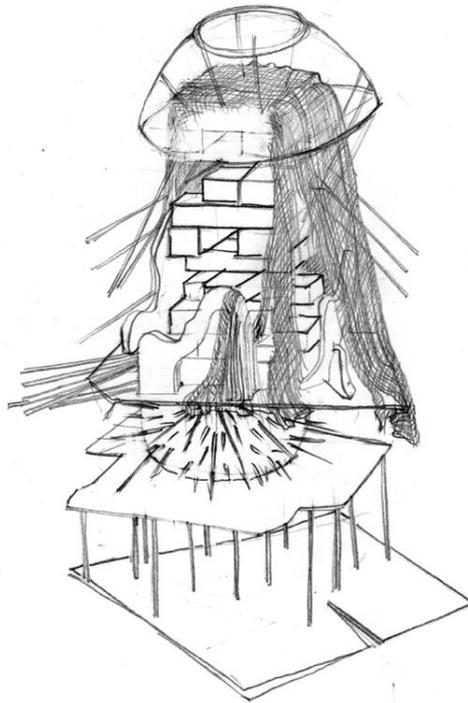
Me pregunto si alguien hará lo que yo en esos momentos en los que nos volvemos unos meditabundos sin remisión. Escucho música y recreo en mi cabeza distintos tipos de escenarios paisajísticos y eventos tan surrealistas y psicodélicos como sea posible.

A veces imagino que voy caminando por la playa, arropado contra esa ventolina que hiela hasta los huesos, aguardando el cese de la fulguración dorada del sol, sin darme cuenta de que el tiempo se ha suspendido.

Otras veces imagino que he emprendido un trepidante y desesperado viaje por la carretera a la hora del más romántico candilazo, de esos que parecen una travesía a los confines del universo, persiguiendo la dicha de sentir en frenesí.

Alguna que otra vez, imagino que el cerúleo oscuro del cielo me da sueño. Cierro los ojos apenas el contorno del sol toca el horizonte, y unos instantes después, así como el sol se ha escondido, yo también he desaparecido.

30



\*Una torre dentro de una torre\*. Lo soñaste?  
Le pregunté. Si, la verdad soñé con esa torre...  
respondió. Tomé el lápiz y dibujé el sueño dictado  
en su voz.

## **Una torre dentro de una torre**

Francisca Sánchez

Artista Visual

### **I**

Acostada, me quedo con los ojos cerrados recorriendo una imagen que atrapo del sueño que recién terminó o de otro sueño pasado. Esas imágenes permanecen ahí atemporales. Las palabras no se les adhieren, duermen hasta que se asoma una y llama a otra dando inicio a la cadena de la consciencia.

El monólogo mental avanza entre vaguedades, interviniendo a destiempo en una conversación del día anterior o dando rodeos por imágenes bizarras: una pata de vaca, unas posas de yeso... animadas en una escena que combina en simultáneo actos y pensamiento.

He confiado en estas apariciones, en esas visiones e ideas rumiadas, para decidir sobre cosas prácticas o títulos de exposiciones. Actúan como golpes de corriente estimulando acciones, o como intuición hallando palabras justas que dan forma y contorno a asuntos borrosos.

### **II**

Transcribir a escritura las ideas e imágenes escuchadas en la voz muda de la consciencia, se vuelve un juego. No es sencillo atrapar en papel con fidelidad lo que esta voz dicta. Puesto por escrito, lo que se lee en voz alta no calza con lo que acaba de dictarse en voz muda, la escritura suena ajena e inexacta.

Hay un ejercicio que hago con estudiantes de arte, que consiste en entregarle a un estudiante una imagen, este debe describirla a viva voz a sus compañeros quienes a su vez deben dibujar lo dictado. Del mismo modo como hace el policía fiándose de las palabras del testigo para obtener un retrato hablado.

El resultado es siempre imprevisible, lleva a preguntarse por la plasticidad del lenguaje y los límites de traducción entre dos sistemas de representación, entre palabra y dibujo o entre oír y trazar.

### III

La actual pandemia nos ha obligado a permanecer en nuestras casas y cambiar las clases presenciales por clases a distancia. Las clases que doy, son a primer año y a ninguno de mis estudiantes los conozco fuera del espacio virtual que compartimos en *Zoom* dos veces por semana.

En esas clases me relaciono con nombres, con voces y conmigo en pantalla hablando; en algún sentido esta escena tiene algo de la escena descrita al comienzo, sólo que estoy sentada y despierta.

Las voces que me hablan, explican y describen avances de un encargo. Espontáneamente recreo lo que dicen en mi mente con imágenes, intento formarme una idea de cómo es eso que escucho y pido precisiones si es necesario.

Yo: Puedes darme una pista de los materiales?

Voz: Sí, voy a usar palos de *Jenga* para hacer una torre dentro de la torre. Voy a ocupar para dividir pisos, cartones y una pelota de aislapol para poner en la base. No de base “Base”. Al principio va a ser: un cartón; arriba voy a poner unos pilares de palos de maqueta, después otro cartón encima de eso, y en ese cartón, voy a hacer al medio un círculo para que quepa la pelota de aislapol.

Yo: Ya, vas a calar el cartón para que encaje

Voz: O sea, voy a sacar un pedazo de cartón para que entre la pelota

Yo: Sí, para que se ensamble

Voz: Sí, para que no se mueva. En esa pelota, voy a cruzar muchos palos de maqueta, como el corona virus, como esa forma

Yo: Vas a clavarle palos en distintas direcciones, ya

Voz: Y encima de eso, otro cartón, para que encima...

Yo: Cuando dices cartón, te refieres a una placa de cartón? o te refieres a una caja?

Voz: No a una placa... en qué iba?

Yo: Ya pasaste por la pelota de aislapol con los palos de maqueta y encima una placa de cartón...

Voz: Ya, pero van entendiendo, cierto?

Yo: Sí, estoy haciendo la suma... pero no me desconcentres que se me va olvidar el comienzo

Voz: Ya. Encima de eso va ir una torre de *Jenga*, pero con espacios, y voy a envolver esa torre en una malla, y también le quiero meter algunos palos y algunas figuras de aislapol que hice. Y ya para terminar la punta; voy a poner la fuente, esa en la que había puesto el huevo, pero hacia abajo y que eso cierre la columna.

Yo: Ya, y todo esto son materiales que ya probaste? Que los tienes seleccionados y a los que diste una función... los probaste?  
O lo soñaste? y los vas a juntar ahora

Voz: Si, la verdad soñé con esa torre, porque estoy muy sicosiada con el trabajo.

Mientras la voz me dictaba materiales y formas que armarían la torre, la escuchaba con los ojos cerrados visualizando cada eslabón. El dictado tenía precisión fotográfica, era distinto a otras descripciones que acostumbro a completar. Lo soñaste? Le pregunté. Si, la verdad soñé con esa torre... respondió. Tomé el lápiz y dibujé el sueño dictado en su voz.



Collage.

## Desde el fondo del Cajón<sup>(1)</sup>

francisco brugnoli

Artista visual y académico de la U. de Chile

Primero el desconcierto, luego la reiteración de muros y esa sensación extraña de pérdida de gravidez, como cuando el avión en que viajas cruza un gran cuerpo de nubes, entonces sabes que el afuera es el espacio de la duda, de la nada y del ¿hasta donde? y casi inconscientemente llegas a los libros. A ese orden nunca finito de la biblioteca, la Babel de toda biblioteca, por nunca terminar de encontrar el justo lugar para ese título, donde te enfrentas con esos otros, de los que un día, en alguna librería te enamoraste tras leer un par de páginas y que llegado a tu escritorio, lleno de urgencias, quedó abandonado y ahora, justo en este ahora, cae en tus manos y vuelves a abrir esas mismas páginas, pero ya no te puedes detener, ya has caído en la nube que te hace perder peso y densidad del cuerpo y entonces al recorrerlo rápidamente, de sus páginas algo cae, algo que allí dejaste escondido para ese juego de sorprenderte de su casual reaparición, reaparición que ya no es, porque ya no puedes recordar todo su porqué. Y encuentras otros libros con la misma trama y con otros papeles o fotografías que no entiendes, cosas caídas de toda pertenencia, rostros, paisajes, palabras que ahí están en un silencio que termina por aterrarte, pero continuas hasta ya no saber dónde más, y entonces abres hasta el fondo el cajón del escritorio y te encuentras con esos

---

<sup>(1)</sup>Extraído desde los “Escritos en tiempo de pandemia”. Cuaderno de borradores semi legibles o ilegibles del todo, acumulados en la condición de cuarentena.

pequeños objetos abandonados de tu mirada, porque perdidos irremediamente de tu imaginario que allí yacen sin referencia alguna y obsesivamente empiezas a acumularlos, amontonando sus silencios. Porque sin historia, sin utilidad, su vacío te produce ese vértigo que no puedes resistir, caes en ellos en su misma caída, ¿qué hacer para que su atracción de ahora no se pierda, para hacer su caída aún más honda, hasta definitiva, donde la mínima referencia de su origen ya no la alcancemos? Entonces el autor de los pegoteados, los guarda como o tesoros de la nada, para luego buscar afanosamente trozos de cartón, restos de cajas, pedazos de madera, cualquier tipo soporte, como esos cuyo uso quedó pendiente y que ahora de pronto convertidos en necesarios, los recogerás, para sumar con ello el vértigo de su sinsentido. Ese trozo de enchufe eléctrico quemado, buscando su quedar al fin completamente liberado de su pequeña y miserable historia de utilidades, junto a esa tapa pisoteada, con ese trozo de algo que no logramos adivinar. Descubrimiento de un juego, algo de ese humor que Breton define por la incapacidad, en un complejo, de la articulación de sus componentes, razón por la cual puede llegar a ser mortal, si no explotas hasta esa esa risa angustiada de peligro. Ese ingreso al mundo donde desesperas por el sentido

---

<sup>(2)</sup>El que lee poesía debe olvidar saber leer para reaprenderlo en ella.

perdido o todo lo contrario, ese dejarse caer en la incertidumbre de una nubosidad cada vez más densa, donde toda búsqueda de sentido deviene absurda. Ellos ahora libres se instalan en el espacio irreferencial donde todo es posible. Retribuidos así por el crimen de su rescate, retornán al lugar de la nada, abiertos a todo. Ese mundo de la poesía negado por una lectura instalada en lo leído<sup>(2)</sup>. Esa libertad peligrosa, ese tránsito meteórico de la palabra desde Marinetti o Tzara. Un habla de incertidumbres frente a certezas, ¿certezas de qué? ¿De lo que ha quedado prisionero por siglos en una caja perfecta de cristal donde ya no podemos existir? La certeza es el sentido en que somos formados para pensar como lo pensado, impidiendo el paso a la nube, a la ingravidez, obstruyendo los posibles infinitos como el de la biblioteca imposible de ordenar. Vivir en el paso adelante del artista, sin saber de la continuidad del suelo que pisa. El vacío de la pérdida.

Epílogo:

El Domingo 7 de mayo la sección obituarios de El Mercurio, muestra dos páginas colmadas de cruces, a la misma hora una mujer sin casa canta a toda voz en el parque.



Balcón de calle General Bulnes.

## Lo que no se ve - lo que no se escucha

Francisco Sanfuentes

Artista Visual y Músico

Encierro es abrigo y desamparo. .... La ventana fue para mí siempre el exterior como posibilidad de fuga y apertura a la vida. Algo había afuera para nosotros .

Se dice que este tiempo nos permitiría experimentar el silencio desde la ventana, descubrir en la niebla sonora, ahora cada vez un rumor más leve, pedacitos de cosas que se nos habían perdido, antes sólo veces recuperadas merced de la imaginación en alguna lectura evocadora de sonidos y olores.

Desde un lugar ahora extraño que fue la vida, cuando las cosas y los cuerpos se tocaban, se olían rozándolas y el ruido blanco de la ciudad era un cluster disonante de capas de voces, chirridos, estridencias, crujidos, rumores mecánicos y humanidad, Gastón Bachelard entre otras cosas nos dice, en “La Poética del Espacio” que, siendo el sujeto de lo que piensa, el ruido de las calles de París en la imaginación se podían transformar en un océano (...) *ya tarde en la noche, cuando los automóviles roncan y el paso de los camiones me induce a maldecir mi destino ciudadano, encuentro paz viviendo en las metáforas de océano. Se sabe que la ciudad es un mar ruidoso (...) en el centro de la noche, el murmullo incesante de las olas y las mareas (...) Mi diván es una barca perdida entre las olas. (...) Duerme a pesar de la tempestad. Duerme en la tempestad. Duerme en tu valor, feliz de ser un hombre asaltado por las olas.*

Pero este tiempo tampoco es calma. Es también un hormigueo inquietante ¿Qué nos dice este silencio? ¿Se trata de transformarlo en una “imagen sonora amable”? La mirada porta su propia ceguera. Ahí, en la ventana donde ya nada se ve más allá de la pandere-ta, el horizonte de tejados de zinc, de la fila de edificios, de la leja-

nía interrumpida por la cordillera de la costa y la bruma de Maipú y Pudahuel, sólo queda escuchar lo que cada vez es más lejano. La ciudad siempre será una imagen imposible que ninguna cartografía podrá reconstruir, la ciudad quizás si sólo se puede escuchar. Algo parecido a imaginar, porque necesitamos otorgarle cuerpo y rostro a lo oído, de lo contrario sería algo así como música.

La noche siempre nos regaló ese silencio lleno de posibilidades, ahora más que nunca en meses de mutismo en toque de queda, recuerdo aquí desde niño, meses y años de toque de queda, cuando la ciudad fingía dormir, a lo lejos balazos, el ronquido de un camión que sabíamos a quienes transportaba, había que mantener bajas las persianas, no era difícil imaginar o mejor dicho tener la certeza de muertes posibles, como ahora, que tal como la impotencia de una cartografía, los números cantados e impresos por las mañanas cubren como una objetiva mortaja de estadísticas el sonido de universos íntimos que se asfixian en sordina rajando el silencio de la noche. Michael Foessel dice que *durante la noche uno no imagina otros mundos, descubre mundos paralelos ya existentes*. La noche siempre ha ocultado el pequeño desgarró, el débil crujido de las vidas.

La noche es la voz muda que oculta el parloteo de la vida. La biografía aural de las cosas, de los objetos, de los cuerpos siempre es apenas menos que un susurro.

Allá afuera entonces, cada vez más lejos, lo que no se ve, lo que no se escucha. El ronquido leve de las respiraciones. ¿Acaso el miedo tiene sonido? ¿El abrazo y el sudor tienen sonido? ¿Cómo imaginar cada pedazo de calor tras cada ventana? La mesa servida sin lavar conteniendo el fantasmal sonido de una familia que se vuelve sobre sí misma para sentir protección.

¿Qué es lo que vela por las noches? En las calles, la ventana iluminada en la noche en las hileras de casas como de juguete que se nos revelan a la imaginación. El sonido implacable de miles de respiradores diseminando por las calles sus ondas cada vez más leves aunque no por ello extintas.

Pedazos de vida solos y lejos amarrados a una cama sin ventanas, con la vida dándole la espalda, otros quedaron horas y días tirados en el suelo, donde no hay testigos.

Si no logro escuchar ese susurro que se quiebra en sordina, sólo me queda desde la ventana imaginar el murmullo huérfano de toallas viejas y ajadas, toallas nuevas de colores, zapatos de hombre usados por una mujer, papeles, paquetes de galletas, botellas, dulces, chocolates y papas fritas a medio comer, papeles, papeles y boletas de un año de comprar para vivir, libros, monedas, más libros y revistas, los que estaban tirados al lado de la cama. Quizás los leía por la noche para tratar de imaginar esas vidas que alguien quiso narrar. Frazadas como hilachas mordidas por un perro que hace tiempo ya no está. Restos de comida del refrigerador, dos chuletas descongelándose afuera en una bolsa. Cosas que hasta hace poco se asociaban a un nombre propio, y ese nombre propio ya tampoco tenía ya a nadie quien lo reclamase como suyo.

Un nombre completo signado en letras para ser escrito en un certificado destinado a la estadística o perderse en una oficina del registro civil.

Sin embargo ahora, en este tiempo sé que el humo de la termoe-  
léctrica... a veces... cuando hace frío en las noches sube al cielo como una lenta columna plateada, imperturbable e indiferente a lo que se padece allá abajo en el silencio de la ciudad...



“Un puma en la ciudad” (fotografía descargada de Internet).

## **Sobrevivientes en tiempos de post-pandemia: después de un exilio global \***

Gabriel Matthey Correa  
Compositor, Ingeniero Civil Hidráulico  
Magister en Gestión Cultural - U. de Chile

### I

“Coronavirus” suena con ritmo musical. Y no es broma, pues en tiempos de post-pandemia están surgiendo muchas novedades al respecto: salsas, rancheras y cumbias al son del coronavirus. ¡Sí, sí, son ironías o catarsis de la vida!, ¡nunca nostalgia, por favor!

El cono Sur también se ha unido a este movimiento, aportando con cuecas y tangos. Gracias a ello ahora existe una pandemia musical que está aliviando los espíritus latinoamericanos y, ojalá, de otros continentes, incluidos los imperios. Así, “el bichito” –como se le conoce popularmente– es música de la buena, ¡sí, sí!, como “la pollera colorá”, famosa cumbia colombiana de los años 60’.

No obstante, de esta nueva música solo pueden disfrutar quienes lograron liberarse de los contagios, hospitales y cementerios: quienes resucitaron de entre los muertos. ¡Benditas y benditos sean! Y por favor a no desanimarse, pues actualmente muchos sobrevivientes cantan y bailan al ritmo del coronavirus o virus-corona (según se lo quiera llamar): ¡Ahora o nunca / sálvense quien pueda!.../ por aquí, por allá / ¡así, así con el famoso bichito que cambió el mundo para siempre!...vironacorus, corinavorus / vorunacoris...: coronavirus, coronavirus...

---

\* El interlineado simple de la aplicación Microsoft Word del computador de Gabriel Matthey Correa es más reducido que el del resto de quienes escribieron, por lo tanto, habiendo ella respetado el máximo de tres páginas, su texto fue más extenso que el de los demás.

## II

En Chile la historia se inició un día 3 de marzo de 2020, fecha que jamás olvidaré, por razones personales. Ese mismo día almorcé con un antiguo amigo, que hacía años no veía, quien actualmente vive en EEUU, tierra ejemplar para el Chile neocolonial (salvo Donald Trump y sus cómplices activos / pasivos). Meses antes ya se rumoreaba que el Covid-19 había sido exportado desde la República Popular de China, con origen en Wuhan, aunque nadie haya podido asegurarlo 100%. Bien pudo ser un fenómeno indirecto, por “efecto carambola”. De hecho a Chile no llegó directo, antes hizo escala en Europa, ¡sí!, donde tuvo gran acogida en ciudades, hospitales y cementerios. Poco después invadió el mundo y se transformó en una efectiva pandemia. Fue la primera globalización biológica, sin olvidar que el poder de la vida siempre ha existido, ¡sí, sí!, antes del paraíso terrenal, cuando Adán y Eva ni siquiera nacían.

## III

Y a propósito de rumores, la primera noticia del coronavirus surgió en diciembre de 2019, dicen que por alguien que se tragó un murciélago –¿primitivismo o sofisticación culinaria en pleno siglo XXI?–; aunque hay versiones que sostienen que fue un error de laboratorio (experimentos genéticos, biotecnológicos, o algo por el estilo). La verdad-verdad quizás nunca se sepa: bien pudo ser un/a turista estadounidense que llevó el Covid-19 a China. La política y el periodismo dan para todo –¡unidos, jamás serán vencidos! –, más con Donald Trump y Xi Jinping que se pelean como niños chicos, en una especie de neo-guerra fría con misiles monetarios o juicios diabólicos. Sea como sea, la pandemia nos sorprendió a todos/as, tal como lo dice Albert Camus en su novela: *En el mundo han existido tantas pestes como guerras. Sin embargo, tanto en las pestes como en las guerras la gente se encuentra desprevenida.*

## IV

Pero ¡ojo! querido público, pues entre la literatura, la biología y las matemáticas, los números nos siguen sorprendiendo. Resulta que “c-o-r-o-n-a-v-i-r-u-s” tiene 11 letras, número que en Chile no ha dado buenos resultados. Baste recordar el golpe cívico-militar (11 de septiembre de 1973) y su posterior dictadura, ¡sí! O

el atentado a las Torres Gemelas en EEUU (11 de septiembre de 2001), historia que dio inicio a la caída de su imperio. ¡Sí, sí, de qué manera el número “11” continúa causando problemas!, acaso compitiendo con el número 13, aunque trece almas participaron en la Última Cena: Jesucristo más los doce apóstoles (1+12).

Y a propósito de números, el coronavirus generó un gran movimiento sísmico, ¡perdón científico!, con esmeradas investigaciones para intentar comprender el fenómeno, junto a una acelerada búsqueda –en más de 100 países– por obtener una vacuna. Algunos, no obstante, lamentablemente se dedicaron a competir, ¡sí, sí!, en vez de cooperar. Asimismo, políticos y periodistas se dieron lugar para hablar de “la curva”, de su crecimiento exponencial o su añorado aplanamiento, que pocos entendían y que tanto tardó en llegar..., o ¡nunca llegó!

## V

El «distanciamiento físico» fue protagonista principal. En Chile sirvió –un poco– para percatarse de que el individualismo es fatal. Sirvió para entender que el «distanciamiento físico» es muy distinto al «distanciamiento social», otra forma de exilio: de carencia humana estructural. Así así, gracias al bichito, al fin se pudo aclarar que el «distanciamiento social» en nuestro país existía desde mucho antes –30 o más años atrás–, desde cuando se instaló el neoliberalismo. Ya en los años 90’, la juventud no estaba ni ahí con nada ni nadie. ¡Ojo!, eso marcó la diferencia: no es lo mismo consumidores que personas; mercado que Universo.

## VI

Lo sucedido en cada país fue un fiel reflejo de su propia cultura; su realidad social, económica y política. Aunque hubo mentiras, la mayoría se mostró tal cual vive, convive y se relaciona con su gente. Sin embargo, una vez más –en situaciones límites– el ser humano mostró lo mejor y lo peor de sí. Mientras algunos países fueron conscientes, honestos y solidarios, otros se atrevieron a competir contando quién tenía menos muertos. ¡Qué vergüenza!... Por su lado, Donald Trump habló del “virus chino”; pero pocas semanas después en su propio país se desató una gran protesta nacional en contra de la discriminación racial (un antiguo virus de EEUU). El efecto búmeran actuó al momento. ¡Sí, ya empezó la descolonización del planeta!

## VII

El Covid-19 llegó en tiempos en que el hemisferio norte estaba atrapado entre grandes conflictos y disputas de poder, tan propias de la Guerra Fría del siglo XX, con actitudes anacrónicas que muchos aún no logran superar. La soberbia y ambición humanas –en rigor masculinas– activaban nuevos conflictos, poniendo en primer plano a China y EEUU con su guerra comercial, obsesionados por ser la primera potencia del siglo XXI. También Rusia se movía solapadamente por recuperar su antiguo imperio. Los conflictos del Medio Oriente continuaban. El hemisferio norte una vez más caía en su propia trampa –¡qué norte!–, involucrando al mundo entero en una gigantesca maquinaria suicida. El infantilismo bélico persistía, aunque hipócritamente se promovía acabar con el armamentismo nuclear (y sus ojivas). Pero tanto las guerras comerciales como militares, antes o después, en pocos meses quedaron en nada, sin ningún poder para alimentar «la máquina». ¡Sí, sí!, bastó un pequeño bichito para detener al mundo. En rigor, la primera guerra mundial no fue militar (siglo XX) sino biológica (siglo XXI). Y la segunda guerra mundial no existe, eso es eurocentrismo.

## VIII

Chile fue un caso especial, pues recibió el coronavirus en medio de otras 3 crisis: el estallido social del 18 de octubre de 2019, la megasecuía y el calentamiento global. No obstante, a pesar de todo, la oligarquía necesitó del coronavirus para constatar –¡ver para creer!– la precariedad chilena. Una triste y cruda realidad quedó en evidencia, al desnudo, con grandes diferencias, hacinamiento e injusticias sociales, pobreza tanto material como espiritual. El Chile de fantasía y supuesto poder del mercado –¡el país de las cosas!– en pocas semanas se derrumbaron de una vez. El precio del individualismo, narcisismo, egoísmo y consumismo –incluido el exitismo–, lo pagó caro el neoliberalismo, ¡qué pandemia, sí! Pero después todo quedó clarísimo!: Sin personas no hay mercado, ni economía ni política que valgan; los consumidores se consumen, ¡sí, sí!: sobreviene la decadencia humana, social..., existencial.

## IX

A mí la cuarentena me privó de muchas dimensiones, sin embargo me ayudó a descubrir otras. Comprendí con más fuerza tantas pandemias invisibilizadas: el hambre, el maltrato, la discriminación, el machismo, el consumismo, el individualismo... Comprendí a presas/presos encerrados en cárceles, exiliadas/exiliados ninguneados, ancianas/ancianos abandonados, claustros religiosos incomprendidos. Me percaté que con el Covid-19 todos fuimos un poco detenidos desaparecidos. Pude sentir más cerca la libertad y la soledad; la vida y la muerte.

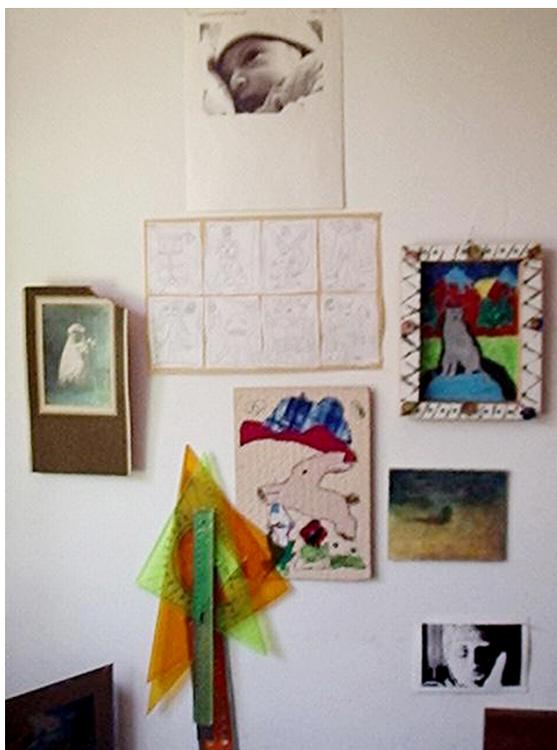
## X

¡Y qué paradoja!: simultáneamente vivimos el confinamiento del espacio y la expansión del tiempo, fenómeno pocas veces visto, ¡raro! (Einstein se habría confundido). Fuimos exiliados del planeta. Quedamos desnudos, sin cuerpo ni lenguaje corporal, casi sin alma, vulnerables, descolocados frente a la precariedad humana. Nuestra soberbia y ambición hicieron lo suyo: el ridículo. Todo gracias al milagro del coronavirus, ¡súper democrático! El bichito no se fijó ni en colores políticos, ni en credos religiosos, ni en razas. Al fin se detuvo la gran maquinaria humana, pandemia que desde la revolución industrial nos tuvo atrapados/esclavizados. Esta fue una gran pausa, nunca vista en la historia. La vida terrenal cobró justicia, supo reclamar y defenderse; los animales volvieron a las calles; la importancia de la vida social –no solo humana– quedó en evidencia. Todos somos parte de lo mismo, ¡sí, sí! ¡Perdón Madre Tierra ..., Ñuke Mapu, Pachamama, sé nuevamente generosa con nosotros y vuelve a recibirnos!

## XI

¡Menos mal señoras y señores!, la prepotencia, arrogancia, neocolonialismo y depredación perdieron espacio. Morimos un poco, es cierto. ¡Sí!, por momentos fuimos seres anónimos, fantasmas no solo virtuales que, sorpresivamente, dimos un salto al vacío. Sufrimos la vulnerabilidad y la angustia. Claramente, sin los demás no somos nadie. De pronto el bichito del Covid-19 nos hizo sentir como una página en blanco, sin historia ni referentes. ¡Sí, sí, nos equivocamos, por supuesto: el tiempo no es oro / el tiempo es vida! Y así como un día por milagro resucitamos de entre los muertos, cualquier otro día –cuando menos lo pensemos– por milagro podemos desaparecer, dejando esta misma página en blanco, incluido su autor.

34



Todo está quieto ahí. Encuentro lo quiero ahora.

## **Escena con cosas atemporales**

Gabriel Robles Squella

Arquitecto

En este tiempo ha venido cambiando la luz y ensanchándose el silencio.

Muchas horas de este tiempo las he pasado en este lugar al que, en nuestra familia, llamamos taller.

La condición para que sea taller es que tenga una superficie donde hacer cosas. Esas cosas son del tipo, dibujar, escribir, componer objetos con materiales y acumular otros objetos de valor formal o estético o emocional.

Esta superficie, en este caso, es una puerta de ochenta por dos metros tendida sobre dos caballetes.

Lo que hay en este “tablero “es lo que voy a describir.

Este tablero está puesto apoyado en un muro poniente de la pieza que es el taller. Este muro tiene una ventana centrada, así que el tablero es como el antepecho de la ventana y al estar sentado frente a él se está sentado frente a la ventana que muestra la calle, de por medio un jardín.

La ventana no tiene cortina ni nada. Mide ciento veinte centímetros de alto e igual medida de ancho.

Tiene rejas de perfiles de acero que forman rectángulos verticales.

En el tablero, que es lo que importa, hay de derecha a izquierda, o de norte a sur lo siguiente.

Once botellas vacías. Dos transparentes, ocho verdes y una esmaltada roja. Las botellas, en su mayoría, fueron envase de aceite de oliva, una de vino y otra de aceite balsámico. Están un poco empolvadas.

Al lado, hacia la ventana hay una caja de madera rústica (está hecha con tablas tomadas de una repisa de una casa donde vivimos, que era muy antigua.) La caja que tiene aproximadamente veinticinco de ancho, treinta de alto y dieciocho de fondo, todos centímetros, contiene unos pocos casetes.

Encima de la caja hay un objeto, sin terminar, que pretende llegar a ser una forma nueva, como una escultura, pero aún no lo es. Son tablas que estaban clavadas en otras unidades, que pertenecían a otros órdenes y que junté con pegamento en otro orden que aún no se completa.

Está recostado, reposando y esperando.

De ahí al sur o a la izquierda, hay varios objetos.

Una especie de ánfora o florero de quince centímetros de alto hecho de marfil. Una amiga, que falleció, Mané, paisajista de profesión y repleta ella de ideas y emociones, mayor que yo, difícil de tratar, impulsiva, de pocos filtros y enorme persona, inventó alguna vez una venta de lo que quería deshacerse, (venta de garaje, le dicen) y yo compré este jarroncito. Está completamente esculpido o grabado con frisos y figuras en bajo relieve de paisajes chinos.

Pienso ahora que ella pasó gran parte de su vida encerrada en sí misma. Quizá como otros o como yo. Como ahora, en este tiempo, encerrados en algo que habíamos olvidado que era parte de nuestro lugar. Y entonces los límites del encierro se extienden o se contraen. Como si la búsqueda fuera intentar salir a la superficie desde unas profundidades que, en definitiva, o en el transcurso de una vida, no se alcanzan a recorrer.

Junto a este jarrón pequeño hay un balde de unos doce centímetros de alto, de latón, esmaltado verde manzana. Es de fantasía, es decir, decorativo, pero hermoso en sus proporciones. Al lado hay una olla pequeña de cobre para hacer café turco. Es de cobre y tenía un mango de madera horizontal y audaz, que se despegó.

Luego, casi arrimados a la cafetera, dos peluches chinos de mi hija. Uno representa a un burro y el otro a un cordero. Entremedio quedan unas getas japonesas que construí con madera de desecho y viendo un tutorial.

Trozos de madera para, quizá, convertirse en algo mas adelante. Una esfera de vidrio azul, una caja metálica circular, lata de galletas, con semillas, una caja de cartón de zapatillas con hilos, cordones y cuentas de vidrio, como las que usaron los invasores para comprarse la ingenuidad de nuestros antepasados.

Cuadernos con notas y escritos. Monitos de cerámica y luego una impresora Canon G 3100.

Al extremo izquierdo o al fono al sur, pegado al muro que separa el taller del dormitorio del lado, hay una repisa con cuadernos, croqueras y libretas de varios tamaños, unos en blanco y la mayoría dibujados y escritos con años de contenido.

Arriba unos objetos de formas propuestas y que se consideran terminados

Un muñeco llamado muzgoamigo creado y logrado por mi hija mayor que no veo hace unos ocho años.

Plumas ensartadas en un trozo de madera. Las plumas son de pájaros de la playa y las recoge mi hija menor y me las regala.

Y otras cosas más.

Infinidad de objetos menores y mayores y que contienen, cada uno, un tiempo en ellos. Bolitas de cristal, semillas recogidas de cualquier viaje, tazas de juguete de metal, tijeras de zurdos y de diestros, caracoles, conchas, bolas de cerámica de algún trabajo escolar, un vaso para tequila lleno con piedras de cuarzo.

Todos estos objetos son silenciosos y quietos. Alguno cambia de posición por acción de una de las gatas que intrigada por esta inmovilidad lo empuja o lo incluye en un juego.

Todo se cubre de polvo cada día. Las arañas dejan sus hilos, pero no se dejan ver.

En las mañanas por la ventana abierta entra el aire que renueva y limpia. En las tardes entra el sol y produce sombras y dramatiza los volúmenes.

Pareciera que el más mínimo movimiento realizado en este lugar irrumpe y desordena una aparente estabilidad.

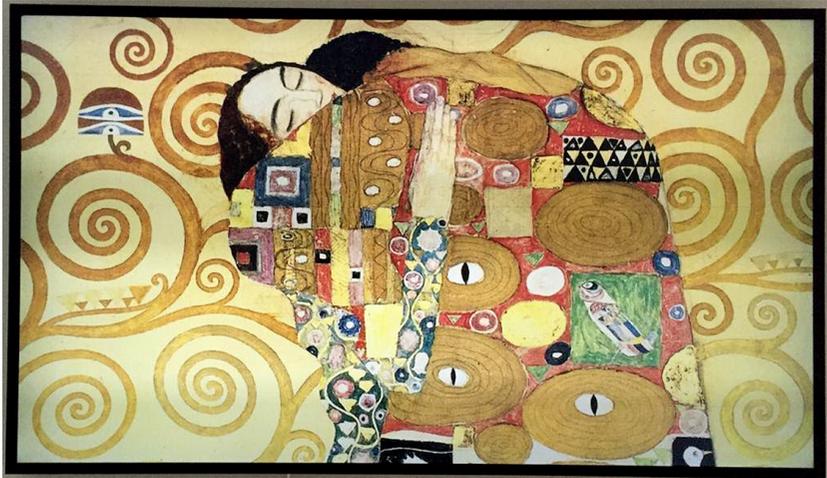
Algunos días, pocos, ha llovido. Entonces, viéndola a la lluvia por la ventana recuerdo que, fuera, o más allá de este lugar, la vida ha estado transformando y moviendo todo, todo este tiempo, sin nuestro concurso.

Y eso me da tranquilidad.

También la vida duele.

En la pared, al lado de la ventana, está pegado con silicona caliente, un lagarto de latón que me regaló uno de mis hijos para una navidad. Es simple y hermoso. Está mirando hacia la ventana, pero no es que se quiera escapar.

Extraño ver lagartijas móviles.



Esta Pintura me ha acompañado durante buena parte de mi encierro, en ella Gustav Klimt representa amorosamente un abrazo algo que echo de menos en esta pandemia.

## **Los Polvos de la Pandemia**

Gastón Concha Fariña

Ingeniero Civil de Industrias

Me rebelo ante la idea que esta pandemia nos va a hacer mejores, más reflexivos y que la soledad, el encierro, con la situación angustiosa e incierta que vivimos, sacará lo mejor de nosotros. Algunos quizás han pensado que con esta invitación a compartir ideas y pensamientos, puede aflorar algún talento literario desconocido, desafortunadamente no albergo ninguna de esas expectativas. Puede ser que, como me siento algo melancólico, me resulte más fácil escribir, como me ha ocurrido en ocasiones en mi vida. Si creo que el rigor, la adversidad y los fracasos, suelen ser más formadores, nos da también eso que se llama resiliencia, de poder levantarse de nuevo, de perseverar para enfrentar la vida con más herramientas y eso es positivo sin duda. Fuente de inspiración? Tengo mis dudas...

Advierto que mis reflexiones son algo pedestres porque he tenido que lidiar a mis 66 años con un trabajo doméstico que solía mirar de lejos y con cierto desdén (no se si es la palabra correcta),

aunque lo valoraba, pero solo como un apoyo, y quiero reconocer que me siento a ratos fastidiado de hacerlo, abrumado también, no tanto por mi evidente torpeza inicial, sino por la gran cantidad de tiempo que me quita y el tiempo es lo único que quiero en mi vida, pero no para eso!!. No es que haya tomado ahora conciencia de la finitud de la vida, sino que a ratos se me hace más presente y a veces me encuentro, antes de dormir, agradeciendo no se a quien de estar sano. En mis grupos de zoom he querido discutir un poco sobre el tema de la muerte, pero no he encontrado mucho eco, creo que nos haría bien hablar de ello con más frecuencia y naturalidad y no rehuir el tema, porque no es solo lo que le pasa a otros y lo estamos viendo, así, quizás similar a una guerra (guardando las proporciones por cierto) como un soldado lo ve cuando las bombas le caen cerca y acaban con la vida de sus compañeros. Leemos que la muerte en esta pandemia es solo un número, una probabilidad que lamentablemente sube con la edad. No crean que estoy asustado... (o si lo estoy?), más bien cansado.

Volviendo al tema doméstico, la señal de alarma me viene cuando el polvo se hace visible y cercano, me ocurre cada vez que estoy a ras de piso haciendo mi rutina de ejercicios y ahí se muestran,

sobre todo cuando van acompañados del sol del invierno que cae desde mi ventana y ya siento que no puedo seguir haciéndome el leso y entonces salto y me dispongo con mucha determinación (que me sorprende) a ocuparme de ello, lo hago con rapidez (sin mucha eficacia probablemente) y abarco todo el departamento hasta los rincones más inexplorados. No obstante, no se si soy poco prolijo, pero a veces a los pocos días, a mi pesar, vuelven aparecer en el mismo lugar (no serán los mismos malditos polvos supongo!). Es claramente un fastidio y casi se me va una mañana.

Finalmente, una reflexión (con un algo más de peso que los polvos :-), me refiero al reemplazo del contacto físico por las conversaciones que hoy se hacen a través de la tecnología. Creo que pueden ser buenas oportunidades para animarse a decir más de lo que solíamos hacer en tiempos normales, decir por ejemplo “te quiero” a mi hija, a través de un buen emoticón. Debo confesar que me está resultando más fácil que hacerlo en vivo, se que no es lo ideal, pero si antes me costaba hacerlo en persona, al menos a través de la tecnología surtirá algún efecto, y creo que a mi me está resultando,... ahora si-cuando se pueda-fuera un primer paso para expresarlo cara a cara junto a un abrazo... tanto mejor.



Ventana, patio, luz.

## Yendo de la cama al living

Ignacio Agüero

Cineasta

1.  
desayunar en la mesa junto al ventanal que da al patio.  
recibir el sol a raudales.  
oír el estallido de las vainas de la flor de la pluma.  
ver la irrupción de la flor ave del paraíso  
y de la flor del aloe.  
oír el estallido de las papitas en el horno eléctrico.  
esperar a los colibríes.  
divagar.  
ya pasó la mañana.  
comer las papitas con mantequilla y sal.  
ya pasó el día.
2.  
había olvidado que el cloro mancha.
3.  
hacer o no hacer el aseo.
4.  
me he acordado de ella. ¿ cómo pude ser tan imbécil ? de esto hace 40 años.  
me dan ganas de verla.
5.  
cocer un puñado de champiñones.  
echarlos a la licuadora con un diente de ajo y sal.  
servir agregando un poco del caldo según cuán espeso o licuado se quiera.  
tomar la sopa.
6.  
entrar o no entrar la ropa.
7.  
de ella también me he acordado pero no me dan muchas ganas de verla.
8.  
di para hacer, el ejercicio “yendo de la cama al living”. Han llegado cosas muy buenas. Cuando termine esto haré la película con ese nombre. Ya estoy averiguando los derechos. Durará 2 horas.

9.

estoy leyendo un libro en cada pieza. En mi casa hay muchas piezas, lo cual indica que no estoy leyendo nada. Pero busco un buen libro para leer. O muy bueno para releer. Especies de espacios (Perec), Baudolino (Eco), Guayacán (Virgilio Rodríguez), El barco de la muerte (Traven), La línea de sombra (Conrad), Décimas (V. Parra).

10.

También Infancia entre Educación y Filosofía, de Walter Kohan, Cine para jugar, de Cezar Migliorin, Chile decide – por una nueva constitución, de Jaime Bassa.

11.

asar una betarraga y un trozo de zapallo en el hornito eléctrico, una hora. servir, comer.

12.

fue un acierto los cardenales. Iluminan y alegran el patio con sus colores. ¿ cómo no se me ocurrió antes ?

13.

dan 2 permisos por semana. tengo un amigo que consigue 4. dos veces con su rut chileno y dos veces con su pasaporte. La picardía chilena del extranjero. ¿ resultará si pido dos días con el rut y dos días con la clave única ? no se puede

14.

la historia de mi muerte, de Serra, gran película. La rosa púrpura de El Cairo, de W. Allen, gran película. El dominio perdido, de Ruiz, gran película. La niña santa, de Lucrecia Martel, gran película. Tote, de María Sojob, grandísima película.

15.

¿ qué será de Manuel ? Hace meses que no viene. Estoy preocupado. Verónica sigue viniendo. Cada vez que viene dice lo mismo : si yo no salgo no como.

16.

Alexandria Ocasio-Cortez

<https://www.facebook.com/SpanishRevolution/videos/2732512716858684/UzpfSTEWMDAxMjEwNDk0OTg5Mjo5MjIxMjI2MDQ4Njc4OTY/?id=100012104949892> explica con gran claridad la legitimidad de la violencia en las protestas en USA por la muerte de George Floyd. Nadie aquí, del Congreso, ni de ninguna parte, ha explicado como ella, la legitimidad de la violencia en nuestras protestas desde el 18-O. Muy claramente desvirtúa la estúpida frase / idea de “estar en contra de la violencia venga de donde venga”. Pues todos sabemos de dónde viene. Por otra parte la violencia en nuestras protestas ha sido una violencia muy leve. ¿ cómo aquí no se incendió nada tras el asesinato de Camilo Catrillanca, con la evidencia de las mentiras del ministro Chadwick y del alto mando de Carabineros ? ¿ cómo aquí no se ha incendiado ninguna comisaría ni tenencia de carabineros luego de los ojos mutilados de quienes protestan ?

17.

coliflor a la plancha y coliflor asada en el hornito eléctrico. No sé cuál es mejor, las dos exquisitas.

18.

Franco Berardi dice [https://www.youtube.com/watch?v=Je0VGmzY\\_R4](https://www.youtube.com/watch?v=Je0VGmzY_R4)  
Y Nelly Richard dice <https://www.nodal.am/2020/05/nelly-richard-ensayista-critica-cultural-chilena-tendremos-que-hacer-reaparecer-el-deseo-en-medio-de-la-necesidad/?fbclid=IwAR2RI7eOdN4SCHavsJ2gMT0ZY30LSfga-5rB3E-0GCA0qFJzRIosc-Ds6I>  
imprescindibles.

19.

la depresión por el encierro es por ver cómo la derecha se aprovecha de la pandemia y lanza leyes represivas... y la ( mal llamada ) oposición en el parlamento se las aprueba como si nada. Esa oposición, que no lo es, está completamente de acuerdo con reprimir. Mientras, todos confinados, y la mayoría buscando conseguir el dinero para comer.

20.

las variaciones de Goldberg. Los colibríes chupan el azúcar de las flores. El sol entra por las ventanas.

21.

es domingo. ajedrez con Belén, a la distancia. Cada uno frente a su tablero. por cada jugada nos enviamos una foto. Partimos en la mañana con el sol que proyecta largas sombras de peones y reyes. Termino prendiendo la luz. Raimundo, Amparo y Matilde, desde distintas partes del mundo, se interesan por saber quién gana.

22.

los pájaros que veo por el ventanal que da al patio, todos chilenos, parecen vivir felices. Les importa un pito mañalich y los muertos del covid, el plesbicio y la nueva constitución ¿ qué les importa ? Les importa mucho que haya agua en el mortero grande que hay en el patio y yo me preocupo de que siempre esté con agua. Se acercan con extremo sigilo. Su enemigo es el gato ( cualquiera de los gatos que a diario inspeccionan mi patio, que ellos creen que es suyo ). Solo cuando están muy seguros hunden su pico en el agua y algunos, los más osados y sibaritas, se bañan con inocultable placer. Tengo pendiente averiguar cómo es el campo de visión de los pájaros, tan distinto al nuestro. Los que más vienen son los zorzales, la tórtola y el gorrión, luego el chercán y el chincol. No puedo entender porqué el mirlo viene solo a los árboles de la calle y nunca a los del patio. A veces las cotorras argentinas se juntan a molestar y tengo que salir a tirarles agua con la manguera. Algunas veces he visto al cachudito. Por temporadas vienen el colibrí y el carpinterito. Algún día les importará, cuando a todos nos falte el agua, y dejarán de ser apolíticos.

23.

llueve. llueve como llovía antes.

37



Pequeños detallistas. Ignacio Gumucio.

## Canción

Ignacio Gumucio  
Pintor

Desde que estoy encerrado, se me pegan las canciones que oigo y no puedo dejar de tararear por más malas que las encuentre. Para sustituir los jingles de propaganda, invento canciones. *Pesimista* es una de ellas. Las notas marcadas corresponden a la melodía para cantar.

### Pesimista

*La* *Si – La-Fa-Re*

Si no hay que can-tar so-li-to

*La* *Si-La-Fa –Re*

quiero un coro de pa-jaritos.

*Re –Mi* *Fa–Mi- Re*

Que sueñen con un mundo ideal,

*Re –Mi* *Fa–Mi- Re*

que luchen por un mundo igual

*Do Re*

al de ayer

*Re* *Si*

De los bandos pesimistas quiero ser el autor

*Re* *Si*

Quiero ser el que predijo que lo que viene es peor

*Solb Fa Lab Fa Solb*

Nadie se ríe de tu desgracia, menos yo

*Re* *Si*

Por razones que no explico yo tenía la razón

*Re* *Si*

Siempre supe que no había que jugar el corazón

*Re* *Si*

Siempre supe que este mundo, era tal vez el mejor

*Re* *Si*

Siempre supe que éste era el mejor, el de ayer

*Solb Fa Lab Fa Solb*

A los optimista ya les tocó vender su piel.

*La* *Si-La-Fa –Re*

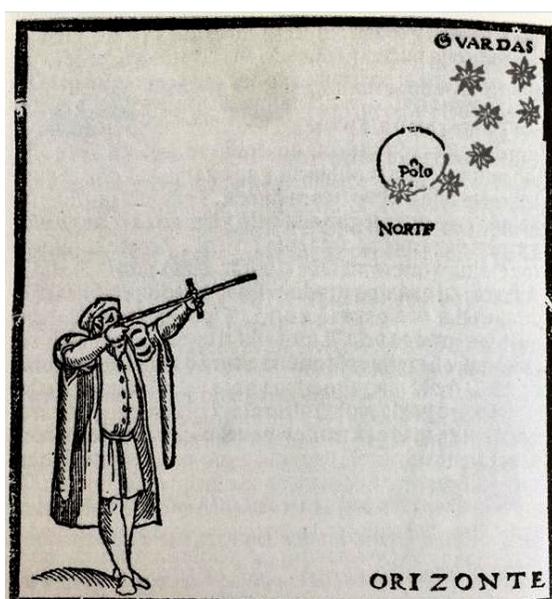
Quiero un coro de pajaritos

*Re –Mi* *Fa–Mi- Re.*

que sueñen con un mundo igual

*Do Re*

al de ayer.



Artefactos para ver a lo lejos.

## **Cerca, lejos**

Ignacio Szmulewicz R.  
Historiador del arte

---

#quedateencasa //

eDestinos.cl – IMPORTANTE: Alitalia ha anulado su vuelo número:  
AZ569 //

Banco Estado – Usted tiene un crédito preaprobado por... //

Microsoft Outlook – El Buzón está casi lleno //

Ingrese Zoom a la reunión de Zoom en curso //

Thanks for your purchase. Your book “City of Bits. Space, Place and the Infobahn” will be arriving on May 16th //

How to build the most modern underground Swimming pools with underground house //

20 days survival Challenge in a rain forest by primitive skills //

“Undoubtedly philosophers are in the right when they tell us, that nothing is great or little otherwise than by comparison. (...) And who knows but that even this prodigious race of mortals might be equally overmatched in some distant part of the world, whereof we have yet no discovery?”. “Travels Into Several Remote Nations of the World by Lemuel Gulliver”, Jonathan Swift, 1726 //

300 days alone //

Cast Away (3/8) Movie CLIP – I Have Made Fire! (2000) HD //

“Vamos! Vamos!”, decía Dean constantemente a todos nosotros sin importarle nuestra respuesta – “En la carretera”, Jack Kerouac, 1957 //

Beats in NYC (1959) – Allen Ginsberg, Jack Kerouac & Friends //

A Chilean artist reveals Hidden Identities FINAL //

2008 NBA Finals Best plays //

Kobe Bryant Death Live Footage //

“When Kobe died, a piece of me died”- Michael Jordan on CBS //

Game of Thrones, Daenerys Burning the Lanister Armies //

“La Eutanasia de Papa” en Las Raras Podcast //

Coronavirus Research Center, John Hopkins //

Adjunte el Certificado de Defunción //

@eugeniotellezvisual “Gracias por tu relato hay algo en el algo de cálido, nostálgico que le da a Machuca una dimensión humana. En las ocasiones en que estuve con él, gracias a Patrick Hamilton y Sergio Parra, siempre salía de esos encuentros con el sentimiento de haber estado con un ser de una inteligencia veloz, de un lenguaje directo y humor penetrante de un conocimiento amplio sin pretensiones. Su relación con la ciudad como exploración de la ‘realidad’ y el alcohol como acompañante alucinante de la inteligencia lo hacen ser para mí un compañero de otro dandy: Baudelaire” //

Batman Interrogates the Joker //

“Hace años yo escribí un libro en el que especulaba dónde me encontraría la muerte. Ahora es muy fácil saber dónde va a ser el final, porque queda muy cerca. No sé si son tres, cinco años más, pero si no es acá en Buenos Aires...” – Facundo Cabral – Soy Leyenda. “Plano americano”, Leila Guerriero, 2013 //

Grace Jones – Slave to the Rhythm //

Let’s Dance de David Bowie //

Friends Bloopers Season 3 //

Capítulo 4. Reality shows - “El día llegará Podcast” en Spotify //

Radio Beethoven de la Pontificia Universidad Católica de Chile //

#cuarentenatotalahora //

@varinialucia “Qué bonito, y en plaza egaña, un poquito pa arriba, habían varios quita penas, entre las ferreterías y barracas de barrio, pasillos largos de los que salían hombres tambaleándose. Todas esas revistas eran maravillosas, habría que hacer una recolección...” //

Cultura lanza plan de emergencia para el sector //

#culturabiempublico //

800 mil visitas ha tenido Memoria Chilena desde el inicio de la pandemia //Kramer imita a Mañalich //

Tendencias de Chile #rechazo #apoyocarabineros //

Chile Weather > Santiago, Región Metropolitana de Santiago 14° C //

DIPUTADO SE LE QUEDÓ ABIERTO EL MICRÓFONO Y HABLÓ MAL DE LA RECONOCIDA PERIODISTA, MÓNICA GONZÁLEZ //

Mónica González se emociona al reflexionar de la crisis social en Chile – Mucho Gusto 2019 //

Monitoreo Nacional – Llegó ese momento de la semana. Actualice su situación de salud en MOVID-19 //

Mad Men: Don’s Final Call to Peggy //

The Whit & Wisdom of Roger Sterling //

Charles Whitman in Wikipedia //

Best Movies of the 60s – IMDB //

Slaker (1991) Trailer #1 – Richard Linklater Movie //

Every Thought You Have Creates its Own Reality //

Scarface – Every Shootout with Tony Montana //

1990s Film Class //

Madonna on Letterman 1994 (Full Uncut Swearing) //

Letterman Confess Adultery //

Frank Sinatra is Surprised by Don Rickles on Johnny Carson’s //

Adam Driver canta Being Alive in Storia di un matrimonio – Netflix Italia //

Rare video from ground zero on 9/11 //

Nina Hagen – New York NY //

“The Death of Chile” – Laurence Birns. November 1, 1973 Issue. The New York Review of Books //

@abalines.abalines “Me mandaron tu carta de vuelta :( Debe ser por el corona. La voy a mandar de nuevo mañana. Llegó hoy en la mañana. La carta viajera”//

AD-06029 “Querido Guillermo Deisler: me vienen llegando tus dos cartas con boletín TAN útil y extraordinario. Muchísimas gracias. A partir del 18 de marzo comienzo un taller electivo de arte postal en el inst. de arte y ciencias sociales. Sólo 12 personas, 2 semestres, es decir todo el año 1985. Me gustaría muchísimo que participaras. Quisiera contar contigo (...) ABRAZO DE DITTBORN” //

no-reply. Por este medio confirmamos que su Permiso Temporal fue generado con éxito //

39



Café en choquero con agricultores de Lampa

## **Cuarentena desde el privilegio**

Isidora Opazo Romero  
Diseñadora / Paisajista

Tuve una pausa de 22 años en la vida de campo... hace unos meses volví al lugar donde me crié: aire libre, espacio, animales, nubes, cerros... con mi madre cambiamos la distribución interna de la casa, heredé (sin querer) un espacio enorme para poder trabajar.

Hay muchas más casas alrededor que antes, ya no veo desde aquí explanadas de cultivos, sigo escuchando los caballos por la calle, pero ya no oigo el viento en la corrida de Álamos que teníamos, pero sí a los Queltehues que anidan cerca.

La vida acá siempre ha sido aislada, cuando chica generalmente se hacía un almuerzo los fines de semana en el que estábamos todos nosotros, más amigos de mis papás y/o de mis hermanos mayores. Pero con los años cada vez vino menos gente... mis papás se separaron y quedó mi papá en la parcela, yo venía los fines de semana y con el tiempo sólo venía los domingos a almorzar con él.

Durante 12 años el lugar estuvo deshabitado, hasta que el año pasado retomamos la idea de volver a vivir acá. Reconstruimos lo que quedaba de casa y de apoco fuimos arreglando el terreno.

Sin querer me fui reencontrando con las personas de acá que habían sido parte importante de mi infancia, personas que sin darnos cuenta nos habían visto y cuidado hasta en los años que la casa estuvo sin nosotros.

Desde que volvimos a nuestra casa con mi mamá en Noviembre nuestra vida volvió a ser aislada por la distancia a la que estamos de Santiago, pero tenemos la suerte de trabajar de forma independiente y yo sobre todo por tener el taller acá.

Los viajes a Santiago siempre son programados para aprovechar al máximo el tiempo, por lo que desde que empezó la pandemia no fue un cambio muy brusco a nuestro día a día.

El aislamiento social es algo que sin querer ya habíamos empezado a trabajar, y de una forma muy linda nos fuimos preparando para la cuarentena.

Acá no tenemos wifi por lo que muchas veces internet funciona pésimo en los celulares, sólo hay una tele que se ve bien y la otra es una carrera de hormigas cuando la prendemos para ver las noticias.

De a poco nuestros trabajos se fueron parando como los de la gran mayoría de las personas de Santiago y empezó a aparecer la preocupación ante este virus, sobre la cantidad de personas contagiadas, el mal sistema de salud que tenemos en este país y la irresponsabilidad de muchos que no le han tomado el peso a esta pandemia.

Nos empieza a angustiar la cantidad de personas que ya no tienen ingresos ni para comer. Comenzamos a extrañar mucho a nuestros amigos/os que antes podíamos ver libremente los días que una u otra iba Santiago, pero por otro lado este reencuentro con las personas de acá ha sido una de las cosas más lindas que hemos vivido, hay una preocupación constante por el de al lado, algo que yo pensaba que tenía pero no era tan así... nos llegan sacos de verduras recién cosechadas y pan amasado recién salido del horno de barro, nos ayudan con nuestra huerta, cuidan nuestros perros y a nosotras. Nos abrieron las puertas de sus casas sin ningún prejuicio, y nos enseñaron a no tenerlos.

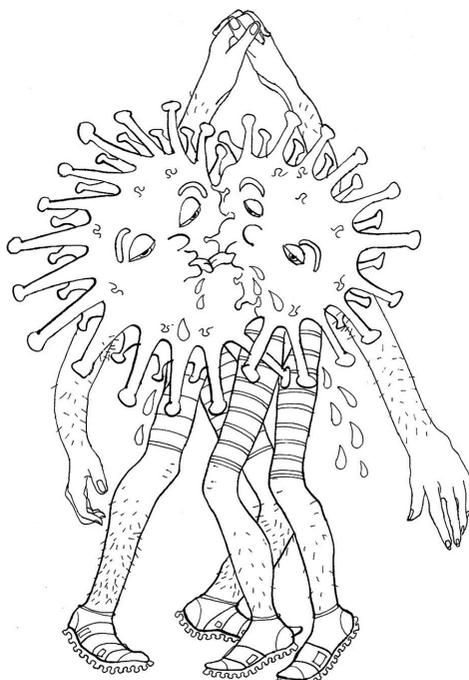
Los vecinos estamos preocupados por la pandemia, pero como vivimos todos con espacio al aire libre, nos podemos juntar y salir un poco de la preocupación. Algunas veces nos juntamos alrededor de una fogata al exterior y tomamos café mientras los caballos comen sueltos en los terrenos.

Tengo el privilegio de pertenecer a un grupo de personas quienes me han enseñado que no importa la procedencia, nos tratamos todos como iguales, sin olvidar que siempre uno puede aportar algo al otro, compartimos cariño y preocupación incondicional sin pedir nada a cambio.

De alguna u otra forma me han hecho valorar las cosas más sencillas, como simplemente estar. Tengo el privilegio de vivir con espacio al aire libre, de poder compartir con otras personas, y que podemos pasar tardes completas observando las nubes, como cambia el cielo y así poder aliviar el estrés que genera este virus.

Muchas veces pienso que nos mandaron al matadero sin herramientas para poder combatir... pero tengo el privilegio de vivir lejos del foco de contagios, de poder estar con mi mamá, de tener amigos acá con los que nos apoyamos día a día, de que si en algún momento me siento ahogada por la cuarentena puedo salir a caminar libre por el campo, puedo acompañar a mis amigos a cortar pencas, a cosechar espinacas y betarragas.

También puedo pasar horas en el taller adelantando trabajo para cuando levanten la cuarentena, o estar sentada frente a la chimenea escuchando música y olvidarme de la preocupación de la pandemia (y todo lo que significa).



Uno de los dibujos de nuestro libro *"I got it! - The Coronavirus Colouring Book"*, por Ivana de Vivanco & Steffen Elsner.

## **Pequeña crónica sobre un libro para colorear, un mundo en miniatura y varios postigos rotos \***

Ivana de Vivanco  
Artista visual

### I

Con menos de dos años yo era ya una muchachita nómada y muchos de mis primeros recuerdos están ambientados en lugares de tránsito, como los aeropuertos. Me emocionaban los despegues en avión y ver como las grandes ciudades se hacían minúsculas desde lo alto. Mi mamá se ponía un poco nerviosa, pero yo miraba siempre con curiosidad los dibujitos de las instrucciones de evacuación en caso de aterrizaje forzoso. Me acurrucaba en mi asiento, que en aquellos tiempos me parecía gigantesco, dormía o paseaba por los pasillos conversando con otros pasajeros. La posibilidad de viajar y encontrarse directamente con la gente que uno quiere ha sido desde hace treinta años parte de mi rutina de vida y es algo que jamás estuvo puesto en entredicho. Hasta ahora.

En estos meses de pandemia, todas y todos hemos experimentado la pérdida de cosas que dábamos por sentadas y quizás una de las más radicales es la manera en la que nos relacionamos con el cuerpo: con el de los otros y con el propio. ¿Qué le pasa a nuestro cuerpo cuando nos encerramos, cuando tenemos que prescindir de un abrazo o cuando no podemos mirarnos directamente a la cara, pues nuestros rostros están constantemente mediados por una pantalla u ocultos tras una mascarilla? Los viajes para encontrarnos en carne y hueso con nuestros seres queridos se han suspendido y, si es que algún encuentro en persona se lleva a cabo, el metro y medio de distancia obligatoria y los rostros enmascarados cambian inevitablemente la dinámica de la comunicación. Nunca pensé que la distancia se transformaría en una nueva forma de cercanía. Bajo la amenaza de un virus tan contagioso, el cuidado, respeto y afecto al otro se expresan ahora justamente manteniendo la distancia. Se trata de una paradoja que es difícil de aceptar. Quizás por eso durante estos últimos meses, cada vez que me he encontrado con alguien que aprecio, una torpeza se ha colado entre los cuerpos.

La experiencia de pérdida que estamos experimentando en este nuevo contexto, y que nuestro cuerpo resiente, se vive, sin embargo, con muy diferentes intensidades en la sociedad y en las distintas partes del mundo. Frente a

---

\* El interlineado simple de la aplicación Microsoft Word del computador de Ivana de Vivanco es más reducido que el del resto de quienes escribieron, por lo tanto, habiendo ella respetado el máximo de tres páginas, su texto fue más extenso que el de los demás.

las situaciones despiadadas de pobreza y muerte de las cuales estamos siendo testigos, otras pérdidas resultan banales. La idea que circuló tanto al inicio de la crisis (al menos aquí en Alemania) de que el virus rompe las jerarquías y nos hace a todos iguales, me enfureció desde un principio. Es cierto que para este malhechor del Covid-19 cualquier cuerpo es un potencial caldo de cultivo y un terreno por conquistar, pero las condiciones de esta conquista son extremadamente diferentes en cada caso. No todos estamos expuestos de igual manera al peligro de enfermarnos, ni tampoco todos tenemos las mismas posibilidades de curarnos si contraemos el virus. Algunos podemos quedarnos en la seguridad de nuestros hogares o talleres y pensar en las cosas, costumbres y personas que extrañamos. Para otros, sin embargo, respetar una cuarentena estricta significa no comer, y enfermarse implica un riesgo más alto de perder la vida por no tener acceso a una salud digna. En un contexto así se agudizan las inequidades preexistentes. Todas y todos lo hemos visto. No nos hacemos más iguales, sino todo lo contrario: nos diferenciamos más aún unos grupos de otros. La injusticia social aumenta, se multiplica, se hace virulenta.

Es imposible no pensar en todo esto durante el trabajo en el taller. Mi estudio queda a diez minutos de mi departamento y allí he estado encerrada; hasta cierto punto protegida de los peligros e injusticias del mundo, pero pensando en ellos constantemente. Debo confesar que durante estos meses ha cambiado poco mi rutina, la cual tiene también algo de encierro y soledad en tiempos libres de pandemias. Sin embargo, a pesar de que poco varíe en el trabajo cotidiano, hay muchísimas cosas que cambian. Una de las tareas más importantes del artista es la observación atenta de lo que está pasando fuera del taller y la búsqueda desde adentro de una forma para aquello que observa. Si el exterior se remece, las obras de arte se agrietan, denunciando así una fisura externa a ellas. A veces uno intenta cerrar las ventanas del taller con fuerza para poder tener un respiro, pero la realidad viene como un ventarrón y rompe los postigos. Quizás por eso sea más difícil ser artista en Latinoamérica que aquí en Europa. Es cierto que la posición del artista en la sociedad es hasta cierto punto privilegiada en cualquier parte, pues éste necesita una distancia frente a la catástrofe para poder representarla y por eso normalmente no está sumergido por completo en ella. Sin embargo, en algunos países del mundo, la calle se mete con especial ímpetu en el taller. En esos lugares, los artistas tienen que reparar sus ventanas rotas y sus persianas desencajadas tan a menudo, que a veces apenas les queda tiempo para otras cosas.

En los primeros días de la cuarentena mi novio, que es psicoanalista, y yo, percibimos esos ventarrones fuertes y experimentamos la urgencia de hacer algo. Asumiendo nuestras posiciones privilegiadas, no podíamos aceptar ninguna forma de parálisis frente a la crisis, así que él se la pasó escribiendo

un artículo para tratar de movilizar a la comunidad más bien conservadora de psicoanalistas, y yo pinté, pinté y pinté. Muchas cosas salieron pésimas, pero, en fin, es parte de todo proceso. Ambos intentábamos encauzar de alguna forma nuestro desconcierto. Una pandemia de esta envergadura nos desestabiliza en muchos aspectos, recordándonos cuán insignificante es nuestra vida como especie, pues algo tan ridículamente pequeño como un virus podría en un caso extremo acabar con todo, sin importarle el desarrollo espiritual o artístico de la humanidad. Sentí que el 2020 nos había obligado a aterrizar en un terreno de ciencia ficción y quise ser parte del grupo de los “humanos buenos” de esta historia, y aportar en algo, aunque el aporte sea microscópico, aunque la empresa terminara probablemente en un intento fallido, que es algo que siempre ocurre en todo escenario distópico. La experiencia cotidiana del trabajo pictórico, en el que las más grandes ambiciones creativas chocan con la soledad y el aislamiento del taller, sólo parece reforzarse durante los periodos de crisis. Así que allí estaba yo nuevamente, como una anti-heroína sobre un escenario tragicómico, tratando de salvar al mundo de la peste con paleta y pincel.

A pesar de todos los sinsentidos, no dejé de ir al taller ni un solo día. La calle estaba muda, lo que no es de extrañar en un contexto en el que todos se quedan refugiados en casa. Sin embargo, había un silencio más penetrante que en otros lugares de la ciudad. Al principio no me percaté de la diferencia, pero rápidamente la calle de mi taller se fue tornando más y más ronca. Me tomó unos cuatro o cinco días darme cuenta de la naturaleza de este silencio, hasta que finalmente lo entendí: faltaban las niñas y los niños.

Justo al frente de mi edificio hay un jardín infantil, en una casa con un gran patio. Los pequeños y pequeñas salen siempre a jugar afuera en los recreos, independientemente de las temperaturas. En los días soleados, en las mañanas ventosas o cuando todo está cubierto de nieve; allí están los peques, siempre dispuestos a aventurarse en las inmensidades del patio. Durante mi jornada de trabajo miro a menudo por la ventana y los veo jugando, gritando, riendo, peleando, siendo educaditos o haciendo pataletas, compartiendo sus juguetes o arranchándoselos de las manos a otros niños, alegrándose cuando los vienen a buscar sus padres o entristeciéndose cuando éstos se retrasan. Un mundo en miniatura a sólo una pista y dos veredas de distancia.

El día en el que me di cuenta de que mis vecinas y vecinos no estaban, trabajé como siempre, aunque mirando menos hacia afuera. Extrañé el griterío y a pesar de haberme quedado sin mi modelo del mundo en miniatura, pinté todo el día. Regresé a casa, luego de haber logrado reprimir mi sentimiento melancólico con cierto éxito, pero justamente esa noche Steffen, que trabaja en el área infantil del hospital, me estaba esperando con una idea inusual. ¿Por

qué no hacemos un libro para colorear para niños con imágenes de la pandemia? – me dijo. Como por arte de magia, la propuesta de Steffen trajo a todos los niños y niñas de regreso. Allí estábamos los dos, sentados en la cocina minúscula de nuestro pequeño departamento, invadido de un momento a otro por una tropa de pequeños que saltaban y gritaban todos al unísono: ¡libro, libro, libro! No lo pensé ni un segundo y le dije que sí.

El proyecto duró un mes desde su concepción hasta que el libro salió listo de imprenta. Realmente corríamos. Se trataba de un asunto urgente. Yo hice los dibujos, Steffen escribió los textos, entre los dos los traducimos del alemán al inglés y al castellano, y un amigo se encargó del diseño. Creo que al final los cincuenta dibujos del libro han logrado recoger una mirada amplia de la situación actual, con humor, pero sin ignorar las dificultades médicas, los miedos, ni tampoco cuán diferente y duramente se vive esta crisis en otros países con realidades muy distintas a la de Alemania. Queríamos ayudar a los niños a repensar estos tiempos a través del lenguaje visual. Y para mí, la dibujante, el proyecto fue también un intento de responder a través de imágenes a la compleja pregunta ¿qué le hace esta pandemia a nuestro cuerpo?

Las reacciones frente al libro fueron múltiples, desde muy positivas y abiertas, hasta reaccionarias. Hubo, por ejemplo, un par de madres conservadoras, a las cuales los dibujos les parecieron muy fuertes para sus criaturas. Tuviémos una discusión enérgica con ellas, sobre todo con una que defendía una supuesta pureza infantil, que debía protegerse de toda posible contaminación. Hablaba como si los niños no tuviesen nunca fantasías ni impulsos violentos que tienen que aprender a canalizar para vivir en sociedad. Me pareció que algunos padres tenían una comprensión equivocada de lo que significa proteger a sus hijos. Protegerlos no significa dejarlos fuera de los asuntos más importantes que mueven y afectan a la humanidad. Todo lo contrario: significa ofrecerles formas y estructuras que los ayuden a construir una narrativa propia sobre el mundo, incluyendo los aspectos difíciles de la realidad. Además, por qué algunos niños tienen derecho a pintar eternamente unicornios y maripositas, mientras muchos otros, que probablemente no han tenido nunca un libro para colorear, están obligados a crecer en medio de zonas de conflicto, pobreza o violencia. Eso es injusto y es exactamente lo que pasa en las relaciones de poder entre clases sociales y entre países. ¡Algunas naciones se la pasan pintando unicornios a costa de otras!

Al enterarnos de que esas madres habían votado por el partido de extrema derecha en las últimas elecciones, dejamos de conversar con ellas. Nos dijimos: el proyecto ha sido realizado para los niños y las niñas, dejémoslos

pues a ellos juzgar por su cuenta. Varios ejemplares han llegado ya a manos de nuestros pequeños y pequeñas coloristas, quienes han sido tremendamente laboriosos y han estado ocupados pintando con sus lápices de colores. Algunos incluso nos han mandado fotos de sus páginas favoritas del libro ya coloreadas. Sin duda ellos ven mucho más de lo que ven sus padres y descubren detalles en los dibujos, que la mayoría de los adultos pasan por alto.

Debo reconocer que jamás pensé en el potencial político que puede tener un libro para colorear. Hasta este punto nunca me había interesado realmente como adulta en dicho género. Sin embargo, alguna importancia deben tener estos libros, pues de los favoritos de mi infancia jamás podré olvidarme. Aún me acuerdo del de los arabescos y diseños de estilo mudéjar que mi mamá me trajo de regalo luego de un viaje a los Estados Unidos. Y cómo olvidar el que tenía dibujos de las pinturas de Chagall: las escenas eran graciosas y de una ternura inocente, tras la que se ocultaba, sin embargo, algo quebradizo y un tanto siniestro. Esos libros fueron probablemente uno de los primeros contactos activos con obras de arte que tuve en mi infancia.

## II

Hoy en día, cada vez que estoy parada frente a una pintura en un museo, me conmuevo cuando reconozco en las formas, pinceladas y composiciones más increíbles el rastro del cuerpo del artista. Toda obra de arte encierra una gran ambición y en su materialidad se dejan ver las marcas del tremendo esfuerzo y sudor de otro sujeto. A veces me reconozco a mí misma en esos trazos de pintura y entonces sé que el artista se anticipó y supo que aquel momento de reconocimiento y emoción ocurriría. En ese instante sé que el cuadro ha sido pintado para mí. Sí; uno, dos, tres, cuatro o hasta cinco siglos antes de mi existencia, el artista supo que yo estaría allí para seguir con atención el trazo de su pincel y observar en la imagen el movimiento de su brazo y de su ojo. Durante el proceso creativo, el cuerpo del artista queda encerrado en la obra junto al cuerpo de los sujetos retratados. La experiencia estética se detona en el momento en el que dichos cuerpos saltan hacia afuera del marco y se conectan enérgicamente con el cuerpo del espectador, haciendo caso omiso de toda regla de distanciamiento. Me pregunto si no ocurre algo parecido con los libros para colorear. Quizás también se genere a través de ellos una especie de conexión que despierta a varios cuerpos y que nos hace sentirnos acompañados a pesar del encierro. Al fin y al cabo, son los niños y niñas los que terminan la imagen; no sólo devorándola con la mirada –como frente a un cuadro en un museo– sino que también siguiendo los trazos del dibujante con sus lápices y moviendo agitadamente sus manos para añadir color a lo que eran sólo líneas hechas con plumilla y tinta negra.

41



Círculo vicioso.

## **El brillo indecible**

Jaime Alvarado

Artista visual, docente

Debido al coronavirus, las clases presenciales han mutado a clases en línea. Y aunque creo ser afortunado por seguir teniendo un empleo, a diferencia de muchas personas de este país que fueron desvinculadas de manera abrupta y que posteriormente han recibido escasa o nula asistencia económica para sobrevivir, este escenario me ha obligado a improvisar soluciones a cómo transferir conocimiento práctico a través de internet.

Uno de los cursos que realizo es una introducción al dibujo y la composición. Desarrollar este semestre mediante una pantalla ha sido particularmente complejo, porque el factor práctico y material en el dibujo es fundamental para su aprendizaje: ver el modelo, apreciar cómo es afectado por la luz que lo hace visible ante nuestros ojos, cómo ella rebota en la sala, cómo proyecta sombras sobre la paredes generando una atmósfera a su alrededor, practicar el roce del lápiz sobre el papel, las inflexiones de la muñeca, la importancia del ángulo que forma el antebrazo al sostener el lápiz, cultivar la observación sin prisa, la distancia crítica, etc.

Los estudiantes de mi asignatura llevan años mirando el mundo a través de una pantalla muy pequeña, con exceso de brillo y con un contraste que se aleja de la luz natural del día, sobre todo ajena a la luz ambiente que nos rodea hoy estando tan cerca del invierno. Ellos son bombardeados todos los días con estímulos instantáneos; notificaciones, mensajes, correos, etc. Y por lo tanto su capacidad para desarrollar una tarea contemplativa durante dos horas sin distracciones es muy baja o casi nula. La posibilidad de estar a un click de distancia de una cantidad infinita de imágenes y videos incluso a mí me distrae constantemente.

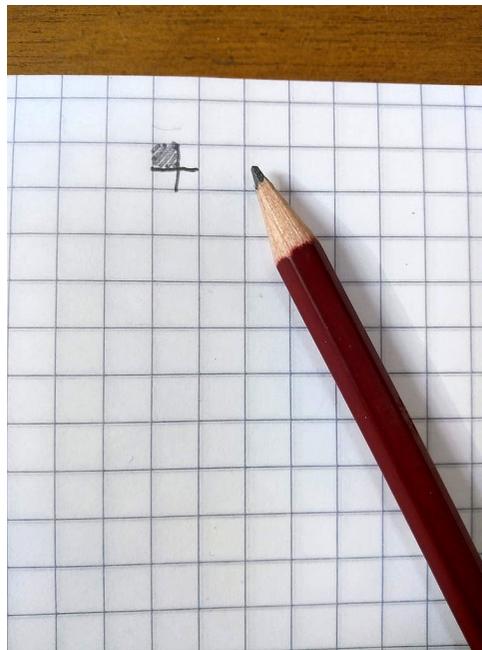
Durante este semestre he desarrollado el ejercicio de enseñar a mirar sumido en una total oscuridad: no puedo ver la expresión facial de las personas a las que estoy hablando, no sé si el conocimiento está siendo efectivamente transferido. No puedo leer su lenguaje corporal, no puedo corregir la forma en que sostienen el lápiz, o la distancia que toman frente al papel. He recorrido este

curso de dibujo a ciegas y tanteando permanentemente el terreno, lo que me ha obligado a cambiar de estrategia al menos dos veces o tres. A pesar de todo esto, puedo ver avances en los resultados.

Además de la barrera virtual que nos separa y la dificultad de aprender a apreciar las inflexiones de la luz sobre el mundo físico, hay otro factor quizás mucho más importante que afecta la manera en que el aprendizaje se lleva a cabo. Muchos estudiantes no tienen las condiciones idóneas para estudiar desde su casa: hay personas que solo tienen internet en su celular, otras tienen un plan con una empresa que brinda una mala señal de conexión, algunas tienen un solo computador y deben compartirlo con sus hermanos que también están estudiando, y hay personas que no tienen computador ni internet.

El escenario es líquido y escurridizo.

42



Reiteraciones.

## ¡Quédese en casa!

Jaime León

Dibujante

La extenuante economía mundial que basa su éxito en la creciente obsesión de medir y maximizar el tiempo de los “recursos humanos”; esta eficiencia automática que sostiene dicha estructura social, tiene en su vorágine el germen de su devenir en derrota, toda vez que dicho establecimiento se sostiene en la enajenación del ser de los entes. Así, la cotidianeidad profunda de no tener fundamento, salvo el productivo en el tiempo profano, nos aleja de la nostalgia ontológica de un tiempo sacro.

Ahora bien, la actitud creativa del **de-morarse** se visualiza como anatema a nuestra creencia cultural de la hiperactividad como actividad continua.

Hoy las neurociencias en sus investigaciones recientes, nos han revelado que es probable que ricas formas de autoconocimiento solo se nos presentan en estado de ocio, como único estado en el cual la red neuronal por defecto, se activa, más aun si centramos nuestra focalización en nosotros mismos en cuanto introspección ... **¡Quédese en casa!** ... en la **de-mora** ... para salvar la posibilidad ontológica de existir con sentido ... y esto, no solo en la actual contingencia sino como prioridad dialogante y permanente con aquellos espacios transicionales que son de suyo lo de siempre, el silencio originario.

¿Cómo habitar la temporalidad presente de reducidos espacios transitables en lo público del deber ser, del proyectarse en la consecución de logros en el porvenir cesada dicha premura sostenidas en el ente? Atesoro el buen y cuidado responder en el seguir sereando como actividad ineludible. Me **re-creo** en este saber estar en casa, en la morada del todavía no pero del ya estar siendo como condición primigenia para una epigénesis.

“Con frecuencia me pregunto si esos días en que nos vemos obligados a permanecer ociosos no son, justamente, los días en los que nos involucramos en la actividad más profunda; si nuestras acciones, aun a pesar de suceder en algún momento posterior, no son sino las últimas reverberaciones de un vasto movimiento que se produce en nuestro interior en los días de ocio. Como sea, es fundamental entregarse al ocio con confianza, con devoción, incluso tal vez, con alegría. Los días en que ni siquiera nuestras manos se mueven son tan increíblemente silenciosos que apenas es posible levantarlas sin que oigamos un ruido atronador”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>Rainer María Rilke.



*Mirar el cielo te da paz. Chiloé Verano 2018.*

## Por siempre

Janet González

Administrativa Departamento de Artes Visuales

A propósito de muertes en tiempos de Pandemia, quise escribir lo que está aún presente.

En estos casi cuatro años me ha tocado despedir a cuatro personas muy importantes para mi vida. Desde que tengo uso de conciencia hasta los veintitrés años aproximadamente, debo confesar, que, para mí, la muerte era indiferente; en mi casa nunca se habló de muerte ni enfermedades, siempre fueron muy lejanas a mi vida en ese entonces. Sin embargo, la partida de mi Padre, mi Marido, mi Madre y mi Suegra, cambiaron mi perspectiva de la vida, valorando y siendo más consciente de cada momento.

30 de junio de 2015

Mi padre, o mi papá como yo le decía, fue un hombre pasivo, tranquilo, pensativo, observador, silencioso, trabajador y muy humilde. Le gustaba caminar, jugar dominó y jugar cartas, tomaba su vino que tanto disfrutó a lo largo de su vida. Él nunca me llamó la atención, no recuerdo una mala palabra de él hacia mí y con nadie. Mi papá tenía una mirada triste, pero a la vez dulce, quizás él sufría internamente, aunque nunca lo dijo. Sólo nos tenía a nosotros, ya que quedó sin padres siendo muy pequeño. Lo más probable es que por eso tal vez era tan silencioso, casi tímido. Pero, aun así, nos transmitió todo su cariño y su humildad. Con su silencio y sus gestos nos decía que nos amaba. No recuerdo que me lo haya dicho verbalmente, pero sentía su amor. Le encantaba caminar, la playa, el campo. Cuando falleció a los 88 años, luego de estar varios meses en cama con su diabetes declarada, llegó a su término, trató de dar la lucha, pero no lo logró esa vez. Lo recuerdo con ternura y templanza, con su silencio, sin decir casi nada, aprendí de él a escuchar, a tener paciencia, a mirar y a entender todo con cierta calma; aunque debo admitirlo, sí con ciertos miedos que van y vienen. Nada es perfecto. Nunca te olvidaré.

25 de septiembre de 2016

Mi marido Rogelio, el amor de mi vida, lo conocí adolescente, pero cuando comencé a hablar con él, yo tenía 17 años y Rogelio 22 años, cómo olvidarlo. Qué edad, divino tesoro. Nos casamos cuando yo tenía 21 años, embarazada de mi primer hijo. Nunca dudamos en ningún momento y nos casamos, sin nada, sin experiencia nos embarcamos en esta aventura desconocida para nosotros, pero que finalmente supimos manejar, mal, bien, pero nos equilibramos de cierta forma. Con los años, me embaracé de dos hermosas hijas con una diferencia de seis años, y así, hicimos hogar. Pasaron los años con muchas vivencias, todo lo que involucra un matrimonio. Crecimos juntos, con altos y bajos como se dice por ahí. Pero si tuviera que nacer nuevamente, volvería a elegir la misma vida.

No puedo dejar de mencionar que Rogelio fue un hombre muy bondadoso silenciosamente, no le gustaba discutir, menos verme llorar, era chistoso, me hacía bromas y muchas veces me hacía enojar, vivía para su familia y sus hijos, preocupado de su mamá, le encantaban los niños, los molestaba, quería puro tener nietos, muy trabajador, fanático de la televisión y del fútbol, aunque jamás jugó y fue a la cancha, en general le gustaba ver deporte, nunca practicó ninguno. Era mañoso y tenía mal genio también, yo a veces lo odiaba, pero más lo amaba. Hasta que llegó aquel día que quisiera no recordar, pero no es posible, fue tan inesperado, violento, casi lo sentí cruel.

Cuando llevé a Rogelio a la clínica y le hicieron los exámenes, jamás pasó por mi mente que eran sus últimas horas de vida y que me dijeran que tenía una leucemia aguda declarada y que avanzaba en horas tan rápidamente, que tenía metástasis en sus caderas. Fue como estar sumergida en una piscina con hielo así me sentí en un momento; quedé sin reacción, ni siquiera pude llorar, me contuve, no perdí la calma, internamente estaba llorando sin parar, desconsoladamente y a la vez un sentimiento de rabia, por lo que estaba pasando, pensaba en mis hijos, pero sólo quería que él sintiera que yo estaba bien y darle cierta tranquilidad, aunque la tenía, siempre se vio muy sereno, casi entregado diría yo. Nunca dijimos nada, no hubo tiempo. Lo extraño. Generalmente, siempre uno se queda con la sensación de que faltó algo cuando alguien parte tan repentinamente. En mi caso, creo que me arrepiento de no haberle dicho muchas más veces que lo amaba, haber dejado de lado el orgullo, la timidez y el miedo que te atrapa, sentimientos de mierda que no te dejan razonar, ni avanzar, y muchas veces te paralizan. Sin embargo, con la muerte de Rogelio, a pesar de lo mucho que me ha costado asumirla, creo que ese dolorcito interno me ha hecho cambiar de cierta manera; veo la vida mucho más simple, sin tanto cuestionamiento, y he tratado de abrazar con mucho amor lo que me ha ido pasando, y eso para mí ha sido reconfortante. Y no puedo dejar de mencionar que mis hijos, y ahora también mi nieto, han sido y seguirán siendo mi energía. Los abrazo y sé que en cada uno ellos está el amor que vivimos con Rogelio. *“Hay que vivir cada día como si fuera el último”*.

10 de junio de 2020.

Mi suegra, Señora Rosa, como yo le decía... fue muy buena conmigo y con mis hijos. Me acogió en su casa. En un principio, como las mamás antiguas, era desconfiada hacia mí, yo sentía que le había robado parte de su corazón con su hijo, porque Rogelio fue típico y único hijo hombre en su casa junto a sus tres hermanas, muy regaloneado. Llegué a su casa sin conocerlos mucho, muy tímida, pero ella, a pesar de que tampoco me conocía mucho y con cierta frialdad hacia a mí, me apoyó y me aconsejó. Debo confesar que siempre la escuché, pero finalmente todo lo hacía a mi modo con cierta moderación, sin pasar a llevar a nadie, porque en definitiva no estaba en mi territorio, y siempre traté de ser respetuosa. De a poco nos fuimos encariñando y conversábamos. Me contaba de su familia, de su matrimonio y así nos fuimos conociendo, yo la quise mucho y sé que ella a mí también. A mis hijos, los quería a su manera, porque nunca fue de esas abuelas tan demostrativas, pero a mí

no importaba; yo sabía que era su manera de ser y la entendía. Sabía que los quería. Fue una mujer abnegada, entregada completamente a su marido, a su familia y a su casa.

10 de junio de 2020

Mi mamá fue muy trabajadora. Siempre recuerdo que iba a planchar a la casa de una abuelita a Franklin y yo iba con ella; me encantaba ir, era casi un paseo para mí en esos años. Fue muy enérgica, recta, todo lo contrario a mi papá, luchadora, siempre nos motivó a estudiar y a ser mejores personas, como decía ella, porque en un momento de nuestras vidas tuvimos muy pocos recursos. Sin embargo, ella nunca declinó, siempre tuvo la fortaleza para continuar y a la vez transmitirnos esa fuerza interna, a pesar de lo que se presentara en el camino. Eso lo atesoré en mi inconsciente, el salir adelante y que no había que darse por vencido. Siempre lo trato de poner en práctica, aunque a veces cuesta.

Le encantaba la vida a pesar de todo, le gustaba salir, tejer, y era muy soñadora, disfrutaba de todas las fiestas, las reuniones familiares y amaba mucho a sus nietos, fue una abuela muy presente. En estos últimos años, le costaba caminar porque tenía problemas cardíacos y además tenía una úlcera varicosa en una de sus piernas. Herida que yo recuerdo desde que tenía uso de razón, se cerró una vez que le hicieron un injerto, pero después nuevamente se le abrió. Siempre estuvo bien cuidada, somos cuatro hermanos y muy unidos. Cuando falleció mi mamá, debo decir que fue un llanto que esta vez no contuve, lo saqué, nada me importó, no me avergoncé, ni mantuve la calma. Es tan raro sentir que tu mamá no está, tal vez cuando creces y te vas de la casa, no estás todos los días, por circunstancias obvias, pero sentir que no la vas a ver más es raro, triste. La conexión que hay no sabría cómo explicarla, pero algo te sucede. Después, sí, me calmé y me tranquilicé. Entendí que a pesar de que ella siempre salía de sus estados clínicos, esta vez fue diferente, su corazón dijo “basta, no podemos continuar.” Triste... pero sé que ahora está totalmente libre y no podrá sentir ningún dolor en su pierna y ningún cansancio al dar un paso. No me olvidaré de tu fortaleza y ganas de vivir.

Particularmente, el mes de junio viví dos muertes en un mismo día, seres que fueron y serán siendo parte de mí vida, y no puedo dejar de pensar en tantas personas que han partido en este tiempo de Pandemia, donde las familias ni siquiera pudieron dar un abrazo, acompañar, o tener la oportunidad de despedirse, porque siempre necesitamos formalizar un adiós. Yo, al menos doy gracias por aquello, que a pesar de lo triste que puede ser, pude estar presente, aunque no puedo decir que, con miedo, ese sentimiento que ha estado presente durante todo este tiempo, y te atemoriza, ya que nadie está lejos de poder contagiarse con este virus que nos atrapó y que hasta la fecha no se ha podido controlar totalmente, viviendo momentos de intranquilidad e impaciencia, lidiando con una nueva realidad por la que atravesamos, y lo más probable es que nos costará sentirnos nuevamente seguros y libres.

44



La foto nos muestra libres y tranquilos, recuerdo ese día muy bien, fuimos muy felices y por eso la adjunto para el relato. Estábamos muy en paz inmersos en nuestra tierra ... cada uno a su propio ritmo.

## **El encierro verde**

Javiera Aguirre Domke

Abogada y ojalá huertera, también mamá

Con el apocalíptico temor del más completo desabastecimiento, un poco jugando un poco acaparando tranquilidad, como cualquiera que se precia de buena madre que intenta llenar la despensa para la cuarentena que se nos avecina, insté a mi familia hacer una huerta.... pensando también que serviría para pasar el tiempo y matar el supuesto ocio que creí abundaría en esta época, y que por más que lo llamo, aún no llega.

Nunca pensé que la huerta marcaría tanto nuestros ciclos.... y que sutil pero insurgente, ésta iría sembrando en nosotros ritos y vivencias que serían el marcapasos de la cuarentena.

Sabiendo, probablemente por ósmosis, que la naturaleza es inexorable, rebelde, inteligente, bella y avasalladora, que tiene sus ciclos inalterables, aun sabiendo eso, igual nos aventuramos en trabajar la tierra, absolutamente ignorantes de la benevolencia y parsimonia que estaba a punto de envolvernos.

Así es como todos los días, a las dos de la tarde, siempre a las dos de la tarde, en la primera pausa de mi ajetreada jornada laboral, de las inconducentes clases on line de mi hija, que lo único que han hecho es enseñarles a las profesoras de quinto básico a usar plataformas que los niños dominaron desde el primer día, y en un alto en las esforzadas y complejas terapias de mi hijo autista, nos reunimos en torno a nuestra huerta....

En un principio el rito consistía en arrodillarnos a buscar brotes, a escarbar para cerciorarnos si aún estaban las semillas o se las habían comido los bichos, y así... a los exactos 10 días desde el inicio de la siembra, ante nuestros ojos se encienden brillantes las luces de esperanza, brotan verdes y libertarios los primeros brotes de las acelgas, nacen generosas, nacen sublevadas, nacen fuertes, nacen como prosas que hacen surgir en nosotros un halo de misticismo y fortuna, conforme los noticiarios nos mostraban cómo en Europa se sucedían de manera dantesca las muertes por Covid.... paradójicamente nosotros comenzábamos a ser envueltos por una tenue pero palpable tranquilidad, que crecía y crecía como si las raíces de las acelgas comenzaran a tejer un verde refugio en nuestro hogar.

Mi hija a sus 10 años, brillante y generosa como los brotes de nuestra huerta, derrochando ternura me espera para hacerme consciente, cada tarde de la fortuna que se esconde en cada hoja, de programarnos para almacenar semillas, para que esta experiencia no se acabe, que nos cultivemos a diario, mientras mantenemos las manos en la tierra, como si está fuera un repelente de todos los horrores que hay afuera.

Acechando mayo cierta incertidumbre comienza a percibirse, pues en tanto se anuncian recrudescimiento de los contagios, nosotros con preocupación observamos que solo crecen las acelgas, no hay tomates, ni lechuga, tampoco crecen las zanahorias ni los zapallos, ...descubro que no era la época, quise alterar los ciclos y la naturaleza no perdona. La desazón comienza a roer el ánimo, es porque no nacen los cultivos, ¿o es porque afuera la humanidad sufre? No lo sé, pero para evitarlo exagero limpiando todo, piso, manillas, juguetes y muebles y aun así no logro eliminar el miedo, el encierro, la espera.... que espero? No lo sé.... pero la angustia carcome. Son tiempos de miedo, temporada de muerte, sufrimiento de los vulnerables, fracaso del sistema, pavor de una existencia estéril. Asimismo voy comprendiendo que esta cuarentena será larga, que el trabajo remoto se erige como una nueva forma de esclavitud y que mis ojos ven pero ya no sienten a las personas, las emociones aparecen pixeladas en los otros, que solo me acompañan figuras lejanas y parlantes que no tienen olor, que solo son las caras cibernéticas de los que otrora fueron mis compañeros de trabajo, de mis amigos y parientes... los extraño, extraño mucho los abrazos, me doy cuenta que hay seres que son entrañables en mi vida, rutinas diarias que hoy solo puedo evocar como difuminados recuerdos.

Comienzo a añorar que todos fueran como mis nobles acelgas, presentes y afables, pero en esas jornadas de paciente (y naciente) horticultora, choco con el egocentrismo, intolerancia y egoísmo con el que apuro los ciclos, con el que hay afuera y que daña haciendo doler el alma..., cuando el encierro se comienza a transformar en cautiverio, en eso la naturaleza me golpea, exigiéndome reaccionar, ¿será porque ambas somos madres, y nos exigimos despertar del letargo? Porque nos brota vida, porque nos espera la vida. Porque la tierra orgullosa luce sus ciclos y en ellos a sus hijos, cada cosa a su tiempo... así frente a mis ojos explotaron los tomates, las lechugas, y así muchas expresiones de la tierra, madre naturaleza que nos abraza con sus

brillantes hojas que van pintando la cuarentena de aprendizajes, de aquellos que se incrustan en la mente, que le enseñan a mi hija la paciencia, el rigor, el esfuerzo, a mí me dicen una vez más que cada ser tiene sus ciclos, que mi hijo autista hablará cuando su naturaleza deba brotar, que la limpieza exagerada no borraré mi angustia, que me debo adaptar al trabajo remoto porque sus demandas solo son muestras de la imperiosa necesidad de sentirnos, de confluir y así, como madre, como generadora de calor y vida, lo acepto, así broto de la oscuridad, buscando la luz, sintiéndome parte de un todo en la nada, pero con la tarea de regar a diario... y esa tarea no puede fallar, es mi cuota de compromiso con la vida.

Empiezan las mañanas heladas, mientras los tomates pierden color, vigorosidad, los veo sin fuerza, soy consciente que los planté fuera de su época, se tratan de adaptar, pero cuesta y en ese esfuerzo me acompañan en los golpes que nos da el Covid, y por más que los arroje, por más que los fertilice, sus ciclos terminan antes de lo esperado, muchos no resistieron, tampoco algunos queridos amigos... y así es como asisto a un funeral on line, en donde éramos muchos pixelados y sufrientes, en diferentes espacios, sintiéndonos a través de una pantalla, uniéndonos en sentimientos profundos por una aplicación en el celular, y así es como terminan algunos ciclos y no logro entenderlo.... sigue la tierra fértil, pero solo algunos crecen, otros se adaptan.... para otros, no es su época y solo queda intentar entender ¿por qué no? ¿Dónde se fueron? ¿dónde los encuentro? ¿cómo nos conectamos de nuevo? ¿como nos sentimos de nuevo? ¿cómo sentimos el aire, sin miedo, con fuerza?

Así transcurren los días, así aumentan las cifras de contagiados, ya son muchos los muertos, el trabajo sigue, el colegio también.... las terapias aún no dan fruto, y siempre, pero siempre a las dos de la tarde me fundo con la tierra, que me enseña, paso a paso a conectarme con los otros, agudizar mis ojos para encontrar en la pantalla del computador las semillas que planté, para reconocer a los que a través de la pantalla están en mi casa estando ausentes, con las manos en la tierra es evidente el abrazo a nuestra naturaleza que silenciosa nos hace crecer, tan invisible como invencible. Todo a su tiempo, solo hay que esperar. La tierra se manifiesta, la muerte ruge, la vida sobrevive, se reinventa se reencuentra. Los ojos no te sienten, solo esperan.... Solo espero, espero un nuevo ciclo, un destello verde que me conecte.

45



Fragmento de un óleo.

## Refractario

Javiera Cristi M.

Artista Visual - Fotógrafa

Algunas cosas surgen de manera muy poco vaporosa, pienso que quizás esta es una de ellas. Esto es algo que no pretende en ningún caso aspirar a ser más que un ejercicio poco presuntuoso y que surgió como resultado de una cuarentena terrible y “como el Estado manda”, es decir, “ni a la esquina”.

Resulta que empezó a hacer frío y encendí la estufa a gas. Al rato empezó a salir un olor raro como a ¿parafina?. Lo que antes hubiera sido un “puta, hay que llamar al gásfiter”, ahora fué un rotundo: ¡Cagamos!, no va a poder venir, ¡hay cuarentena!, ¿se podrá igual?, ¿con qué permiso?, ¿podrá entrar al edificio?, ¿qué hacemos?. Después de pensarlo un rato y hablar con él, finalmente se la mandamos en Uber al taller. No sé, pero está todo tan automatizado que es heavy como confiamos nuestras cosas sin problema y las mandamos en un auto con alguien que no conocemos, tipo encomienda.

En la tarde llamó para dar el reporte: nada grave. -No...mire...le hice la mantención, pero al desmontar el panel para limpiarla, como estaba tan viejo, se quebró, así que lo pegué, hoy día tiene que secarse el pegamento así que mañana se la puedo devolver. -Ok, bien, tenemos estufa.

Al otro día llegó y aparentemente no tenía problemas, la encendí, no salía olor. Uf! todo bien. Después de una hora empezó a sonar raro y fuerte. Se apagó. ¿Cagamos de nuevo?. Otra vez hay que llamar al gásfiter. Veredicto: había que conseguir el repuesto del ladrillo refractario (que es ese panel donde se enciende la llama) para hacer el cambio de pieza. Después de llamar a varias tiendas de repuestos donde no existía por discontinuación del añojo modelo de mi estufa, lo encontré. Me lo enviaron con un repartidor de Rappi. Así no más, oda al delivery. El único detalle es que “el avezado” estaba fuera de Santiago y no tenía una fecha clara para volver. Según dijo: “en unos días más le aviso cuando”. El tema es que no podíamos esperar, bien podría ser mañana o nunca (y ahora que estoy escribiendo esto confirmo que no volvió nunca). Lo primero: tutoriales de YouTube donde advertían que no había que hacerlo sin la supervisión de un experto por que podrían producirse fugas de

CO. ¿Qué?, ¡Filo! desmontamos la estufa completa y sacamos la pieza. Ni el señor Sodimac se atrevió a tanto.

Lo primero era hacer la mezcla: A ver... Sellador de placas cerámicas infrarrojas. Preparación: “Colóquese en un recipiente de vidrio...ya... la cantidad necesaria de cuarzo en polvo... Viértase lentamente el líquido contenido en el frasquito de Silicato de Sodio al tiempo que se revuelve la pasta evitando que se agrume o tome una consistencia muy líquida, agréguese agua hasta obtener una pasta homogeneizada. Tiempo de secado de 20 a 30 minutos”.

Lista la mezcla, la sellamos. Incluso quedó más pulcra que como venía sellada por el experto. Si no funciona, al menos quedó impecable. Esperamos que seicara durante la noche. Al otro día constatamos que quedó como nueva.

El asunto es que de este incidente doméstico afloró mi mal de diógenes y guardé la pieza, que, por lo demás, fisurada como estaba era preciosa y hasta ese momento para mí desconocida, pensé; algo haré.

Después de unos días de hilar conceptos (y no sé aún si fué por el efecto de llevar meses encerrada y la cabeza engaña) pero según yo, algo calzó. Lo escribí.

Comencé sin pensarlo mucho a pintar un óleo sobre el ladrillo. La escena era nefasta. Tres sujetos que hasta ese momento diariamente nos entregaban cifras atroces por la televisión.

A este pequeño experimento comencé a llamarlo *Panel Refractario* y surge a partir de la cuenta habitual del Informe Epidemiológico del COVID-19 y del hábito no intencionado <obligado> de verlo diariamente.

Su accidentado formato responde al incidente doméstico comentado anteriormente y que, relacionado a la cuarentena total de la comuna y la imposibilidad material, funciona en este caso como lienzo frente a lo escabroso, impreciso e irregular del mensaje que dicho informe entrega. En tanto refractario refiere a alguien que se opone a aceptar una idea u opinión al mismo tiempo confluyen los conceptos de *rotura* como acción o efecto de romperse, raja o quiebra de un cuerpo sólido y *ruptura* en el sentido de “rompimiento de relaciones entre las personas”. En el uso, cada término suele emplearse en un contexto distinto, es decir que no son intercambiables, sin embargo, en este ejercicio ambos conceptos convergen en el ladrillo. Mientras que *rotura* se utiliza para la acción de romperse algo físico o material (*la rotura de un cuerpo*), *ruptura* se emplea en el caso de realidades inmateriales (*la ruptura o desavenencia de las relaciones físicas o personales*) que en este caso se ha creado como consecuencia de la desconfianza que esta situación sugiere y al mismo tiempo las relaciones físicas que hemos tenido que rasgar con nuestro propio entorno por el distanciamiento social.

Ruptura como resultado a las crudas cifras que revela la cuenta diaria del MINSAL en el fisurado escenario de los canales de televisión representado por un panel de sujetos fracturados que exponen la cruda información al ciudadano. Rotura la del ladrillo refractario de una estufa a gas que ahora es el lienzo del mismo acto.

Son conceptos que sugieren varias cuestiones que pueden o no hacer sentido. Son momentos de sensibilidades y percepciones extremadas por el confinamiento total en uno de los países quizás más golpeados hasta ahora tanto física como emocionalmente por “el bicho”. Muchas veces me pregunto si lo que hacemos (los artistas) contribuye realmente o aporta una ligereza, una levedad que ciertamente al menos por estos días, no se agradece.

46



“La risa”, fotografía digital, 2020.

## **La Risa**

Jorge Cabieses-Valdés

Artista

Hay algo bueno en todo esto: contarle un secreto a una silla de madera, recitarle un poema a una licuadora, gritarle a una alfombra nueva, rogarle a una copa de vidrio labrado y hablarle a un refrigerador vacío. Pero lo fundamental, aquello que no debemos dejar de hacer, es contarle un chiste a un florero. Carecen de todo sentido del humor.

47



Arreglo provisorio del tejado dañado de pizarreño del edificio donde habito.

## **No estaba en el guión**

Juan Waidele

Artista Visual retirado

Con este futuro incierto planificar o proyectar parece inútil. De seguro el presente es aterrador y solo tengo valor cuando me veo obligado a salir por provisiones, lo cual es todo un comando. Por miedo he dejado de ver la prensa y evado viendo “cabin view” de trenes por Ex Yugoslavia, Grecia o los Alpes.

El quehacer diario; cocinar, con “Pérez Prado” a todo volumen, tortillas de papa, acelga o zanahoria, aseo con “Gary Glitter” que toca distintas zonas por día, baño, cocina, salita, dormitorio. He limpiado bien la ventana para mirar fuera y ver las aceras sobrepobladas del “Little Maracaibo” Rosas con San Martín. Pienso que si sobrevivo deberé hacer algún cambio en mi vida como dejar el cigarro? Ir a vivir a provincia, tal vez hacia la montaña, cambiar de rubro o volver a hacer lo que había dejado de hacer.

Salida por provisiones 8:30 am a la feria de Herrera con Mapocho. Bajo por Santo Domingo pasando por la Plaza Yungay (Plaza Roto Peruano), hombre convulsionando en el suelo, ataque epiléptico, debo detenerme a ayudar, lo cual arruina toda mi estrategia sanitaria del distanciamiento social. Le tomo la mano mientras convulsiona hasta que agotado se rinde y relaja sus músculos.

Una señora llama la ambulancia que no llega y finalmente lo levanto y vamos al SAMU cercano donde en la puerta lo reciben los enfermeros. Vuelvo con 5 kg de papas x 2000, huevos, tomates y por gusto, ají oro.

Yo no teletrabajo ni tele veo, ofrezco servicio de fletes y mudanzas con el furgón, algo cae. Si no fuera por los préstamos de mi mujer no tele vivo.

Soy afortunado, tengo 62 metros cuadrados para mí, un internet de WOM que no falla, estufa a gas y a parafina (aun no enciendo

ninguna de las dos), muchas películas en DVD y VHS para seguir la evasión. Viajo por el Nilo en ferri, a California en Burrita, cruzo los pirineos escapando de Malcolm McDowell, cavo un túnel para fugarme de la cárcel, escondo a los cabecillas del FNL.

Tarde noche empieza la video farra con Juampi y Carmaikol, se descorcha, miento se abre el cartonier y con embudo paso el vino a botellas lo cual mejoran los taninos y el paladar, fotos de los platos del día, de la incursión por tabaco, fotos del ayer, ir a echar a andar el furgón al estacionamiento. En caso de cualquier eventualidad, que esté llegar y salir.

La bolsita de té negro tiene dos a tres usos, aunque tengo mucho té, hay que ser previsor. Yo lo vi venir y arregle el techo ya que el vecino que subió a tomar al techo pisó mal y dejó el forado por donde pasa la cascada, menos mal tenía manga plástica guardada (para cubrir una pasarela) más mucha madera y acero para evitar que se la lleve el viento como a Rhett Butler.

48



Al despertar, recuerdo siempre el adentro y el afuera.

## **En la levedad del presente, todo es espacio**

Juan Walker

Estudiante de arquitectura

Hay días que me levanto y siento que todo es espacio. El tiempo pausado en un eterno recinto, que, aunque mueva objetos, haga mi cama, cambie mi comida, el espacio sigue siendo el mismo. Entonces pasa algo extraño, cuando creo que estoy perdido solamente en el tiempo, resulta que también estoy perdido en el espacio, a pesar de estar obligado a estar ahí por lo peligroso que resulta salir.

El espacio, entonces, queda reducido a lo seguro, lo infranqueable, lo amigable. Tal castillo feudal o tal ruca mapuche en donde sólo se comparte con los que uno se puede sentir tranquilo. Pese al caso en que no confíes plenamente en él, te da la sensación de seguridad porque sabes relativamente en qué consiste su vida y qué es lo que significa la persona para ti.

Esa ciudad, repleta de oportunidades y repleta de peligros parece convertirse ahora en sólo peligro. Esos gustos que te dabas en el permanente devenir y aleatoriedad que poseía ahora ya no son permitidos o escuchas impotentemente de a poco el cierre de los lugares que quieres, porque ya no son sostenibles. Ya no son sostenibles porque desapareciste tú, el vagabundo metropolitano o de la ciudad, que ama la estabilidad de un lugar con la inestabilidad de las personas y las situaciones que están en él.

Entonces, mientras siento cierta seguridad en mi interior – acompañado de un permanente recelo– tengo la extraña sensación de inmovilidad en estos días en que todo es puro interior. Desaparece el exterior que contrastaba con lo que es cada uno y ya no existe el yo y el otro. Me gustaría a veces ser otro y estar en el exterior, me gustaría entender a los otros que viven en el exterior. Esa difícil vida de ser puro exterior, o que los entornos cotidianos requieren ser hacia afuera, me provocan una –tal vez– curiosidad de querer ser ellos –o al menos entenderlos– mientras escribo en una comodidad en que soy adentro.

La inmovilidad no es sólo el cuerpo reducido a cierto espacio, sino también la memoria en torno a los lugares que visitaba. Recuerdo esas librerías que visitaba una por una, que permitían una sensación de calma y pausa cuando entraba en ellas, en contraste al caminar esquivando gente por las calles para ir en la búsqueda del libro que nunca iba a encontrar. Entonces, el tiempo queda suspendido frente a mi inmovilidad, dándole una continuidad a un espacio que vive en mi memoria más que cómo existe en la actualidad. Mi tiempo no es el de otros, pero, al mismo tiempo, es en mi espacio y en mi lugar. Me pregunto si aún existen ¿Se convertirán en una farmacia de cadena?

Soy puro espacio, soy solamente la extensión de mi cuerpo en lo que puedo y quiero tocar dentro de mi cotidianidad. A veces me despierto y pienso enfrentar en las cosas que puedo hacer y no hago, pero parecieran durar hasta el momento en que realmente despierto y estoy consciente; escapan de mi capacidad de hacer que da la ilusión del despertar, en que todo parece posible en unos breves momentos, hasta que aparece el razonamiento. Nuevamente quedan aplazados los proyectos que nunca inicié o nunca terminé, las angustias anteriores por no enfrentarlas son reemplazadas por una sensación de derrumbe del mundo: nos abrimos tanto de una manera tan cerrada que nunca nada estuvo realmente abierto, y nos dimos la ilusión de trabajar en conjunto cuando seguíamos trabajando –o queriendo, o deseando– por separado.

Cuando tengo la posibilidad de responder la pregunta *¿Qué irá a suceder con este mundo, con nuestro país cuando todo esto concluya?* me dan ganas de responder que todo va a estar mejor, van a haber avances tecnológicos, o existirán avances en la manera de entender un país, como en la posguerra del 45. Pero, creo, que mi respuesta es que todo va a seguir igual, con algunos leves cambios. Creo que es algo inocente pensar que todo va a cambiar. La persona y la historia se conforman muy lentamente para atribuirle tanta importancia en cambios estructurales a algo

puntual (pese a lo importante que es para nosotros ahora). Sí creo que puede ayudar a concretar algo que se venga gestando hace tiempo.

Lo que podemos compartir, más que un cambio en algún aparato o cosa, es la sensación generalizada de un suceso que nos evidencia lo duro que puede ser estar permanentemente en un interior con uno mismo, o permanentemente en el exterior con el peligro que puede suponer. No quiero constituir una polarización en conceptos que nunca son totalmente reales, sino poner énfasis en que no compartimos solamente las penurias, también podemos compartir la sensación de que el tiempo se detuvo mientras sigue andando.

Nuestra realidad se pospuso o cambió hacia nuestro espacio, con cierta ansiedad, impotencia e inseguridad, que también ha sumado cierta riqueza en cotidianidades que parecían perdidas. Para otros, tal vez cambió hacia un mundo adrenalínico en que es difícil pensar en otra cosa que no sea subsistir el presente, del cual me siento más ajeno y sólo puedo opinar desde una virtualidad. En ambos casos, creo que compartimos una sensación de estar viviendo un eterno presente, en que antes el presente estaba acompañado de un posible futuro, como ir en búsqueda de libros al día siguiente, o pensar salir a las afueras un fin de semana, o planear hacia el próximo año. La incertidumbre dificulta pensar a largo plazo, y lo práctico niega las posibilidades de salir a ser con otros a corto plazo.

Supongo que lo que va a suceder con nosotros no es necesariamente una unidad política, ni económica, ni de una cosmovisión. Es compartir un suceso difícil que puede darnos las herramientas para pensar en lo que hemos estado sumidos por obligación: en la cotidianidad, el presente y el espacio, lo que siempre se nos olvida cuando pensamos en el futuro. Desde la sensación del eterno presente, una vez que pensemos sobre el futuro, recordar que es más cercano de lo que pensamos, y tener algo en común para un proyecto en conjunto.



*Gallo colgado* de Gabriel Metsu. Óleo sobre tabla, Holanda, s. XVII. Museo del Prado. (Girado en el sentido de las agujas del reloj con Paint).

## **Territorios**

Leonardo Murialdo

Pintor

**Conocí alguna** vez esta ciudad. Conocí personas cálidas y acogedoras, conocí lugares que se grabaron en mi memoria. A causa de las inmobiliarias ya no queda casi nada.

Solo, el viejo naranjo del patio entre sus frutos amargos, recibe todavía al viejo sol de las tardes.

**Apenas levantada** la cuarentena parcial que afectó a nuestra comuna, apareció el tontito de la moto con sus tatuajes, haciendo rugir sus cañones bajo la ventana de la amada de sus sueños. Yo solo soy un vecino más y tengo paciencia. La pasión puedo entenderla, pero amo el silencio.

No me quedó más que gritar "CALLATE MIERDA". Desearía que esto no hubiera pasado.

**Ahora estoy en casa.** Todo aquí me conoce y yo conozco a todos.

El zumbido del refrigerador, la gotera del lavaplatos, el polvo en el piso y las marcas en la pared. El viejo computador y las sombras de la tarde, todos me conocen.

Me conocen también las botellas vacías, la bicicleta acalambrada, los dibujos sin terminar y el reloj ocioso.

Todos me conocen y yo conozco a todos.

Nos conocemos y juntos podemos seguir, pero esto... parece un desorden y a ustedes, el desorden este no los conoce.

**Pensé** que lo había entendido, pero no. No comprendo cómo se mueven los astros.

Planeta hay uno solo ¡la tierra! Los demás allá ellos. Peor que no tener donde caerse muertos, es no tener donde estar vivos.

## **Oración**

Padre nuestro que estás en los cielos, aunque no tengo el gusto de conocerte personalmente, me permito molestarte para pedir que nos des una manito en estos tiempos difíciles y no nos dejes caer en la tentación de un pesimismo sin salida.



*Lo bello de lo malo.* Fotografía tomada por el autor.

## Hay de mi corona

Lister Rossel Gibbons  
Médico Psiquiatra

Hay de mi corona, corona,... esa música vieja como el hilo negro suena y suena en mi cabeza. Rumiando y rumiando, sin parar.

Bicho tal por cual, eres la desgracia. Pero, ¿Eres peor que nosotros? ¿Eres peor que yo? A ver.

Yo como ser vivo, todo lo que hago es para sobrevivir y sin saberlo, reproducirme. Tú también.

Yo genero contaminación y destrucción, tú también.  
(Pero quizás mucho menos que yo y que nosotros).

Tú pasarás. Yo también pasaré. (Espero que tú antes que yo).

Supongamos que tú pudieras pensar y actuar con intención, ¿qué me puedes estar diciendo?.

¿Qué me podrías estar pidiendo?. Quizás lo primero detenerme, parar. Salir del trabajo continuo. Que el “homo faber” dé paso a una mejor manera de vivir esta pequeña, breve e insignificante vida.

Algo ha ocurrido. Por primera vez en más de 60 años me he detenido. Claro está que con preocupación, culpa, a veces terribilizando.

Y luego, ver que lavo los platos con tiempo y cada vez mejor. He logrado conectarme con mis cómplices y queridos vía pantalla. Esto no lo había hecho en mucho, mucho tiempo. No tenía tiempo. Pienso más en los otros, descubro que soy malo perdonando y malo agradeciendo y que el tiempo no es permanente, sino breve y finito. ¿Y cuántos años tengo? No los sesenta y algo. Sino los que me queden hasta no se cuándo. Esto pasará. Y este corona es hartito menos horroroso y cruel que la larga dictadura, en la que voluntariamente viví al filo del precipicio.

Pido y doy gracias tardías por toda la carga que le puse a mi ángel de la guarda.

Como tantas veces, gracias doy a la desgracia que me mató tan mal. Y ahora gracias corona, y que tu visita sea corta.



Pictograma de *escape* y/o salida de emergencia.

## **Escape**

Livia Marín

Artista Visual

A aquellos que nos dedicamos a trabajos o labores no esenciales, y nos tocó quedarnos en casa, el aislamiento preventivo pareciera que vació abruptamente la vida cotidiana de su mismidad, y en ello, la volvió extraña y ajena. Orientarse dentro de esa ajenidad es lo que me resultó más complejo durante las primeras semanas de cuarentena. La ‘extrañeza familiar’ de lo cotidiano surge precisamente a partir de su falta de novedad, asistida por la certeza (a veces tediosa e inevitable) de continuidad. La falta de certeza y la interrupción que acarrea la cuarentena difieren del vaivén extraño y familiar que caracteriza lo cotidiano. Llevo años trabajando con objetos de uso común, observando con curiosidad nuestros hábitos y prácticas cotidianas, intentando intervenir, con un gesto de distanciamiento que acusa cercanía, la relación que vamos sosteniendo con los objetos que nos rodean. El confinamiento y el distanciamiento social pareciera que aniquilan toda poética de la distancia, toda lógica de dirección: para protegernos del virus debemos de escapar hacia adentro, lejos de lo público, lejos de los demás. Escapar hacia adentro parece una contradicción, una tarea compleja, y lo es. Por un lado, la pandemia ha dejado al descubierto un sin fin de contradicciones; por otro lado, quizás en esa distancia literal y dura que nos impone, abre la posibilidad de cuestionar (y cambiar) las estructuras políticas y económicas que determinan lo social y estructuran lo cotidiano.

En el Reino Unido las autoridades de gobierno y los medios de comunicación comenzaron a referirse al personal médico y los llamados *key workers* (recolectores de basura, repartidores, conserjes, profesores, conductores, cuidadores, policías, cajeros y todos los empleados, públicos y privados, de empresas y rubros esenciales) como ‘héroes’, por tener la valentía de enfrentar el virus y la generosidad de trabajar por el bien común. No deja de ser un gesto irónico (y hasta perverso) el identificar a los ‘trabajadores esenciales’ como héroes, no sólo porque el cotidiano es todo menos heroico y la pandemia es todo menos ficción, sino que también porque no tener la posibilidad de optar por escapar al interior es más bien un acto obligado a que una hazaña. La nominación de héroe fue seguida de aplausos: a fines de Marzo se inició un rito colectivo de aplaudir, a modo de agradecimiento y apoyo, a toda la gente que continuaba trabajando en el servicio nacional de salud (NHS) y en todas las áreas esenciales que permitían que la ciudad siguiese funcionando. Cada jueves, a las ocho de la noche, la gente se asomaba por las ventanas o salía a sus antejardines a aplaudir, vecinos se saludaban, dándose una pequeña instancia de intercambio, de interés y experiencia común. Sin negar el valor del rito y el gesto de unión, reconocimiento y agradecimiento, no deja de ser turbador el hecho de aplaudir el esfuerzo de los sectores más vitales, que son los mismos que han sido afectados por constantes cortes presupuestarios y se

han caracterizado desde siempre por recibir cero reconocimiento y las remuneraciones más bajas. El aplauso se asocia con el espectáculo, con el teatro, la música, un discurso público, nuevamente: con algún tipo de hazaña. De aquí que, de una manera metafórica y profundamente perversa, el aplauso también alcanza a las estructuras de poder que cuidadosamente construyen y sostienen las contradicciones que definen las sociedades hoy. Hace ya un par de semanas que el rito del aplauso cesó en el Reino Unido, la curva de infección y fatalidades ha comenzado a bajar, y la vida pública (que es casi un sinónimo de vida de intercambio comercial) se ha empezado a reanudar. El día que abrieron las tiendas ‘no esenciales’, hubieron quienes comenzaron a hacer cola a las cinco de la mañana, para comprar una polera, un pijama, cualquier cosa. Muy probablemente, esas mismas personas aplaudieron cada jueves, con emoción y sinceridad. Sin embargo, saliendo de ese espectáculo, pasan ahora a hacer la fila para hacer *shopping*, como quien espera su turno para comprar un ticket de cine, para entrar a la disco, o para subirse al tobogán. Poco a poco salimos de nuestras trincheras y el cotidiano se vuelve a poblar de objetos y sujetos. Tal vez, el gesto más radical, más difícil y más político que podemos hacer es abordar esta nueva salida como otra forma de escape. Como quien usa la salida de emergencia, la puerta de atrás, quizá podemos escaparle un poco al sistema y sostener una pequeña distancia desde dónde escoger qué puertas entrar y qué filas vamos a formar.



Representa para mí volver al hogar verdadero desde donde vine.

## **La Pandemia**

M. Angélica Montalva  
Secretaria Facultad de Artes

En un principio se hace difícil creer que una puede llegar a escribir algo, mas si será para un libro, pero pensando que el tema es libre y no habrá reparos en el escrito, reflexiono en mis enseñanzas de espiritualista que soy de tantos años en que mi modo de ver la vida, es decir más que ver, vivir mi vida, es en torno a esas enseñanzas, puedo decir que lo más temido por mi es la mente. Por qué, porque es demasiado traicionera, es tan inestable como la vida misma, pero mi preparación de tantos años materiales me hace recordar que la mente es creadora, poseedora y destructora. Aun así no me agrada mucho porque la mente es gobernada por la imaginación, es como decir que la mente es la loca de la casa.

La mayoría de los seres generalmente no piensa en su sanidad mental, se atraen malas energías, y ese gran temor que desgasta sus mentes -el susto es corrosivo- les atrae la enfermedad. El miedo es ¿cómo describirlo? adictivo, te atrapa te envuelve y te sucumbe dejándote débil material y espiritualmente. Es insostenible lleva a la mente a caer y quien no tiene su pensamiento reafirmado en algo superior o educado en pensar positivo, por ejemplo no me enfermaré, no tengo temores porque Yo soy Él... Tú eres Él. Es un mantra. Indudablemente la mente es maravillosa cuando pensamos cosas positivas y bellas y nos eleva a mundos inconmensurables inhabitables para un ser humano.

La Pandemia en que nos encontramos viviendo en la actualidad no hace distinciones de nada ni nadie a mi parecer, por lo que en mi caso, yo imagino estar saludable, tranquila serena, mas sé que hay casos desesperados en que esta enfermedad del CoronaVirus 2019, tan insignificante como poderoso, ya que teniendo y habiendo tecnología de punta, no se logra derrotar y ha obligado

a un encierro confinado, es horrible y terrible para quienes se infectan y sufren sus consecuencias, deformando al ser humano a plena voluntad sin que algunos logren vencerle. ¿Quién tiene el poder para derrotar algo que no se ve?, ¿quien manipula a los seres humanos?, ¿el hombre mismo? Existe, aunque no se vea, existe aunque no se crea, pero el ego del ser humano es tan grande a veces que no permite o no quiere subyugarse. Dios no hace ni castiga todo lo negativo que sucede, es culpa de la gran ambición del ser humano, pero el poder reside en lo divino, por lo que llegará la solución cuando Dios quiera. Hay personas, las mas ilustradas que no les gusta la palabra Dios, por lo que mencionaré otras como Energía, El Todo, como le llaman en algunas escuelas que lideran los Herméticos, yo le digo Padre divino, es la palabra que les he inculcado a mi descendencia.

En la vida siempre tenemos que tomar decisiones importantes o a veces muy simples, decidir detalles cómo quiero que sea mi día, por ejemplo al levantarme puedo quejarme del frío la pereza que da al levantarse, o quejarme de ¡qué lata tengo que ir al trabajo! o simplemente que hay que hacer los quehaceres, etc. Pero tengo la capacidad de pensar lo contrario como ¡que rico un nuevo día que estoy viva!, ¡qué bueno tengo un techo y no siento el frío!; ¡maravilloso tengo trabajo y soy feliz porque tengo una familia!; todos podemos decidir, yo elijo ser feliz, positiva y agradecida de mi Padre Divino.

En el hoy y ahora, a nivel global, en este mi país Chile, yo, que escribo solo de mi propia experiencia y mis reflexiones en un día tan silencioso mirando desde mi ventana del tercer piso, esa maravillosa cordillera nevada, cubierta por unas nubecillas grises dejando entrever el simple y bello cielo celeste que se dibuja allá en el horizonte lejano, es tan simple mirar viendo una pequeña

franja del rosado atardecer, da esperanza, reconforta saber que detrás de ese manto gris hay un azuloso y brillante cielo, donde regresan los espíritus que están retornando a cada rato dejando sus materias y familias sumidas en el dolor.

Parece triste y lo es, además de penoso pero todo pasa tan rápido, no te das cuenta del amanecer, el atardecer y ya estas de nuevo en las sombras de la noche, vuelan los días y la vida, por ello hay que aprovechar “*Esos Grandes Detalles*”, no solo mirar sino que ver el rocío en una flor, el exquisito aroma del césped recién cortado, escuchar el sonido de la lluvia, del viento o el trinar de las avecillas al amanecer, a mi me maravilla oír y escuchar el sonido del silencio.

En esta etapa del forzoso encierro en que nos encontramos hay mucho que hacer, mucho que orar, mucho que aprender, mucho que razonar, debemos tener un comportamiento empático con el resto de los seres que habitual y diariamente nos topamos en nuestro quehacer simple, no solo pensar en mi familia sino que en la familia universal, en el ser humano; en lo más importante que tiene este ser humano: el espíritu.

Ojalá –aunque esta palabra para mi es negativa... soy persona de fe, se logre cambiar -no al ser humano- puesto que el ser humano que desee cambiar para ser mejor, debe vivir en conciencia consciente; digo cambiar el sistema en general de todo el orbe; para que haya cambios debe necesariamente primero producirse un caos en todo sentido, porque como se dice después de la tormenta brilla el sol nuevamente.

Hay que acercarse a lo divino, a lo espiritual aunque no se crea en ello, no significa que ese mundo invisible no exista.



“El Espino”, pintura mía.

## **Confinamiento en la infancia**

M. Gracia Cox Fernández

Pintora U. de Chile

Estar confinado en la casa no es nuevo para mí; de pronto tuve un “dèjà vu” (“ya vivido”), y claro, ocurrió varias veces en mi infancia por períodos bastante largos, a causa de distintas enfermedades, aunque ninguna de ellas grave: otitis, con dolores de oído insoportables, tos convulsiva (no me vacunaron), sistitis aguda. Mi madre pensaba, quizás como muchas de su generación, que post enfermedad una debía quedarse encerrada a convalecer sin salir para evitar recaídas, las cuales podían ser peores que la primera vez que enfermabas. No salir para no exponerse a cambios de temperatura, una ráfaga de viento, la humedad. Así las cosas, los períodos de encierro podían durar de dos a tres meses. Por ello es que este período de cuarentena a causa de esta pandemia me hizo sentir lo que yo tenía en la memoria como una experiencia a la que se puede uno adaptar y que quizás resultara difícil pero enriquecedora, si la miro retrospectivamente. No salir, mirar por una ventana (recuerdo el jardín selvático recién mojado por la lluvia, verde eléctrico) el transcurso del día, eterno, o corto, dependía. (Ahora la vida afuera en parte se detuvo, no es la misma ciudad bulliciosa. El flujo del tráfico es intermitente, en la noche el silencio es completo, raro, no parece Santiago.) Había

que ir inventándose una vida que entretuviera dentro de ese micro mundo que era la casa. Creo que mucha gente de mi generación debe haber vivido esto.

Para los pintores que tenemos el taller en la casa, nuestro lugar de trabajo está a la mano, sin necesidad de salir. Como dice un amigo pintor, nosotros siempre estamos medio confinados en cuarentena...

Pero así fue, día tras día, sin saber cuándo terminaría aquel cautiverio (similar a ahora), tanto así, que era mejor olvidarse, porque no tenía posibilidad de decidir, ni era mi responsabilidad, había que obedecer y resistir el aislamiento del mundo exterior, (no había teléfonos celulares, ni Internet, y tampoco TV en mi casa hasta que tuve 12), de los amigos. Me iba adaptando y habituando, ese mundo chico se iba completando y llenando de cosas que hacer y se iba haciendo más grande: juegos, lecturas, hacer cosas con las manos y aburrirse sin resistencia. Mientras más distante estaba el mundo exterior, más cercanía alcanzaba al mío propio o al que podía inventarme con sus espacios conocidos

y desconocidos que en esas situaciones se tiene ocasión de encontrar.

Hago un paralelo con lo que vivimos ahora, ya que la pandemia y el miedo a esta enfermedad nueva y desconocida nos arrojó a la inmovilidad que produce el confinamiento y a la reducción de nuestro espacio de acción. Estamos obligados a aquietarnos a pesar de la angustia. Quizás con menos movimiento haya más pensamiento? ¿más reflexión? Cuando hay una amenaza tan grande y mortal ¿habrá un reordenamiento de las prioridades colectivas e individuales? ¿de los afectos? No hay escape, esto nos lleva a enfrentarnos a nosotros mismos. No hay donde ir, en el buen sentido. La vida no está en otra parte, ni en otro momento.

Espero que cuando podamos volver a salir y circular libremente (que así sea) el tráfico de la ciudad con su inercia y la vorágine de la información circulante en el mundo, no nos impida reencantarnos con la huella de lo sencillo, y salgamos al encuentro de lo esencial.

54 - 55



Pan de masa madre horneado por Nelson Plaza en cuarentena. Fotografía: Nelson Plaza.

## **Del tiempo que esperamos a Sofía en cuarentena**

Mabel Palavecino / Nelson Plaza \*

Magíster en Historia del Arte / Artista

Por ti, murmuradora de primavera, hicieron muchas cosas.

Antes que tu gesto invisible se aproximara, tu fantasma deambulaba dividido en dos matrices.

La de él, estaba entintada, un poco polvorienta y herida.

La de ella, estaba dormida, un poco asustada y tendida como sábana en una cama sin cobertor.

Él tiene los ojos de milpa, brotan sonrisas de tantos sabores que no puede detenerse a amar sólo a uno, debe amarlos todos. Para abrazarlo no alcanzan sus brazos, así que ella lo deja deambular libre entre sus sueños. Sus sueños, a penas se intuyen, él los vive en su interior, como un universo vive a sus estrellas habitantes.

Ella tiene una mirada limpia, como el horizonte que se desgrana a la hora azul antes del anochecer, y una voz que desenreda aquellas notas guardadas en la madera de la guitarra.

Abrazarla es fácil y él se aprovecha, y le saca risas como si fuera ola de mar jugueteando entre sus pies. Ella le habla siempre de sus sueños que son historias, que él sabe ella amasó en su pasado, entre el carbón y el musgo del sur. Él tiene sabor a mar soleado y ella sabor a mar de invierno, es que nacieron en este cinturón de tierra, separados por nubes y vientos.

Ella del sur y su ceniza, él del norte y su corteza.

Allá en las tierras rojas y doradas, él jugaba con minerales, ella miraba la lluvia y olía la tierra ennegrecida por el carbón.

Quizás a él le gustaría saber sobre el carbón.

En la tierra de donde ella viene hay dos colores que recuerda bien, el rojo y el negro.

El negro no es negro, Sofía, en realidad ni siquiera es un color, es una profundidad infinita un misterio de seres subterráneos que habitan inmóviles, ellos no requieren respirar porque su alma es de piedra.

Por eso decidieron Sofía, nombrarte con el color del que cuelgan las estrellas, Sofía Celeste ,porque te han esperado ya muchos meses bajo un techo inmóvil y quisieran que tú, murmuradora de primavera les volvieras a regalar el cielo, los paseos y la vida allá afuera.

---

\* Mabel Palavecino y Nelson Plaza constituyen una pareja que decidió redactar entre ambos un solo texto.

56



Miércoles, mediodía.

## **El octavo día**

Magdalena Atria

Artista visual y profesora

Siempre quise tener el taller en la casa, para así no tener que “salir” a trabajar, eliminar el espacio y el tiempo que separa la cama del trabajo, quedarme en una burbuja y que salir al mundo fuera un acontecimiento. Así lo he hecho durante años. Hoy, nada ha cambiado pero todo ha cambiado. En el cuento de La Bella Durmiente el hada mala hechizaba a todos los habitantes del palacio, dejándolos dormidos y detenidos en el tiempo mientras el resto del mundo seguía su curso habitual. Así quedaron los cocineros con las cucharas en el aire, los jardineros con la pala hundida en la tierra, los cocheros subiéndose al carruaje. Pasó el tiempo y todo se cubrió con una fina capa de polvo que se fue acumulando con los años. Ahora el hada mala invirtió su hechizo, es el mundo el que se quedó dormido y detenido en el tiempo. Ya no hay tiempo. Y yo sigo trabajando sin salir a la calle. Amaso la greda, agrego partes, una sobre otra, hasta que la estructura está a punto de no resistir su propio peso y me obliga a parar. La dejo descansar, asentarse, y al día siguiente agrego más barro para seguir construyendo una forma que se eleva cada día un poco más. No tengo apuro, el tiempo está detenido, ya no hay plazos, no hay nada que me haga seguir más que las ganas, apenas, de avanzar cada día un poco más. Todos los días son iguales (pero algunos son más iguales que otros). Pasa un gato. Pasa un rato. Hay ratones en el techo. Hay goteras también. La greda es roja y todo se cubre de una fina capa de polvo rojo. Mis zapatos, mis manos, el suelo. Los gatos. La radio entrega cifras, implacable: contagiados, muertos, ventiladores. Las cifras cambian todos los días pero nada cambia. El ruido de un helicóptero apaga la voz de la radio, se mezcla con el ruido de las máquinas. Las máquinas, pese a todo, no se detienen, siguen rompiendo el cerro, haciéndolo cada día un poco más feo. Por lo menos llueve, y la humedad suaviza un poco los bordes afilados del socavón y las piedras. Las palas mecánicas se hunden en la tierra para seguir destruyendo lo poco que nos queda de paisaje, el barro se acumula hasta que no resiste su propio peso y se desliza, mojado, por la ladera.

57



Objetos que me hablan.

## Afectos

Magdalena Matthey

Cantautora

Murió Don Honorio, el dueño del almacén de la esquina. Lo conocí muy poco. Era español. Llegó a Chile cuando tenía siete años y vivió en este barrio por casi cincuenta. Me llamó la vecina para contarme todo esto que no sabía. Durante la noche los vecinos más cercanos encendieron velas frente al boliche el día de su entierro. Unos días más tarde fui para abastecerme de algunos alimentos. Aparte del uso de mascarilla y cuidar las distancias, todo seguía funcionando como de costumbre, salvo por la impresión que tuve de sentirme de repente, en el lugar y momento equivocado. Tomar las naranjas era como estar robándolas, aunque las fuera a pagar. Algo en el ambiente que no supe descifrar, logró incomodarme al punto de sentirme como una intrusa. Despidiéndome tímidamente, me fui con la sensación de haber arrebatado algo que no me pertenecía.

\*\*\*

Simón, el gato de Leonor, mi otra vecina, entró a nuestra casa. Jamás lo había hecho. Tal vez motivado por el “nuevo silencio” que habita en el barrio. lo hizo por la ventana del segundo piso. Estábamos acostumbrados a verlo pasar de manera reservada por el patio y una vez en el techo no parecía interesarle siquiera la presencia de las palomas. A penas entró en el dormitorio, salió disparado por la puerta y supongo que siguiendo su intuición felina bajó por la escalera con una agilidad envidiable. A mi ritmo, lo seguí hasta el patio trasero y lo encontré arriba de la mesa completamente engrifado intentando zafarse de nuestro perro casi de su mismo tamaño. El Rulo dejó de ladrar por unos segundos y Simón aprovechó ese brevísimo instante para desaparecer casi por arte de magia, aunque para su mala suerte el truco le duró hasta un portón sin salida. Contra su voluntad, lo tomé dispuesta a los arañazos. No sufrí ningún rasguño, pero el pobre estaba completamente rígido y pude entender su rebeldía al verse privado de libertad. Al llegar a la puerta de entrada, bajé mis brazos y lo dejé ir. Pensé que arrancaría de la misma manera como lo hizo al bajar las escaleras. Quizás porque el patio le resultó familiar, su reacción fue volver a la indiferencia de

siempre, a paso lento, deteniéndose a ratos, volteando la cabeza buscando el camino de salida. Poco le debe importa a Simón esta pandemia, total tiene siete vidas. Aunque ¿cuántas le quedarán?

\*\*\*

Ahora que no voy a la feria para evitar contagio, me llegó un dato de frutas y verduras a domicilio. Agregué en el pedido un kilo de tunas. Creo que no las comía desde que vivía con mis padres. A mi madre le encantaban y por lo general compraba dos o tres, porque era verdaderamente un lujo. Nos recuerdo en la cocina, yo pequeña (no más de once años) y ella con un silencioso entusiasmo sacándolas del cucurucho de diario. No sé si alguien más comía tunas en casa. Ese momento *mío* con ella, lo vivía como un acto de complicidad después de vaciar el carro llegando de la feria de la calle Romero. Era el premio al esfuerzo, para ella misma y yo por acompañarla, por haber estado toda una mañana regateando precios, pidiendo la yapa, salvando la dignidad en el carro medio vacío, intentando hacer cundir los pesos de la chauchera con la mayor de las habilidades y rescatar lo que iba quedando en los puestos, como las peras demasiado maduras que el resto de las caseras rechazaba. Todo servía, desde los tallos de acelga para hacer pejerreyes falsos, hasta los plátanos ya pasados que terminaban flotando como fósiles, en mínimas dosis en la jalea de la semana. No veo a mi madre desde marzo. La echo de menos. Echo de menos sobretodo, el olor fresco y sutilmente dulce de sus mejillas.

\*\*\*

Algunas de mis llamadas telefónicas se han convertido en video llamadas. esto de no poder salir a la calle más que para

lo estrictamente necesario, se me ha convertido en una especie de ciega afectiva que me tiene a ratos desorientada, sin saber como llevar esta tristeza de no poder abrazar a las personas que quiero. Soy de pocos afectos, y en estos tiempos he buscado nuevas maneras de vivirlos. Con Paz, nos hablamos al menos una vez por semana y desde que partió la cuarentena surgió naturalmente hacerlo por video llamada y nunca más hemos dejado este *modus operandi*. Hablamos, dejando que nuestra mente libere los pensamientos más insospechados. Creación, poesía, música, realidad o no, bien o mal, risas prolongadas, café uno tras otro. Por qué no, una copa de vino. Ella, Whisky. Propongo leerle *El baile*, de Iréne Némirovsky , ella cambia de lugar y fuma. Llego hasta el capítulo cuatro. seguimos tres días más tarde. Lo termino y nos miramos, silencio y sonrisa, silencio y palabras, conversamos y entonces ahora es su turno. Me lee *Los pocillos* de Mario Benedetti, la sigo con atención y me fascino con el final. Se lo agradezco. Se lo cuento a mis hermanas, menos el final. Ahora ellas quieren leerlo. Paz me lo manda fotografiado por whatsapp. Días más tarde me lee *Papelucho* de Marcela Paz, no recuerdo cual de todos. Quedé de leerle *La Paloma* de Patrick Süskind. A veces, compartimos un video que circula en las redes y nuestra primera reacción puede ser divertida, pero siempre terminamos analizando un detalle que nos lleva lejos. Agradezco su amistad, su generosidad infinita por compartir sus saberes y pensares, su alegría destellante. Se lo agradezco, más aún en estos tiempos ásperos y vertiginosos, cuando el hambre que me asecha es la del alma carente de los abrazos entrañables. Le agradezco, a Paz Mera, cuando me regala en sus mensajes las rosas amarillas de su jardín, o los limones sin pepas, todo sembrado amorosamente por su padre.



Imagen tomada desde mi ventana.

## **Un círculo perfecto**

Magdalena Prado

Pintora

En este intenso tiempo en que nos hemos visto sometidos a drásticos cambios, nuestra atención ha estado puesta en los medios de comunicación y en las múltiples y divergentes opiniones. Ya poco hablamos de cosas que no rocen por algún lugar nuestra aparente “nueva realidad”. Cosas cotidianas que parecían firmes se han desestabilizado. La primera y más vital de todas, nuestra libertad para desplazarnos y, seguido de ello, nuestros ingresos. Nuestra nueva manera de vivir se hace presente.

El 1 de Agosto del 2019, a solo dos meses del estallido social y a siete de esta pandemia, me vine a vivir con mi pareja a Concón. ¿Fue una premonición? A veces quiero creer que sí y que justo alcanzamos a “escapar” de Santiago. Venirnos acá, cerca del mar y las gaviotas, ha sido decisivo. Ver cómo estas aves anidan, tenerlas recostadas en la terraza y, por las tardes, mientras los pescadores desde sus botes arrojan las redes, ser testigos de cómo éstas se posan a su alrededor dibujando un círculo perfecto, ha sido parte de esta nueva cotidianeidad.

En estos últimos meses la naturaleza y sus cambios se han vuelto patentes. Una especie de contenedor en permanente cambio que se ve expresado en la aparición, por ejemplo, de animales que no frecuentaban el borde costero; la ausencia de seres humanos

ha afectado el comportamiento de nuestro medio ambiente inmediato. Un ejemplo de esto fue la aparición de toninas saltando y zambulléndose graciosamente y, como contraparte, la progresiva disminución de gaviotas debido al cierre temporal de una caleta cercana.

Los días transcurren a un ritmo que, para mi oficio de pintora, no ha sido muy distinto al de antes, ya que el “encierro” es algo habitual para mí, pasando gran parte del día en mi taller, como muchos artistas.

Desde que vivo acá no había experimentado la ausencia total de Santiago, ya que cada semana debía ir a dar clases y, ahora, asumiendo los costos, entre otros económicos, que esto ha implicado, lo he podido experimentar y esos “pequeños detalles” se han acrecentado aún más en cada uno de nosotros.

El silencio, la tranquilidad, la distancia, el moverse poco, la grata rutina, han sido parte de mi día a día. Esto, sumado a la ausencia de compromisos expositivos, me ha hecho abocarme a mi trabajo de una manera más libre e incluso retomar materiales que había dejado de lado. He iniciado, también, una serie de

retratos de pequeño formato de amistades que, iniciadas las cuarentenas, comencé a extrañar y, pintarlas, ha sido mi modo de manifestarles mi afecto. Al ir observando cada detalle de sus rostros, fui experimentando una gran cercanía. Comencé con mi querido Machuca quien, días después de haber hablado por teléfono con él, sorpresivamente murió; su retrato se quedó conmigo. La muerte de él y la de un alumno de mi taller en Santiago, me han remecido fuertemente, provocando un marcado contraste con el entorno en que vivo. La lejanía ahora se volvió pesada, abrumadora, triste, la sensación de incertidumbre se tornó angustiada. Se me hizo más patente la necesidad de abrazar, sentir al otro cerca, despedir en este caso, a los que ya no están. Reunirse se tornó algo preciado, una imagen que ahora observamos a distancia.

Es parte de nuestro día a día el construir nuestra “realidad”, aunque la situación que estemos viviendo nos esté poniendo constantemente a prueba, a veces, incluso, de manera tan abrupta. La privación de cuestiones vitales han ido forzando la aparición de otras dimensiones de la vida y, desde este rincón, vuelvo a preguntarme: ¿fue una premonición?



“Calendario de abril con los días de confinamiento total marcados”.

## **La Pandemia con Manuel**

José Manuel Moreno Carvallo  
Antropólogo social y jugador

En diciembre de 2019 fue la primera vez que escuché hablar del Sars-CoV-2, un nuevo tipo de coronavirus que produce la enfermedad de Covid-19. Me llamó la atención que en un mercado de la ciudad de Wuhan, China, un grupo de personas se había contagiado de un nuevo virus a partir de la ingesta de carne de murciélago. Las calles bloqueadas por la policía, la rápida construcción de hospitales, la muerte del médico Li Wenliang, la ciudad desierta de Wuhan y los trajes especiales que portaban los cuerpos de salud, los sentía tan lejos que no me producían amenaza alguna. Sin embargo, este sentimiento cambió radicalmente cuando a mediados de febrero me enteré de varios casos que se estaban registrando de forma acelerada en el norte de Italia, y tuve el presentimiento de que posiblemente pegaría en Francia, el país donde actualmente resido con mis dos hijos de dos y cinco años, y mi esposa. Recuerdo que me impactó mucho la noticia de que el actor italiano Luca Franzese había hecho una denuncia a través de las redes sociales porque, debido al colapso de los servicios funerarios italianos, llevaba más de 24 horas en su casa con el cuerpo de su hermana de 47 años, fallecida por el virus. Al ver el video, pensé en mi familia y sentí que la ciudad de Wuhan estaba a la vuelta de la esquina, como si estuviera tocando la puerta de mi casa. Primero fue España y a los pocos días comenzó Francia. En un pestañeo decenas y decenas de infectados y muertos, después cientos y finalmente miles. En marzo, algunos días después de mi cumpleaños, Macron hablando de que la Francia estaba en guerra contra un enemigo invisible decretaba el confinamiento para todo el territorio. Aterrorizado por la idea de una guerra, construí un plan de escape para salir del país con mi familia y volar hacia México, mi lugar de origen, pero no.

Fueron ocho semanas de confinamiento en Francia. Fueron ocho semanas donde sólo se podía salir por una hora para comprar medicinas y productos básicos, hacer actividad física –de manera individual-, ir al médico y, en situaciones muy particulares, desplazarse por motivos laborales. Los primeros días o semanas, ahora no lo recuerdo, estaba destruido. A cada rato sentía la garganta irritada, el cuerpo cansado, fiebre y dolor de cabeza. Pensaba: ¡ya me agarró este pinche virus! Lo tenía claro, Wuhan había entrado a mi casa. En mi estado de ansiedad lo único que me mantenía tranquilo era jugar con mis hijos y dormir. ¿Jugar? Sí, justamente jugar “*a ser como si*” fuera un superhéroe, dragón, villano o una mancha negra venida del espacio, es decir, cualquier historia que implicara construir una realidad distinta a la del encierro. Las flores de Bach, la meditación y los ejercicios me permitieron ir bajando la ansiedad y recuperar el control de mis pensamientos que estaban desbordados por la guerra de Macron.

La cuarentena avanzaba y para dar testimonio de eso marcaba los días del calendario junto con mis hijos. No sé si eso era “echarle más sal a la herida” pero me servía para visualizar que la cosa se estaba moviendo, a un paso muy lento pero se movía. Irónicamente durante el confinamiento leímos en familia la historia de un pequeño pájaro que luchaba por romper su cascarón: primero sacaba un ala, luego la otra, después las patas, la cabeza y finalmente, a volar. ¡Vaya imagen más clara y reveladora! Volar. Recuerdo que un día miré por las ventanas a unas aves que cruzaban por el cielo y me pareció irónico pensar que mientras los humanos se encontraban en sus jaulas tratando de salvarse, estos animales podían moverse con libertad y sin

temor alguno. Luego me enteré que en otras ciudades donde se estaban realizando estrictos confinamientos, animales como ciervos, osos, jabalís, pulpos, panteras y pumas comenzaban a deambular por las calles como si dijeran: “mira parece que el virus humano por fin se extinguió, ahora ya podemos salir de nuestros refugios”. No sólo los animales gozaron de la reclusión humana: los canales en Venecia se limpiaron, un agujero de la capa de ozono se cerró, China redujo sus índices de contaminación y los mares adquirieron tonalidades nunca vistas. ¡Voilà! El encierro me estaba mostrando que sin hacer mucho podíamos hacer grandes cosas por la casa de todos. Y entonces me dije: ahora que salgamos no podemos ser los mismos.

El 11 de mayo se terminó el confinamiento en Francia y comenzó la fase de lo que llamaron el “día después”. ¿Algo ha cambiado? ¿Seguimos siendo los mismos? No lo sé, es muy temprano para saber si algo se ha movido y mucho más para mostrar sus efectos a nivel colectivo. Sin embargo, quiero pensar que hay semillas que nos llevarán a reinventarnos y no olvidar a los 8,747,136 infectados y 462,088 muertos (datos de la Universidad John Hopkins, 21 de junio). Aún a pesar de la forma tan desigual en que se ha vivido el confinamiento y de la incapacidad de mucha gente para poder quedar en casa, el Sars-CoV-2 nos ha enseñado que el mundo necesita descansar del virus humano. Ahora mientras trato de ajustarme a máscaras, distancias y geles, miro a Wuhan caminar por el mundo, y me pregunto: ¿Qué tal si jugamos a derrotar al rey virus? Tal como dice la historia de mi hijo de cinco años.



La foto, tomada el 2019, es de una saetera inserta en una muralla defensiva del Schloss Harburg, en Alemania. Evoca la tensión y el juego constante entre el adentro y el afuera, lo interno y lo externo, el resguardo y la ofensiva, yo y el mundo.

## Nota familiar (Diálogo de sordos)

Marcela Valdivieso Fadic

Licenciada en Literatura

Además, ¿de dónde me había sacado que la felicidad era la medida correcta de una buena vida?

Orhan Pamuk, *La maleta de mi padre*.

1.

—Las nueces —dice mi madre desde la cocina. Y lo dice con su voz gruesa, de sorda. Las nueces están sobre la balanza, en el comedor. Medio kilo para el kuchen noche y día. No me paro de inmediato, porque sigo en la página en blanco con el lápiz entre los dedos, la mano empuñada. Mientras, escucho el tecleo apurado de E.

—Las nueces —repite, ahora más fuerte y con mayor urgencia.

Mi escritorio, el lugar propio, es apenas media mesa rectangular en el centro del living. La otra mitad es de E. Se trata de una improvisación de buena voluntad. Es lo que cuenta.

A las primeras semanas de mi llegada, aún me hacía a la idea de que mi escritorio estaba en Balmoral, en las amplias dependencias de una antigua edificación, o a orillas del Rhein o del Elba, escuchando *El anillo del nibelungo* —por qué no— o en una casona de barrio, quizá en Buenos Aires, en Adrogué, o quizá dónde, pero aquí mismo no, aquí no.

—Tú sabes que me cuesta caminar —dice mi madre cuando por fin desisto del lunes, vencida ya, de la hora lúcida de la mañana, del papel, de mí.

Estoy, entonces, llevándole las nueces cuando me llama RC.

—Te acabo de mandar un video que hice. Tú me sugeriste el título hace años.

No sé de qué me habla, pero me alegro. Los dos nos alegramos de hablar después de tanto tiempo. Esta vez ha pasado un año desde la última vez que supimos algo el uno del otro.

—Está en la línea de Josef Sudek, el fotógrafo. ¿Lo conoces?

—No —digo, un poco avergonzada. Pero no son tiempos para eso, para el conocimiento, sino para la guerra.

—¿Me pasas la olla? —pide esta vez mi madre.

—¿Estás ocupada? —pregunta RC al otro lado de la línea. Lo hace con educación, amabilidad, un dejo de nostalgia y gusto por la belleza—. Puedo llamarte después.

—No —respondo mientras intento acercarme a mi madre y sorteo el carrito con el que se desplaza, el bastón araña, una silla: mi desesperación. Se ha vuelto otra. Le hablo sin voz, como acostumbro, en forma simultánea mientras oigo a RC.

—No entiendo —dice—. Hay poca luz. No veo bien. La olla —insiste—. Necesito la olla grande. No puedo agacharme. ¿Hablas por teléfono?

E, desde su lado del escritorio, de espaldas a la ventana, informa:

—Hay 6.290 nuevos casos y 4.093 muertos.

Tiene el rostro demudado, pero debe continuar en línea, revisando el estado diario del poder judicial.

—Si quieres te llamo más tarde —dice RC con voz dubitativa—. Te noto complicada. ¿Puedes hablar?

—No, nada de eso —respondo con las cejas enarcadas, devolviendo al mismo tiempo el asombro a E—. Es que aquí, conmigo, somos seis ahora. Soy el número extra. Como ya sabes: «La casa es pequeña, pero el corazón...». Cuando puedo, salgo al jardín y es como estar en una casa grande.

(*Casa grande* de Orrego Luco, digo sin decir, y pienso en Ángel Heredia, el marido médico de Gabriela Sandoval, en esa época un mal visto. O un aprovechado, o un desclasado o, bien, una víctima. Nunca quise un cónyuge médico, para que no pudiera matarme con alguna estrategia clínica. Esa idea se me puso con Orrego Luco, con esa novela que le valió tanta crítica. Pero ahora sí, puede ser. Los médicos se han vuelto muy necesarios.)

—Es la guerra —digo a RC, enfáticamente, cambiando la conversación—. El enemigo está en todas partes. Son tiempos raros. Ya ni siquiera revueltos, sino raros.

Me alegra que RC me llame después de tanto tiempo, porque sé que está vivo.

—Sí —corroborra con voz suave—. Son tiempos que ni te encargo. Estoy sin pega desde octubre.

Me esfuerzo en oírlo, porque mi madre viene con su carrito-salvación y es la hora del paseo por el pasaje, con la cara a resguardo, cubierta, y con mi hermana mayor, claro.

—Para qué —dice ella, resistiéndose al operativo—. Mejor me muero ya, ahora. No quiero estar sola, enferma, botada, como un perro. Me contó G que murieron 28 sordos de la Asociación en total, todos en hospitales.

Le digo que baje la voz, que estoy hablando por teléfono, que después me cuenta.

—Con quién —me pregunta—, porque soy sorda y tengo derecho a saber. A que me cuenten. Mi madre me contaba todo.

Mi hermana viene detrás, por el estrecho pasillo. Me encarga el fuego encendido de la cocina y le dice también a mi madre que baje la voz.

—No es momento para buscar pega —le he dicho sin ninguna certeza recién a RC, que sigue aún al teléfono. Está difícil. Pero esto, como lo obvio y tantas otras cosas, pasará y será historia.

Vuelvo a sentarme en mi lado del escritorio, gentil a su manera, aun con su estrechez.

—Sí, apenas vea el video te lo comento, el que me enviaste —le digo por último a RC, rogando, como siempre, por que no irrumpa la voz gruesa de mi madre mientras termina de ponerse con desagrado la mascarilla para su breve paseo.

—No hay apuro —es lo último que me ha dicho RC—, velo cuando puedas. Solo quería confirmar si te llegó. Otro día hablamos con más calma.

Apenas corto, reviso el correo. Sí, aunque no recuerdo haberle sugerido el título, hoy me gusta más que nunca: *El lugar ameno*.

2.

Nada qué decir. Escribo con azul prusia. Eso es lo que ha cambiado en lo inmediato. Antes usaba tinta negra, sin titubear. Porque hoy algo ha cruzado mi calle, y ya no es mi calle, algo cruza los muros de esta casa, que no es la mía, algo nos cruza y me cruza, hacia delante y hacia atrás, algo que no sé, algo sordo, como un gesto sin querer, de pronto, y sin codificar, de infierno o de paraíso, como anverso y reverso de una moneda sin palabras.



Escena de la película *El Padrino II*, que muestra el encuentro entre Vito Corleone y don Fanucci. Sobre esta escena hice mi texto.

## **Vito, Fanucci te está esperando en el café**

Marcelo Matthey Correa

Ingeniero Civil

### 1

La he visto como 100 veces. Es la escena del encuentro de Vito Corleone con don Fanucci en el café, de la película “El Padrino II”. Está justo antes de la parte donde Corleone mata a Fanucci. Es una escena muy linda, y me propuse escribir sobre ella, pero más que nada diciendo las emociones que siento al verla. Probé primero viéndola entera. Después viendo pequeños trozos de 10 segundos. Después viéndola sin sonido. Pero nada. Aún no puedo hablar de emociones.

No sé si las sensaciones tan claras se presentan sólo la primera vez. Como me pasó cuando fui a ver “Los Intocables”, de Brian de Palma, al cine. Llegué bien atrasado, justo en una escena en que la policía está al lado de un puente para interceptar un camión que traficaba alcohol. En ese momento tuve la certeza de que esa escena era regular no más. Y después al terminar de ver la película pude confirmar que la película entera no era muy buena. Pero esa certeza la tuve sólo ese día. Todas las veces siguientes que la vi, nunca más pude tener la claridad de la primera vez.

Con la escena de Fanucci en el café es algo parecido. Sé que es una escena extraordinaria, pero no he podido sentir lo que antes.

### 2

La escena no sería nada sin la gran actuación de estos dos personajes, que muestran una naturalidad única.

De Niro entra al café, se da cuenta que hay un señor en la entrada cuidando a Fanucci, deja la puerta entreabierta, y avanza; gira

luego un poco la cabeza hacia el cuidador que ahora sale del café. Camina, se quita el sombrero, saca los billetes de su bolsillo, se sienta frente a Fanucci y pone la plata en la mesa.

El giro de la cabeza hacia el señor que sale del café muestra algo tan espontáneo en De Niro, que realmente al que ve esto, ni se le pasa por la cabeza que De Niro está actuando.

Se aprecia muy claro que Vito no tiene miedo. Se sabe porque no pronuncia palabra alguna. Todos sus actos son de gran precisión, sin una sola pizca de duda. Después de dejar los billetes en la mesa, mira desafiante a Fanucci. Cruza sus manos, en señal de completo relajó. Se mantiene serio. Su actitud es como si él mismo fuera Fanucci. Realmente no le tiene miedo. Es que sabe que después lo va a matar.

Fanucci de inmediato pone su sombrero sobre la plata y dice: “Si mis ojos no me mienten, hay 100 dólares bajo el sombrero” (él esperaba 200). Levanta enseguida el sombrero y dice que efectivamente hay sólo 100 dólares. Muy enojado, empuja el sombrero hacia Vito. Pero Vito no se inmuta.

Fanucci, con su impecable traje blanco, infunde mucho miedo. Cualquiera estaría temblando allí, y se desharía dando explicaciones sobre por qué no están los 200 dólares de pago. Es que a Fanucci no le importa quien está al frente ni qué es lo que hace.

Entonces, repentinamente, Vito habla. Extiende rápido su brazo sobre la mesa, sonrío y dice: “Perdóneme, he estado sin trabajo y

tengo poca plata, pero en tres o cuatro meses le pagaré”. Fanucci lo mira y escucha atentamente. Apenas asiente con su cabeza. Luego se ríe, muy conforme con la respuesta de Vito, que se ha sometido a él. De inmediato, recoge y guarda los billetes. Vito ya no habla más. Sólo sonrío levemente cuando Fanucci le habla unos segundos después.

Fanucci revuelve su café, da dos golpecitos con la cuchara en la taza, y se lo toma. Ahora es Gastone Moschin, el actor que hace de Fanucci, el que se mueve con total naturalidad. Él es Fanucci. Nadie puede dudarlo. Se levanta, se pone su abrigo negro, le pellizca y palmotea suavemente la mejilla a De Niro, y se va. De Niro casi no se mueve. Sólo se toca su mejilla, como diciendo: “¡Y este miserable, ¿cómo se atreve a tocarme?!”.

### 3

En el café estaban sólo Vito y Fanucci. Afuera la fiesta.

Pero ¿por qué en un café? La verdad es que fue una idea de Fanucci, porque él pasó a tomarse un café y aprovechó de esperar allí a que le trajeran su plata.

Aquí voy. Todavía nada. Seguramente en algunos años más, cuando vaya caminando por ahí, sentiré algo y podré escribir sobre esta escena. Sólo decir que parece que si una escena se mueve naturalmente en una dirección puede llegar a ser magistral. Pero si hay algo que bruscamente la modifica, algo forzado digo, como podría ser por ejemplo la música, la escena queda en nada.



Fotografía de mi padre, el Dr. Rafael Cárdenas con auxiliares del Hospital de Nacimiento 1959.

## **Cuarentena**

María Elena Cárdenas

Pintora y Profesora de Artes Visuales

Parece que hace al menos cuatro años estoy en cuarentena. O quizás antes. Me doy cuenta cuando leo y escucho el cambio de vida que ha significado para la gente la cuarentena, en términos sociales y de encierro; los chistes y comentarios en redes sociales en relación a qué hacer con el tiempo en casa, o cómo van a celebrar cuando se acabe, la sobredosis de netflix, etc. Las restricciones de la cuarentena las tengo desde que me dedique a cuidar a mis padres ancianos; primero a mi padre y ahora a mi madre. Durante mucho tiempo mi cuarentena— o mi cuasi-encierro— me produjo una sensación de inquietud y angustia por dejar de lado mis intereses, mi profesión, por dejar pasar posibles proyectos, por la sensación de estar perdiéndome de algo. Actualmente esa angustia se ha disipado, y ha sido reemplazada por una sensación de sosiego, como que se hubiese detenido el tiempo de los proyectos y vivo en el presente, porque no hay futuro y, en el fondo, nada importa mucho. Ya no sé si mi anterior angustia era, en parte, por tener que responder a un molde más que por un interés real por todo aquello que me era, de alguna manera, vedado. Ahora siento que somos todxs los que estamos en suspenso.

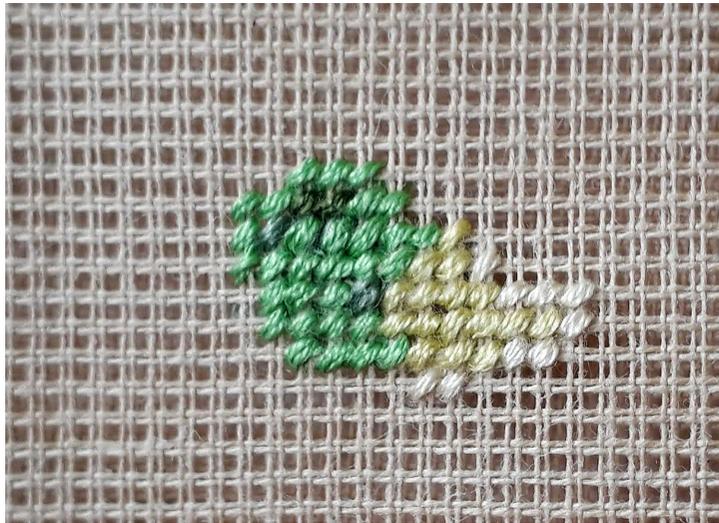
Me sorprende observar como las personas se extrañan tanto entre sí; la vida social, la conversación entre amigos, las salidas, los viajes, las inauguraciones. Hace tiempo que no es habitual en mi vida esa sociabilización y ya me acostumbré. Y si esto se sigue extendiendo, creo que se terminarían acostumbrando hasta los y las más sociables. Si me duele pensar que, si cuando se supere esta pandemia seguimos vivos con mi pareja —a quien continuo viendo una vez a la semana, estrictamente el lapso de tiempo de un permiso para comprar alimentos— estaré mucho más vieja (como ya lo siento a diario). También es triste ver que toda mi ropa esta desteñida con cloro cuando antes estaba siempre manchada con pintura. Cambian las prioridades y lo importante ahora es cumplir bien con el quehacer cotidiano, rutinario... y mantenerme sana. Cualquier otra ambición resulta un poco extemporánea.

Que puedo decir de mi día; Llevar a mi madre al baño, darle la Hidrolazina y la Isosorbida, preparar el desayuno y llevárselo, tomar yo junto a ella, mientras escucho las noticias y los programas de análisis políticos en la radio, y constato cada día el desastre total. Darle el Xarelto, echarle las gotas de Glaucotensil en sus ojos, esperar que se quiera levantar, por mientras limpiar un poco el baño, la cocina, el dormitorio, Levantarla, lavarle los dientes (en eso me esmero, lo hago como me enseñó un dentista hace años, al menos deben ser 10 minutos de cepillado) y en el intertanto hacer todo lo que alcance antes del almuerzo. Algunos días hago clases, por zoom. Me caen mejor los estudiantes por zoom, aunque a algunos no los veo y con suerte los escucho, pero a los que si veo los siento frágiles, muy distantes a esos jóvenes empoderados que conocí, siempre a punto de iniciar un paro que justifican a medida que lo llevaban a cabo. Siempre con un reclamo latente. Nunca faltó un motivo. Ahora pareciera que quisieran tener clases, he llegado a pensar que es sano que tengan menos contacto entre ellos, no es ideal que se deba a una pandemia, pero los veo más auténticos, menos influenciados y llenos de consignas o lugares comunes, incluso más amorosos. La soledad les hace bien en ese sentido, pero algunos se ven algo tristes. Ahora se concentran en lo suyo. Creo que por primera vez me siento profesora, en un sentido más emocional que cognitivo.

Mi mamá no se da cuenta de que hay una pandemia, le he explicado pero no lo entiende bien. A menudo, especialmente en las noches, ella cree que esta en un hospital. Me habla del médico, de la gente del turno, de los internos, de las enfermeras. Probablemente cree que está en el hospital de Nacimiento, que conoció cuando estaba recién casada con mi padre; parece que vivieron en una casa que tenía el hospital durante el tiempo que él fue director. Me habla sin angustia, es un hospital amable, un hospital de provincia y de un Chile provinciano. Prefiero que viva en esa fantasía, y en alguna medida me alegro de que mi papá ya no este para vivir lo que está pasando, que en su vida profesional no le haya tocado enfrentar una pandemia como esta.

En cada médico veo a mi papá y me conmueve el personal de la salud. Son ellos los que realmente deben lidiar con la pandemia, observándola, sorteando el temor a contagiarse y contagiar a sus familias, constatando la fragilidad de la vida, viendo los cuerpos deteriorarse hasta morir, enfrentando a los parientes de los enfermos para darle las malas noticias. Ellos y ellas no viven en la abstracción de la mayoría de los privilegiados que parece observar una película, como se refleja tanto en la mezquindad de la clase dirigente como en la desafección de gente sin ninguna figuración pública, que han transformado la pandemia en un espectáculo, en un meme. Reviso mis redes sociales y observo como, gradualmente, muchos de mis contactos pareciera que desearan la catástrofe total. Mientras más muertos mejor, con tal que eso deje en evidencia la ineptitud y falta de escrúpulos del gobierno. Los que insisten en mirar esta contingencia desde una trinchera partidaria no dimensionan la magnitud de los hechos, no comprenden que de algún modo estamos todos condenados.

Es extraño vivir en amenaza permanente por algo tan invisible como un microorganismo. Por mi quehacer de cuidado de mi padre y madre en sus procesos de envejecimiento, me creía consciente de la fragilidad de la vida, ya que permanentemente he tenido que estar alerta a cualquier dolencia en ellos que pudiera derivar en la muerte. Pero ahora la amenaza constante ya no se rige por el curso natural de la edad. Con la epidemia el solo hecho de salir a comprar al supermercado o a la farmacia se transforma en una amenaza. En cada persona con que me cruzo y que no usa mascarilla, veo un peligro latente para mí y para los familiares con quienes convivo. Debo decir que desde el denominado estallido social hasta ahora me siento en un continuo ensueño. Durante varios meses, a partir del 18 de octubre, era habitual escuchar sirenas de bomberos, especialmente en las tardes y en la madrugada. Ahora escucho ambulancias en la madrugada. Lo terrible es que finalmente una se acostumbra a todo.



Naturaleza muerta (arveja aplastada).

## **Still Life**

María Karantzi

Artista visual y Profesora de Artes Visuales

Viviendo en escala uno a uno,  
en la espera del tiempo imperceptible.

64



Lo que sucede afuera, lo que puedo ver desde mi ventana.

## **Desde mi ventana**

María Verónica Canales Lobos  
Bailarina y profesora de danza

No sé cuántas veces he escrito este inicio, y muchos otros párrafos inconclusos, algunos tristes, otros desesperados, también otros de anécdotas divertidas algo parecido a un verocosas, así que hice una lista de títulos que da alguna manera expresan momentos: el tiempo, lo que extraño, lo triste, lo nuevo, el teletrabajo, mi nueva mejor amiga, la cocina, los regalos.

Hay algunos momentos que no compartiré, esos quedarán egoístamente solo para mi recuerdo.

### **EL TIEMPO**

Un poco más de tres meses, a veces todo se hace eterno y en otros todo tan rápido. Anoto cuidadosamente en un horario semanal todo lo que tengo que hacer cada día ya que me confundo fácilmente si es lunes, martes o domingo. Las primeras semanas de cuarentena fue difícil ubicarme temporalmente, bueno, aún lo es. Despierto a las 5:45 AM, aunque intente dormir un poco más, es la hora que habitualmente me levantaba antes de la pandemia.

Lo primero, el café, entre la cafetera francesa y la italiana, la verdad es que no siento la diferencia en el sabor del café, es más bien una cursilería, para hacerme sentir que es diferente.

Pasó el otoño, tanto que me gusta, y solo lo pude ver desde la ventana.

### **LO QUE EXTRAÑO**

A mi mamá, mi papá, mis hermanas, sobrinas, sobrinos, tíos, tías, amigas, amigos, enemigas y enemigos, extraño a la compañía PeMellado, extraño las clases.

Extraño pasar por Plaza de la Dignidad y ver a jóvenes encapuchadas y encapuchados con la convicción de querer cambiar este país. Extraño mucho.

Extraño esos momentos que definí que eran para mí.

### **LO TRISTE**

Al principio miré con duda la pandemia, lo vi como una estrategia de grupos poderosos (estilo Miguel Bosé), pero cuando empezó a llegar a mi lado el asunto de volvió una realidad, más bien una pesadilla. Hoy tengo miedo.

Ha sido muy doloroso, gente cercana que se ha contagiado, algo impensado. Y de pronto, la muerte, eso que vi a través de noticias inescrupulosas que mostraban ataúdes apiladas en calles y hospitales –todo esto desde en el viejo mundo– como si la cordillera fuera un gran fuerte protector que no dejaría pasar el virus –aunque se volviera buena persona– y aquí estoy, recibiendo las noticias más tristes, fallecidos (4), fallecidas (2), gente cercana, conocida, con la que compartí pasillos, alguna conversación, una discusión o un hola ¿cómo estás?

Es raro, la muerte sin despedida, sin rito, sin abrazarnos.

## **LO NUEVO**

La distancia social. Fue tan difícil el periodo pre confinamiento, tengo o tenía la costumbre de abrazar o acercarme a las personas, invadía el espacio vital sin querer, solo por ser afectuosa. En esos ímpetus de cariño, la gente daba un paso hacia atrás, y yo quedaba con los brazos abiertos, mi eje inclinado hacia adelante a punto de perder el equilibrio, en posición congelada, las mejillas sonrojadas y desde la otra parte un rotundo no te acerques, no de mala onda, sino porque nos podemos contagiar. Por mi mente pasaba la frase “que exageración”.

Lo nuevo, estar en casa 24/7. Sé dónde está cada cosa, nada se pierde, lo he ordenado tantas veces, hasta han aparecido calcetines perdidos por mucho tiempo, casi todos en están en pares. Los fines de semana son para el aseo, pintura de casa, ordenar lo que ya he ordenado por meses.

## **EL TELETRABAJO**

Para no entorpecer los estudios de mis dos hijos, y su sueño (ya que dicen que hablo muy fuerte) armé una pequeña oficina en una habitación que ellos utilizaban para jugar play station y ver películas, la llamaban la pieza del pecado. Tengo un escritorio, un sillón y un baúl en donde está puesta la impresora, lo que más me gusta es que tiene una ventana por la que puedo mirar hacia afuera –la calle– y la cordillera.

El teletrabajo. Intenso, a veces siento que trabajo mucho más que en el modo presencial. Inicio el día laboral a las 8:30. Entre 8:30 y 09:00 preparo documentos, 09:00 a 10:00 clases, 10:00 a 14:00 reuniones, 14:00 a 15:00 hora de almuerzo (que a veces no tengo), 15:00 a 19:00 sigo con reuniones, y si existe algún tema a tratar con urgencia se larga hasta horas que mejor no mencionar.

Estoy totalmente dependiente de la pantalla, si tengo un tiempo libre me comunico con alguien de mi equipo de trabajo que quiera unirse a Meet para trabajar o proyectar algo, lo que sea.

## **MI NUEVA MEJOR AMIGA**

Nina, mi gata. Negra, gorda y ojos ámbar.

Nunca tuve un acercamiento especial con los animales, en mi casa tenemos un perro y una gata, porque mis hijos lo pidieron y ellos son los que se hacen cargo de las necesidades de sus mascotas, Sin embargo, durante este tiempo Nina –la gata– ha sido una gran compañía, está todo el día a mi lado, le reconozco sus ronroneos y lloriqueos, cuando quiere comida y cuando tiene frío, me acompaña en mis largas jornadas de teletrabajo.

Mis hijos me dicen que enloquecí con la gata, me cantan “mi gatita me habló, me dijo cosas, que no puedo repetir, porque me habla solo a mí (Tema: mi muñeca me habló, música de 31 minutos)”

Me encanta la Nina.

## **LA COCINA**

Uno de mis lugares favoritos de la casa, la cocina. Los fines de semana paso gran parte del tiempo cocinando, invento o busco recetas en internet, he preparado comidas típicas de diferentes países, cubana, mexicana, india, peruana, italiana, española, entre otras, y nuestra cocina tradicional chilena.

Para los desayunos un jugo détox verde (está de moda), manzana verde, perejil, pepino de ensalada, kiwi, kale y limón.

Disfrutamos comer en familia, yo, mis hijos Agustín y Tomás, y a veces Magdalena, la polola de Tomás. Es el momento de la conversación, divagamos entre la música, obras de teatro, libros y putear al gobierno.

En la cocina hay una pequeña ventana, también puedo mirar hacia afuera y un horrible edificio de departamentos que justo tapa el horrible costanera center.

## **LOS REGALOS**

He disfrutado mucho enviando pequeños regalos a personas que extraño y quiero, también a algunas que han necesitado una ayuda.

En mi teléfono celular tengo una aplicación para realizar compras, hice una larga lista de direcciones a las que envío regalos, por cierto, he tenido algunos problemas, más bien chascarros un poco vergonzosos. Recuerdo un día que tenía que comprar unas cosas de ferretería para mi casa, pala, yeso y una espátula, y al mismo tiempo, hice otra compra para mi sobrino de un año. Pues bien, escribí todas las direcciones equivocadas, a mi sobrino de un año le llegó la pala, el yeso y la espátula, y a mi dirección llegaron los pañales y juguetes que eran para mi sobrino.

También me han llegado regalos, me encanta, me hace pensar que alguien me recordó y a través de unas flores o un chocolate puedo sentir un abrazo, un abrazo cariñoso que espero pronto sea real, en persona, en vivo y en directo.

65



El gato.

## **Mindfulness (darse cuenta)**

Marisol Navarro San Martín  
Cirujano-Dentista

Hay tantas cosas que no valoraba antes de ésta catástrofe y tantas cosas de las que no me había dado cuenta ni siquiera que pasaban. Paso a contarlas.

Lo primero que me pasó fue que esta situación fue una oportunidad, para hacer las cosas que no tengo tiempo de hacer. A poco andar, me di cuenta que muchas de ellas, no quería hacerlas, con y sin tiempo.

Hice lo que me gusta mucho, que es ir a retiros de meditación, hubo uno gratuito del grupo de un gran maestro zen quien es vietnamita y que está con un accidente vascular encefálico, lo que me llevó a pensar lo afortunados que somos teniendo salud. Y eso me llevó a DARME CUENTA, que tengo salud y agradecí.

Corrí como siempre lo hago, para llegar a las sesiones del retiro, eso me llevó a DARME CUENTA que, habitualmente estoy apurada por algún motivo que la mayoría de las veces lo invento.

Que el tiempo no existe y depende de uno mismo.

Haciendo las cosas de la casa: aseo, lavado, etc. me DI CUENTA de la experticia de la Rossy y mi falta de ella, pero con el paso de los días me DI CUENTA que las habilidades se desarrollan, como los músculos, y poco a poco me he ido DANDO CUENTA de que estoy haciendo las cosas más rápido y mejor.

Valoro mucho el trabajo de mi asesora en la casa (Rossy) y mi asistente (Gladys) en la consulta, sin ellas no podría trabajar.

También, me he DADO CUENTA, que el orden de importancia de las cosas cambió. Por ejemplo, en el supermercado lo más importante son los productos básicos, con el desabastecimiento de estos , me he DADO CUENTA, como le damos importancia a cosas vanas, que no sirven, lo importante no es tener el bolsillo lleno de billetes y perder el tiempo en conseguirlos, sino poder alimentarse, vestirse, transportarse. Da lo mismo que sea un auto barato, antiguo o nuevo, sólo importa que sirva. Que la ropa te abrigue no tiene otro fin.

Qué importante es poder trabajar con las manos y crear ricos platos en la cocina eso me lleva a DARME CUENTA que vivo en pareja y que mi compañero (Piwi), que está a cargo de esta importante labor ha sido eso, un compañero, el único ser humano con el cuál tengo una relación cercana, que es importante la tolerancia mutua y el respeto de las personas y sus espacios.

Me he DADO CUENTA cómo es la vida del gato. Yo no tengo uno pero hay un gato que se llama Winterlake (su dueña murió), lo dieron en adopción, y parece que no se acostumbró y volvió.

Él nos adoptó, vive en el jardín, y está todo el día tratando de entrar a la casa. Cuando menos lo pienso lo encuentro acostado en mi cama. Siempre lo echamos y siempre vuelve a tratar de

entrar. Está todo el día esperando y cuando salimos le damos comida. Come mucho, es un gatito glotón, es muy bonito. Pero muy fresco, él exige la comida, pero por otra parte es muy cariñoso. Está siempre esperando comida o cariño.

Con esto de lavar platos, me DI CUENTA, que botamos mucha agua, que se puede ahorrar agua que estamos en zona de escasez hídrica.

Me he DADO CUENTA también, que aparecieron aves como los picaflones que no los veía hace rato.

Para que decir de las pantallas. Veo muchas películas, pero el PC pasó a ser una de las cosas más importantes, las compras Cornershop, Twitter es donde me informo y lo paso mal con las noticias, el Banco en internet, y las reuniones sociales, a las cuales soy muy asidua por Zoom. No es lo mismo pero es igual.

Las video llamadas con mis nietos, uno en Brasil el otro en Futaleufu. Seminarios y charlas relacionadas con mi profesión, hasta he estado en un Congreso en Barcelona sin pagar pasaje, hotel ni inscripción.

Meditación diaria, para DARME CUENTA.

El tiempo no existe, pero se pasa volando y ha sido una gran experiencia quedarme en casa.

66



Cabeza de lobo marino (*Otaria flavescens*) en proceso de limpieza para su puesta en valor.

## **El tiempo avanza detenido: notas sobre la transformación de las cosas**

Miguel Cáceres Murrie

Artista Visual y Director Museo de Historia Natural Río Seco

*Imaginen un sol inútil. Frío. Un disco perfecto dibujado en la bruma,  
sobre la orilla oriental de Tierra del Fuego.*

**Será el paraíso.**

**Pavel Oyarzún Díaz.**

1.

Hace unas semanas, Gabriela nos comentó que su papá había encontrado un inmenso lobo marino macho muerto sobre la playa de la ex chipera. “En los comienzos de los noventa, la explotación de bosques por parte de la Empresa Magallánica de Bosques desató una fuerte oposición de grupos ecologistas. Pese a ello, la compañía tuvo luz verde para la explotación y comercialización de maderas. Una segunda etapa del proyecto consultó la construcción de una planta de procesamiento de astillas (chip) y un muelle en Bahía Catalina. El fracaso de la fuerte inversión se detonó luego de la destrucción del muelle de carguío de chips, a raíz del temporal que precedió al “terremoto blanco”, el 11 de agosto de 1995 (La Prensa Austral).”

El animal encontrado en un paseo dominical por el padre de Gabriela, quien tuvo la buena idea de fotografiarlo, se encontraba todavía fresco, sin signos de putrefacción, posando su vientre y enorme cabeza coronada de grasa con denso pelaje sobre la arena y algunas algas, bolones y basuras que dibujaban la pleamar de los días anteriores, tal y como si estuviese descansando, secándose al sol. Pensamos en recuperar su esqueleto, aunque sea el cráneo, pero no lo hicimos. No fuimos al lugar para evitar controles y dar explicaciones que dadas las circunstancias, podrían sonar a lo menos exageradamente excéntricas y extemporáneas. Sin embargo, los vientos y las mareas del estrecho a veces son como curiosos portales. Semanas después, el cuerpo del bicho varó completo aunque bien a maltraer en el mismo muelle de Río Seco, prácticamente al lado del museo, que es también a unas pocas cuadras de la casa. Dado que ya estaba muy deteriorado, con una abertura abdominal completa exhibiendo fracturas de costillas por ambos costados, la columna dislocada en varios puntos con vértebras desarticuladas y falanges expuestas en todas sus extremidades, recuperar el esqueleto habría sido un acto infructuoso. Sólo extraje el cráneo del animal, que mostró las características de un macho adulto: dientes gastados y una pronunciada “cresta otárida”. Quizás se tratara de un paria veterano, separado violentamente por un ejemplar más joven y vigoroso del harem que gobernó y traspasó genes durante aproximadamente una década.

2.

Pareciera que todo es según su límite. La perspectiva, la fotografía, el cine, la crítica. Todo lo que rodea a la cosa es la cosa en sí porque define su forma.

El arte tiene límites que lo definen. La ciencia tiene sus límites. La poesía, la filosofía y la historia tienen y son a la vez sus propios límites. La fragilidad de las cosas está fuera, fuera de la moral, fuera de la ética y fuera de la estética se ubica la esencia amorfa que las demarca. Es el límite el que construye el mundo de las posibilidades y de lo imposible, el límite de la época. Lo que podemos definir depende indeleblemente del límite que le otorga el tiempo de vitalidad, vigencia y caducidad a las cosas. Las ideas también se mueven delimitadas por el campo abstracto de la transformación sin un sentido ni flujo fijo. La destrucción también es limitada. También lo son el deseo y la abyección. El punto de vista y el punto de fuga deben ser trazados desde sus propios límites. Aunque suene a sustancia, estamos ante la inmaterialidad desacelerante de los límites, imbuidos en la angustia del tiempo. El *coronavirus tipo 2 del síndrome respiratorio agudo grave*, sólo denota una realidad teleológica, a decir, sobre las causas finales de la experiencia contemporánea tal y como hemos participado en ella, aunque sea por inercia. El lenguaje en sí, es un límite espeso.

Esqueletos, pieles, fósiles, piedras, herramientas, cosas viejas, ruinas, libros, memoria. Viento y frío. Pinturas. Objetos. Videos. Arreglos de la casa o del jardín. Clases virtuales, compras *on line*. Series y películas. Un huerto, una conejera, un corral, un gallinero. El sentido histórico es capaz de ordenar las cosas con algún tipo de objetividad aunque sea subjetiva, clasificarlas. Una sopa de murciélago en Wuhan, capital de la provincia de Hubei de la República Popular China, el estado de excepción, las barreras sanitarias, el control estatal, la guerra en Siria, el asesinato de George Floyd; todas formas performativas del aparecer cosa para ser organizadas en la sucesión de los acontecimientos. Posfascismo y posverdad. Trump, Bolsonaro, Piñera. Una izquierda hecha de huesos carcomidos por la sal del mar y el desierto. Una ciudadanía desquiciada por la fetichización de las mercancías y la promesa de libertad individual. El Pejesapo, Mitómana, Il Siciliano, realismo escatológico de la descomposición del tejido social. El surrealismo ruiziano es el guión museológico de un límite trazado y transgredido por la forma de un país imaginado. La poesía es lo que queda, lo que siempre desborda, aunque incluso eso se pueda poner en duda o “bajo sospecha”.

3.

Me gustaría interpretar que quisiéramos reunirnos y el haber aceptado escribir para este proyecto tan poco claro como a la vez acogedor de una necesidad gatillada por el encierro, no es más que esa representación. Hacer de esa reunión imaginaria regada de asados y de vino, una ola emancipatoria en un gran cabildo abierto y ciudadano. Resolutivo. Pero más que un cabildo o una asamblea, una fiesta triunfal de todos los tipos de escritura, de inscripciones y *grafías*. Que lo colectivo desplace y remplace abruptamente lo individual, y que lo haga de manera radical. Entre parrilladas y botellas veo amigos entrañables, profesores, estudiantes, familiares, incluso los muertos se suman, se levantan y caminan para atrás, avivando el fuego con las historias de la permanencia y el eterno retorno. Es una fiesta llena de fantasmas, de monstruos,

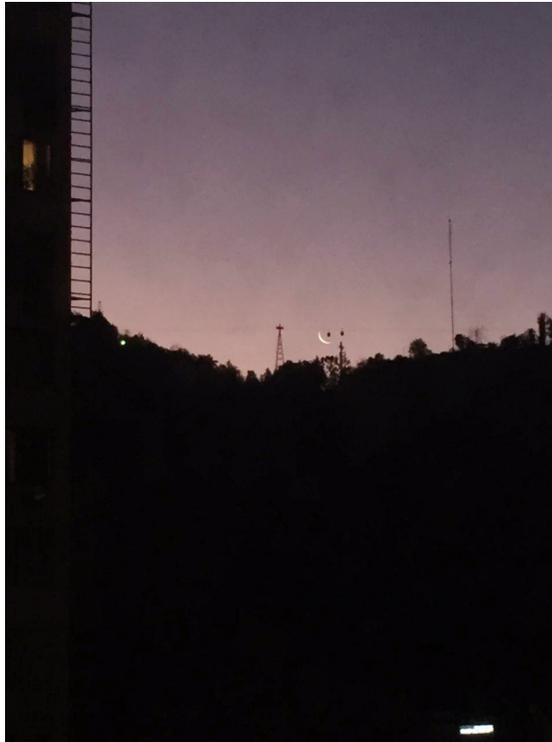
de animales. Los límites del tiempo se borran, el Registro Civil arde en llamas y podemos dirimir un destino común entre humanos y no humanos. Es que también bebemos en la hora del trago y del tango más amargo, degustamos su astringente sabor. No importa, lo mezclamos con un poco de coca cola. Son las últimas que quedan y las tiene guardadas el Manolo al fondo a la derecha de la carnicería, al lado de los costillares, entre los pollos, sobre la rana traga-monedas y también fijate ahí abajo del taca taca por si acaso quedará alguna. Nos comemos un completo o un choripán. Hacemos un hoyo donde enterraremos todo lo que sobra. La arqueología se encargará de desenterrar, comprender y corromper esos restos significantes que dieron sentido a un nuevo orden y a una nueva convivencia. Pero se hace de mañana y nos tenemos que quedar con algo. Es tiempo de la última cerveza, de la última chicha, de la última guitarra o de la penúltima. Con esa canción nos esfumamos como en una especie de abducción. Platillos voladores, luz mala, el diablo, los pillanes, Ayayema.

Ya en mis cabales, puedo decir que todo ha sido un delirio. Vamos al despeñadero sin siquiera ser un número, hoy para nuestra desgracia, más conscientes que nunca de la desaparición de todas las imágenes del mundo. *Astrónomos sin estrellas*, parafraseando el último título del último intelectual bohemio sin aspiraciones más allá de que el sol vuelva a esconderse de nuevo. Guillermo Machuca era nacido en Punta Arenas, una patria distante y esquiva a la que ya nunca más pudo volver.

4.

En un taller desordenado (muy entre comillas, como para todos los talleres), reposan los restos de varias proyecciones. Unos cuantos huesos de ballena, desprendimientos diminutos de conchales, una coneja en su jaula, hijuelos de alcachofas, acodos de laureles, semillas de calafate en germinación, ventanas viejas, una máquina de extracción de aceites naturales, algunos animales en descomposición y otros en proceso de ser montados más los materiales que se deben a dicha predisposición museográfica entre varios insumos en relación a todo lo anterior. Agua oxigenada, alcohol, cloro. Tierra, viruta, harina. Las cosas a medio camino conviven en un espacio o un espectro que guarda una cierta potencialidad de los objetos que ahí parecieran yertos. Aunque eso no es tal. Es en el taller donde las cosas logran su máxima exponencialidad de significado, en cuanto están en contacto con una especie de “superficie” o “atmósfera” que las eleva en potencia, más allá de las (de)limitaciones del montaje. Lo duro y lo blando, lo corto y lo largo, lo frío y lo caliente, lo negro y lo blanco. Lo crudo, lo cocido y lo podrido, lo limpio y lo sucio. Son todas posibilidades de opuestos complementarios que se expresan en el taller más allá de las articulaciones propias de la poesía, la arquitectura, la pintura, las lenguas madres. La función del artista no debe ser pues capitalizarlas singularmente en un sentido de denotación de esa potencia, sino más bien estructurar su sentido dentro de las capas o registros formales de expresión. Las salas de arte, vacías. Los centros culturales, los cines, los teatros, vacíos. Ni siquiera hay ideas, y ante la desmaterialización de la experiencia, nos hemos de convertir entonces en traficantes de aire con refinadas densidades. O bien, volver a redefinir los límites de la representación y sus aparatos.

67



Vista desde la ventana de mi cocina. Se ve parte del edificio que tengo al frente, el cerro San Cristóbal, el teleférico y allá lejos la luna creciente. Desde ahí veo también los murciélagos que salen al atardecer desde los huecos de los edificios.

## Las mismas paredes

Milena Gröpper

Artista Visual

Todo pierde significado. Las cosas van dejando de a poco su contexto.  
Un fin de semana no es ya un fin de semana. Los días que antes eran “hábiles” ya no me parecen tales.

Todo es muy laxo, así también la consciencia de las cosas. Es como existir de otro modo, de uno no conocido. Insólito y posible. Lento pero rápido.  
Una inquieta calma.

Hay una destrucción de las referencias y un descuido de las rutinas.

Todo es muy elusivo.

Siento que ahora está disponible el tiempo, está el espacio, pero sin la posibilidad de ocuparlo. ¿Qué es esta imposibilidad? ¿ansiedad? ansiedad que lleva a más ansiedad.

Ser sólo uno mismo, pero sin horarios. Muy raro. Ser uno sin horario.

Y los días parecen segundos.

Vivo sola esta pandemia, en una dislocación de las relaciones. Extraños de carne y hueso, familia y amigos en una pantalla. Un nuevo formato social basado en la nueva virtualidad sin límites. Y una excusa para mi propia dislocación.

Amar con mascarilla.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Quién invade a quién? ¿Es el planeta un ser vivo en sí mismo? ¿Es todo verdad o es todo mentira? ¿Quién tiene el poder?

¿Cómo enfrentar lo que parece imposible de dominar? ¿Existe una forma

“mejor” de ocupar el tiempo? ¿Dar vueltas en círculo? ¿Tomar sol o tomar sola?

¿Descuidar los hábitos?

¿Olvidar las referencias?

¿Habitar el ser?

Lo colectivo no existe, así nos criaron.

Un mundo desigual.

“Quédate en casa” y olvídale todo.

Nuevos amaneceres, las mismas paredes.

Vivir como plantas.

Morir como perros.

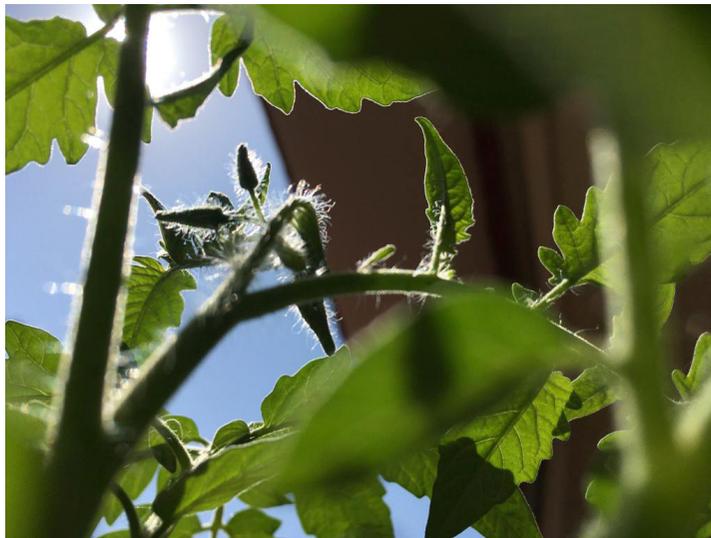
Someternos al miedo.

Los mismos muros.

Lavar los platos.

Pasar la escoba.

La aventura de ir al supermercado.



Crecimiento de un tomate en cuarentena al 5 de Abril, 2020. Fotografía de Mónica Bate.

## 5 Notas de un cotidiano en observación

Mónica Bate

Artista plástica

Las siguientes son algunas anotaciones algo inconexas entre sí, pero que guardan relación en cuanto a que todas ellas emergen de la situación de estar durante ya casi cuatro meses en el contexto de una pandemia que ha alcanzado hasta ahora a casi todos los países del mundo durante este año 2020. Una situación de afección sanitaria global como nunca antes se había registrado en la historia. Atiendo desde una actitud quizás abstraída frente a la difícil situación humana en que estamos, sin embargo hace oídos a lo que evoca el nombre de la convocatoria *Esos grandes detalles*.

\*\*\*

### [Observar]

Desde hace varios años, a partir del proyecto de nombre *La vida de los cristales*, he estado pensando en torno a la idea de la dominación de la naturaleza a través de la técnica. Entendiendo como naturaleza aquello que no es procesado o manufacturado por los seres humanos, y de cómo hemos sido capaces, como humanidad, de observar y comprender las propiedades de la materia para luego aspirar a controlarlas para nuestra supervivencia y comodidad. Por otra parte, en este trabajo se encuentra implícita mi aspiración a hacer un llamado silencioso (y seguramente poco efectivo) a ralentizar, a volver a observar, a volver a comprender el lugar que habitamos. Algo así como dar algunos pasos hacia atrás en nuestra concepción de mundo para salir de la estrecha binaridad en la que operamos. Salir también de un sistema en que sólo lo ruidoso se hace notar y se pasan por alto potentes señales silenciosas.

### [Ni malos, ni buenos]

Dado el encierro que estamos llevando en la ciudad, normalmente en espacios reducidos, poco más se puede hacer que estar frente al computador u otro tipo de pantalla. En este momento, casi toda experiencia emerge de este aparato, y es aquí también donde vi hace no mucho un documental de la bióloga Lynn Margulis. Mujer aguerrida tanto en su vida como en la divulgación de su investigación, a través de la cual formuló la teoría acerca del origen de nuestras células a partir de la relación simbiótica de

bacterias hace millones de años atrás. Sin profundizar demasiado en su propuesta, me interesa mencionar la idea que ahí se expone en cuanto a la autorregulación de la naturaleza, en donde ella estima que no es correcto hablar de guerra, ni de enemigo, ni de amigo, ya que eso supondría una visión humanizada y por lo tanto peligrosamente metafórica de los fenómenos naturales en general, que no operan dentro de las concepciones culturales del bien y el mal. Por otra parte y en consonancia con su teoría, se refiere a que el planeta no se puede pensar como algo discreto, dividido en unidades que compiten por existir, sino que funciona en una coexistencia mutualista para su autorregulación. En la hipótesis de *Gaia* del químico Lovelock, encuentra Margullis un campo de estudio afín.

### **[Somos virus]**

¿En este contexto de relaciones, cuál es la nuestra con los virus? He escuchado que nuestro material genético tiene relación con otros reinos del espectro de los seres vivos. Tenemos algo de árbol, algo de bacteria, y también algo de virus. En una búsqueda rápida, encontré que nuestro ADN tiene trazas de ADN de virus, en particular retrovirus. Esta información de virus es algo así como fósiles dentro de nuestra cadena genética y según se dice, podrían incidir en el crecimiento de células cancerígenas; pero por otro lado, por generaciones estas se han integrado a nuestros cuerpos y al parecer este material genético externo ha ido siendo “domesticado” por el cuerpo humano, de manera que se ha integrado a distintas funciones del cuerpo, incluso a la gestación de nuestros embriones. En buenas cuentas, se han vuelto parte nuestra, o bien, nosotros somos en parte virus (entre un 5% y 8% de nuestro ADN correspondería al de trazas de ADN de virus adquiridos por nuestros ancestros hace millones de años).

### **[Solanum lycopersicum]**

En este tiempo en donde todos los días parecen ser el mismo, son plantas de tomate las que logran poner acentos a cada una de mis jornadas. Iniciaron su germinación, inesperada para mí, algunos días antes que se declarara el primer contagiado en Chile. De esta manera, he podido ver con atención su crecimiento: el color amarillo de sus flores, las nervaduras de los pétalos, sus

hojas velludas y la forma en que las plantas se yerguen, a una velocidad casi perceptible a la visión humana, al momento de recibir agua. También he podido notar la demanda física e hídrica que implica para las plantas, cargar con sus frutos. He evitado buscar en internet información del tipo “manual de cultivo”, para poner especial atención a sus procesos de crecimiento y de alguna manera, entablar una relación con ellas, en orden de comprender su comportamiento. Hasta el momento hemos tenido una relación medianamente feliz, dos plantas se han secado, pero vuelto a sacar ramas desde la parte inferior del tallo; dos han corrido mejor suerte, cada una con un tomate colgando de sus ramas.

### **[Ni vivo, ni muerto]**

Un ser que se toma de las células para repartir su material genético en un huésped no deja de asombrar. Un algo que no está ni vivo, ni muerto, sino que es un necesitado de la vida para activarse y reproducirse. Está sin embargo a muy poco de ser considerado vivo. Guardando las distancias, en la jerga de la cristalografía, aparecen también ciertas cercanías con lo vivo. Por ejemplo, se dice que el cristal se cultiva a partir de semillas. Estos también crecen y su estructura se va organizando a partir de las condiciones que se les dé durante el proceso de cultivo, dando como resultado cristales blancos que se diferencian en formas y tamaños. Observar el crecimiento de un cristal, el funcionamiento de una máquina, o el comportamiento de un virus, de una u otra manera hace ingresar en el campo de lo animista, y hace comprender la idea de querer otorgar características vitales a lo oficialmente inerte, costumbre propia de muchas cosmovisiones.

\*\*\*

Hice estas anotaciones dada la actual situación, en que un cuerpo imperceptible para nosotros aparece como un remezón a nuestro cotidiano y a nuestras costumbres más arraigadas. Finalizo este texto con una pregunta abierta y quizás algo obvia, pero no por eso menos inquietante: ¿cómo algo tan pequeño e inasible puede manifestarse con tanta magnificencia, no sólo a través de la sintomatología de la enfermedad, sino que también develando gran parte de los fallos de la manera en que vivimos actualmente?.



Espuela de galán sobre Lavandas francesas.

## Trescientos cuatro por cuatrocientos diecisiete

Mónica Bengoa

Artista visual y académica de la Universidad Católica

Son algo más de doce y medio metros cuadrados.

En su lado oriente, de norte a sur, se ubican:

Una planta mediana, cuyo nombre nunca retuve. En su base mide unos sesenta centímetros de diámetro, con hojas medianamente largas, de bordes ondulados, que crecen ordenadas de manera concéntrica. Florece varias veces al año, aunque eso lo noté recién ahora, que veo cómo empiezan a asomarse en el extremo de sus largas y delgadas varillas de color verde claro –mucho más claro que el de sus hojas– unas diminutas florecitas de un rosa intenso, entre las cuales se asoma un puntito blanco, que no sé qué es. Lo extraño es que a veces sus flores son blancas, alternadas con otras lilas; su textura es más bien seca y me recuerda esas Siemprevivas que utilicé hace casi veinte años en una obra que hice en Km0, mi primera residencia, en un pueblito cerca de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. ¿Será una Siempreviva?

A continuación, creciendo pegado al borde de las baldosas, hay un Geranio. Ha sobrevivido milagrosamente a los escombros que se acumularon durante meses, cubriendo casi todo el patio cuando hicimos la remodelación. Mide unos ciento treinta centímetros de largo, por unos cuarenta de ancho y unos setenta de alto. Logré sacarle casi todas las manchas de pintura que le cayeron encima y ahora goza de buena salud. Al rozarla, sus hojas desprenden un aroma intenso y agradable, distinto al de las flores, creo que es más cítrico, pero lamentablemente carezco de la precisión necesaria para describir adecuadamente los olores, de manera que sólo puedo decir que me encanta. Bajo sus hojas, y a su derecha, se esconde un Romero; le ha costado crecer, pero creo que ya se afirmó. Más hacia el sur, entre las hojas del Geranio se van asomando los largos tallos de unos ajos chilotes, deben ser unos cinco o seis...

En el lado sur, de oriente a poniente:

Luego del Geranio, cometí el error de plantar juntas tres Colas de Zorro enanas. Se veían bien en un comienzo, pero crecen como contratadas y por más que las he amarrado y las podo una y otra vez, vuelve a desplegarse cubriendo peligrosamente varias otras plantas que quedan atrapadas debajo.

Una de ellas es una Fuchsia, que aún sobrevive; otra, en el centro del rectángulo de tierra, un Chilco blanco. De él sólo quedan sus ramitas secas y peladas, no logró sobrevivir al verano de escombros, pero no me he atrevido a sacarlo; tal vez porque se lo compró Javier a la señora Martina en Loncoche; lo trajimos con tanto cuidado, que me niego a reconocer que no tiene vuelta y aún espero que reaparezcan sus pequeñas campanitas blancas.

Un poco más allá está el orgullo del patio, un Arrayán que ha logrado afirmarse en este clima tan adverso. Tenía el tronco muy chueco, así que le puse un tutor y al parecer corrigió su rumbo. Ya mide más de un metro treinta y cinco, y aunque en el lado que le llega más sol sus hojas tienen las puntas un poco secas, está lleno de diminutos brotes, por lo que confío en que seguirá creciendo. Al mirarlo pienso en sus hermanos en Lo Beño, que crecen y crecen acompañados de Coigües, Avellanos, Robles, y no puedo creer que seguro vamos a completar un año sin ir a visitarlos... Bajo el Arrayán, un poco más hacia el sur, sigue creciendo el Orégano, formando un suave colchón. Está muy verde y contrasta con el arbusto de flores azules que no deja de secarse. No recuerdo si cada invierno se seca así o es algo circunstancial.

En el poniente, de sur a norte:

La esquina sur la ocupan el pequeño arbusto seco y el desagüe que recibe las aguas lluvias del techo, pero un poco más allá aparecen las Lavandas – sólo quedan las francesas; esta vez las inglesas perdieron el territorio en esa histórica rivalidad– y están enormes, de manera que cubren hasta la siguiente esquina en el lado norte.

El norte, de poniente a oriente:

Junto, y un poco debajo de las Lavandas, se niega a morir un Filodendro. Creo que se enamoró de la fuente de agua y las gotitas que le salpican encima lo tienen completamente aferrado a la vida. Pero no es el único. Las Amarilis están como vueltas locas, ni se inmutan con los caracoles, cuyo peso les dobla las hojas. Me la paso revisándolas, sacándolos uno a uno, pero no los puedo matar; al contrario, se han convertido en algo así como mini mascotas del patio, y me los quedo mirando largos minutos, sobre todo cuando por la tarde se suben a tomar agua a la fuente.

Después, avanzando hacia el oriente están los Cardenales; sí, son típicos y un poco aburridos, pero les tengo cariño. No solo han sobrevivido a tres cambios de casa en más de veintisiete años, sino que son los únicos a los que no les importa lo oscuro que es ese lado del patio. Es muy corto el periodo del año

en el que les llegan algunos rayos de sol más directos, pero ellos crecen y florecen una y otra vez, así que por fin ese lado de la tierra no está pelada. Frente a los Cardenales se llenó de Pata de Vaca; parece que es una maleza, pero Javier dice que las malezas no existen, que es una manera despectiva que tenemos de nombrar a esas plantas que salen sin permiso. Solo por eso ya no las saco, me parece que su actitud es digna de reconocimiento, es una pena que ya nadie llegue sin invitación. Delante de ellas, se turnan en aparecer y desaparecer la Menta y las Caléndulas: a ratos sus flores amarillas cubren toda la tierra, pero en esta época son más escasas; las hojitas de la Menta están pequeñas, pero alcanzan para una buena taza de infusión.

En el centro:

De poniente a oriente, frente a las Lavandas, y en este momento un poco escondida entre tanta Amarilis, hay una Milenrama. Está linda, aunque un poco más pequeña que el año pasado. Estuvo semillando, así que sus largas flores ya están resacas.



En diciembre Javier me trajo tres plantitas de Espuela de galán: dos las planté afuera, en la calle, en ese espacio que se han empeñado en llamar erróneamente “platabanda”. Esas están creciendo sin mayor novedad.

Pero una la planté en el centro del patio, cerca de la fuente de agua, entre la Milenrama y las Amarilis. No sé bien qué pasó, pero en estos meses de cuarentena empezó a crecer y crecer, y ya no es ese arbusto mediano que me dijeron que llegaría a ser. Comenzó a extender sus brazos en todas direcciones: uno avanzó hasta el Geranio, se le subió, dio media vuelta y avanzó nuevamente hacia el poniente. Otro cruzó hacia el sur y crece enredándose entre las filosas hojas de las Colas de Zorro enanas. Uno se metió entre los Cardenales; parece que no le importa mucho que ahí es aún más oscuro en esta época del año... Y otro avanzó hacia las Lavandas, se les encaramó encima, luego se arrepintió avanzando en dirección opuesta, pero finalmente volvió a ellas y con sus hojas, que crecen horizontales para atrapar toda la luz posible, se ha quedado tomando el sol sobre sus ramas más altas. Qué bello desorden ha introducido en estos días; esa cuota de descontrol en medio de lo predecible. Parecieran ser todos iguales, salvo por cada nueva rama que ha decidido salir a la aventura, cruzando nuevamente el territorio; o el brillo baboso que delata el paseo nocturno de un caracol sobre sus hojas más tiernas.

70



Fotografía de una biblia encontrada en un paseo durante la cuarentena en el bosque Auenwald en Leipzig. En medio de un sendero se encontraba el libro, tirado, abandonado en posición invertida.

## **Cuadro a cuadro**

Nicolás Rupcich

Artista visual

El primer gran inquietante detalle fue darse cuenta que la cuarentena no altero de gran manera mi rutina diaria. La gran diferencia es no poder salir por periodos prolongados o realizar viajes a distintas locaciones lo que es uno de los ejes centrales de los proyectos que desarrollo. Pero en la monotonía de la cotidianidad, muchos de los trabajos que realizo los hago en mi sala de edición donde paso horas encerrado en una pieza frente a un computador y dos pantallas.

En ese sentido el proceso de reflexión que ha producido la cuarentena va en relación al “formato de vida” que he llevado en los últimos años, donde se ha desarrollado un proceso de “auto-aislamiento” que lentamente ha ido tomando forma y tal vez no se habría hecho tan evidente si la cuarentena no hubiera llegado nunca. He escuchado colegas comentar lo mismo y al parecer somos varios y varias que nos desarrollamos en nuestros trabajos de manera independiente, a los que este proceso nos ha llevado a reflexionar sobre el sistema personal de funcionamiento que hemos desarrollado.

Una de mis actividades principales se centra en largas sesiones frente al computador revisando y trabajando con horas de material de video. En este ejercicio de editar y cortar –antes que cualquier tipo de efectismo o complejo proceso medial– cada vez me resulta mas relevante la preocupación por el cuadro de tiempo en que se ejecuta el corte, dónde se guillotina el tiempo. Un cuadro muy tarde, la escena se hace muy larga, se siente corporalmente erróneo, o un cuadro antes de tiempo y el ritmo se destruye. Muchos editores de cine hacen énfasis en este problema, Walter Murch editor de cine y de sonido de películas como por ejemplo de *Apocalypse Now* (1979), ha desarrollado teorías en las que este tipo de detalles tiene un carácter protagónico en su práctica. Por ejemplo, él explica como el pestañeo de una persona hablando en una entrevista determina la conclusión de una idea, por lo que él se fija en una grabación cuando un interlocutor pestaña para poder cortar el material y encontrar el momento perfecto donde el ritmo en que habla la persona llega a su cierre y se pueda ejecutar el corte.

En relación a lo anterior, la capacidad de revisar periodos de tiempo cuadro a cuadro hace visible detalles, gestos, acciones, etc. que pasan imperceptibles “a tiempo real”. Al grabar en cámara lenta en el rostro de alguien riendo se pueden encontrar

micro-instantes en que el rostro muta entre expresiones faciales de alegría y lo mas monstruoso imaginable del cine de terror, pero esas micro fracciones de segundo pasan por alto en “la vida a tiempo real”. En ese sentido este tiempo que estamos experimentando, como muchas personas han dicho, se ha hecho lento y aletargado, tal como una película grabada en cámara lenta, una especie de tiempo Tarkovskiano que se ve sometido a un proceso cada vez mas espeso de extrañamiento, en donde el campo de lo visible en la cotidianidad se hace mas amplio a medida que las horas expanden su duración.

Si nos encontramos en cierta manera viviendo en cámara lenta, el asunto no es que pasen menos cosas, sino que alcanzamos a ver la monstruosidad del tiempo escondida en “el tiempo real”, estamos viviendo con un filtro de cámara lenta que nos hace ver en total detalle nuestro día a día, analizarlo como investigadores que revisan un video milésima a milésima por pistas para encontrar el asesino. De esa misma manera estamos encontrando muchas mas pistas de las que buscábamos y esta experiencia de tiempo ralentizado funciona como un espejo donde vemos reflejados los espacios oscuros que se escondían en nuestro día a día entre cuadro y cuadro.



El Endurance atrapado en los hielos. Momentos decisivos.

## **Delia y los condimentos**

Pablo Walker SJ  
Sacerdote

Usó minifalda según registros sepia colgados en la pared.  
Hoy la interrumpen gatos que reta con carácter, como quien pone orden en el despelote de una familia numerosa. La señorita Delia, ochenta años. Pasaje 17. La Granja.

Nunca tan pocas cuadras separaron galaxias tan distintas. Su casa es la de la sopa que se toma sola y la de los calendarios amarillos. La mía es la de la agenda llena.

Antes de la cuarentena, siendo recíprocamente extraterrestres, Delia llegaba a misa con su amiga Minda, no vidente. La mujer ciega decía que yo era buen mozo y yo quedaba feliz. Ambas se des-pedían como si yo fuera el príncipe de Asturias.

Hoy Delia llega por teléfono. Me llama cuando menos lo necesito y me saca los últimos pelos cuando aterriza mientras estoy pintando. Está muy preocupada por mi salud, ella a quien a menudo le graznan los cuervos. Está rodeada de muertos pero

no me cuenta ninguna de pandemias. Cuando le digo que estoy bien su voz da unos saltos como si hubiera resucitado. Eso es todo. Y de paso me saca de la caverna.

Hoy es Delia, ayer fue Mario de Quinta Normal, mañana será Teresa del Golf... los condimentos. Los que interrumpen.

Me había acostumbrado a mi sopa de funcionario de alguna profesión respetable (finalmente hasta el cura puede ser eso). Me había acomodado al orégano que convertía todo en una pizza y al rome-ro que deja cualquier cosa con gusto a papa. Pero el sabor de Delia, o de Mario, discontinúa cualquier rutina. Me pregunto por qué esas llamadas descolocan la más probada cazuela y cómo en esta cuarentena imagino un país con un sabor distinto.

Porque es bueno el cilantro y sin embargo...Es buena mi consagración religiosa, tu opción por la pintura, su especialidad

en terapia de rodillas, tu inmolación por la empresa, su acumulación de puntos, tu obsesión por la casa linda... está buena la performance para ser alguien en una vida res-petable, mi proyección, tu trayectoria. Pero aquí estamos hablando de Delia y de los condimentos. ¿No está siendo eso lo más promisorio en cinco meses de miedo y de peste?

Mientras trato de escribir algo decente ya van siete mil muertos. Y creo que Jesús me dice que lo más relevante no es si será Delia o yo el próximo. Lo fecundo es ser aliño. Cualquiera que quede vivo podrá, si no está abducido en su sopa, comenzar a cocinar distinto. Podrá poner un puesto en la mesa y otra prioridad en la agenda, podrá construir un país que decida dejar atrás la inhumana costumbre de vivir en una ruma de ghettos. Podrá mezclar los sabores, amar y morir en un destino compartido. Hagámosla por los que vengan, y por Delia, y por los condimentos.



El sonido acogedor de la lluvia (al calor del hogar).

## **El sonido acogedor de la lluvia**

Pablo Wilson C.

Ingeniero Comercial

Este año ha llovido más que en los anteriores y siempre me gustó sentir el sonido de la lluvia sobre el techo de la casa, especialmente si es de noche y estoy acostado. No sé qué sensaciones ricas de infancia me evoca y esta temporada he podido apreciarla y disfrutarla con mayor intensidad.

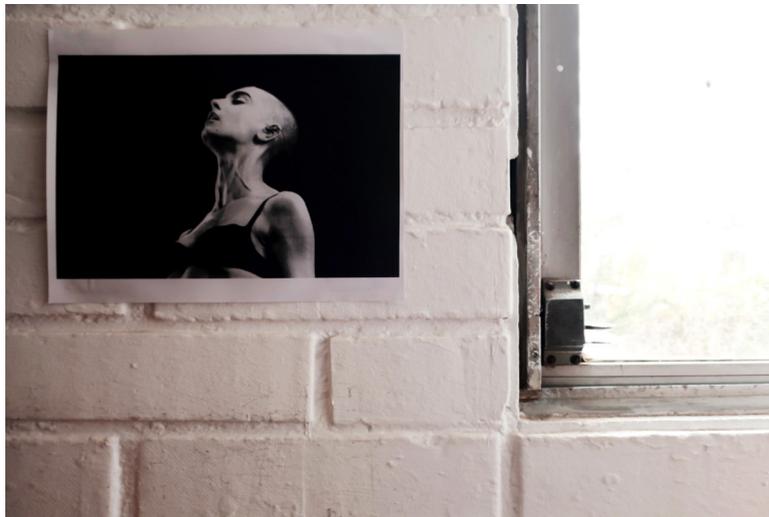
Como habitualmente duermo mal y me despierto varias veces durante la noche, he aprovechado estas oportunidades de desvelo para acercarme a la estufa a leña y al calor de ese fuego de hogar sentir la música de la lluvia en el techo. Con la luz apagada y al solo resplandor del fuego el placer es aún mayor. Me siento protegido, en un ambiente acogedor y cálido y no me dan ganas de salir de ahí.

En una de esas desveladas me pilló la madrugada cuando aún estaba oscuro, el ruido del camión recolector de las basuras con los silbidos y gritos de los operarios, sólo un par de minutos, el rebote de los recipientes de plástico contra el pavimento, el motor del camión y otra vez el silencio y nada más que el sonido de la lluvia.

De vuelta a mi zona de placer, ahora la sensación es diferente, mientras yo sigo tan cómodamente sentado al lado del fuego, pienso en esos trabajadores que llevan ya mucho rato despiertos y a la intemperie soportando el frío y la lluvia mientras realizan una labor tan esforzada y poco reconocida, en contacto con la suciedad y malos olores y que gracias a ellos se mantiene limpio el barrio y la ciudad. Además de ellos pienso en tantas otras personas que están ahora trabajando, y lo han hecho toda la noche en muchas actividades necesarias para que la ciudad funcione bien, y en estos momentos pienso especialmente en los que cumplen turnos en hospitales y clínicas, no sólo soportando el frío y el sueño, sino también arriesgando su vida por personas que no conocen.

Este tiempo de confinamiento me ha servido para pensar en los demás, veo que de verdad estamos interconectados, que no hay oficios o profesiones más importantes que otros, pero nuestra sociedad no los sabe valorar, que hay demasiadas injusticias que corregir y que no puedo quedarme encerrado en mi zona de confort. Pero mañana (más rato) será otro día y un ratito mas de placer (culpable?) me ayudará a estar de mejor ánimo para pensar en qué y dónde puedo aportar mi esfuerzo para que todos podamos en algún momento disfrutar del sonido acogedor de la lluvia.

73



Durante los primeros días del encierro, imprimí una imagen de Sinéad O'Connor y la puse en mi pared, a modo de pequeño altar/recordatorio de lucidez y resistencia.

## Cover

Paula Arrieta Gutiérrez

Artista visual y profesora

\*

No soy capaz de descubrir aquí cosas que hayan permanecido invisibles a mi percepción. No porque lo habitual de su potencial presencia tenga una fuerza arrolladora de magnitudes inabarcables para mis sentidos, ni porque mi percepción esté especialmente afectada, disminuida, adormecida. Nada de eso. Mi incapacidad para volcarme al descubrimiento de aquello que el ajetreo diario pasaba por alto, lo que *permanece invisible*, se debe simplemente a que aquí nada *ha permanecido* desde hace ya un tiempo.

Hasta hace poco menos de un año y desde mi regreso a Santiago, hace siete, lo novedoso, así como expresión, nombraba cosas muy diferentes a las que nombra ahora. Novedoso era un nuevo trabajo, una historia sorprendente o una versión inédita de algo que ya conocía. Un *cover*, podría decirse, de algo que ya había pasado antes. Qué plácido ser adulta, pensé. Ya se tiene ese baúl de herramientas y experiencias que permiten atravesar tal o cual circunstancia con cierta dignidad, sin el desconcierto desarmado de los años anteriores, donde todo es nuevo. Pero nuevo de verdad, no un *cover*.

Bueno, pues no. Casanueva-octubredieciocho-pandemia podría ser la descripción económica de la cadena de sucesos que desarticuló nuestra tradición de lo nuevo. Paradójicamente, asistí a la instalación de la incertidumbre. No conocía mi nuevo barrio cuando el toque de queda infame de octubre nos recluyó. Y a medias. De pronto, empujábamos los días entre protestas, amigas en un campamento improvisado en el living, el ruido dulce de las cacerolas, imprimir panfletos. Y luego los heridos, los muertos, el gobierno criminal. No sé dónde se compra tabaco. Tengo que descubrir qué pequeño almacén vende huevos y pan. El calor del verano nos azotó como nunca. Nada hay de cotidiano aquí.

No alcancé a responder ninguna pregunta. Para ser completamente honesta, ni siquiera alcancé a formular una. En marzo, entre mi planificación desconfiada de un semestre implanificable, otro asunto novedoso apareció.

Pero novedoso de verdad, no un *cover* de otra cosa anterior. Tal y como advertía este nuevo paradigma de lo incierto, el virus ya estaba aquí. Un día martes nos fuimos cada uno a nuestras casas y no volvimos a vernos. Al menos hasta hoy, que escribo esto.

\*

Me he concentrado en cada una de las cifras que dan en el informe diario. Justo antes, los primeros días de la cuarentena y a modo de nuevo *hobby*, había retomado un libro: *Física para la ciencia y la tecnología*, de Paul A. Tipler. En la pizarra que siempre usé para anotar mis actividades en un calendario mensual, empecé a hacer ejercicios de mecánica clásica: ¿cuánto demora un avión que partió a las 14 horas de Chicago y vuela a una velocidad constante de 300 km/hr en llegar a Washington? ¿Cuál es la aceleración media de un auto que se mueve hacia el este a 60 km/hr, toma una curva, y 5 segundos más tarde viaja hacia el norte a 60 km/hr?

La hermosa nomenclatura, deltas,  $t_1$ ,  $t_2$ , distanciapartidoport tiempo, se transformó paulatinamente en casos nuevos diarios, muertos, activos, camas críticas disponibles. Puedo proyectar que, a este ritmo, estaremos más o menos así en un mes. Que si el 5% se enferma grave, entonces no podemos, no debemos, llegar a tal número de activos. Ante todo, es necesario que esa curva que ilustra las nuevas personas contagiadas, considerando el retraso de la información, se acerque a la que muestra el número de personas recuperadas. Dos mil quinientos contagios diarios, es el número que me permito decretar como meta. La ilusión de descubrir algo en mis cálculos básicos, la forma de evadir la dimensión de lo nuevo inabarcable, insoportablemente infinito. Un día, las cifras se desarmen. No sé qué rangos seguir. Los números no calzan. Están mintiendo.

\*

La casa nueva es efectivamente más cómoda que la anterior. Tengo mi propia pieza de trabajo y organicé aquí mi escritorio, mis guitarras, mis discos y mis libros. En las paredes he pegado con cinta adhesiva, a falta de tarugos y taladro, los grabados que me regaló la Cata, el tejido en telar que me hizo José Manuel, mis tesis hoy ya convertidos en artistas. Cocinamos todos los días y aprendí a hacer pan, pastas, ñoquis, pizza y, en general, cualquier cosa que tenga harina. Un huevo y 100 gramos de harina son la medida por comensal cuando se hacen tallarines. Y que nada

esté frío: ni que el huevo sea recién sacado del refrigerador, ni que la superficie donde se amasa sea de piedra o de metal. Es que parece que el calor es la clave de esa masa que se vuelve increíblemente placentera en las manos. Intento grabar una canción a la semana, un *cover* con guitarra que me obligue a pasar un día a la semana lejos del computador, ensayando, sacando los acordes. En eso, he descubierto que puedo poner mi voz en un lugar que me permite alcanzar tonos más agudos de lo que pensé. Se siente como si, por un momento, dejaras salir a alguien un poco ridículo y dramático que vive dentro, para que se empine sobre el tono siguiente. Con un poco de práctica, logro que ese espíritu barroco suene afinado y propio. Se amplía, entonces, mi repertorio musical.

El gato parece cómodo, como si hubiera estado esperando este lugar con más espacio. Preparo y hago clases, contesto mil correos diarios –“es que profé, ya no doy más, es la pantalla, todo el día la pantalla”, estudiantes enfermos, toda la familia contagiada, colegas muertos- y hago como que creo en este espejismo de universidad al que estamos jugando a los tirones. Sueño con que vienen las amigas y abrimos un vino, o que viene mi mamá y me ayuda a solucionar, como siempre, algún pequeño problema doméstico que no abordo medio por desconocimiento, medio por desidia. Trato de abrazar como propio ese hoyo en la pared, la esquina que junta polvo, pero qué más da; las ventanas sin limpiar que a quién le importan. Ya casi no veo, o hago que no veo, los pelos del gato en la ropa. Dos esquinas más abajo hay una verdulería y a media cuadra un almacén/ botillería. Suficiente. Pero todavía no hay cotidianeidad invisible aquí, todo es nuevo y resalta como un acontecimiento histórico. No salí a caminar en la noche por el barrio nuevo, no descubrí el café secreto donde ir a leer, no sé el nombre del señor del almacén. No alcancé a ir a la plaza ni ubiqué el lugar donde se va a tomar vino cuando cae la tarde.

Se van a cumplir 8 meses desde que vivo acá y no, no hay nada cotidiano. Nada *permanece*, todavía. A menos, claro, que este bicho indiscreto desnudando un país dolorosamente injusto sea lo habitual, tan habitual que ya no lo vea. O que la regla de la impunidad de sus crímenes sea, otra vez, la norma. Que mi nuevo paisaje sea esta pizarra con cifras que ya ni siquiera puedo seguir no sólo porque nos mienten, sino porque no alcanza el alma. Y no. No quiero, no puedo.

74



Madre que estás en los cielos.

## Qué me dicen esos grandes detalles

Paula Azocar

Profesora en lengua extranjera

Darle cuerpo y nombre a todos esos momentos que normalmente eran parte del cotidiano y de alguna manera reafirmaban un supuesto control que se manifestaba en mi cotidiano no es muy evidente, porque hasta ahora no llegaban a la altura de importantes. Hasta que llega la pandemia.

Vivo en una ciudad de Francia, como muchas ciudades europeas, el control representa seguridad, estabilidad. Pero este control no ha querido nunca dejarse controlar.

De mi parte he tenido una postura de incredulidad desde el principio ¿Qué es eso de pandemia? Siempre he percibido que se trata de una manipulación orquestada. Pero bueno, que puedo hacer sino que entregarme a lo que iba ocurriendo al pasar de los días.

Al principio me parece inquietante tener tanto tiempo libre, sin horarios. Los días empiezan a transcurrir con una gratitud sospechosa, esto tiene un precio a pagar, no es gratuito, me decía.

Al principio en casa planificamos actividades, manuales, lecturas, mi hija retomaba el piano que por tanto tiempo lo tuvo abandonado. Menos mal que no lo he vendido; pensaba. Al escucharla todos los días iba sintiendo un privilegio enorme. No había ni urgencias ni apuros, todo se desarrollaba naturalmente.

Pasaron un par de días y lo que se presentaba como una tremenda oportunidad iba perdiendo el valor. Las jornadas empezaron a ser largas y aquello que al principio se presenta como algo extraordinario se empezaba a volver una rutina nuevamente, tocar piano, pintar, leer, etc. Aquello que tanto

deseábamos encontrar el tiempo para dedicarle un momento empezaba a perder su importancia.

Al contrario, poco a poco lo que antes era ordinario empezaba a tomar otro valor. Ir a comprar, cruzar a una persona conocida o desconocida en la calle, sentir que esa persona estaba viviendo lo mismo que yo, compartir la misma necesidad de seguridad, angustia, incertidumbre y sobre todo miedo.

El miedo ha sido totalmente transversal. Miedo a lo desconocido, en mi caso a la ignorancia y creo que es el caso de muchos. Miedo a este tiempo de soledad que me obligaba a enfrentarme a mí misma.

Salir a la calle me daba la sensación de necesitar comunicarme con los otros pero a la vez un rechazo.

Nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de contagiarme, que sentido tenía ese estado paranoico. Así dejaba que los días pasaran sin perturbarme, casi dejándome llevar por la corriente.

Hasta que entre medio de la pandemia la vida me reservaba una gran prueba. Es en ese momento cuando empecé a valorar la posibilidad que me daba el confinamiento, no salir, no ver a nadie, tomar todo ese tiempo para vivir lo que estaba viviendo. El tiempo se iba deteniendo y el espacio se abría. Ahora se convertía en un preciado regalo.

Varias veces me pregunté cómo lo están viviendo los otros, simple curiosidad, pero en el fondo no me preocupaba mucho. Incluso poco me importaba como yo misma lo estaba viviendo. Disfrutaba enormemente esa dualidad del tiempo, si era poco o mucho tiempo el que iba trascurriendo, si ese tiempo estaba bien o mal aprovechado, si avanzaba o retrocedía.

Cómo no amar ese café sin prisa en la terraza, tomarme una siesta cuando acababa de almorzar, tomar un libro y quedarme dormida sin darme cuenta. Pero una cosa me entusiasmaba de sobremanera, y era tomar mi bicicleta de noche, escabullirme entre las calles solitarias y ver un par de horas a mi “francés”. Me sentía una absoluta clandestina. Esas salidas se volvieron tan intensamente necesarias que mi verdadera jornada comenzaba cuando el sol se empezaba a esconder y yo podía salir.

Hasta ese momento las cosas eran claras en la incertidumbre, pero cuando en Francia se termina el confinamiento, entonces sí que me empecé a sentir perdida, ya no era ni blanco ni negro. Ahora el comportamiento era con respecto al propio criterio, y cómo evaluaba algo como “criterio o descriterio”, qué agotamiento!!!! Debo saludar con un buen abrazo a un amigo, o mantenerme a un metro de él, compartir el ascensor con otra persona o espero que esté desocupado para subirme sola, eso me tiene cansada, al final prefiero quedarme en casa y seguir disfrutando de mis gatos.

Finalmente nada ha cambiado profundamente, pero tampoco es lo mismo que antes, es lo que es, si ha cambiado la percepción de las cosas, algunos detalles se volvieron sublimes y otros banales, pero eso también va a pasar.

Hay un cuento chino que se llama “buena suerte, mala suerte, quizás”. Ha sido mi gran inspiración durante la pandemia. Clasificar los hechos como algo positivo o negativo lo veo como una postura rígida, prefiero detenerme en todos los detalles posibles e intento no etiquetarlos, ni buenos ni malos, si necesario, sobre todo necesarios para darnos cuenta de que nada dura para siempre, sino se vuelve monstruoso.

75



Captura de la huella de un tejido en la piel.

## **La pérdida del tacto**

Paulina Olguín

Artista

Siempre describir es más fácil cuando se es espectador. Todo indica que poder serlo y estar en casa, practicar realmente la cuarentena, es un privilegio que nos posiciona en una extraña figura de espectación, de alguna manera vivimos nuestras particulares experiencias y desvelos desde lo más parecido al reality show, una casa teletrabajada con la presencia “mediadora” de una cámara la mayor parte de nuestras horas. Hoy pareciera que somos protagonistas de una película de ciencia ficción. Una realidad que es bastante inverosímil. Para sentirme en la cotidianidad, hay sutilezas que se vuelven absolutamente vitales en medio del encierro, como por ejemplo: despertar con el sonido de algún canto de pájaros, intentar asomar parte del cuerpo para recibir brisa fresca o sencillamente mirar el cielo para ver cuáles han sido sus cambios.

Antes de este caos, me astiaba la monotonía sistemática a la que peligrosa y aceleradamente, pensé iba nuestra sociedad. El estallido fue como un halo de esperanza para el reencuentro con otras dinámicas sociales: confluencias, diálogos fortuitos, apoyo desinteresado; mas en pandemia todo se ha vuelto muy confuso. ¿Acaso la restricción de los cuerpos a propósito del miedo biopolítico no es lo más siniestro de enfrentar? El tacto, de tocar y de tratar, es lo que más, a mi parecer, se ha debilitado. Cómo si en el tocarnos ahora se depositara el profundo miedo a la muerte, a caer, a mezclarse con los virus del otro, a salirse de lo correcto.

Si bien creo profundamente en que las relaciones corporales deben estar reguladas por el respeto, esto nos llevo a un punto en donde para muchos esta distancia hasta resulta más cómoda. Claro que es agradable respetar el espacio personal, y por supuesto que no quiero que me toquen sin que yo de alguna manera lo concienta, pero me asusta el posible escenario en donde sujetarse de las manos, abrazarse de manera honesta, el delicado roce de dos manos que deciden acercarse, o incluso el mirarse a los ojos se dé sin que esto pueda resultar amenazante, si no que un acto sincero, humano.

Me preocupa que de alguna manera toda esta situación cambie la forma en que nos trataremos una vez recuperada esa ansiada “normalidad”, y que así consiga individualizarnos aun más logrando hacernos creer que sólo de esta manera nos encontraremos protegidos, transformandose en el arma de violencia más pasiva en la que los nuevos sistemas de control se introduzcan para modificiar y alterar nuestras practicas cotidianas. Quizás, este puede ser solo un detalle, y quizás tambien puede que tenga una visión exageradamente romántica o ingenua. Tal vez he visto mucha ciencia ficción o probablemente algunas lecturas han condicionado la manera en la que percibo este estado mundial... ¡qué tremendamente contradictorias se vuelven las emociones cuando nos volvemos concientes del acechante peligro! Sobre todo cuando estas aparecen en relación a los aparentes privilegios que se tienen.

Tener un trabajo, un techo, comida, la fortuna de hacer lo que más me gusta, mientras en los medios aparecen centenares de imágenes de la precarización, la enfermedad, el abandono y uno siendo un mero espectador...

O quizás hoy más que nunca es importante considerar los detalles, pues son una parte del todo, nos permiten conectar las ideas, analizar, pensar, sensibilizar. Desde la vereda del arte, en donde al parecer no existe un rol, el detalle se puede volver parte absolutamente esencial para capturar una experiencia. Reparar en los detalles se vuelve un acto poético, prácticamente burgués, y en mi experiencia personal, es de carácter vital para poder conectar con aquello que los materiales también quieren expresar. Es por esto que reparo en la relación del tacto con lo material, con lo vivo, con lo sensitivo. Recuperar ese territorio dormido no sólo desde lo que se hace si no con quienes y para quienes se hace. De ninguna manera represento de manera transversal a lo creativo, pero esta, mi vereda, prefiere resistirse al distanciamiento como una práctica adquirida y prevalecida, prefiriendo conectarse más allá de lo burocrático, volviendo a recuperar los tejidos humanos más fortalecidos, pues nos constituimos de redes para poder sostenernos.

Sueño con el momento en el que volvamos a reencontrarnos, abrazarnos con una mirada y tocarnos el alma con solo tener la certeza de que este momento no nos separará, si no que más bien nos unió para ahora tocarnos distinto, tocarnos con el alma.



Foto tomada por Cristián Gana el día 20 de mayo, mi hija saliendo del pabellón con mi nieta recién nacida.

## **El espacio que habitamos durante la pandemia**

Pelagia Rodríguez

Arquitecta

1

Descubrí la belleza del lugar en que estamos pasando la cuarentena, no lo había mirado nunca de esta manera, había más silencio, de alguna manera había permiso para la escapada, y el tiempo parecía no tener límites, de alguna manera nadie controlaría el tiempo que dedicaba a cada cosa o más bien, la propia censura estaba desactivada.

2

Regresamos por unos días a nuestra casa de siempre y esa casa se hizo pequeña, no encontré un lugar donde respirar, solo sobrevivir, esa fue la experiencia, en la noche parecía que nunca llegaría el sueño, la oscuridad resultaba ser un espacio acotado, no como antes en otros días que era inmensa, inconmensurable.

3

Me picó una abeja y me dió un dolor punzante en la mano, al rato y con mucha furia, la maté. Me sentí superior, me di cuenta que la mataba porque tenía poder sobre ella, yo fui asesina en ese acto aparentemente cotidiano. Al día siguiente la mano estaba hinchada hasta el codo, la picazón era insoporable, sentía la presencia de la abeja como si me estuviera molestando, enojada, me estaba inquietando, estaba despierta y viva, estaba viva en mi mano y en mi brazo, no había muerto, no fue mi asesinato capaz de eliminarla.

4

Hoy día excavo la tierra enérgicamente, en un sitio que estaba humedecido por una caída de agua, sentí como la tierra húmeda me devolvía una misteriosa fe perdida, experimenté que la tierra es fundamental, es esencial tocarla, removerla, voltearla, olerla, sentirla. Un nuevo misterio.

5

Anoche vi una película sobre los esclavos en estados unidos en el siglo IXX, antes vi un documental sobre la situación actual de los afroamericanos en ese país a propósito del asesinato de Georg Floyd. Me sorprende por primera vez, como si no supiera nada sobre esta cruda realidad, tal como si nunca la hubiera conocido, la crueldad de la que es capaz el ser humano y que parece no tener límites. Quisiera estar en ese lugar del más oscuro abandono, una víctima más del odio y jamás con los poderosos.

Multitudes caminan y gritan en las ciudades de norteamérica, una mujer declama enérgicamente por qué se exige justicia para Floyd, tiene las ideas claras, ella está en el momento justo, en el lugar preciso, eso ocurre en algún momento único con algunas personas. Me sorprende, creo que nunca había visto reclamar justicia con tal claridad.

6

La belleza de los cerros que brillan después de la lluvia. La lluvia esperada después de una interminable sequía me hace creer que es posible la vida. El suelo, la tierra está nuevamente mojada. Estamos en una larga espera, que termine este confinamiento, siempre estamos en alguna espera, y luego nos aliviarnos nuevamente con alguna nueva noticia, o nos preocuparnos nuevamente porque alguien empeoró de alguna enfermedad, porque al fin murió alguno después de un largo sufrimiento, estamos siempre conscientes o no en la antesala de la muerte.

7

Ayer aparecieron algunos síntomas, garganta inflamada y congestión nasal, al llegar la noche vinieron todos los temores, antes de poder dormir, el gigante de la pandemia se había instalado entre nosotros, cómo podríamos resistir, ¿resistiremos? ¿cual de los dos será más fuerte? Siempre aparece la obsesión de que alguno de los dos morirá y nuestros hijos, ¿qué será de ellos?. Preocupaciones, obsesiones, incertidumbre, qué pasará?

Amanece y el sol brilla, el cielo azul, el aire trae el canto del panadero que reparte pan por los cerros, nada ha cambiado, estamos vivos. Estamos vivos, cada minuto cuenta, la música ocupa el aire y lo transforma, el espacio que habitamos en estos días, respiramos una y otra vez sin sentirlo ni recordarlo.



“Dibujando para el proyecto <La baja resolución del futuro universal>, 14 de junio 2020”. Fotografía: Pamela Reyes

## Diario del año de la peste

Rainer Krause

Artista

No soporto más las noticias televisivas. La reducción de la actualidad a puras cifras. El descubrimiento reciente de los pobres (Las autoridades, sorprendidas, no asumen ninguna responsabilidad). Las/los locutores tratan de alegrar las noticias con amplia sonrisa y mezclando el desastre con el comentario de que en otros países la situación es peor.

El reemplazo de la bicicleta por la bicicleta estática:  
miércoles, 22: 645 Calorías quemadas en 40 minutos,  
lunes, 27: lo mismo,  
martes, 28: 655 Calorías en 40 minutos,  
miércoles, 29: 665; jueves, 30: 694; viernes, 1: 684; domingo,  
3: 699 (falta poco para los 700).  
Lunes, 4: 695; martes, 5: 734 (!). Se rinde más, haciendo  
el deporte antes del desayuno, después de un vaso de jugo  
de naranja. Desde ahora, nunca más menos de 700.

La falta de sonidos (para registrar). Los perros de enfrente siguen ladrando (aunque no tanto como antes). El barrio siempre fue tranquilo, ahora está muerto. Los domingos ni se escuchan los gritos de los vecinos de atrás, retando sus hijos, que ya no lloran. Solamente en la noche se percibe desde lejos unos automóviles que circulan por Am. Vespucio.

Cada domingo a las 11 de la mañana, el permiso para ir a la feria, única salida regular. Llegando a Av. Grecia: el ejército parando los autos, metralleta en mano (¿van a matar el virus a tiros?). A veces, cruzando el semáforo peatonal, la Policía de Investigaciones controla mi permiso (no tienen metralleta, ¿error de protocolo?). En la feria pocas/os vendedores, pocas/os compradores. Frutas y verduras tan frescas como antes, un poco más caras no más. En general, se mantiene distancias reglamentarias. La municipalidad ha pintado una línea amarilla en una distancia de 80 centímetros frente a los puestos. Los vendedores de quesos y huevos han instalado barreras transparentes de acrílico. La mascarilla de tela lavable pica en la nariz. El aliento, saliendo entre máscara y piel de la cara, empaña los lentes. De vuelta a casa el ritual:

- [a] dejar toda la fruta y verdura en baldes con agua y cloro,
- [b] sacarse la ropa exterior (incl. mascarilla) y depositarla en la lavadora,
- [c] ducharse, vestirse con ropa lavada la semana anterior,
- [d] sacar frutas y verduras de los baldes, lavarlas con agua limpia y dejar que se sequen en mesones especialmente instalados en el garaje, cubiertos con toallas viejas pero limpias,
- [e] tomar el primer café capuchino del día, entregar informe sobre precios, calidad y comportamiento de las autoridades a mi esposa,
- [f] lavar la ropa sucia, 60 minutos más tarde: colgarla,

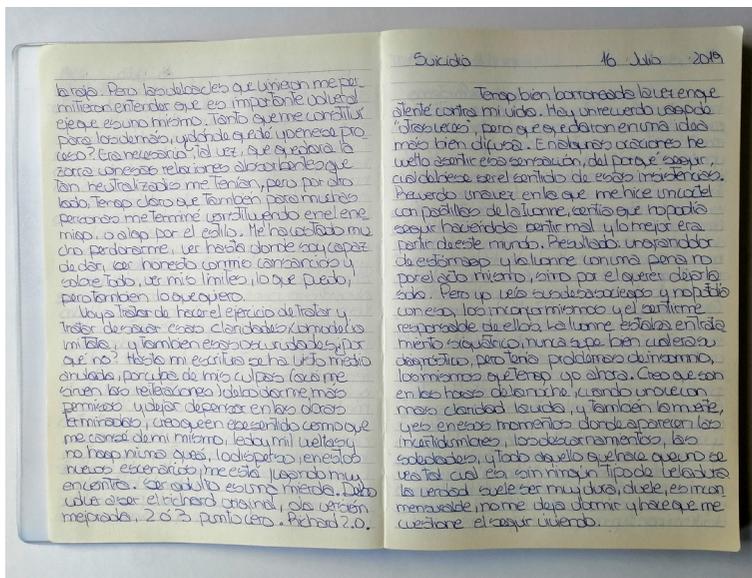
[g] en la tarde: ordenar las frutas y verduras (ya secas) en el refrigerador y los estantes de la cocina.

- Fin de la rutina del domingo. –

¿Cómo evitar el deterioro de la vista frente a la pantalla del computador? Cada contacto social es un desgaste. En la reunión con las/os amigas/os es difícil ponerse de acuerdo sobre la calidad del vino, cada una/uno toma uno diferente. Mejor discutir con las/los poetas sobre el Quijote, que es igual para todos. (Aunque no tanto: tengo una versión en alemán de 3 (!) tomos. Larga discusión si el cambio del orden de la primera frase del primer capítulo [la sintaxis alemana es fregada] cambia también el sentido de la afirmación.)

Otra lectura recomendada para estos días: Daniel Defoe: *Diario del año de la peste* (1722).

Con mi esposa me entiendo mejor que antes (!). Nosotros mismos estamos sorprendidos. El aumento de la tolerancia a las mañas del otro es esencial para mantener la salud mental (palabra de moda), aunque no siempre por actuaciones conscientes. En todo caso: se requiere una reorganización de la casa, su espacio, su mantención, su uso, su significado. Resultó de a poco, casi orgánica, sin demasiada planificación.



Registro de “El cuaderno azul de Richard Solís”, formato college y escrito con bolígrafo azul.

## El cuaderno azul de Richard Solís

Richard Solís

Artista Visual, Conservador y Restaurador

“El cuaderno azul de Richard Solís” es un cuaderno en formato *college* de color azul y que comencé a escribir el 16 de junio de 2019, a modo de diario de vida, y en el que utilizo bolígrafos de color azul. Este cuaderno se terminó de escribir el 14 de marzo de 2020. Actualmente me encuentro escribiendo “El segundo cuaderno azul de Richard Solís”. Ese cuaderno comenzó el mismo 14 de marzo y sigue en proceso. Cada texto tiene una extensión de una página del cuaderno; se incluye la fecha de redacción, y una palabra clave, a modo de “paper”. La referencia del cuaderno está vinculada, en primera instancia a “El Diario Secreto de Laura Palmer” de Jennifer Lynch y la canción “*Questions in a World of Blue*”, de Angello Badalamenti, usada en la película “*Twin Peaks: five walk with me*” de David Lynch. Existen otros “cuadernos azules” anteriores, como el libro de James A. Levine.

16 / julio/2019

Me compré hace meses este cuaderno, entre tantos otros bonitos que he tenido la posibilidad, en estos últimos tiempos, de adquirir. Y ahí quedo, como tantas cosas que he dejado a medio camino. Lo heavy es que siguen sucediendo en mi cabeza. Siguen sucediendo en forma de obra, pero no se concretan nunca. Entonces, recuerdo mis escrituras de niño, la ampollita dándome en la cara, las hojas de *roneo* y todas esas incomodidades que hacían que, con más ímpetu, realizara todo lo que se me ocurriera. Creo que ya he escrito sobre estas nostalgias en otras épocas. La vida adulta ha sido bien desastrosa para mis procesos creativos, me tienen cansado, exhausto, mirando al techo y haciendo que me queje. Tengo todas las posibilidades materiales para poder realizarlas, pero por tratar de concretar los haceres, me quedé descuidando el ser ¿qué quiero que suceda en la mitad de mi vida? Me he hecho esa pregunta en los últimos 6 meses, y aún no tengo una respuesta tan clara. Sí, he visto algunos chispazos de lo que podría ser esa respuesta, aunque sigo vislumbrando las posibilidades. Mi vida resiliente hizo que me fuera acomodando tanto a los entornos que me deje de lado para validarme, o, mejor dicho, para que no me volaran la raja. Pero las debacles que vinieron me permitieron entender que es importante volver al eje que es uno mismo.

Tanto que me constituí para los demás, y ¿dónde quedé yo en ese proceso? Era Necesario, tal vez, que quedara la zorra con esas relaciones absorbentes que tan *neutralizadis* me tenían, pero, por otro lado, tengo claro que también para muchas personas me terminé transformando en el enemigo, o algo por el estilo. Me ha costado mucho perdonarme, ver hasta donde soy capaz de dar, ser honesto con mis cansancios y, sobre todo, ver mis límites, lo que puedo, pero también lo que quiero.

Voy a intentar de hacer el ejercicio de tratar y tratar de sacar esas claridades, como decía mi Tata, y también esas oscuridades ¿por qué no? Hasta mi escritura se ha visto medio anulada, por culpa de mis culpas (acá me sirven las reiteraciones). Debo darme más permisos y dejar de pensar en las obras terminadas, creo que en ese sentido como que me cansé de mi mismo, le doy mil vueltas y no hago ni una gueá. Lo disperso, en estos nuevos escenarios, me está jugando muy en contra. Ser adulto es una mierda. Debo volver a ser el Richard original, o la versión mejorada, 2 ó 3 punto cero. Richard 2.0.

16 /julio/2019

### **El Ministerio de mí mismo**

Como que me anduve cansando de la cultura  
A pesar de que me asumo inculto  
Necesito y requiero otra estructura:  
Un Ministerio propio, el Ministerio de mí mismo.  
He sido irrespetuoso con mi cuerpo,  
Con mi cuerpo, y con mis trayectorias.  
Es por eso que hoy requiero emanciparme  
En Subsecretarías y Subdirecciones.  
Vendrá, entonces, el día  
En que las ideas se financiarán solas  
Y no tendré que andar llorando miserias  
Ni llenando fichas de “no me olvides historia”.  
Podré sacudir mi delantal y mi cotona  
De las burocracias, las escalinatas y las estructuras  
Para volver a los silencios: mi corona  
Y los objetos y sus vidas mudas.  
Requiero entonces, trabajar en mi Ministerio  
Ni el tuyo, ni el del otro ni la otra  
Esos son espacios ajenos  
Si los trabajo, luego me los arrebatan.  
La mejor manera de saciar mis ansias

Que no son de poder, no quiero cargos  
Esos ya los tengo sublimados  
Me hicieron entender a cachetadas...  
Era volviendo hacia dentro  
Buscar en mi propio abismo:  
El Ministerio de mí mismo.

6/septiembre/2019

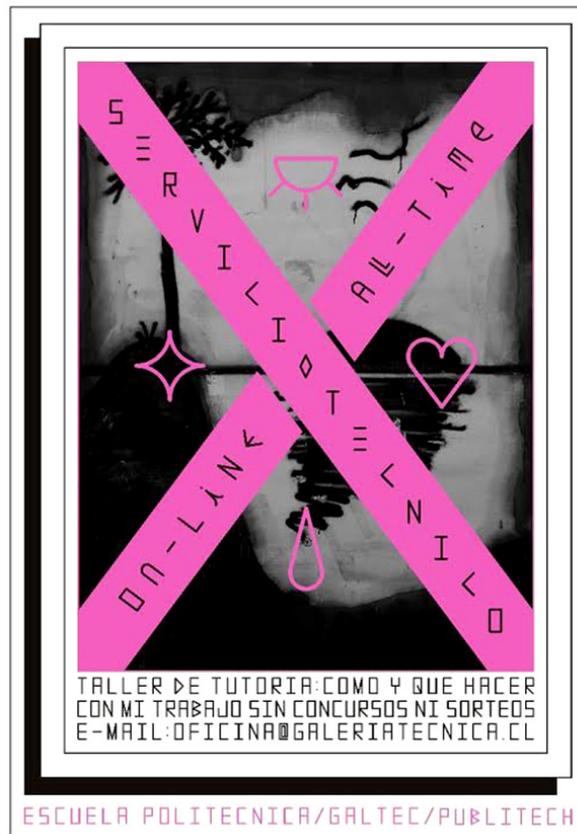
“Desbastada”

Estoy devastado. Mejor dicho, desbastada. Me gusta ese juego de palabras. Sin basta. O sin decir “¡basta!” (leí lo que escribí anoche y me causa mucha gracia: una sarta de incongruencias, y eso es parte de mi agote de la semana). Decir que no tengo basta es algo no menor, porque es parte de lo que me constituye: no tener un borde claro, soy como un trozo de tela que no tiene un dobladillo, y una costura que la demarque. Pero tiendo a querer ese doblez, ese enmarcamiento que quieren todos. Hoy la Gaby me decía que no tenía buena cara, y me da lata, porque disfruto esa clase, la disfruto como si fuera “su ayudante”. Soy bueno para bajar un escalón y mirar para arriba. Creo que puedo ser un buen empleado, me resulta estar a disposición de un jefe, alguien que decida o corte por mí. Estoy devastada, cansada, destruida, sigo empujando mis cosas, ya no sé para donde van mis rumbos, no doy más con esto. ¿A dónde irá a terminar todo? Hubo un tiempo en que era todo más claro, hoy ya no sé para dónde va la micro. Estoy como desarmada, todos los días arriba de la pelota, una tela sin borde cosido, así, deshilachándose, hebra por hebra, hilo por hilo, hasta que no quede nada.

11/octubre/2019

Compartidas

Después de un día a las correderas, y con varios acontecimientos en el cuerpo y en mi cabeza, decidí partir a ver la obra de la Mellado. Iba caminando a mi casa, de hecho, y me fui a la Sala Santa Elena. Fui con un poco de pena y con esa sensación de algo en lo que estuve y dejé inconcluso. La obra estaba linda y lo chistoso es que hasta bailé, decidí hacerlo. Lo justo y necesario, pero lo hice. Y estuvo lindo, lo disfruté y lo hice sutilmente, sin aspavientos, “aceptar la propuesta” como dicen en *Impro*. Y creo que fue llevar algo mío a ese lugar. Lo sentí como una suerte de despedida, sentí mucha nostalgia. Con la Vero Canales me pegué mi llorada. Cuando hizo su parte, llamaba a seguirla y se hacía una suerte de eco con los otros, esos que replicaban y competían con ella y se producían una serie de desplazamientos: éramos como libélulas o polillas, mejor dicho. Qué bonito eso de mirarse. Cuando dijo “este es mi lugar” un puñal de verdad atravesó mi pecho. Eso que yo he andado buscando este año (y en mi vida): el lugar propio, el nicho, y no lo he encontrado. Y ahí están los ecos, quitándome eso que consideraba mío.



Taller de Tutoría 2020: Servicio Técnico  
Escuela Politécnica / Galería Técnica ®

## Notas / Citas / Datos \*

Rodrigo Canala  
Profesor y Dibujante

13.mar.2020. *Heavy Metal (2020)*, 2019-2020, es un dibujo/ puerta metálico cortado en láser e instalado en el acceso de Fundación Tajamar. Para la inauguración (abril) tengo considerado exponer, además, parte de mi colección de arte titulada *Reunión de Apoderados (2017-2020)*. Hoy a las 19:30 se inaugura *Pinball*: exposición de los y la fundadores/a de Taller BLOC.

25.abr.2020. Que mi trabajo sea o no arte es irrelevante. Que sostenga que sí lo es o, por el contrario, niegue mi condición de artista no añade nada. En definitiva, siempre son otros quienes lo afirman o niegan y, frente a ello, no hay nada que hacer ni habría porque hacerlo. Tanto el rechazo como la aprobación deben resultar indiferentes. Mi trabajo se sitúa, espero, en un punto intermedio entre esto y aquello.

27.abr.2020. Hola Luxi, hola Deli: ahora pensando en uds., imaginándolas a la distancia, viéndolas sin verlas, sin tenerlas, en algún lugar de mí. ¿Qué lugar es ese? ¿Dónde está?

27.abr.2020. Galería Técnica ® es una marca y un marco: enmarca, remarca, re-enmarca, contiene, re- contiene, delimita, re-delimita todo cuanto es de su interés. Su buen o mal gusto es el único parámetro de medida. / Marca Registrada N°1287056 - Clase 41 (INAPI).

30.abr.2020. Reconocer la realidad como una forma de ilusión, y la ilusión como una forma de realidad es igualmente necesario e igualmente inútil. / Todo aquí en la tierra es símbolo y sombra. Creemos que vivimos y estamos muertos; creemos que morimos y comenzamos a vivir. / Lo esencial en el arte es la expresión; lo que se expresa no interesa. / La literatura, como todo arte, es una confesión de que la vida no basta. / Fernando Pessoa, *Aforismos*, ISBN: 978-84-8472-507-7.

---

\* El interlineado simple de la aplicación Microsoft Word del computador de Rodrigo Canala es más reducido que el del resto de quienes escribieron, por lo tanto, habiendo ella respetado el máximo de tres páginas, su texto fue más extenso que el de los demás.

02.may.2020. Hoy a las 00:00 se inauguró *Japibersdei*, la segunda exposición online en la web de Galería Técnica ® y la primera, en su corta historia, que se realiza en el día de cumpleaños de los expositores: G. Pulido y T. Rivas. La web de GALTEC ([www.galeriatecnica.cl](http://www.galeriatecnica.cl)) es uno entre otros soportes de exhibición con que cuenta la galería. Su particularidad radica en que el espacio (arquitectura) ocurre en un cuadrilátero portátil de dos dimensiones y las formas (signos) transcurren, a su vez, en la superficie luminosa y dinámica de éste.

06.may.2020. Vivir en el borde costero de Concón, vivir al borde de algo, tiene como consecuencia -y quizá para cualquier otro borde- entrar en contacto con una dimensión espacio-temporal donde la lejanía (horizonte) es la medida de las cosas y lo inmediato (casa-taller) el parámetro para calcular la velocidad en retroceso; ritmo/pausa, finito/infinito, pasado/futuro.

07.may.2020. Los efectos de Galería Técnica ® son de escala doméstica, ni planetaria ni intercontinental; su reinado no excede la punta de sus pelos, el filo de sus dientes, las penas de sus ojos.

19.may.2020. Nada más fome y aburrido que el arte chistosito, nada más gracioso y cándido que el arte seriote. El arte, es decir, el no-arte, debe estar compuesto por un 50% de material ligero y por un 50% de material pesado.

01.jun.2020. Enrique Matthey me invitó, junto a otros/as, a escribir sobre mi experiencia durante esta pandemia y, en específico, sobre aquellos “grandes detalles” que hoy, como nunca, nos afectan a diario. En su email plantea una pregunta: ¿qué irá a suceder con este mundo, con nuestro país cuando todo esto concluya? Aceptada la invitación me pregunto qué escribir. La respuesta es simple: lo que vengo escribiendo, como un diario, interrumidamente desde el año 2007. Para la ocasión, una selección de notas desde marzo de 2019, mes en que se informó del primer caso de COVID-19 en Chile. Si mi texto da cuenta de los “detalles” o si responde a la pregunta creo que no es el asunto. Lo relevante, para mí, es que estos escritos reflejan para bien o para mal mi suceder en este mundo, en este país, mientras esto no concluye.

02.jun.2020. Despierto a las 05:00. Escucho el motor de una lancha (sonido), me levanto, subo la cortina de totora (textura), miro por la ventana (oscuridad); Maida duerme. Ya en la cocina, enciendo una vela (luz) y la estufa (fuego), preparo un café (olor), miro por la ventana: el-mar-a-pa-re-ce-len-ta-men-te.

02.jun.2020. Mañana me conectaré con mis alumnos vía teleconferencia. ¿Cómo transmitir conocimiento y cómo evaluar resultados mediado por una cámara y en tiempo real? ¿Qué metodología de enseñanza implementar y qué efecto tendrá en la práctica artística de mis estudiantes? ¿Tiene sentido estudiar arte así? Yo vivo de esto, para mí tiene sentido, pero, ¿y para ellos?

03.jun.2020. Ayer vi desde la terraza una veintena de delfines saltando en el mar; vivo rodeado de un exceso de naturaleza que, por contraste, atenúa el estrés provocado por la amenaza invisible de un virus mortal, y la paranoia fomentada por las redes sociales y los medios de comunicación.

08.jun.2020. Ayer visité a mi papá, a mi mamá y a mi hermana. No poder abrazarlos, ni siquiera tocarlos, solo mirarlos y hablarles a distancia hace del tacto, y el afecto que solo puede ser expresado a través de él, un sentido impotente. Hoy tocar es un peligro.

08.jun.2020. Hoy murió Machuca. Me acabo de enterar por Maida quien era muy cercana a él; no hace una semana que hablaban por teléfono. Una pena grande para muchos. (Fui su alumno, uno más, en el Magíster de UCh). Frente a mí, su retrato al óleo sobre madera aglomerada que Maida pintó de regalo y no alcanzó a entregarle. Moriremos un día cualquiera, hoy por ejemplo.

09.jun.2020. La Representación no es más que un cuerpo de expresiones para comunicar a los demás nuestras propias imágenes. / Gastón Bachelard, *La Poética del Espacio*, Pág. 186, ISBN: 978-968-16- 0923-8.

09.jun.2020. Comenzaré a promocionar vía redes sociales un taller de análisis de obra (tutoría online): Servicio Técnico (On-Line/ All-Time): Cómo y Qué Hacer con mi Trabajo sin Concursos ni Sorteos.

09.jun.2020. Hoy fui informado vía teleconferencia que el próximo semestre, debido al déficit financiero por el que atraviesa la Escuela de Arte UC, no serán programados mis dos cursos de Dibujo. Mi situación contractual en materia de instituciones universitarias, a pesar de veinte años de docencia, ha sido siempre frágil e inestable. Ser profe ha sido, para mí, un asunto de incertidumbre y sobrevivencia.

11.jun.2020. Son las 05:00. Me levanto. Mi rutina de siempre. Ahora es ahora, ni ayer ni mañana.

11.jun.2020. (...) lo que hace único al ser cognitivo es su *falta* constitutiva de significación, que debe ser resuelta en el enfrentamiento permanente con las perturbaciones y rupturas propias de la vida perceptuo- motora. La cognición es acción referida a *aquello que falta*, visto desde la perspectiva de un ser cognitivo que siente aquella falta. / Francisco Varela, *El Fenómeno de la Vida*, Pág. 97, ISBN: 978-956- 306-139-0.

12.jun.2020. Hoy, en mi curso Dibujo, Cuerpo y Contexto (UC) una alumna planteó, en relación a una tarea que encargué, una pregunta que sin pretenderlo provocó una reflexión inesperada. La tarea en cuestión consistía en dibujar un determinado espacio del contexto inmediato pero, incorporando en el dibujo mismo, las diversas dimensiones de dicho espacio previamente medidas. La pregunta de la alumna fue: ¿es factible medir (dibujar) lo que veo a través de mi ventana? Mi respuesta frente a lo sorpresivo de la consulta fue: sí, es factible, pero en el entendido de que lo visto a través de la ventana acontece, en realidad, dentro y no fuera de ésta. Dicho de otro modo, el objeto de dibujo es la ventana, su transparencia y opacidad, y todo lo que visualmente aparece en su interior, desde el poste del alumbrado hasta la nube pasajera. Así, cuando imaginamos, vemos imágenes en “ventanas” que fabricamos mentalmente y cuando dibujamos (e imaginamos) las fabricamos plásticamente.

12.jun.2020. (...) la mente es fundamentalmente asunto de imaginación y de fantasía. (...) La mente no es la representación

de un determinado estado de cosas; la mente es la producción constante de esta realidad coherente que constituye un mundo (...). Dicho de otra manera, así como la percepción es imaginaria, la imaginación se basa en la percepción. (...) Nuestro mundo es imaginación y fantasía, y es por esto que es de fundamental importancia que los niños desarrollen el suyo. / Francisco Varela, *El Fenómeno de la Vida*, Pág. 223, ISBN: 978-956-306-139-0.

14.jun.2020. En el último tiempo he puesto en práctica, como si de “mantras gráficos” se tratara, una serie de dibujos que consiste en el diseño a mano alzada de líneas policromas entrecruzadas. Herramientas: bolígrafos, rotuladores y lápices grafito/mina. Soportes: papeles de tamaño, calidad y procedencia variable. El resultado de estos “ejercicios de relajación” es, en concreto, superficies reticuladas que no *dicen* nada; figura/fondo, borde/centro, color/textura. ¿Arteterapia? Eso quisiera.

20.jun.2020. Y hay también una cuarta categoría, la más preciada, la de quienes viven bajo la mirada imaginaria de personas ausentes. Son los soñadores. Milan Kundera, *La Insoportable Levedad del Ser*, Pág. 276, ISBN: 84-7223-682-X.

20.jun.2020. Un dibujo es un documento autobiográfico que da cuenta del descubrimiento de un suceso, ya sea visto, recordado o imaginado. / John Berger, *Sobre el Dibujo*, Pág. 8, ISBN: 978-84-252-2465-2

21.jun.2020. Hoy es el “día del padre”. Nunca hice mucho caso de estas fechas pero hoy, vía teleconferencia, nos comunicaremos para saludar a mi viejo (77 años). Un médico que, como pocos, aún sigue atendiendo por FONASA. Y mi mamá, una asistente social que lo ha acompañado por más de cincuenta años y que, sin ella, no sería el médico que es. (Acaban de llamarme por teléfono mis hijas desde Santiago). Gracias papá. Gracias mamá.



Imagen desde mi ventana: vista de cuarentena!

## **01010101010101**

Rodrigo Galecio  
Artista

Durante esta cuarentena he seguido trabajando y pensando en las mismas cosas de siempre, es decir, en mis pinturas, en el arte y en la asombrosa capacidad del ser humano de comunicarse por medio de artefactos como las imágenes plásticas. Pero quizá he pensado con cierta intensidad algunas cosas dada la soledad en la que me encuentro la mayor parte del tiempo. Esa intensificación ocurre al pensar el arte, lo cual, a su vez no puedo sin ese espacio fundamental de trabajo que es el de la pintura. Pero: ¿cómo es eso de pensar pintando? ¿Es posible la elaboración de un pensamiento a partir de manchas y colores? Es más, me asombra pensar que a partir de manchas, líneas y colores es posible producir evidencias concretas, en el sentido de que, si algo se instituye en el proceso y actividad de configurar una imagen pictórica, ese algo corresponde a un tipo de certeza que aparece en el mismo proceso de su creación aunque no podamos “decir” o no tengamos “palabras” para expresarlo verbalmente.

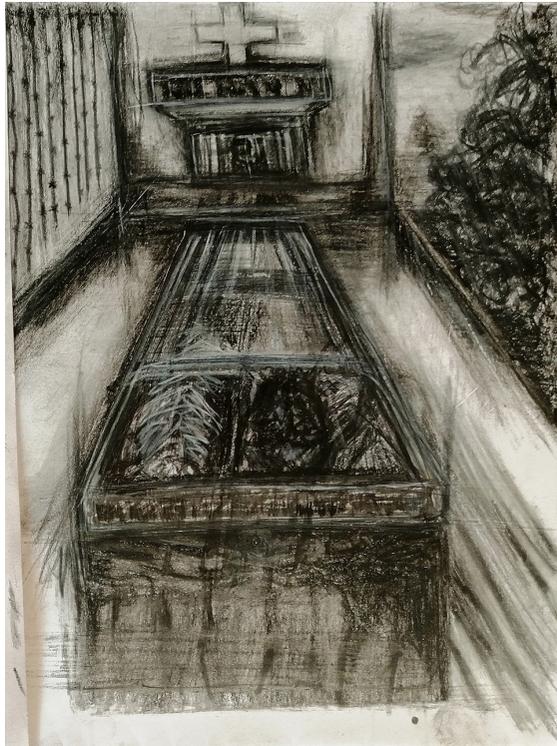
Aquello que excede a lo decible se manifiesta como una diferencia sensible, estética e imaginaria, lo cual, ocurre en el caso de toda imagen que posea la potencia de hacernos experimentar algo más que lo que permiten los meros clichés. Esto es lo que me interesa por sobre todas las demás cosas, es decir, ese excedente que solo es captable por virtud de la inteligencia de la visión, en el caso de la obra de artes visuales, y que implica reconocer la aparición de un nuevo campo de formas o de una “óptica nueva” si se quiere. Dicha inteligencia que se ha menospreciado y desfavorece, sin embargo, otorga al ser humano la extraordinaria facultad para la comunicación simbólica por medios estrictamente sensibles y la invención y exploración de nuevas “realidades”.

Plantean algunos filósofos muy “sensitivos” (aquellos que no sospechan de la sensibilidad humana, sino al contrario), que cuando reconocemos el “arte”, entonces, vemos algo “verdadero”: ¡positivo y ajustado! Aquí, lo “verdadero” se manifiesta como lo “Bello”, es decir, según el reconocimiento de que habría un límite

de representaciones posibles pero que, a su vez, este ha sido conmovido o desplazado según la manifestación de tal o cual experiencia estética. Frente a este reconocimiento, por virtud la capacidad de juzgar estéticamente, las palabras son insuficientes porque no hay enunciado lingüístico que logre expresar la potencia de la experiencia visual.

Kant argumentaba que la sensibilidad juega un fundamental rol en la captación y/o distinción de lo “verdadero”, asimismo que el juicio moral está estrictamente vinculado con la capacidad de juzgar estéticamente y que, por ello, el arte permite acercamientos a representaciones y experiencias que reconocemos como genuinas: ¿Arte sería algo así como una intuición correcta, como si el arte hiciera “justicia” entre la luz y la sombra, sobre la diferencia entre algo que se manifiesta como positivo y otra cosa que vemos como negativa?. Y justamente aquello que aparece es al destacarse sobre el cierre de lo que *no es*.

81



Alegoría al descanso de mis cercanos que ya han partido. Dibujo. lápiz grafito y pastel sobre papel, Fac. Artes U. de Chile Las Encinas, 2017.

## Epifanías

Rodrigo Wielandt

Artista visual y diseñador

“ La conclusión que se ha sacado de lo planteado por el Papa Juan Pablo II hace unas semanas es que ya no existe el infierno... En circunstancias de que tanto el infierno, como el purgatorio y el cielo son estados, lo cual es completamente exacto y siempre ha sido así. Pero el Papa agregó algo que yo creo fue culturalmente imprudente: dijo que el infierno, el purgatorio y el cielo no son lugares... Le sumó además: ‘no hay arriba ni abajo’... Ahora ahí... yo me paro en dos pies –a pesar de que estoy sentado– y digo lo siguiente: si no ‘hay arriba y abajo’ ¿cómo se entiende entonces el Credo, que dice en latín *descendit ad inferos*, descendió a los infiernos? ... Si no hay lugar ¿Cómo descendió? Porque yo creo en el Credo tal cual es... Cuando el Credo dice: La ‘Resurrección de la carne’, yo siempre he creído y sigo creyendo que es la ‘Resurrección física de la carne’... Creo en la ‘Resurrección de la carne’... ¿Y si no hay lugar, dónde está la carne? ”

Un exaltado Armando Uribe en “La belleza del pensar”, Octubre de 2010.

Bajo la penumbra crepuscular, en estos días en que la coyuntura me lleva a mirar más hacia adentro, ciertas cosas se vuelven fantasmales. Algunas veces todas esas formas que emergen a mi alrededor, una vez que mi visión se acostumbra a la oscuridad, me retrotraen a experiencias vividas hace ya tanto.

“Lo que pasa es que son representaciones de ciertas morfologías combinadas con interfaces sensoriales e integradas con flujos sanguíneos en las válvulas cardíacas. Supuestamente fuera de lo meramente visual, mi cuerpo actuaba como un decodificador de ese ‘eso’, abarcando mi mente, mi flujo sanguíneo y mis diferencias de presión”, me comentaba un psiquiatra.

### E x p e r i e n c i a U n o

El otro día el fuerte percutir de un objeto duro en algún departamento vecino me retrotrajo a *Curín*, nombre del campo del tata Porfirio, en el verano de 1979. El otrora sinuoso camino de tierra que nos llevaba desde la estación de trenes a ese lugar parecía no terminar jamás. Una vez en la casa lo usual era comer mucho, bañarse, tomar sol, jugar con los animales... En fin, lo que se hace corrientemente en los veraneos en el campo. Al acostarnos, todos los primos hombres dormíamos en una habitación muy grande. Cuando se apagaba la luz alguien comenzaba a golpear muy fuerte –como con un palo– contra una puerta grande, clausurada y llena de postigos que estaba en nuestra cabecera y que daba a una bodega. Luego hacían correr cientos de frutas por el suelo de dicha habitación aledaña y azotaban otras contra esa misma puerta y sus postigos. Finalmente sentíamos a la Lola, una linda yegua dorada,

relinchando desesperadamente y pegando fuertes coces contra las la misma parte. Se hacía imposible dormir. Nos levantábamos junto a algún adulto para entrar a esta bodega por otra puerta que sí estaba habilitada. Y todo estaba en orden, las frutas en sus respectivos cajones, la bodega sin gente y la yegua en los potreros como a dos cuadras de la casa. Volvíamos a acostarnos y nuevamente volvía a repetirse la performance, una y otra vez. A la mañana siguiente susurrábamos sobre el tema para no asustar a mis primas pequeñas. A ellas se les inventaba cualquier fantasía... Y al pasar los días, finalmente el cansancio con el que nos acostábamos de tanto salir, correr y jugar, sometía al temor y al malestar, dando paso a un sueño profundo.

**Más allá** del axioma “ver para creer”...

**Más allá** de las correlaciones y disparidades entre lo sensorial y lo cognitivo...

**Más allá** del cómo se difunden , manipulan y problematizan los diversos enfoques científicos y filosóficos sobre las percepciones en la esfera metafísica... No se trata de abordar temáticas aburridamente complejas tratando de manejarlas mediante contundentes análisis que giran una y otra vez en torno a las formas en que las ficciones espectrales dependen y desafían los discursos visuales contemporáneos con sus respectivos sesgos oncretistas.

## E x p e r i e n c i a   D o s

Observando algunos muebles antiguos, rememoro la casa de mi fallecida abuela Anita situada en ese triángulo conformado por tres iglesias):

*Los Capuchinos / La Preciosa Sangre / I Monasterio de la Visitación*

Las apariciones de mi abuela y las conversaciones entre ella y mi hermano en las madrugadas. Caminan por los tres pisos... Suben y bajan las escalas... Todos lo escuchamos. Solía disminuir notoriamente de la Temperatura del ambiente. A diferencia del campo, aquí mi abuela se sentaba a los pies de la cama de mi hermano y lo miraba. Mi hermano, calmo, la observaba en la penumbra, y en la mañana me comentaba lo sucedido.

En el transcurso de las experiencias se van revelando los típicos deslizamientos entre teorías biológicas de lo ocular y los modelos epistemológicos de percepción del mundo contemporáneo. Ese cambio en la conceptualización de la visión desde un lugar “organizado y racional”, situado afuera del *Geisterseher* y hacia una comprensión más orgánica que enfatiza la confusa corporeidad del observador. Quizás el relato sobre una visualidad en la experiencia fantasmagórica se comprende mejor dentro de una dimensión polémica que tiende a protegerse de la mofa proveniente de un sin fin de paradigmas y teorías reprobatorias a su respecto.

## E x p e r i e n c i a   T r e s

A raíz del triángulo de las tres iglesias, recuerdo que estando desvelado una noche de primavera del 89, divisé un paño con forma triangular sobre un ropero que estaba a los pies de mi cama. Repentinamente éste se movió y

al levantar su lado superior, me mostró sus ojos malignos, abrió su deforme boca y se abalanzó sobre mí, me agarró de los tobillos y me jaló hacia los pies, hacia él. Grité tan fuerte que desperté a gente de otros departamentos. Mi papá llegó en seguida y me encontró con las piernas colgando desde las rodillas hacia abajo y mi cabeza en la mitad de la cama. Con la luz encendida ya no se veía nada sobre el ropero. Y lo único en que pensaba era cómo yo mismo me podría haber empujado hacia abajo tan fuertemente sin que alguien más lo hiciera. Después de eso fui objeto –con razón– de sarcasmos por años.

No obstante en la medida en que más se nos muestran variedades de vías para explorar las percepciones corporales y espirituales de las dimensiones visibles e invisibles en aras de un esclarecimiento racional, más tiende a reprimirse el ímpetu por hacer emerger lo experiencial. Sobretudo si lo más probable es que se intentará intelectualizar el contexto desde los sofisticados tratamientos contemporáneos de percepción –especialmente visual– de los últimos estudios fisiológicos de la función ocular, con el objeto de socavar la verosimilitud no tangible, descartando la hipótesis de cualquier experiencia metafísica. Lo más común es que se la lleve al campo de la ilusión óptica y las diversas tretas de la luz respecto de la retina.

### **engaño retinal = cientifización de la aparición**

#### **E x p e r i e n c i a   C u a t r o**

Luego de sólo un par de experiencias similares en los 2000, una década atrás mi hermano me contó que mi sobrina, su hija, veía gente que nadie más lograba ver. Lo mismo que mi hermano cuando niño. Ella es una persona tranquila, muy sensible y muy introvertida. Pero lo que yo ignoraba era que fuese tan intuitiva. En el colegio era usual que viera personas en los pasillos cuando todos estaban en clases. Una vez citaron a mi hermano al colegio por este tema, así que mi sobrinita fue analizada... Finalmente el experto le dijo a mi hermano: “su hija está perfecta, no tiene ningún problema, son dos niñas en el colegio con similar aptitud. Así que no hay de qué preocuparse”. La última vez que ella vió a alguien, fue a mi fallecido padre dentro de su jeep, justo cuando mi hermano se había comprado otro auto y se había propuesto vender ese jeep que el papá tanto quería.

Es comprensible el cotidiano contraste entre la visión corporal y las formas intangibles de percepción. Entonces lo que queda son sólo los opresores modos de tensión entre una *fe sensorial-céntrica* y un *escepticismo anti-sensorial-céntrico*, que es el que define gran parte del pensamiento visualcontemporáneo.

Sin embargo en estos días de confinamiento, lo peculiar de estas situaciones ha provocado que me haga la pregunta respecto de que *si yo no hubiese tenido dichas experiencias, hubiese mantenido la misma fe* en el hecho de que “hay algo más allá de la vida terrenal”.



Quizás somos la única especie en este planeta que se siente separada de su entorno. Quizás somos la única especie que le entrega sentido a la palabra “yo”. No somos yo, tampoco somos nosotros, sino que ambos a la vez, indivisiblemente. Los árboles, con toda su nobleza, nos lo explican, basta acercarse un poquito a la tierra, percibir y sentir toda la información que se transmite a través de micorrizas.

## Somos ahora

Rosario Carmona

Antropóloga

El Coronavirus nos obligó a parar.

Debido a que la ciudad en la que me encontraba es una de las más caras del mundo, Londres, con mi familia decidimos mudarnos a una más económica, Bonn. Aunque esta mudanza ha traído muchos beneficios –Alemania ha sido uno de los países que mejor ha abordado esta crisis, la vida va retomando su curso habitual–, algo en Londres quedó pendiente: la posibilidad de despedirse. Debido a la crisis, la mayoría de nuestros amigos y conocidos volvieron rápidamente a sus países, puede que a muchos de ellos nunca los volvamos a ver. Por otro lado, antes del *lockdown* acostumbraba asistir a diversas actividades infantiles con mi hijo de dos años, actividades que me permitían “matar el tiempo” –necesidad que me ha traído la maternidad y sus eternas horas– mientras él aprendía e interactuaba con pares. A esas personas, adultos y niños, probablemente no los volveré a ver. Puede que tampoco vuelva a visitar aquellos lugares que nos hacían tan felices. Nunca les dimos las gracias de verdad, no les deseamos buenos deseos ni tampoco les dijimos adiós. ¿Cuántas veces no decimos adiós como corresponde? Es impresionante como damos por sentado que nuestra vida será la misma al día siguiente, que las personas que queremos estarán ahí, que nuestras rutinas nos contendrán, que nuestro cuerpo será el mismo. Por lo mismo, tendemos a aplazar decisiones y a evadir aquello que nos incomoda, total –creemos–, siempre podemos comenzar mañana. Esto suena a lugar común, pero realmente ¿cuántas veces dejamos para después aquello que solo puede hacerse en el ahora?

El ahora es ese gran detalle sobre el cual quisiera hablar. Casi imperceptible, escurridizo muchas veces, el ahora, con toda su magnificencia, tiende a ser relegado al lugar de lo trivial. ¿Para qué ocuparse del ahora cuando acarreamos tantos problemas del pasado que probablemente modelarán nuestro futuro? Ese instante escurridizo nos produce tanto miedo que dedicamos gran parte de nuestra vida a evadirlo; nos llenamos de actividades para no aburrirnos, nos inventamos necesidades con tal de no observarlo, nos mantenemos ocupados para no pensar en él.

¿Por qué le tememos tanto al ahora? Quizás porque es lo único que realmente tenemos en un mundo donde el tener es un valor. Hemos aprendido a que hay que tener otras cosas –cosas materiales, experiencias, una imagen, incluso personas– que, paradójicamente, no podemos poseer; solo podemos poseer aquello que encarnamos, pero esto es inaprensible y por lo tanto, invaluable. O tal vez porque en el ahora nos encontramos con nosotros mismos. Mas, también hemos aprendido a que no nos guste aquello que encontramos, nuestra percepción ha sido construida sobre una constante insatisfacción. Insatisfacción que en términos evolutivos ha sido muy exitosa, pero que es la base de nuestra infelicidad.

Mientras escapamos del ahora, de aquella imagen de nosotros mismos que tanto nos disgusta, encontramos ciertos alivios: construimos un disfraz que se parece a aquello que idealizamos, nos acercamos a esas personas que parecieran traernos la felicidad que merecemos, alcanzamos los medios para adquirir los bienes que supuestamente nos hacen falta, ocupamos nuestro tiempo con actividades que creemos son fundamentales o nos entregan una sensación de realización. Estamos tan ocupados que aletargamos nuestras emociones, sin embargo, volvemos a desilusionarnos, ninguna experiencia cumple su promesa. Volvemos a sentirnos vacíos y, nuevamente escapando del ahora, buscamos culpables: tal persona arruinó mi vida, tal sistema no me permite vivir como merezco, tales estructuras no me dejan ser feliz... tal cuerpo, tal trabajo, tales políticos, tales economías, tales creencias, tal virus, y así. Nuestra infelicidad se debe siempre a un otro u otra cosa, nunca a mi relación con el ahora, conmigo misma.

Durante los últimos meses he observado con tristeza cómo la angustia se cuele entre tantas vidas. Entre aquellos que temen por su salud, quienes no tienen trabajo estable, quienes tienen relaciones familiares dañadas, entre quienes viven en países que no priorizan la vida ante el capital, quienes tienen tanto trabajo que no pueden atender a su familia, o tienen tanta familia que no pueden atender sus trabajos, entre quienes tienen mucho miedo, quienes están solos, o están mal acompañados, quienes tienen rabia, pena, depresión, e incluso ni lo sabían. Estas angustias me han hecho pensar en el dolor que puede provocar toparse de frente con la propia realidad, con las falencias de nuestras sociedades y nuestras decisiones. Y percibir lo que que significa, de un día para otro, no poder “escapar” de nuestra vida.

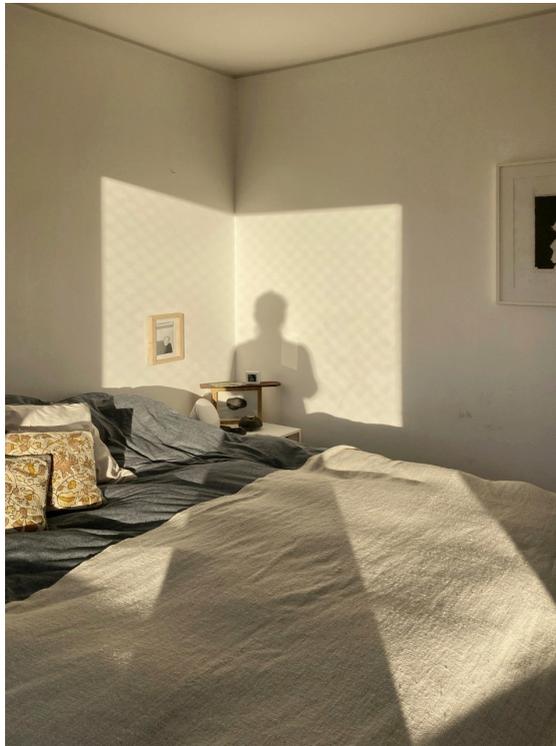
Reviso estos últimos párrafos y el miedo me interrumpe, ¿pareceré apolítica? ¿sonaré voluntarista? ¿acaso estoy negando las estructuras de poder? ¿obviando las desigualdades sociales? ¿descansando sobre mi condición privilegiada? Espero ir más allá de eso. Para esto recurro a mi experiencia. Durante años destiné mis esfuerzos a criticar a otros, a personas, a estructuras y sistemas de opresión, como si desde mi rabia pudiera modificarlos. Aunque sentía un cierto alivio, y a la vez me conectaba con muchas otras personas que pensaban como yo, mi rabia solo aumentaba, y con ella la desilusión, pues aquello que criticaba de los demás es lo que no aceptaba de mí misma. En el fondo, somos millones y millones escapando de nuestro ahora, persiguiendo una ilusión de felicidad. En el camino no nos damos cuenta de que, consciente o inconscientemente, muchas veces reproducimos aquellas estructuras que tanto repudiamos. Estas estructuras se basan en creencias, a las cuales nos aferramos tan ciegamente que podemos entregarles incluso más valor que a la propia vida. Porque estas creencias surgen de nuestros miedos más profundos. Aunque antes creía que estos miedos tenían matices, ahora no me considero nadie para juzgarlos. Ni siquiera tengo claro a qué le tenemos tanto miedo, ¿a la muerte? ¿al rechazo? ¿a nos ser suficientes? ¿al cambio? Quizás a aquello que nos recuerda que esta vida pasará y que no somos más que un instante en un fluir eterno de cambios. Porque a la vez tendemos a creer que ese fluir está afuera de nosotros, y por lo tanto nos aferramos con toda nuestra fuerza a la ilusión de nuestro ego. Sin embargo, somos un instante imprescindible, porque somos el flujo mismo.

Supero mi miedo y sigo escribiendo. ¿Honrar el ahora podría hacernos felices? Estoy convencida de que sí. ¿Y al ser felices podemos construir un mundo mejor? Por supuesto. Gracias a la observación de este precioso detalle, más bien gracias a encarnar este precioso detalle, podemos ser capaces de volver a nosotros mismos y desde ahí frenar todo el daño que reproducimos, en nosotros mismos y en sociedad. Esto, por supuesto, demanda esfuerzos monumentales, esfuerzos mayores que los que demanda la mirada crítica, incluso esfuerzos más grandes que los que demanda la guerra. Porque ocuparse del ahora significa ocuparse de uno mismo. También, enmendar aquellos errores cometidos en el pasado, reconocerlos y, en muchas ocasiones, pedir perdón. Esto, a la vez, nos exige ser más creativos, para imaginar un futuro mejor, y más determinados, para ser la acción que lo construya. También nos pide ser más compasivos, y eso sí que nos cuesta, sobre todo hacia nosotros mismos. Este proceso, por supuesto, también es doloroso, porque supone enfrentarse de golpe a nuestro comportamiento elusivo, modelado por nuestras sombras más oscuras. Y por supuesto, es aún más difícil en un contexto lleno de presiones –económicas, afectivas, físicas, etc.–, como el que el Coronavirus ha venido a evidenciar. La paradoja es que estos esfuerzos son insoslayables, si no los abordamos, futuras crisis nos los volverán a demandar.

Sin embargo, toda crisis nos trae un regalo, remueve nuestro letargo y nos empuja a tomar acción. Nos permite reconocer lo que no queremos, nos impulsa a ocuparnos del ahora. Al respecto, maravillosas han sido las múltiples iniciativas que han surgido en ayuda de unos a otros. Bajo la ausencia del Estado, el sentido de comunidad se fortalece. Sin embargo, sabemos que en el fondo las cosas no deberían ser así; la compasión y dignidad deberían estar presentes día a día, no solo en momentos de crisis. ¿Y si dejamos de esperar y comenzamos a construir ese Estado que merecemos? El Estado no es un ente homogéneo, abstracto, encabezado por unos pocos, el Estado somos nosotros también, lo construimos en nuestro día a día, en nuestras decisiones, en nuestras acciones y omisiones, incluso en las más nimias. Tenemos ese poder, porque el Estado es un reflejo de nuestros propios cambios, de nuestro ahora.

Lamento todo el dolor que este remezón ha traído, pero confío en que la lección, cualquiera que esta sea, no la olvidaremos tan fácil. Finalmente, las crisis más profundas son las que promueven las transformaciones más radicales. Y aunque no sé hacia dónde nos llevará todo este proceso, solo espero que sea a un lugar más justo y consciente, presente y compasivo. Un lugar en el ahora. Solo aceptando el ahora, podremos dejar de evadir el dolor que significa ser cambiantes y aceptar que todo se transforma, incluso aquello que más amamos. Sumergidos en este flujo constante, nuestras creencias pesarán menos y, por lo tanto, no las defenderemos con tanto enojo, no nos haremos tanto daño. Y así, menos dañados, puede que nos demos cuenta que el dolor que le producimos a los otros es el dolor que nos hacemos a nosotros mismos. Y que por lo tanto, la felicidad de los demás enriquece nuestro presente. Solo así, conectados, podremos compartir nuestro tesoro, nuestro ahora.

83



Sol de invierno encuarentenado.

## 4, 5, 6-10...

María/Rosario Montero  
Artista e investigadora

Y ahí voy, tratando de creer que digo algo inteligente o quizás no diciendo nada en la comunicación a través de una pantalla en sus mil formas, de conversación, de imagen, de movimientos grupales para sacar el encierro. Saltando o manteniéndome quieta para sentir que en algo se avanza en este estado de congelamiento. Tratando de hacer esa posición de yoga que la profe muestra como pluma al otro lado y transformada en imágenes y píxeles. Y yo, abdominal en mano, contando 4, 5, 6-10... Así, el tiempo parece detenerse y en el esfuerzo se hace eterno... pero no, no es solo percepción. Al estar en mi cabeza ensimismada, no me percato de que el mundo fuera de mi espacio está congelado. Con esto no sólo me refiero al espacio simbólico, sino a ese congelamiento concreto, ese que ocurre en la mitad de una clase, reunión o conversa sentada, a esa figura de reloj dibujada en la pantalla que avanza, la rueda que circula o el cursor que se mueve sin mostrar cambios. Ese en que la llamada continúa, pero no se escucha y donde la imagen del otro se congela o se pixela. Los mensajes e imágenes convertidos en datos de ese otro lugar no acceden al mío. Ya no hay ruidos desde ese allá y el resto, imágenes pixeladas de supuestas otras, todo congelado. Y mi cuerpo, ya con puntada, porque de 10 tiempos hice uno eterno. Y ahí, todo pegado, un retardo de la comunicación, un corte en la llamada. Un instante de abismo en que se está sola. Y una, como siempre nerviosa, tratando de solucionar el impase para seguir como si todo esto pudiese remotamente transformarse en normalidad.

Toda la modernidad que nos hemos tragado en nuestra buena educación se traduce a ese instante en que la comunicación se corta y, como espejismo, el programa intenta hacerte creer que todo sigue, pero lo cierto es que lo único que sigue eres tú, tratando que todo siga. Los edificios de cristales brillantes, las redes de fibra que se anunciaban, espejismos de la propia imagen, porque tarde o temprano nos damos cuenta de que, en este territorio, la precariedad de muchos es el brillo de esos cables que no llegan a todos.



“La segunda capa”, la entrada de mi casa ha sido revestida con una segunda capa vegetal al no ser usada.

## **Simultaneidad y aburrimiento: experiencias del tiempo en confinamiento**

Sandra Molina Franjola  
Artista Visual

*(...) lo insignificante, posee por lo  
general un fondo significativo: sedimento  
de experiencias sepultadas "en vida".*

Humberto Gianini.

### I.

Estoy sola en el escritorio-taller de mi casa, rodeada de los libros en los estantes, el desorden de los materiales, la bicicleta de mi hija, el coche de mi hijo y las cajas de herramientas que no caben en otro lugar están debajo de la mesa. Frente a mi, el computador abierto a la espera de la clase por video conferencia que está por comenzar en 5 minutos. No he limpiado el escritorio del computador y están los archivos desordenados. Escucho la reunión virtual que está ocurriendo en el comedor de mi casa, pasando la puerta. Anoche no alcanzamos a juntar los juguetes desperdigados por el piso. La lavadora está funcionando ruidosamente, no la he nivelado y se golpea contra el muro. Mis gatos maúllan y quieren entrar a la habitación en que me encuentro. Llega un correo y su notificación con un sonido de campana, a la vez los mensajes hacen que el teléfono vibre a mi lado golpeándose con la madera del escritorio. Mi hijo despierta de su siesta, exige atención. Mi hija en el segundo piso deja caer algo que retumba en el techo del escritorio. Aun nadie ha lavado la loza del desayuno y en un rato ya habrá que volver a cocinar. La lavadora avisa que ya está lista. La clase está por comenzar. Todo ocurre simultáneamente y el tiempo no me alcanza.

## II.

Durante el confinamiento, la simultaneidad de acontecimientos en un mismo período de tiempo insertos en la rutina cotidiana, se me ha hecho más presente que antes. Al igual que mucha gente, vivo bajo la presión de tener que lidiar con múltiples acciones coexistentes que requieren atención de mi parte de diferentes maneras y premuras de cosas que, de no hacerse en el momento exacto, pequeñas catástrofes domésticas ocurrirían. No apagar la tetera, no responder el llamado telefónico, que se acabe la parafina de la estufa, que no se seque la ropa limpia, no entrar a tiempo a la clase virtual, no enviar el correo que prometí que enviaría, y así, un sinnúmero de pequeños desastres cotidianos, sumados a los pendientes que se traslapan en esta seguidilla de quehaceres. Todas estas faenas inmediatas se alojan en el tiempo de la rutina, en el tiempo de lo que pasa cuando no pasa nada<sup>1</sup>. Sin embargo, aunque no son grandes quehaceres trascendentes, el confinamiento intensifica su sentido amplificando su importancia, exigiendo mayor premura y mayor intensidad a la experiencia de la simultaneidad en el tiempo.

## III.

Según los relatos de gente cercana, para algunas de ellas ha ocurrido la experiencia contraria, que implica estar frente a una enorme cantidad de tiempo “sin tener con que llenarlo”. El

---

<sup>1</sup> Giannini, Humberto. *La “Reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia* (1987). Santiago: Editorial Universitaria, 2004. P 41.

aburrimiento nos hace sentir el tiempo, el tiempo como tal, el tiempo sin distracciones, el tiempo vacío de acontecimiento. Los días pasan sin cambios aparentes, las horas se extienden y parecen no avanzar. El tiempo, que parece estar detenido, lo percibimos como vacío de sentido (sentido en la acepción de dirección y en la acepción de significado). Paradójicamente, como explica Heidegger, los seres humanos queremos tener una vida larga y llena de tiempo, pero en el momento en que el tiempo se nos hace presente como tal, vacío y oprimente, nuestro primer impulso es querer acelerarlo, impulsarlo con cualquier acción que nos distraiga de percibir su transcurso<sup>2</sup>.

#### IV.

Ambas condiciones del tiempo, las entiendo como un privilegio. Para sentir apremio porque no alcanza el tiempo o para que oprima el hecho de que el tiempo se hace largo, quiere decir que no tengo necesidades más urgentes. Que no es el hambre, el frío, la precariedad o la enfermedad las que me están oprimiendo

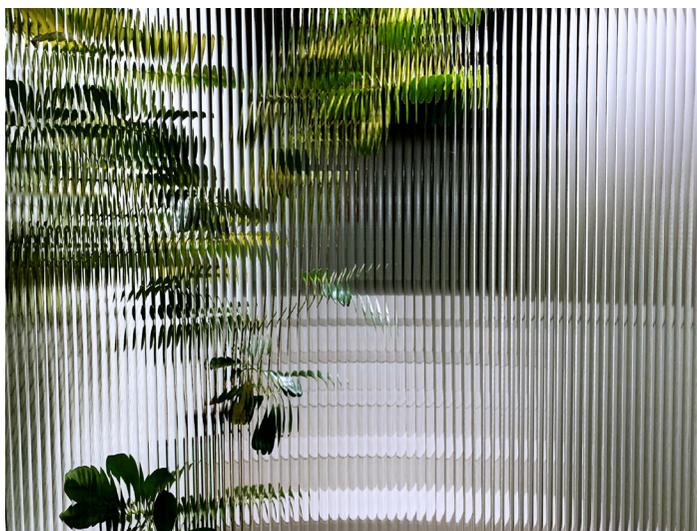
#### V.

El aburrimiento hace que el tiempo se perciba más largo. El aburrimiento oprime.

La simultaneidad hace que el tiempo se haga corto. La simultaneidad oprime. Ya sea desde la agitación de la multiplicidad o la lentitud del tedioso curso cotidiano, el tiempo se hace sentir como el testigo silencioso de la pandemia.

---

<sup>2</sup> Heidegger, Martin. *Los conceptos fundamentales de la metafísica* (1929). Trad. Alberto Ciria. Madrid: Editorial Alianza, 2007. P 112-160.



¿Cuándo una nueva realidad emerge con suficiente nitidez para reconocer su existencia?

## Taxonomías de emergencia

Sebastián Melo

Artista en Agencia de Borde

Emergencia sanitaria. En el sentido de todo aquello que emerge, que surge desde la profundidad, desde lo desconocido e impredecible. Una emergencia que provoca incertidumbre. Me repito que lo que surge no es aún, sino que comienza a ser y lo puedo moldear.

Me atrevo sólo a ser un observador: de un momento que no estaba en el plan de nadie y desde el cual emergen realidades en múltiples direcciones.

- Emerge el control. Debo avisar a la policía que necesito ir a ver a mi padre.
- Emerge una virtualidad cotidiana. Hablar todo el día a una pantalla con una cuadrícula de nombres en negro. 21 días de meditación por whatsapp. Psicólogo por zoom. Un funeral por zoom.
- Emerge la ciudad de noche en silencio. Y el insomnio.
- Emerge otro contacto con la vida no-humana. Hay ratones en la cocina, buscan ser parte del encierro. A pocas cuerdas el puma salta muros.
- Emergen rutinas olvidadas. Hacer pan. Intentarse peluquero. No resulta plantar albahaca a la sombra en junio.
- Emerge otra vida en comunidad. Barrer por turnos la escalera del edificio. Descubrir rincones del estacionamiento y convertir sus dos árboles en una telaraña. Prestar el perro para pasear.
- Emerge una expandida percepción de las distancias; ir a la esquina es una pequeña aventura, viajar a otra ciudad es pensar en un mundo lejano.
- Emerge el miedo, la sospecha. El vértigo por casi toser mientras hablo por teléfono. No encontrar la máscara antes de salir. Olvidar el alcohol-gel. Insistir en saludar con un beso en la mejilla.
- Emerge la sensación de sentirse, por un momento, conectado con el mundo. Comienza a existir en la imaginación la posibilidad de detener todo. De iniciar la ficción de otra manera.

Emerger. El comienzo es difícil de trazar. ¿Cuál es el momento o el lugar que algo comienza a ser? Cuando alcanza suficiente nitidez para acaparar la atención y reconocer su existencia? Aunque nada emerge del vacío, todo se relaciona con un pasado y una historia, es cierto también que existe un momento que ciertas ideas, movimientos, gestos emergen del cotidiano y se instalan en la atención como tratando de decir algo, como una señal de movimientos más lentos y más silenciosos que marcan la deriva del mundo que conocíamos. Más que nunca lo doméstico es político.

86



Tras el lavado de manos.

## El teléfono

Sofía Squadritto

Artista visual

En mi casa de infancia había dos teléfonos: el primero, de color negro, se encontraba pegado a una de las paredes de la cocina, y el otro estaba adosado al velador de la pieza de mis papás. Mientras el primero tenía un largo cable que permitía balancearse o sentarse cómodamente mientras uno conversaba, con el otro había que posarse en el piso si no se quería estar encorvado. El brillante color blanco de sus primeros días cedió al paso del tiempo y se volvió amarillo, tal y como sucede con el plástico viejo. Los números, en cambio, se mantenían intactos dentro de esos cuadrados grises con puntas redondeadas.

Para una niña de la década del noventa, el teléfono más curioso era el que se encontraba en la casa de la abuela. Lo sentía cuasi marciano, pesado y frío. Tenía que poner mis dedos pequeños en cada uno de los orificios donde aparecían escritos los números y retirarlos rápidamente para no ser atrapados en esa especie de rueda móvil. Llamar por teléfono parecía un juego y requería mucha concentración. No había ningún tipo de pantalla que nos indicara si habíamos discado bien. En mi mente repetía cuidadosamente cada número ya seleccionado.

Quienes tuvieron teléfono fijo en sus casas sabrán de los modales y buenas costumbres telefónicas que se presumían conocidas por todos. Había horarios en los que no era bien visto llamar: ni muy temprano por la mañana, ni muy tarde por la noche. Las horas de almuerzo y de cena estaban vetadas, puesto que podías interrumpir ese preciado instante de reunión familiar. Si al recibir un “aló” olvidabas decir *buenos días* o *buenas tardes* –según correspondiera– te arriesgabas a una corrección embarazosa. Por otra parte, si tu voz le parecía poco familiar a quien descolgaba del otro lado o simplemente era sapo, preguntaría *¿De parte de quién?* Lo cual, personalmente, siempre me incomodó. *¿Y a ti que te importa?*, pensaba.

La vergonzosa posibilidad de que alguien levantara un segundo teléfono y escuchara tu conversación privada era terrible. Y si eras tú quien se colgaba de una conversación ajena, debías procurar sostener el aliento, ya que ante cualquier mínimo ruido podías ser descubierto, desatando así el justificado enojo del otro. Ante tamaño descaro, no había excusa que valiera. Solo quedaba escuchar con resignación el merecido reto.

El teléfono era un buen aliado para las travesuras cuando se trataba de hacer pitanzas. ¡A quién no lo agarraron para el *chuleteo* alguna vez! Preguntando por la famosa Señora Tina, solo para molestarnos con que, si no estaba, pues dónde se bañaba la señora cochina.

También fuimos víctimas del clásico *gil* que llamaba y colgaba. La verdad es que ese enamorado anónimo intentaba ver si tenía suerte esa vez, a ver si conseguiría que apareciera la voz de su amor platónico del otro lado del teléfono. Antes, la voz, mediada por ese aparato, parecía ser tan importante. Detrás de esa torpe interacción, se escondía un curioso “yo te escucho, pero tú no sabes quién soy”. Lo que no deja de tener algo de siniestro.

Cuando apareció el teléfono inalámbrico fue todo un evento. Al quedarse sin batería había que buscarlo por toda la casa, apareciendo muchas veces entre las sábanas de alguna cama u oculto entre dos sillones. Para avisar de una nueva llamada, gritar “teléfono” no siempre era efectivo, y corrías el riesgo de no ser oído. Teniendo que replicar “espere un momentito” e ir a indagar en qué parte de la casa se hallaba el aludido. Del otro lado, el interesado, se quedaba esperando, y sin quererlo escuchaba como si estuviera dentro de una pecera el sonido de la tele, los ladridos de los perros o la radio.

Acompañaba al teléfono la pesada agenda telefónica amarilla, a la cual se acudía en casos excepcionales. Por su tamaño, ocupaba un lugar físico y simbólico no menor en cada uno de los hogares. Siempre me llamó la atención lo frágil del papel y ese color insoportable. Pese a su aparente inutilidad, no era bien visto arrancar sus hojas o rayarlas, ya que al surgir una nueva publicación que traería el repartidor en un pesado carrito, la antigua biblia telefónica tenía su destino fijado junto al

cementerio que eran las agendas de años anteriores, no teniendo otra función más que seguir acumulándose, formando así una gran torre de papel.

Distinta suerte corría la agenda personal. A ella acudíamos para encontrar esos números que no solíamos marcar frecuentemente y que escribíamos con el lápiz que tuviéramos a mano: negro, verde, rojo o azul. Unos eran más legibles que otros, dependiendo de si los escribimos apoyando el teléfono entre el hombro y el mentón mientras los anotábamos.

Cabe destacar que antes se practicaba la memoria, los números de nuestros cercanos nos eran perfectamente conocidos. Nunca olvidaré cuando Marcela (que era muy floja) me llamó para pedirme que buscara en mi agenda el número de teléfono de una compañerita. *¡Pero si tú lo tienes!* le dije. *Sí, claro*, respondió, pero le daba pereza bajar las escaleras al primer piso para obtenerlo. Así es, el teléfono y sus llamadas daban para todo. El teléfono público, pensándolo bien, debe haber sido bastante asqueroso. Muchas manos y muchas bocas pasaban por ahí. Dudo que alguien se hubiese preocupado por su aseo. Si hubiera sobrevivido hasta los períodos pandémicos, seguro que las municipalidades los habrían cubierto con un plástico protector y alguna que otra cinta para vetar su uso. Pero sabemos que los porfiados de siempre habrían desafiado esa ordenanza con tal de poder depositar sus monedas de cien pesos dentro y llamar a casa para avisar quién sabe qué. ¡Cuántas monedas nos tragaron los teléfonos públicos! El único desahogo posible era golpearlo, a ver si causándole dolor a esa máquina nos devolvía lo hurtado. Al fracasar, solo quedaba advertirle a la persona que esperaba su turno detrás nuestro que el teléfono estaba malo e irnos cabizbajos acariciando las monedas de reserva que teníamos en los bolsillos.

Hoy encontrar un teléfono público sería más que extraño. El celular pareciera ser suficiente. Atrás quedó el envolvente sonido del teléfono, que solo persiste en algunas oficinas y *ringtones* que buscan emular sus antiguos aullidos. Por mi parte, siempre dejo el celular en silencio, no es tanto por el sonido, sino porque me molesta la idea de estar siempre disponible. Además, hace tiempo las llamadas de mis amigos se convirtieron en mensajes de texto, en donde esporádicamente me preguntan *¿Te puedo llamar?*



El Claro.

## **Extraño mis pasos**

Teresa Aninat

Artista visual

No sé si lo sabes. No sé si me extrañas. No sé si sabes mi nombre. Yo te conozco, quisiera verte y, pronto. Sé que estás ahí disfrazándote para confundirte con otros, inmutable como siempre. Te he visto infinitas veces, erguido hacia el cielo, te he rodeado, admirado y amado. Quiero verte y contarte todo.

Eres claro, sé que podrás entender lo que yo no veo. Muchas veces me ayudaste a salir de la espesura. Tenía la certeza de que estabas ahí, no sé desde cuándo. Quizás antes de la aparición de la vanidad. Con tu claridad sé que pudiste dejar aquello. Lo vi desde el primer día que te conocí.

Fue difícil amarte, me costó trabajo llegar hasta ti, me sentía cansada y sólo podía mirar mis pasos, era difícil mirarte. Eras demasiado imponente, robusto, anclado. Sabía que siempre estarías y desde acá intuyo que sigues ahí.

La incertidumbre... quisiera contarte de eso. La puedo ver, de eso estoy clara, la veo y me devuelve su mirada, sobre todo cuando llega la noche, aparece el silencio plagándose de luces. Podría más adelante susurrarte sobre ella, no quiero que nos escuche y la lleve hacia ti. No te lo mereces, has sido un gran compañero. Leal y amable, aunque creo que eso no lo sabes. Te lo diré apenas llegue.

Te he escrito palabras y a veces te hablo despacio para que los desconocidos no escuchen. Sabes que me es difícil estar con otros y acá no los veo, solo siento sus voces. Cuídate, repiten. Y escucho para ver si alguien les responde. Repetiré sus palabras sólo para ti. Cuídate para que me esperes sin saberlo. Algún día podré regresar y voy a quedarme.

No he dejado de verte, al menos te traje en un papel, veo tu presencia. Veo que eres claro. Te dibujo. Te sitúo, sí, recuerdo tu sitio, eres libre pero estas sitiado. Muchos te envuelven en

un gran círculo, la geometría. Pienso. Acá también puedo verla, me envuelve en líneas rectas. En intervalos tras ellas aparecen algunas verticales a la distancia que se disparan hacia el cielo. No vivo en la espesura, vivo en un vacío espeso. Siento su peso. Para distraerme te recuerdo y recuerdo mis pasos. Mi peregrinación, entonces quería abandonarme. No estaba equivocada, ahora también lo siento. Debe ser porque te pienso.

Sí, creía que para llegar a ti peregrinaba, curiosa palabra, ¿no? Miraba mis sombras para situarme en el día. A veces ella iba adelante, otras a un costado y otras me seguía. Era mi única compañía. A veces fui de noche y me guiaban mis pasos, después de un tiempo supe cómo encontrarte, sólo debía escuchar mi respiración, el peso de mis pasos, mis crujidos. A veces trataba de hacerme la liviana. No quería dejar huella para hacerte sólo mío. Nunca nadie me siguió, fue un pensamiento ridículo. Acá sí me siguen y tropiezo con otros, son mi historia. Sí, nos acompañamos, igual siento un abandono. Me repito, debe ser porque te extraño. Extraño mis pasos.

Cuando llega la noche salgo a mirar la luna, pienso que es la misma para ambos. Tu allá y yo acá. No sé para qué lo hago si sólo me produce melancolía. He tratado de recordar cuántas lunas llenas he visto encerrada y he perdido de ver contigo. La luna es lo que ha guiado mi tiempo. El tiempo, desde acá parece infinito.

A veces cuando me entero pierdo la esperanza, hay cada vez más... La ilusión de partir se me hace lejana. Entonces desespero y busco el rincón junto a la ventana donde te tengo en mis recuerdos pegados en los muros y lloro. Sí, he llorado porque te extraño. Porque extraño mis pasos y por la desgracia de otros. Quiero preguntarte ¿qué se hace con la fortuna de unos ante la miseria de otros? Quien tiene fortuna ¿puede sentirse feliz? No pienso en la riqueza, esa va y viene, como ahora. Pienso en la fortuna de poder caminar sin una máscara, sin temor al otro, sin los pasos duros y secos sobre la ciudad, en esa fortuna pienso.

Debo ser clara cuando nos encontremos. Tengo una libreta de apuntes pequeña y de color azul, con muchas hojas gruesas y texturadas, se supone que mi propósito al comprarla era dibujar,

escribir, pintar con agua, con lápices lo que quisiera. Y ahí quedó, hasta que ahora la encontré en el cajón de mi escritorio ahí al fondo. Sólo la he usado para apuntar mis ideas para contártelas cuando te vea. Ahora está sobre mi escritorio y a su lado dejé el primer día de encierro un vaso de agua, no sé cuántas lunas llenas lleva ahí. Pienso dejarlo hasta que pueda partir. Quizás te lleve el agua para mostrártela.

He descrito en un gran pliego el camino que hago para verte, curioso que empecé a nombrar cada sitio que me gustaba detenerme. Por ahora no quiero decirlos en voz alta, están guardados en esa libreta azul y he comenzado a pegar sus nombres en algunos de mis muros, sí, acá tengo los míos propios. En casa mis muros me los respetan sobre todo cuando cuelgo en la puerta un pequeño papel en el que escribí: por favor no entrar. Tiempo atrás, antes de todo esto, tenía otro que decía simplemente: no estoy atendiendo. Poco amable era entonces. Ahora que hay que cuidar aprecio más el buen trato.

A veces me obsesiona la palabra trazabilidad acompañada de la imagen que hace él trazando en el aire un rectángulo que parte desde el centro con ambos índices que se disparan hacia afuera bajando en línea recta y luego girando hacia el centro de abajo. ¿Me entiendes? Parece que estuviera haciendo un esfuerzo inútil de hacerla posible. ¿Cómo trazar los pasos? Y así pienso también en mis trazos que cuelgan en mis muros. Todo lo que me rodea acá tiene que ver contigo: tu trazabilidad, que bien conozco ¿O conocía? Sé que anoche hubo una tormenta tan fuerte que cayeron rayos y un par de caballos murieron, el miedo fue el culpable. ¿Ves que te pienso? Espero que nada te haya pasado. Por acá también cayeron gotas de agua, me hicieron despertar confusa en la noche pensando que estaba allá. Por acá nunca más llueve. De ahí debe ser también la repetición.

Mientras te escribo esto sé que a mis espaldas está escrito, en un pequeño papel, tu nombre: el Claro. Sí, tu eres el roble que dejaron sólo en el claro rodeado de la espesura.

Ahora sólo pienso en caminar.

Pronto me llamaré Clara y voy a desaparecer en la espesura.



Mi mesón de cocina.

## Los fantasmas y las cosas

Tomás Fernández

Artista visual

He intentado varias veces iniciar sin éxito este texto. Podría llegar a ser romántica la imagen de un cuaderno tachado, con hojas a medio rasgar o la escena de una habitación con pelotones de papel esparcidos por el piso. Hasta la figura paralizante de la página en blanco sobre el escritorio atormentando a un escribiente poco avezado, podría revestir cierto encanto. Pero hoy la realidad está desprovista de la calidez y del espesor material de ese entrañable cliché. El color marfil del papel ha cedido al blanco espectral proyectado por una pantalla de computador, donde también es posible tachar (borrar, cambiar el color, subrayar, elegir entre una multitud de tipografías y un sinnúmero de otras herramientas y posibilidades) pero de manera programada, uniformada. De modo que mi mano ya no es mi mano, mi huella y mi borradura son idénticas a las de todos los demás. La hoja en blanco ya no amenaza desde un cuerpo físico sino desde su immaculado doble pixelado, luminoso, con una única y diminuta línea vertical negra que parpadea y que se convierte en un recordatorio atroz, un cronómetro que no lleva un registro del tiempo transcurrido, pero que dice con cada centelleo: no has escrito nada, no has hecho nada de lo que deberías hacer. Marcando el ritmo del fracaso, de la inmovilidad.

Nuestra dependencia a las pantallas se ha manifestado en este contexto con brutal contundencia. Hay una sensación de irrealidad que se produce en el encierro y el aislamiento por el hecho de estar con uno mismo más de lo que se quisiera y de que nuestras relaciones con los demás acontezcan a través del velo espectral de un monitor, de emociones estandarizadas y embutidas en caritas amarillas, a través de una voz que se fractura por problemas de conexión. Hablar con fantasmas electrónicos. “El mundo será un lugar maravilloso, dicen. Pero ¿desde qué punto de vista? si bastará una llamada telefónica para anunciar el final de todo” sentencia con gravedad el personaje de Steiner en *La dolce vita* de Fellini.

Las noticias e imágenes emitidas desde el televisor tiñen de azul un living en penumbra. Las cifras de muertos y contagiados, los destinos terribles de miles de personas, se suceden con una extrañeza y distancia semejantes, como un apocalipsis que estalla en cámara lenta de la puerta para afuera. Hay algo de terrible y de culposo, de obsceno, en estar comiéndose un sándwich mientras todo aquello ocurre, en estar intentando ajustar un color a otro en una pintura, en entregarse al aburrimiento y al ocio o en

estar escribiendo este mismo texto. Lo mismo intentando hacer clases a individuos cuyas historias, experiencias y asombrosas particularidades, quedan reducidas a un rectángulo negro con un nombre en letras blancas ¿Cómo se explica la importancia del claroscuro o de la síntesis formal en un cuadro en un contexto como este?

Esta suerte de pérdida de espesor de la realidad, de que algo terrible está ocurriendo *allí afuera* y de lo que sólo podemos enterarnos a través de una fantasmagoría empaquetada en los límites rectangulares de un aparato, y que por otra parte, *aquí adentro* nada –ni malo, ni bueno- acontece; nos obliga a valorar cuestiones otrora insignificantes o que se daban por sentadas y a su vez, pone en entredicho la importancia exagerada que antes dábamos a otras. El estar enfrentados de manera continua e ineludible a imágenes proyectadas ingravidas, sin cuerpo, sin carne, nos empuja a desentrañar el misterio de lo cotidiano, el que hay en las motas de polvo, en las tazas patinadas de café, en los cubiertos y los trastos sucios acumulados en el lavaplatos. Nos invita a fascinarnos con su despojada verdad.



Momento en que sentí esta sensación que dio paso a todo lo que dio paso a este sencillo y delicioso budín de zapallo.

## **Budín de zapallo**

Verónica Matthey

Formadora de PRH (Persona y Relaciones Humanas)

En la tarde encontré sobre la mesa de la cocina un zapallo entero, sentí un agradecimiento que me llevó a la infancia, recorrí con naturalidad y sencillez ese camino de una sensación conocida. Abundancia en tiempos de escases, volví a la puerta de la casa de Av. España, allí en esa entrada a veces había un saco de papas, otras veces podía ser un saco de legumbres que traían los tíos del campo, otras veces eran almendras o un cajón de manzanas o de paltas. Algo, algo rico para comer, me llenaba de alegría y de placer tomar aquello que se ofrecía gratuitamente a quien pasaba por ahí.

Sensaciones de infancia, volver a mi origen con facilidad es lo que ha estado muy presente en este tiempo, noto mucho más apertura y conexión directa entre mi presente y mi pasado. Todos mis sentidos se han agudizado.

Me dieron ganas de ponerle sabor a esa sensación y hacer un postre que no comía desde aquellos años “budín de zapallo”, lo cociné sintiendo cada textura, color y olor, con un ritmo diferente sintiendo los sonidos y los movimientos al mezclar. Pasé por cedazo el zapallo, mezclando los huevos y disfrutando ver como

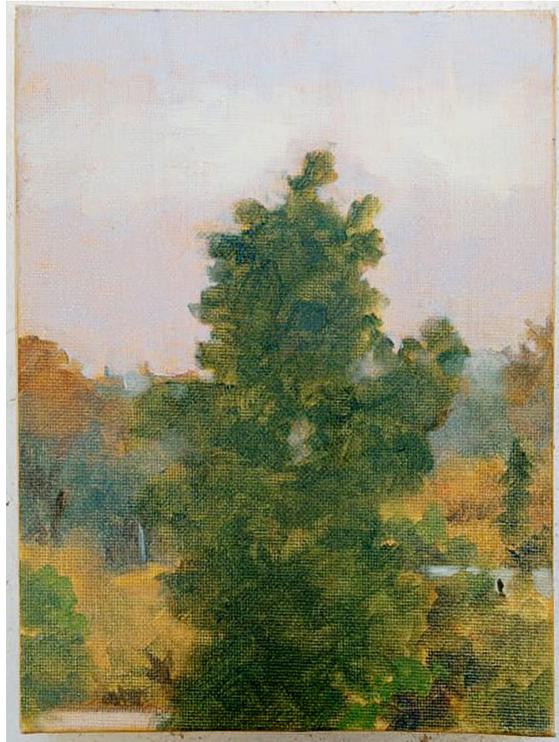
desaparecían entre el azúcar y la leche, tal como lo hacía mi “güelita”, observar y sentir como niña, sorprenderme con cada detalle, disfrutar cada bocado sintiendo las mismas sensaciones al comer un postre sencillo y delicioso en medio de tiempos difíciles, como lo eran aquellos entre tantos hermanos en medio de una situación económica difícil, hoy en medio de una situación dura e incierta. Estos momentos llenaban mis necesidades y me hacían feliz, esa misma sensación de felicidad viene a mi hoy con una frescura de niña donde las sensaciones aparecen en cada estímulo. De niña las sentía sin saber que cada una de ellas hablaban de mí, de mi naturaleza y originalidad que en este tiempo he vuelto a sentir.

Mi sensibilidad está abierta, atenta a lo sutil de los detalles pequeños, a disfrutar de lo simple y celebrar lo sencillo. Unas granadas en el suelo del patio después de la lluvia me recuerdan como un regalo a una o dos naranjas caídas en el patio de mi infancia como un tesoro mágico, un naranjo alto que no soltaba sus frutos, solo con una escoba, un palo, la puntería de un

piedrazo o con la mágica lluvia que naturalmente dejaba caer el bendito fruto que comería el afortunado que la encontrara. Un agradecimiento por la abundancia sencilla que era y es grande para mí en tiempos de escases, donde cada cosa pequeñita es valorada.

Me encontré una bolita de cristal al barrer el patio, siento la misma sensación de alegría y maravillamiento de niña cuando me encontraba en la tierra o debajo de la estatua “del negro” esa bolita extraviada y olvidada por su dueño, un tesoro entre mis bolitas de piedra que guardaba en mi cajón.

Budín de Zapallo. Granadas en el suelo. Una bolita en el patio. Despiertan en mi la alegría, la calidez, la acogida, mi capacidad de disfrutar con lo pequeño, el sentirme amada y regalada por el Universo. Es lo que siento en medio de un pueblo que vive la incertidumbre, la dureza, el rigor, la oscuridad y la soledad de una pandemia que cada día nos muestra que la Vida está ligada a la Muerte tan naturalmente como viví en mi infancia la Abundancia ligada a la Pobreza.



Elegí este pequeño paisaje de mi barrio, porque lo pinté un 20 de abril de 2019. Ha transcurrido casi un año de aquel entonces. Citarlo para mí significa la pérdida de una añorada libertad para salir, contemplar y pintar acompañado por mi hijo Diego, mientras este escribía. Aquella jornada me dejó satisfecho, por la economía y minimalismo del resultado y también como un signo más de resistencia, como es todo mi trabajo.

## Fragmentos de *Diario de la víspera*

Víctor Alegría Superbi

Artista visual, poeta y ensayista

Los tiempos demasiado felices se disuelven  
y no dejan ningún rastro—  
La Angustia no tiene Plumas  
o pesa demasiado para volar—

Emily Dickinson

22.04.2020

Hay días que no puedo pintar o escribir. Son días insatisfechos, casi diría vanos. Las compras, que son tan complicadas en estas circunstancias y las exigencias implícitas de la universidad, contribuyen a ello. Al final del día, solo volví a observar pinturas de Millet. En estas nos habla del campesino, de la campesina en su labor, con una explícita crítica social. Pero vemos también en sus trabajos un gran afecto por esos seres anónimos. Uno siente, incluso, en sus obras, el dolor de la pérdida: la nostalgia de algo que desaparecerá definitivamente.

\*\*\*

La noche se cierra como un bastión. Nancy reza mientras leo. Hay un gran silencio semejante a una espera. Mañana amanecerá nublado o soleado y al iniciar mis ritos imperturbables, buscaré algún signo que señale un cambio o que pellizque mi piel: un día más y quizás transfigurará la mañana el hilo de luz de una ventana.

23.04.2020

En el portón, en el bastidor, sobre el polvo, se ve que por la noche cayeron unas pesadas gotas, propias del otoño. ¿Cómo vendrá el invierno?

\*\*\*

La noche es secreta. Es como la matriz que alguna vez nos cobijó. Antes de dormir, vamos a su refugio y nos contentamos con su calor, con las luces cálidas y burguesas. Los árboles azules y silenciosos nos custodian y, antes de dormir, soñamos con la luz de un amanecer fugaz, como es todo despertar.

02.05.2020

Todo lo vivido pareciera que está entredicho. El inconmensurable pasado, el vedado porvenir. La pandemia ha cambiado nuestros hábitos. El exterior aparece como un fantasma que está allí; es la confirmación del mundo: sigue existiendo. Esperándonos. Y está la intimidad protectora de la casa que es un mundo revelado, también infinito. Estamos conscientes de que todo es cambio, pero este cambio también es una suspensión.

04.05.2020

Qué lento lavarse los dientes. Cuántas horas, cuántos días a lo largo de nuestra vida. Ya no somos niños que tenemos prisa por jugar y listo ya con nuestra dentadura. Cuando observo la sonrisa de mi nieto Dante a través del video y el acontecimiento de sus

primeros dientes; todos estamos atentos a su boca tierna. Él representa el futuro, nosotros el pasado, en un presente henchido de presagios. Solo deseo nadar sobre el pasado y el futuro libremente.

06.05.2020

Hoy tuve que salir a tomarme un examen en un hermoso día soleado. El centro médico, al parecer, no revestía peligro y el examen no fue complicado; no sufro de claustrofobia. Al retirarme y encontrarme nuevamente en la calle, sentí la libertad de un día especial. Compré cosas apetitosas para Nancy y para mí: innecesarias, sabrosas en una rotisería indiferente a la pandemia, quiero decir, que siguen existiendo con su talante de siempre.

En el exterior, sentí la vibración de la calle y el movimiento de la ciudad al interior de mi cuerpo. Tentado casi compro una planta a un vendedor de punto fijo, pero habría sido una imprudencia por su peso. Llegué cargado a casa. Nancy también se mostraba feliz al recibirme y contarle las buenas nuevas.

09.05.2020

Por la noche, antes de acostarme, en el baño escucho a los Beatles y recuerdo a mis dos hijos. Cuánto gustan de la banda y la belleza perdurable de sus canciones. La noche allana la nostalgia y cuando desplazo la cortina para disminuir la luz tímida del jardín en su cuarto, para que no llegue a la nuestra, inoportuna, miro sus camas, sus lámparas, sus libros y contemplo el tiempo marmóreo de la ausencia.



Figura modelada durante la cuarentena.

## **Algo muy personal en este tiempo**

Ximena Carrasco

Ceramista

Escribir algo personal es lo único que se me ocurre. Puedo escribir cartas, pero un texto que va a ser publicado, entre muchos otros eso sí, creo que a nadie le puede interesar. Este ejercicio de decir algo que será público me hizo decir en un principio que no, de ninguna manera, que vergüenza... La vergüenza puede ser una señal moral o social, puede ser soberbia también. No me gusta nada mostrar algo que no hago bien, donde no soy excelente. Esto de escribir es como mostrarse sin ropa o se parece a tocar música delante de otros: lo haría muy lejos de la perfección, otra vez ¡qué vergüenza! Entonces, esto de mostrar algo tan íntimo en estos tiempos difíciles para todos es un gesto contra mi falta de sencillez y de humildad.

La invitación ha servido para reflexionar sobre mí misma, sobre los demás y también sobre las vidas paralelas, en este momento en que a todo el planeta le ocurre lo mismo, con distintos grados de dramatismo, por cierto. Reflexiones que serán más o menos similares en muchos. Cada uno desde su particular realidad.

Yo, desde mi situación privilegiada puedo estar encerrada, mientras hay gran cantidad de personas que no pueden hacerlo. Lo entiendo, en su lugar también saldría a la calle a tratar de conseguir algo para subsistir. Esa realidad es otra, esas personas están sufriendo todas las consecuencias de esta emergencia, como siempre ellos, los mismos de los terremotos, los aluviones, los incendios y un largo etc. Los mismos que desde la cuna hasta la enfermedad y la muerte, nuestro modelo de segregación, campeón del mundo, los mantiene en la precariedad total: en mis pensamientos ellos están presentes y me duelen. La sensación es que vivo en un bunker tratando de protegerme de un bombardeo, pero este refugio o bunker no aísla mi sentimiento y tampoco me asegura totalmente conservar la salud. Si, podría contagiarme igual que todos los que estamos más o menos confinados. Asimismo se podrían contagiar los que más quiero... ahí empieza el miedo. Tengo una batalla con el miedo, le doy la pelea. Como muchos, me imagino, siento el tiempo detenido, como si estuviera en suspenso. Hay pocas cosas que distinguen un día de otro.

No creo haber descubierto algo asombroso o bello en este tiempo de encierro, más bien he constatado cosas:

Mi mirada sin ilusión ni romanticismo de todo.

Mi extraordinario privilegio.

El miedo, que tan fácilmente me domina.

Mi vida hacia adentro.

El distanciamiento social que me pertenece.

Pero hay algo que me hace mucha falta, que veo muy lejano que vuelva, que a veces me hace sentir que no hay futuro: es mi libertad y confianza de persona en la calle, de peatona que soy, la libertad de caminar a donde sea, de mirar el mundo y sentir que pertenezco a ese mundo de los otros, de los humanos como yo haciendo sus vidas y yo la mía no tan lejos de ellos.

92



El texto narra la acción realizada en el supermercado durante esta cuarentena, y la unión de las imágenes une lo remoto con lo cotidiano. El viaje ahora es a una cuadra, para lo que hay que protegerse y prepararse como nunca antes.

## Llamado desde la isla del frente

Ximena Zomosa

Artista visual

A comienzos del mes de mayo, a un mes y medio del estado de cuarentena voluntaria, recibo un Whatsapp del artista Sebastián Calfuqueo. Como tenemos varios temas en curso y solemos escribirnos para saber cómo estamos, después de saludarlo le comento sobre la exposición que el curará en Galería Balmaceda, pensando que por eso me escribía. Ante lo incierto de todo, era lógico que quisiera pedirme más claridad, fechas posibles o una reunión. Pero el tema era otro. Me cuenta de un proyecto al que Voluspa Jarpa lo invitó, y al que en una cadena, él me invita a mí. Un curador brasileño está varado en Santiago y está armando un proyecto experimental. ¿Te gustaría participar? Me pregunta. Tiempos raros, le respondo, claro, es bueno vincularse.

Luego de escribirnos por mail, preferimos llamarnos con Tiago de Abreu, curador del misterioso proyecto. Me habla desde algún edificio cercano, según lo que logro determinar al pedirle sus coordenadas en la trama de la ciudad. Me asomo al balcón con el celular en la mano y miro hacia la cordillera, porque ahí está, en este mismo momento, lanzando un mensaje al aire que nos conecta. De hecho hablamos del aire, del confinamiento, de estar en una isla lanzando mensajes, de las obras que una podría hacer desde la cuarentena: en la terraza, en la vereda del frente, en la cocina, en un bosque, eventualmente. Quedamos en una fecha para entregar las fotos y los videos de lo que surja, así, casi a ciegas, pura generosidad.

Con un té en la mano, pienso posibilidades. Lo más básico en la caja de materiales, es el pelo... ¿Me lo corto? Dudo. Sigo buscando, de pronto, escucho a mi hija preguntar algo sobre ir al supermercado. Listo, ahí está el lugar de la obra. Un lugar ahora clave y esencial, antes indiferente, irrelevante por lo evidente.

Me paro entusiasta y entro a mi pieza. Veo la fotografía que hace poco puse en la pared: el registro de un viaje que hicimos al extremo austral, la Isla Bridges en el Canal Beagle, mi hija y yo con el delantal floreado celeste extendido en una playa desierta y remota. Aparece la idea. Ese mismo delantal gigante, pero ahora yendo al supermercado que está a media cuadra y actualizar el viaje: mascarillas, guantes, alcohol gel, cola de espera, pistola de temperatura y sobre todo la aprensión de exponerse.

Planifico la acción desde mi ventana. Ir al supermercado desierto de día, antes de las 8 am. Ir al supermercado desierto de noche, después de las 18 pm.

Y después de negociaciones, pilas nuevas para la cámara y otros varios, nos lanzamos la fecha indicada con las compañeras de cuarentena, hija y sobrina vestidas de ninjas, antes de las 8 de la mañana, saliendo hacia el ascensor. El conserje nos abre para dejar paso a nuestra procesión. Salimos.

Llegando a la esquina, pienso en los guardias del supermercado, ¿estarán? ¿Nos dirán algo? Bueno, veremos. Ahí están, los veo ordenando unas cajas en la entrada, carros para allá, carros para acá. Por suerte no nos detectan como amenaza; unos meses antes habría sido distinto... Las ninjas sincronizadas perfectamente, hacen lo acordado: delantal al suelo, foto, delantal en andas, foto. Registro la ida y la vuelta en video, haciendo el encargo tal cual lo planeamos. Queda grabado ACAB que estaba rayado en un muro que pasamos.

Día siguiente 20 hrs. Sale nuevamente el comando desde la puerta del departamento, toma el ascensor. Yo registro, el maullido de nuestro gato nuevo sale en el audio, bueno así es la vida. Podría haber aparecido un vecino o una vecina, el perro de paseo, alguien que llegaba de las compras, alguien subiendo por las escaleras, por pensar que es “más seguro”.

Hay tráfico en la calle, la cuarentena total ha sido anunciada y la gente se prepara hasta el último minuto. El estacionamiento del supermercado está completamente vacío, ni guardias ni nada, sólo la cámara de seguridad y las luces. Santiago será desde las 22 hrs. de este viernes, una ciudad vacía, se supone.

Las ninjas repiten de manera precisa las mismas acciones que la jornada anterior. Esa es la idea, obvio. Que el sol siga saliendo, se ponga, la noche llegue, se vaya, el día siguiente vuelva, como un carrousel donde la escena fija es el supermercado y el delantal con sus portadoras.

Nos vamos, volvemos a ver ACAB en nuestro camino de regreso.

Veo después las fotos, y puedo hacer el paralelo entre estas islas en las que estamos hoy y la que estuvimos en el viaje a Ushuaia. Más preguntas y recuerdos surgen: cómo pasamos de una marcha de un millón de mujeres, a vernos silenciosas y distantes desde detrás de las mascarillas? El delantal floreado de cinco metros es el mismo y no es el mismo. Pienso en las mujeres a cargo de tanto, en el encierro. Suena el pito de la tetera, allá voy.

## RELATOS

1		ARAÑA, FRACTURA		ALFONSO VILCHES	8
2		EUFORIA DE BAJO GRADO		ANA MARÍA RISCO	12
3 - 4		REFUGIO		ANDREA ROCA Y JAVIER BARRÍA	16
5		LA NUBE LOCA		ANDRÉS BORTNIK	20
6 - 7		ANTICUCHO A LUCAAAAAAAAA!!!!		ANGELA CURA Y GENARO PATRAKA	24
8		CHUPETEAR EL PISO		ANTONIA DAIBER	28
9		HEMISFERIO SUR		ARTIOM MAMLAI	32
10		MALUS DOMESTICA		AYMARA ZEGERS MÜLLER	34
11		WEITERGEHEN		BÁRBARA PALOMINO RUIZ	38
12		PENSAMIENTO ESENCIAL		BRUNO CUNEO	42
13		VUELO		CAMILA COUVE CARRASCO	44
14		EN TRÁNSITO		CAMILA DÍAZ	50
15		LABERINTO DE ESPEJOS		CAMILA ESTRELLA	54
16		DECLINACIÓN SUR		CAMILA MOYA NAULIN	58
17		LENTITUD...		CARLOS OSSA	62
18		LLUVIA PEQUEÑA		CATALINA DONOSO	64
19		UNA ALTERACIÓN CAMBIANTE		CATALINA MATTHEY ENGLÄNDER	68
20		QUIZÁS PRESENTE ETERNO		CÉSAR GABLER	72
21		10 DATOS		CHRISTIAN YOVANE	76
22		PEEK/PEAK		CLAUDIA LEE GUERRERO / CLAUDIA LEE MARASCA	78
23		MIRAR POR UNA GRIETA		CONSTANZA ACUÑA	82
24		TODAS LAS CASAS ESTA CASA		CONSUELO RODRÍGUEZ	86
25		EL VIRUS INVISIBLE CONTRA LA MANO INVISIBLE		DARÍO OSES	96
26		LOS DÍAS PASAN Y PASAN, ME PREGUNTO SI EL TIEMPO LO SABE		DAYANA SEPÚLVEDA JULIO	94
27		PIEZA OSCURA		DIEGO ALEGRÍA CORONA	98
28		EL CREPITAR DE LOS GARBANZOS		ENRIQUE MATTHEY	102
29		RESPLANDOR TRAS EL TELÓN CERÚLEO		FELIPE MATTHEY	106
30		UNA TORRE DENTRO DE UNA TORRE		FRANCISCA SÁNCHEZ	110
31		DESDE EL FONDO DEL CAJÓN		FRANCISCO BRUGNOLI	114
32		LO QUE NO SE VE - LO QUE NO SE ESCUCHA		FRANCISCO SANFUENTES	118
33		SOBREVIVIENTES EN TIEMPOS DE POST-PANDEMIA: DESPUÉS DE UN EXILIO GLOBAL		GABRIEL MATTHEY CORREA	122

34	ESCENA CON COSAS ATEMPORALES   GABRIEL ROBLES SQUELLA	128
35	LOS POLVOS DE LA PANDEMIA   GASTÓN CONCHA FARIÑA	132
36	YENDO DE LA CAMA AL LIVING   IGNACIO AGÜERO	136
37	CANCIÓN   IGNACIO GUMUCIO	140
38	CERCA, LEJOS   IGNACIO SZMULEWICZ	142
39	CUARENTENA DESDE EL PRIVILEGIO   ISIDORA OPAZO ROMERO	146
40	PEQUEÑA CRÓNICA SOBRE UN LIBRO PARA COLOREAR, UN MUNDO EN MINIATURA Y VARIOS POSTIGOS ROTOS   IVANA DE VIVANCO	150
41	EL BRILLO INDECIBLE   JAIME ALVARADO	156
42	¡QUÉDESE EN CASA!   JAIME LEÓN	160
43	POR SIEMPRE   JANET GONZÁLEZ	162
44	EL ENCIERRO VERDE   JAVIERA AGUIRRE DOMKE	166
45	REFRACTARIO   JAVIERA CRISTI	170
46	LA RISA   JORGE CABIESES-VALDÉS	174
47	NO ESTABA EN EL GUIÓN   JUAN WAIDELE	176
48	EN LA LEVEDAD DEL PRESENTE, TODO ES ESPACIO   JUAN WALKER	180
49	TERRITORIOS   LEONARDO MURIALDO	184
50	HAY DE MI CORONA   LISTER ROSSEL GIBBONS	186
51	ESCAPE   LIVIA MARÍN	188
52	LA PANDEMIA   M. ANGÉLICA MONTALVA	192
53	CONFINAMIENTO EN LA INFANCIA   M. GRACIA COX FERNÁNDEZ	196
54 - 55	DEL TIEMPO QUE ESPERAMOS A SOFÍA EN CUARENTENA   MABEL PALAVECINO Y NELSON PLAZA	200
56	EL OCTAVO DÍA   MAGDALENA ATRIA	202
57	AFECTOS   MAGDALENA MATTHEY	204
58	UN CÍRCULO PERFECTO   MAGDALENA PRADO	208
59	LA PANDEMIA CON MANUEL   MANUEL MORENO	212
60	NOTA FAMILIAR (DIÁLOGO DE SORDOS)   MARCELA VALDIVIESO FADIC	216
61	VITO, FANUCCI TE ESTÁ ESPERANDO EN EL CAFÉ   MARCELO MATTHEY CORREA	220
62	CUARENTENA   MARÍA ELENA CÁRDENAS	224
63	STILL LIFE   MARÍA KARANTZI	228
64	DESDE MI VENTANA   MARÍA VERÓNICA CANALES	230
65	MINDFULNESS (DARSE CUENTA)   MARISOL NAVARRO SAN MARTÍN	234

66	EL TIEMPO AVANZA DETENIDO: NOTAS SOBRE LA TRANSFORMACIÓN DE LAS COSAS   MIGUEL CÁCERES MURRIE	238
67	LAS MISMAS PAREDES   MILENA GRÖPPER	242
68	5 NOTAS DE UN COTIDIANO EN OBSERVACIÓN   MÓNICA BATE	244
69	TRESCIENTOS CUATRO POR CUATROCIENTOS DIECISIETE   MÓNICA BENGOA	248
70	CUADRO A CUADRO   NICOLÁS RUPCICH	252
71	DELIA Y LOS CONDIMENTOS   PABLO WALKER	256
72	EL SONIDO ACOGEDOR DE LA LLUVIA   PABLO WILSON	260
73	COVER   PAULA ARRIETA GUTIÉRREZ	262
74	QUÉ ME DICEN ESOS GRANDES DETALLES   PAULA AZOCAR	266
75	LA PÉRDIDA DEL TACTO   PAULINA OLGUÍN ESPINOZA	270
76	EL ESPACIO QUE HABITAMOS DURANTE LA PANDEMIA   PELAGIA RODRÍGUEZ	274
77	DIARIO DEL AÑO DE LA PESTE   RAINER KRAUSE	278
78	EL CUADERNO AZUL DE RICHARD SOLÍS   RICHARD SOLÍS	282
79	NOTAS / CITAS / DATAS   RODRIGO CANALA	286
80	01010101010101   RODRIGO GALECIO	292
81	EPIFANÍAS   RODRIGO WIELANDT	296
82	SOMOS AHORA   ROSARIO CARMONA	300
83	4, 5, 6-10...   ROSARIO MONTERO	304
84	SIMULTANEIDAD Y ABURRIMIENTO: EXPERIENCIAS DEL TIEMPO EN CONFINAMIENTO   SANDRA MOLINA FRANJOLA	306
85	TAXONOMÍAS DE EMERGENCIA   SEBASTIÁN MELO	310
86	EL TELÉFONO   SOFÍA SQUADRITTO	312
87	EXTRAÑO MIS PASOS   TERESA ANINAT	316
88	LOS FANTASMAS Y LAS COSAS   TOMÁS FERNÁNDEZ	320
89	BUDÍN DE ZAPALLO   VERÓNICA MATTHEY	324
90	FRAGMENTOS DE <i>DIARIO DE LA VÍSPERA</i>   VÍCTOR ALEGRÍA SUPERBI	328
91	ALGO MUY PERSONAL EN ESTE TIEMPO   XIMENA CARRASCO	332
92	LLAMADO DESDE LA ISLA DEL FRENTE   XIMENA ZOMOSA	336

Este libro contiene trescientas cuarenta y tres páginas y ha sido diseñado y diagramado en Santiago de Chile en los meses de Junio y Julio de 2020 durante el período de confinamiento por la pandemia

1 · 2 · 3 · 4 · 5 · 6 · 7 · 8  
9 · 10 · 11 · 12 · 13 · 14 · 15 · 16  
17 · 18 · 19 · 20 · 21 · 22 · 23 · 24  
25 · 26 · 27 · 28 · 29 · 30 · 31 · 32  
33 · 34 · 35 · 36 · 37 · 38 · 39 · 40  
41 · 42 · 43 · 44 · 45 · 46 · 47 · 48  
49 · 50 · 51 · 52 · 53 · 54 · 55 · 56  
57 · 58 · 59 · 60 · 61 · 62 · 63 · 64  
65 · 66 · 67 · 68 · 69 · 70 · 71 · 72  
73 · 74 · 75 · 76 · 77 · 78 · 79 · 80  
81 · 82 · 83 · 84 · 85 · 86 · 87 · 88  
89 · 90 · 91 · 92



DEPARTAMENTO DE ARTES VISUALES  
FACULTAD DE ARTES  
UNIVERSIDAD DE CHILE